CLUB SECRETO DE DETECTIVES









LA NOCHE DE LAS HOGUERAS



ROBIN STEVENS

13

Empieza un nuevo curso en Deepdean y todo apunta a que va a ser… Infernal. La nueva jefa de las alumnas, Elizabeth Hurst, y sus cinco prefectas han instaurado un régimen de terror en los pasillos de la escuela y están dispuestas a hacer la vida imposible a las pequeñas incluso durante la celebración de la noche de las hogueras. Tras los fuegos artificiales encuentran a Elizabeth tendida en la hierba. Los mayores piensan que ha sido un accidente, pero para Hazel y Daisy algo no cuadra. ¿Podrá el Club de detectives resolver este nuevo caso ahora que su amistad parece tambalearse?

Robin Stevens

La noche de las hogueras

Club secreto de detectives
4



Título original: *Jolly Foul Play*
Robin Stevens, 2016
Traducción: Andrea Montero, 2016

Ilustraciones y mapa: Nina Tara

Revisión: 1.0

18/05/2025



Para mis padres.
Todo lo que escribo es en realidad
para vosotros, en especial este libro.

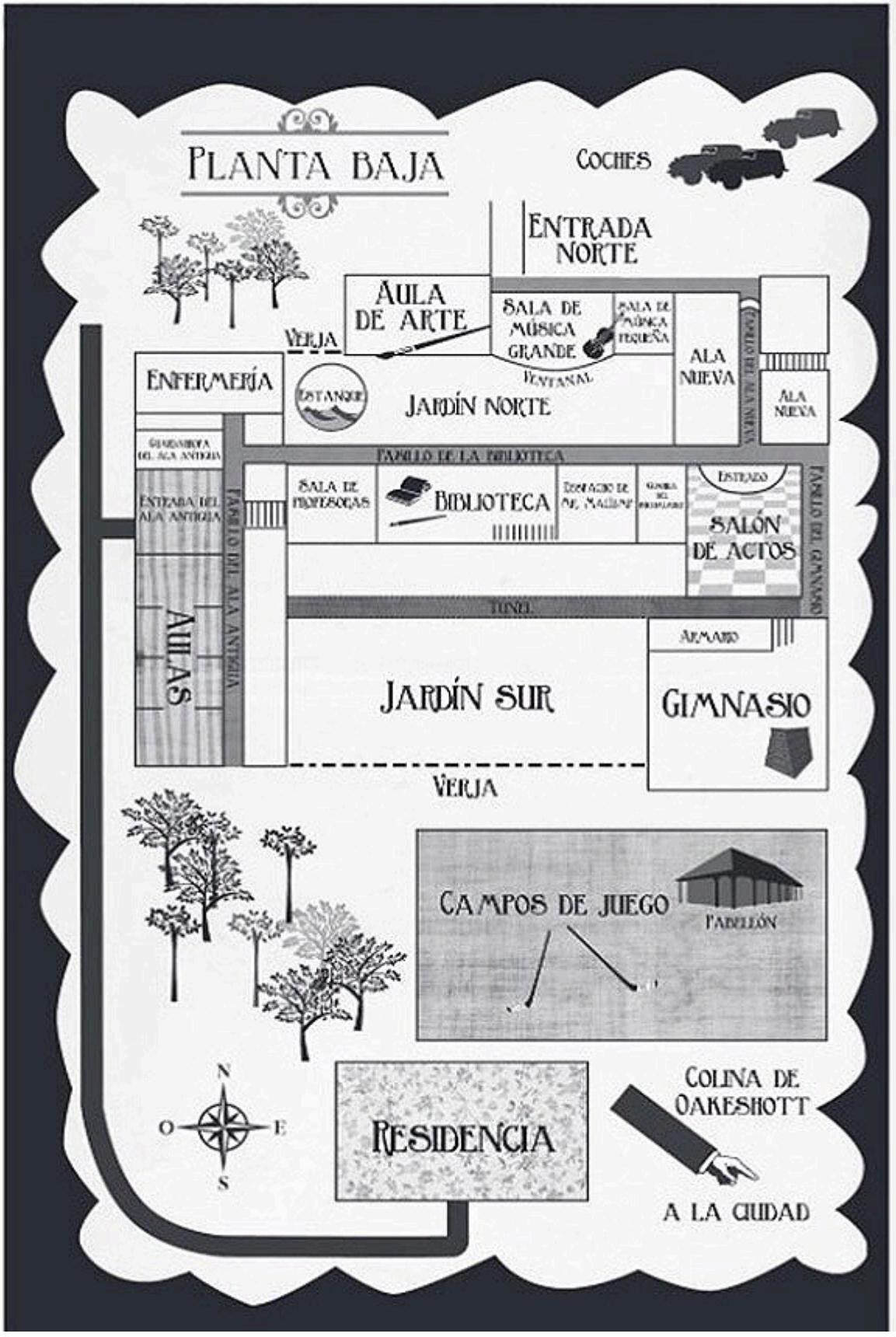
LA NOCHE DE LAS HOGUERAS

Relato del caso del asesinato de Elizabeth Hurst,
una investigación del
CLUB DE DETECTIVES WELLS Y WONG.

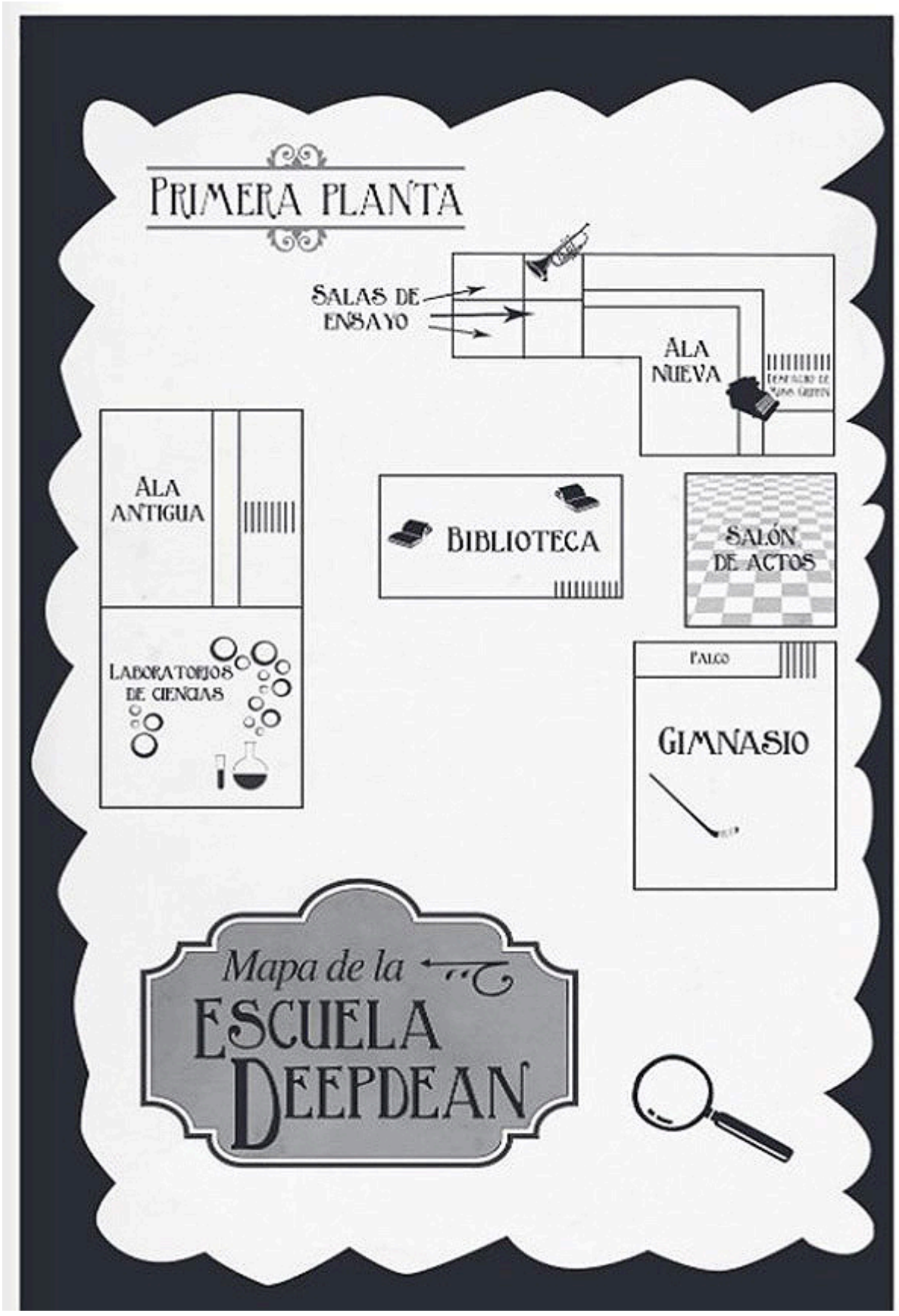
Escrito por Hazel Wong
(vicepresidenta y secretaria del Club de Detectives),
de trece años de edad.

Comenzado el miércoles 6 de noviembre de 1935.




PLANTA BAJA
COCHES
ENTRADA NORTE
AULA DE ARTE
SALA DE MÚSICA GRANDE
SALA DE MÚSICA PEQUEÑA
ALA NUEVA
VERJA
VENTANAL
ENFERMERÍA
ESTANQUE
JARDÍN NORTE
ALA NUEVA
PASILLO DE LA BIBLIOTECA
SALA DE PROFESORES
BIBLIOTECA
ESTRADO
SALÓN DE ACTOS
PASILLO DEL GIMNASIO
TUNEL
ARMARIO
AULAS
JARDÍN SUR
GIMNASIO
VERJA
CAMPOS DE JUEGO
PABELLÓN
N
O
E
S
RESIDENCIA
COLINA DE OAKESHOTT
A LA CIUDAD



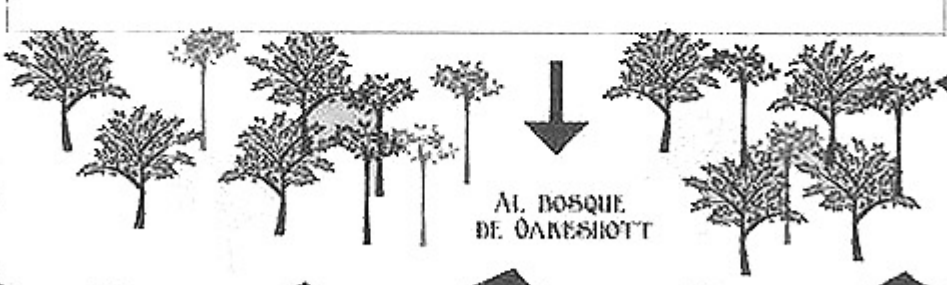

PRIMERA PLANTA
SALAS DE ENSAYO
ALA NUEVA
ALA ANTIGUA
BIBLIOTECA
SALÓN DE ACTOS
LABORATORIOS DE CIENCIAS
PATIO
GIMNASIO
Mapa de la
ESCUELA DEEPDEAN



A LA RESIDENCIA

A LA ESCUELA







ESCUELA DEEPDEAN

EL PERSONAL

MISS BARNARD - directora

MISS NAPHTALINE - profesora de Historia y Latín

MISTER MACLIMP - pastor

MADEMOISELLE RENAULD, MAMSELLE - profesora de Francés

MISS ALCHEMY - profesora de Ciencias

MISS MORRIS - profesora de Música y Arte

MISS DODGSON - profesora de Inglés

MISS TALENT - profesora de Gimnasia

MISTRESS MINN, MINNY - enfermera

MISTER JONES - manitas

GOBERNANTA - gobernanta

LAS CHICAS

DAISY WELLS - alumna de cuarto y presidenta del Club de Detectives Wells y Wong

HAZEL WONG - alumna de cuarto y vicepresidenta y secretaria del Club de Detectives Wells y Wong

JEFA

ELIZABETH HURST

PREFECTAS

FLORENCE HAMERSLEY

LETTICE PRESTWICH

UNA DICHMANN

ENID GAINES

MARGARET DOLLISWOOD

MAYORES

PIPPA DAVENTRY

ALICE MURGATROYD

ASTRID FRITH

HEATHER MONTEFIORE

EMMELINE MOSS

JENNIFER STONE

ELSIE DREW-PETERS

ALUMNAS DE CUARTO

LAVINIA TEMPLE — ayudante y amiga del Club de Detectives

REBECCA HABI MARTINEAU — ayudante y amiga del Club de Detectives

KITTY FREEBODY — ayudante y amiga del Club de Detectives

CLEMENTINE DELACROIX

SOPHIE CROKE-FINCHLEY

ROSE PRITCHETT

JOSE PRITCHETT

ALUMNAS DE TERCERO

BINNY FREEBODY

MARTHA GREY

ALMA COLLINGWOOD

LAS MARÍAS

ALUMNA DE SEGUNDO

BETSY NORTH

ALUMNAS DE PRIMERO

EMILY DOW

CHARLOTTE WAITING



PRIMERA PARTE

SALTARÁN CHISPAS

1

Estábamos todas mirando hacia arriba, así que nos perdimos el asesinato.

Nunca había visto a Daisy tan furiosa. No para de apretar los dientes (tan fuerte que, solo de verla, me duelen a mí) y exclamar: «¡Oh, Hazel! ¿Cómo pudimos pasarlo por alto? ¡Estábamos ahí mismo!».

Verás, Daisy necesita saberlo todo, verlo todo y acceder a todas partes. El hecho de que le recuerden que, a pesar de todas las medidas que toma (contar con informantes en los cursos inferiores y congraciarse con las mayores, con las profesoras y con Jones, el manitas), siguen ocurriendo cosas en Deepdean que se le escapan…, bueno, eso ha empeorado aún más el humor que tenía últimamente.

Y, si te soy sincera, yo me siento extrañamente avergonzada. El Club de Detectives ha resuelto tres misterios de asesinato reales hasta la fecha, y aun así nos perdimos uno que se produjo delante de nuestras narices, en la mismísima Escuela Deepdean, el lugar donde hace un año iniciamos nuestra carrera como detectives.

Resulta cómico, si lo piensas. En cierto modo, es como si no hubiésemos avanzado en absoluto, o como si hubiésemos trazado un círculo y hubiésemos regresado justo al principio. Supongo que mi aspecto sigue siendo prácticamente el mismo que cuando entré corriendo en el gimnasio y me encontré a la señorita Bell, nuestra

profesora de Ciencias, tirada en el suelo en octubre del año pasado. En cualquier caso, no soy mucho más alta. La semana pasada me medí y descubrí que apenas había crecido, o al menos no hacia arriba. Sigo teniendo el pelo liso y castaño oscuro, y la cara redonda, y aún tengo el grano en la nariz (supongo que será otro, pero no lo parece). Por dentro, sin embargo, me siento muy diferente. Creo que todo lo ocurrido durante el último año me ha cambiado: llegué a enfrentarme al asesino en casa de Daisy, en Fallingford, y desafié a mi padre para resolver el caso del Orient Express. Por otro lado, a veces creo que, aunque Daisy continúa creciendo muchísimo, y volviéndose más rubia y más guapa que nunca, ella ha seguido igual por dentro. Sale rebotada de las cosas, como si fuese una pelota de goma; ni siquiera lo que sucedió en Fallingford alcanzó a afectarla de verdad.

Antes del 5 de noviembre, yo no estaba disfrutando mucho de este semestre en Deepdean. Como con los cambios que se han producido en mi interior, la escuela no me causaba la misma sensación que el año pasado, y no lo digo para nada en el buen sentido. Llevaba todo el semestre sintiendo que se nos venía encima algo terrible. La noche de ayer fue espantosa, pero ahora resulta que me siento casi aliviada. Es como la diferencia entre esperar para entrar en el dentista y sentarse en su sillón.

Y ahora que hay un asesinato que resolver, Daisy y yo podemos ser el Club de Detectives de nuevo. A veces resulta difícil ser la mejor amiga de Daisy, pero ser su vicepresidenta y secretaria es mucho más sencillo. Aunque este caso no va a ser sencillo en absoluto.

Verás, la persona que ha muerto —a la que creemos que han asesinado— es nuestra nueva jefa.

2

Este caso empezó ayer, el martes 5 de noviembre. Aun así, para explicarlo como es debido, debo retroceder en el tiempo, hasta el final de las clases, antes del verano.

Por aquel entonces, Daisy y yo estábamos absortas en nuestras inminentes vacaciones en el Orient Express, pero, aunque no prestábamos mucha atención, estaban ocurriendo cosas sumamente importantes con miss Barnard y las mayores.

A efectos de este nuevo diario, debo mencionar quién es miss Barnard. Verás, una vez concluido el caso de miss Bell, apenas quedaban profesores en Deepdean. Eso significa que todo el profesorado, excepto la pelirroja y dramática Mamselle, el viejo mister MacLimp y miss Naphtaline, con su generoso pecho, es completamente nuevo desde el pasado diciembre. Miss Barnard es nuestra nueva directora. Es alta y delgada, y creo que bastante joven (al menos aún le queda pelo castaño). También es tranquila, amable y sensible, y consigue que te sientas segura, algo que, después del último año, Deepdean necesita de forma desesperada. Pero a veces la amabilidad no es la mejor estrategia. Como suele decir Daisy, no sirve de nada ser amable si las personas con las que eres amable no lo son también.

Miss Griffin, la directora anterior, siempre escogía a la jefa al final de cada curso escolar. Conocía el carácter de todas las chicas y lo

juzgaba de forma cuidadosa antes de elegirla. Pero miss Barnard no conocía a ninguna de las mayores realmente bien para cuando llegó el momento de seleccionarla, antes de las vacaciones de verano, así que, en lugar de escoger, dejó que se sometiera a votación. Y fue un verdadero desastre, porque supuso que Elizabeth Hurst consiguiera inclinar el voto y salir elegida como jefa.

Elizabeth Hurst no llamaba especialmente la atención por su aspecto. Era alta y ancha de hombros, con la cara pálida y el pelo rubio, como la mayoría de las alumnas de Deepdean. El único indicio de lo que abrigaba en su interior era la sonrisa torcida. Era como si recordara algo desagradable sobre ti y sopesara si decirlo en voz alta o no. Esa sonrisa reflejaba su verdadera naturaleza, porque Elizabeth traficaba con secretos.

Esto último puede llevar a pensar en Daisy, pero mientras que a Daisy le gusta enterarse de las cosas solo por el placer de saberlas, para que encajen en su cabeza, Elizabeth utilizaba las cosas que sabía. Como un gato que sustrajera pajarillos de sus nidos, ella recababa toda la información que podía averiguar acerca de cada alumna de Deepdean. Y no se limitaba a usar la información que reunía sin más, o al menos no de inmediato. En lugar de eso, la guardaba como si fuese un regalo para el día en que le resultase útil. Y ese día, bueno, estabas perdida.

Hubo una chica, Nina Lamont, a la que se consideraba favorita para el puesto de jefa…, hasta que una mañana vieron que Elizabeth visitaba a miss Barnard con aspecto muy serio. Más tarde ese mismo día, salió a la luz que Nina había robado del fondo de benefactores. Después de eso nadie pudo votar por ella. Al parecer, había acabado entre rejas, aunque Daisy decía que no era cierto y que solo la habían enviado a una escuela en Francia.

Elizabeth lideraba un grupo de cinco chicas, las más raras, malhumoradas y odiosas de su curso. Eran sus ayudantes, como una versión agresiva y abusona de las pequeñas informantes de Daisy, y se dedicaban a sonsacarnos información a todas las más jóvenes para pasársela a Elizabeth. Las llamábamos las Cinco, y las

aborrecíamos.

Así que entenderás por qué Elizabeth daba pavor a todo Deepdean, y por qué nos estremecimos de la forma más horrible cuando oímos que, en efecto, la habían elegido jefa y, como dictaba la tradición, había escogido a otras cinco alumnas mayores para que fueran sus prefectas. Por supuesto, eligió a sus ayudantes, así que, cuando volvimos de las vacaciones, Elizabeth y las Cinco mandaban en la escuela.

3

Pese a que Elizabeth y las Cinco nos daban miedo, no creo que acabáramos de comprender lo infernal que sería el nuevo curso hasta que llevábamos varias semanas de clase. Al principio, el otoño parecía lleno de posibilidades, como siempre: horarios nuevos, lápices y tinteros por estrenar, y cuadernos de ejercicios sin ninguna hoja arrancada para pasar notas. Estábamos en cuarto, más cerca que nunca de ser las mayores, y nos desabrochamos los primeros botones para celebrarlo. Kitty incluso intentó soltarse el pelo, aunque miss Naphtaline la reprendió de inmediato. Clementine tenía una nueva pulsera de contrabando, y Habi, un lirón que escondía en su arcón (se llamaba Pudin, y lo único que hacía era dormir). Daba la impresión de que este semestre podía ser mejor que el último: la sombra de Fallingford por fin se había desvanecido, pues el juicio había terminado y el asesino estaba en la cárcel.

Pero entonces las Cinco empezaron a imponer sus castigos.

Elizabeth tenía el control absoluto de la disciplina de la escuela y se hallaba detrás de todo lo que ocurría, pero su toque de genialidad estaba en que ella nunca ejecutaba ninguno de los castigos. Solo las Cinco nos perseguían, y lo hacían de un modo atroz.

Florece Hamersley, pelirroja, arisca y atlética, era la capitana del equipo de *hockey* y estaba preparándose para competir en las carreras de obstáculos de los próximos Juegos Olímpicos. No

toleraba la menor señal de pereza: si llegabas tarde al desayuno o a la cena, o te rezagabas lavándote los dientes por la noche, su mano caía sobre tu espalda y, antes de que te dieras cuenta, estabas dando diez vueltas a la carrera alrededor de la residencia bajo la lluvia y el frío. Y, si no corrías lo suficiente, te tocaba dar veinte.

Lettice Prestwich, de pelo oscuro, era todavía más cruel. Debería haber sido guapa, y lo habría sido de no haber estado tan delgada. Con ella siempre pisábamos arenas movedizas, a la espera de la catástrofe. Ante el menor defecto en el uniforme —un botón descosido, una corbata desanudada—, se abalanzaba sobre ti a gritos. Hacía llorar a las renacuajas prácticamente a diario. Una vez irrumpió en nuestro dormitorio y, al oír los chillidos procedentes del arcón de Habi, descubrió a Pudin, el lirón. Se lo llevó en el acto a la gobernanta, que lo dejó afuera. Habi lloraba, por supuesto, y nosotras estábamos todas furiosas. Habi, nuestra amiga y compañera de habitación, es muy pequeña, y la escuela no se le da nada bien, pero es buena, y eso es lo que cuenta. Sin embargo, no había nada que hacer. Pudin ya no estaba.

Una Dichmann es alemana, su padre ocupa un puesto importantísimo en el Partido Nazi, y es rubia y guapa, como una princesa de cuento, pero como no la tratases con el respeto debido, como a cualquiera de las Cinco, te hacía cargar con sus libros entre clase y clase y te gritaba si no te movías lo bastante rápido.

Enid Gaines no parece tan amenazadora como las demás, a primera vista. Es una empollona, la gran esperanza de Deepdean de una plaza en Clásicas en Oxford el año que viene, y siempre anda con la nariz metida en algún libro. Es pequeña —casi igual de bajita que yo— y de cara sosa, poco memorable. Pero si te reías por los pasillos, o cuchicheabas en Oraciones, se ensañaba contigo y te veías escribiendo la misma frase —«Debo obedecer a mis mayores y superiores»— cien veces en la pausa de la comida.

El último miembro de las Cinco es Margaret Dolliswood. Es gruesa y siempre está enfadada: emana oleadas de insatisfacción. Si no te apartas de su camino o llamas la atención durante las comidas

y los recreos, te quitara la comida de las manos y te pellizcará en las muñecas. Por su culpa he pasado hambre muchas veces, lo cual, en mi opinión, constituye la peor crueldad de todas.

Los castigos de las Cinco eran tremendos, y no había escapatoria posible. Cuando subíamos a la residencia, una siempre se encargaba de Deberes y otra supervisaba la sala común, y todas se sentaban al final de nuestras mesas en la cena. Estábamos sitiadas, y lo peor era que ni las profesoras ni la gobernanta se daban cuenta. Los adultos nunca ven este tipo de cosas; para ellos, el daño que puedan hacerse los niños unos a otros no tiene verdadera importancia.

Era como si fuésemos conejos a la espera de que el zorro nos saltase encima. Elizabeth y sus cinco prefectas patrullaban la escuela, y su brutalidad fue extendiéndose hasta que empezamos a saltarnos todas a la yugular. Nos sentíamos tan decaídas que incluso las más amables comenzaron a discutir y a atacarse unas a otras de manera horrible. Sometidas a la maldad de las mayores, nosotras también nos volvimos más crueles: las alumnas de quinto con las de cuarto, nosotras con las de tercero, tercero con segundo, etcétera. Bajo esa presión, se rompieron todas las viejas alianzas. Deepdean mismo había cambiado de tal forma que, aunque los pasillos en blanco y negro y los ventanales y el olor a tiza eran los mismos, me costaba reconocerlo.

Daisy, por supuesto, estaba iracunda. Hay determinados lugares que, en su mente, le pertenecen. Deepdean es uno de ellos, y el hecho de que se hubiera echado a perder la ponía absolutamente furiosa. Yo había decidido que tenía que aguantar este año y punto, como cualquier otra cosa desagradable, pero Daisy no es de aguantar. Es superior a ella, tiene que intentar resolver cualquier problema con el que se topa, y Elizabeth y las Cinco se convirtieron en los problemas más fascinantes del mundo, sobre todo porque la verdad era que no había nada que pudiera hacer al respecto. Ni siquiera contaba con el prestigio que le había conferido su vieja confidente Rey Enrique entre las mayores, porque, claro, Rey Enrique ya no era nuestra jefa. Estaba lejos, en Cambridge, donde

Daisy no podía recurrir a ella.

«Las vigilo —me decía Daisy, una y otra vez—. Y la vigilo a ella. Elizabeth no puede pensar que se saldrá con la suya. No se le puede permitir».

A mí me parecía que sí podía, y que se le permitía. Más allá de su crueldad, Elizabeth no había cometido ningún crimen. Su chantaje era tan sutil que no podíamos acusarla de nada, no podíamos investigar nada. De hecho, el Club de Detectives no ha tenido ni un solo caso este semestre, aparte del extraño caso de Violet Darby, que Daisy resolvió en un día en septiembre. (Está bastante orgullosa de ese caso).

—Me encantaría aplastarle la cabeza a Elizabeth —soltó Lavinia furibunda mientras Habi sollozaba por su quinto castigo en dos semanas (por cometer una falta de ortografía en la palabra «privilegio» en la redacción que escribió como cuarto castigo. Era muy injusto. A Habi le cuesta dar la forma correcta a las palabras y, sobre el papel, a ella las cuentas le cuadran)—. Me encantaría hacerla papilla.

Las demás estábamos de acuerdo con ella, aunque, aparte de Daisy, todas comprendíamos lo inútil que era esperar algún cambio.

Esto es, hasta lo que ocurrió la Noche de las Hogueras.

4

Los fuegos artificiales del 5 de noviembre fueron idea de miss Alchemy, nuestra nueva profesora de Ciencias. Es muy alegre y entusiasta, lo cual resulta raro, después de la fría miss Bell. Sus clases de Ciencias están siempre repletas de olores fuertes y explosiones (lo cual las hace estupendas para las trastadas: la tercera semana, Kitty engañó a Clementine para que se acercara demasiado a uno de los experimentos de miss Alchemy, entonces se produjo un estallido leve y se le calcinaron las cejas), así que supongo que tampoco era de extrañar que quisiera organizar una auténtica Noche de las Hogueras, aunque en Deepdean no se hubiera celebrado nunca.

Miss Barnard lo anunció en Oraciones hacia finales de octubre.

—Niñas —dijo, muy tranquila y serena, de pie en el facistol—, el 5 de noviembre, la Noche de las Hogueras, debéis subir a cenar a la residencia y luego bajar de nuevo al campo de juegos para la hoguera y el espectáculo de fuegos artificiales. Lo supervisarán las prefectas y la jefa, además de miss Alchemy y yo misma. Lo vais a pasar todas divinamente.

Nos fuimos todas bastante tensas. Recuerdo que pensé en lo optimista que podía ser miss Barnard y en lo preocupante que era ese plan suyo. Constituía una oportunidad más para que Elizabeth y las Cinco amedrentaran a las alumnas más pequeñas, y en esa

ocasión estaríamos temblando en un frío campo de juegos mientras ocurría.

Entonces me volví hacia Daisy. Como sabía, no miraba a miss Barnard, sino a Elizabeth y a las Cinco. Vi la familiar arruga que le surcaba el puente de la nariz. Conocía esa expresión, y me produjo aprensión. Sabía que Daisy seguía buscando la forma de hacer frente a Elizabeth y a las Cinco, pero yo no veía cómo iba a ayudar con eso celebrar la Noche de las Hogueras. Estuve a punto de abrir la boca para decirle que desistiera, pero sabía que eso no haría más que aumentar su determinación. Así que me puse a pensar en algo muy distinto: la carta que casi seguro estaría esperándome cuando subiéramos a la residencia a la hora de comer.

Verás, este semestre tengo un secreto. He estado escribiendo a alguien, que ha estado escribiéndome en respuesta. La Hazel de hace un año nunca habría osado ocultarle una cosa así a Daisy, pero ya no soy la Hazel de hace un año. Aunque sigo sin ser una heroína, creo que soy un poco más valiente.

Ahora tengo toda una montaña de papeles en el fondo del arcón. Cada vez que deslizo otra carta en lo alto, cobra fuerza el hormigueo que siento en el pecho. Es muy agradable, pero también me vuelve asustadiza. Los dos nos enviamos acertijos, cosas curiosas que advertimos en la escuela y pocos casos, ninguno, en realidad, pero sé que, si Daisy lo descubriera, se enfadaría muchísimo. Verás, no le gusta que investigue con nadie más; a sus ojos, yo soy su amiga detective, solo suya, y aunque tenemos ayudantes, nadie más puede implicarse de verdad en eso.

Seguía pensando en las cartas, y en lo que diría Daisy si se enteraba, la noche del asesinato.

La habitación al completo nos dirigimos al campo de juegos el martes por la noche después de cenar, envueltas en nuestros gorros y bufandas, y temblando. Ninguna se sentía animada. Estábamos teniendo una de esas extrañas no-discusiones que se producen tan a

menudo desde que volvimos a las clases, en las que todo el mundo se queja y acabas agotada y enfadada.

—Habi sigue molesta porque esa alumna de quinto le robó el postre anoche, aunque le he dicho que no tiene por qué —contó Lavinia, nuestra compañera de habitación, mientras se sacudía su densa melena oscura—. Después de todo, le conseguí uno de los de las renacuajas, ¿no? No veo a qué viene tanto alboroto.

—¡No puedes quitar las cosas a otras personas! —exclamó Kitty, nuestra otra compañera de habitación, con mojigatería. Kitty tiene el pelo castaño y pecas, y le encanta cotillear—. Está feo, Lavinia. El año pasado no lo habrías hecho.

—Sí que lo habría hecho —repuso Lavinia—. No pongas esa cara de póquer, Kitty.

Kitty frunció el ceño.

—Bueno, quizá sí, pero aun así no deberías haberlo hecho.

—Este año todo el mundo es muy cruel —dijo Habi con tristeza.

—Es Elizabeth Hurst —solté. Había intervenido sin querer e hice una mueca. Sabía lo que vendría a continuación, y sin duda…

—¡Exacto! —señaló Daisy con aire triunfal—. Llevo todo el semestre diciendo lo mismo, Hazel. El problema son Elizabeth Hurst y las Cinco, y debemos resolverlo.

—¡No es un problema que podamos resolver nosotras! —repliqué —. Oh, déjalo, Daisy.

De pronto noté la diferencia entre nosotras. Daisy estaba completamente obsesionada con Elizabeth Hurst, centrada en ella como un foco, mientras yo no paraba de pensar en la última carta que había recibido esa tarde, como esperaba. Era lo único que podía ver, superpuesta a la oscura línea de chicas que teníamos delante, el pabellón y el fulgor de la hoguera encendida más allá.

5

Al margen del resplandor de la hoguera, el campo se hallaba sumido en la oscuridad, con pequeños zarcillos de niebla que flotaban sin rumbo entre la multitud. Apenas distinguía la sombra del pabellón tras el fuego, y las chicas que se agolpaban delante parecían garabatos en un papel. Ni siquiera veía los árboles del extremo del campo que conducían al bosque de Oakeshott, aunque sabía que estaban ahí. Expiré y mi aliento se condensó delante de mí. Me estremecí. No me gustan nada las noches del invierno inglés.

Atravesamos la verja y allí estaba miss Barnard, saludando con calma a las alumnas a medida que pasábamos. Junto a ella se encontraba Elizabeth Hurst. Sonreía como de costumbre, pero su sonrisa tenía un aire falso y duro. Por una vez las Cinco no se mantuvieron tras ella, sino a un lado, algo alejadas. No sonreían en absoluto. Me gustaría decir que reflexioné al respecto y que advertí que Margaret apretaba los puños, y que Florence, envuelta con la bufanda, estaba pálida, y que Una se sonrojaba, que Enid tenía cara avinagrada y que Lettice estaba temblando y su silueta delgada abultaba más que de costumbre con el grueso abrigo de Deepdean…, pero no me di cuenta. Estaba distraída.

Una vez en —el campo, nos dimos una vuelta, a empujones con chicas de otras clases. Se suponía que debíamos agruparnos por curso, pero, por supuesto, entre la oscuridad y la emoción, fue un

desbarajuste. Entonces Jones, el manitas de Deepdean, se adelantó con el muñeco que, como dicta la tradición, representaba a Guy Fawkes, un católico que intentó matar al rey Jacobo de Inglaterra hace más de trescientos años. Cuando lo arrojó a la hoguera, que habían encendido cerca del pabellón (aunque no demasiado), saltaron chispas y el fuego ardió con violencia. Todo el mundo se apiñó alrededor. Las cinco compañeras de habitación nos vimos arrastradas en la confusión, y yo choqué con Lavinia, que me soltó «¡eh!», pero sin maldad.

Jones nos bramó a todas para que nos mantuviéramos alejadas. Solo permitieron que se acercaran Elizabeth y las Cinco: Elizabeth supervisaba las labores de las Cinco en la hoguera. Estas acarreaban haces de leña del montón que había cerca del pabellón para arrojarlos a las llamas. Trabajaban por tumos, caminando atrás y adelante desde el pabellón para asegurarse de que el fuego no quedaba desatendido en ningún momento.

Yo tenía los ojos puestos en el muñeco de Guy Fawkes, una forma candente y oscura en medio de las llamas. Esos muñecos siempre me producen escalofríos. Sé que no son de verdad, pero se parecen tanto a un cuerpo real que no lo soporto. Hacen que me sienta como si estuviera en la clase de sueño en el que algo va mal y soy la única que lo sabe.

Volví a la realidad cuando Daisy me propinó un codazo y señaló. Allí estaba Margaret Dolliswood, con los brazos cargados de leña. Pero no la llevaba al fuego, sino que se hallaba de pie junto a Elizabeth Hurst. Daba la impresión de estar deseando poder lanzarle la leña a Elizabeth, pero esta no parecía intimidada. En lugar de eso, se inclinó hacia delante, contoneando los hombros, como si el campo de juegos y todo lo que contenía le pertenecieran. No podía verle la cara, ni oír lo que decía, porque estábamos demasiado lejos, pero la postura de Margaret abandonó toda hostilidad, y Elizabeth pareció erguirse por encima de ella. Entonces Margaret se volvió, avanzó a un paso poco natural hacia Astrid Frith, otra de las mayores, y le espetó algo. Astrid rompió a llorar, y Margaret dio

media vuelta y regresó hecha una furia a la hoguera. Lanzó la leña que llevaba en los brazos a las llamas, que se reavivaron con un chisporroteo y un estallido rojo.

—Vaya, ¿qué ha sido eso? —me preguntó Daisy, sin girarse—. ¿Qué le ha dicho Margaret a Astrid? ¿Y por qué?

—No era más que Elizabeth haciendo que las Cinco se porten fatal, como de costumbre —dije, pues no quería alentarla—. Mira, ha llegado el momento de encender las bengalas.

Miss Alchemy, Enid y Lettice estaban repartiendo bengalas. Miss Alchemy me entregó una y parecía igual de emocionada que las renacuajas. Se oyeron gritos y hurras a medida que prendían las bengalas, que dejaban largas estelas de chispas. Lavinia lanzaba estocadas con la suya como si fuese una espada, e incluso Habi se reía y hacía girar la suya, muy contenta de nuevo. La mía chisporroteaba en mi mano, y me subió el ánimo. Me giré hacia Daisy en el preciso instante en que ella me miraba, y capté una expresión en su rostro que no le había visto en mucho tiempo. Dibujé una W con los destellos en el aire, y ella hizo lo mismo: éramos Wells & Wong, y por un momento me olvidé de todas mis preocupaciones.

Aunque solo fue un momento.

6

Todas estaban tan emocionadas, jugando con las bengalas, que al principio apenas se percataron de que miss Barnard estaba de pie en medio del campo de *hockey* y gritaba pidiendo silencio. Tuvo que agitar los brazos, con una antorcha en cada mano, como si se comunicara con alfabeto semáforo, y por fin fueron apagándose las bengalas y el silencio se extendió por la multitud. Nos volvimos hacia donde se encontraba, lejos de la hoguera y del muñeco.

—Niñas —comenzó miss Barnard entonces, en ese tono que tiene que no es alto, sino que te hace inclinarte hacia delante para escuchar lo que quiere decir—, gracias a todas por venir. Espero que estéis disfrutando de la velada: debemos reconocer el mérito de miss Alchemy por proponer la idea, y el de mister Jones por ayudarla a llevarla a la práctica. Y, por supuesto, el de nuestra maravillosa jefa, Elizabeth Hurst, que ha sido muy servicial y responsable, como siempre.

Sentí una punzada de irritación. ¿Por qué no podía ver miss Barnard cómo era Elizabeth en realidad?

—Estoy segura de que esta velada será tan solo la primera de muchas y de que nuestras Noches de las Hogueras pasarán a formar parte de las orgullosas tradiciones de Deepdean.

Yo capté lo que no decía: que, después de lo ocurrido el año pasado, Deepdean necesitaba nuevas tradiciones, cosas nuevas de

las que enorgullecerse. Miss Barnard está intentando que todo sea novedoso para nosotras este año, como si pudiera borrar a miss Bell y lo que le había ocurrido. Pero lo único que hace en realidad es pintar encima, una y otra vez. Y, a la larga, no hay capas suficientes para taparlo.

Entonces me di cuenta de algo con horror: Elizabeth y las Cinco seguirían siendo desagradables, y nosotras seguiríamos soportándolo, hasta que su curso se presentara a los exámenes de acceso a la universidad, antes del verano, y nos dejaran en paz.

Se me hizo un nudo en el estómago. No había sido un buen semestre, ni siquiera con las cartas, que me iluminaban algunos días como cerillas prendidas. Un año entero de Elizabeth iba a ser un horror.

—¡Vamos, niñas! —dijo miss Barnard—. Estáis hechas un revoltijo. Volved a formar filas con vuestro curso, por favor. Prefectas, ayudadlas. ¡Nada de empujones! Una vez que lo hayáis hecho, podemos pasar al verdadero festejo: ¡los fuegos artificiales!

Todas gruñimos y nos empujamos (y fuimos empujadas por algunas de las Cinco, que se alejaron un momento de la hoguera para acorralarnos al grito de Elizabeth) y recuperamos a duras penas las filas regladas. Las renacuajas más pequeñas se encontraban al frente, más cerca de miss Barnard, y el resto nos alineamos tras ellas, con las mayores más próximas a la hoguera, que quedaba a nuestra espalda (ahí estaba el truco, ¿entiendes?, en que las más pequeñas pasaran frío y las mayores disfrutaran de todo el calor. Elizabeth, por supuesto, se hallaba junto al fuego, entre este y el pabellón, con las prefectas a su lado).

Miss Barnard nos observó a todas, asintió y entonces miss Alchemy, con el entusiasmo de costumbre, saltó al frente. Se alejó y procedió a atarearse en medio de la oscuridad, encendiendo los fuegos artificiales prácticamente en la otra punta del campo, y Jones fue a ayudarla. Las Cinco regresaron a sus puestos junto a la hoguera. Durante un momento, todas guardamos silencio, a la espera. Y el primer cohete salió disparado con un chirrido y estalló

por encima de nosotras en una lluvia de colores verde y amarilla.

Fue como si la noche hubiese cobrado vida, con todo el cielo restallando, tomado por la luz y el sonido. Yo di un grito ahogado cuando me atravesó el ruido. Daisy se inclinó hacia mí, me volví y su cara estaba toda iluminada de rojo y púrpura. Kitty, Habi y Lavinia se encontraban a su lado, todos los rostros resplandecían, pero solo lo vi un momento, porque estaba deseando alzar la mirada hacia la exhibición. Era como contemplar el cielo de Año Nuevo en Hong Kong, y sentí una alegría momentánea. Rayos naranjas y dorados, un ramillete azul y un estallido rojo de nuevo, todos cayeron en cascada por encima de nosotras. Estoy segura de que me olvidé de respirar.

Y entonces se acabó. La última luz verde se desvaneció en el cielo y el silencio reverberó por todo el campo. Pero Daisy estaba a mi lado, y Habi sonreía y aplaudía, y todas las chicas que nos rodeaban murmuraban y se reían y empezaban a romper las filas. Me volví y vi una forma oscura que se movía por delante de la hoguera; una de las Cinco seguía de guardia. Después me giré de nuevo para oír lo que me decía Lavinia.

El primer grito se oyó unos minutos más tarde.

No fue más que una exclamación de sorpresa. Daisy dice que recuerda que la alumna, una renacuaja de primero, gritó: «¡Miss Barnard! ¡Creo que alguien se ha caído!». Lo que sí recordamos las dos es el chillido más sonoro que soltó después, y el grito que luego dejó escapar la niña que tenía al lado.

Al oír ese ruido, me giré de golpe hacia Daisy, que por supuesto ya estaba volviéndose hacia mí. Le brillaban los ojos, como si aún reflejaran fuegos artificiales. Tiene gracia, porque después de cada caso me digo a mí misma que no quiero otra investigación, y me lo creo, pero entonces oigo un grito como ese y el pulso me palpita en las manos y en los pies, y sé que no hay nada en el mundo tan increíble como tener un caso. En ese momento, eso es lo que sentí: una sensación de estar en el lugar y el momento adecuados, por primera vez en meses.

Sabía qué hacer.

7

Daisy y yo corrimos hacia el ruido, más allá de la hoguera, al igual que todas las demás, de modo que se formó una melé alrededor de la alumna que había gritado, y durante un momento no vi nada salvo semioscuridad, confusión y destellos oscilantes procedentes de las linternas, las manos, los abrigos grises de la escuela, los gorros y las caras de preocupación.

Entonces miss Barnard gritó:

—¡Retroceded!

Sobresaltadas, todas se apartaron un poco, todas menos Daisy y, dado que me aferraba la muñeca con los dedos, yo. Me liberé y bajé la vista, y allí, en el suelo, iluminada por el haz de las linternas, estaba Elizabeth Hurst.

Se hallaba tirada con el rostro alzado hacia el cielo, los brazos a los costados y los ojos abiertos. No se movía en absoluto, y no costaba entender por qué. A lo largo de su cuerpo había un rastrillo, uno de los viejos y maltratados que utiliza Jones. Tenía la base dentada bajo los talones, y la parte superior del mango, junto a su cabeza, estaba cubierta de sangre. Por el malestar que experimenté al ver la cabeza de Elizabeth, supe que también había sangre en el suelo, debajo de ella.

Miss Alchemy se hallaba de rodillas a su lado, buscándole el pulso, y yo tragué saliva al volver a acordarme de golpe de miss Bell

en el gimnasio el año pasado, con la cabeza ensangrentada. Aquello me produjo la misma sensación, y enseguida supe que me había recordado a miss Bell porque ese cuerpo, igual que aquel, tenía algo poco natural.

Miss Barnard se había puesto a gritar, llamando a Jones:

—¡Traiga una camilla! ¡Ha habido un accidente! Una alumna ha tropezado con un rastrillo.

Sabía que esas palabras no eran ciertas. No había sido un accidente. Podía parecerlo, pero algo no encajaba.

Jones ya se acercaba corriendo con miss Alchemy, con un abrigo colgado entre ambos a modo de camilla improvisada.

—¡Abrid paso! —bramó a las renacuajas—. ¡Abrid paso!

Habi rompió a llorar.

—¡Oh! —se lamentó—. ¡OTRA VEZ NO!

—¡Calla! —le espetó Daisy entre dientes—. ¡No llames la atención!

Y supe que yo no era la única que había pensado en el octubre pasado.

A juzgar por los sollozos que se oían a nuestro alrededor, la escuela entera estaba tan asustada y horrorizada como Habi.

—¡Prefectas! —gritó miss Barnard—. Llevad las cosas de Elizabeth a la residencia, ¡y a las niñas también! ¡Vamos, daos prisa!

—¿Quién ha dejado el rastrillo ahí? —preguntó Jones furioso—. ¡Yo lo he apoyado contra el pabellón antes de que llegaran las niñas!

—Luego me explica eso, Jones —dijo miss Barnard—. De momento, lleve a Elizabeth a la enfermería lo más rápido posible. ¡Venga!

Advertí, sobresaltada, que las Cinco se habían reunido en torno al cuerpo de Elizabeth. O, al menos, cuatro de ellas. No veía a Lettice, pensé que se habría confundido entre la multitud. Todas permanecían quietas y en silencio, pero entonces habló Florence, y sus palabras me produjeron un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo.

—¿Está muerta? —preguntó—. ¿De verdad?

La pregunta no fue tan rara como su manera de formularla: anhelante y entrecortada. Mi sentido detectivesco se activó de nuevo.

¿Mis sospechas serían fundadas? Después de todo, si se trataba de algo más que un accidente, sería el cuarto caso del Club de Detectives. Pero, claro, sé que a Daisy y a mí no paran de ocurrirnos cosas extraordinarias, como las seis cosas imposibles antes del desayuno de la Reina Blanca.

—¡La herida es muy grave! —exclamó miss Barnard—. Debemos buscar ayuda inmediatamente.

Me quedé mirando a las prefectas de nuevo. Estaban rígidas de la impresión, pálidas y jadeantes, pero aun así sus expresiones reflejaban algo que no se limitaba al horror: parecían… aliviadas.

Tragué saliva. Todas pensábamos que Elizabeth era horrible y peligrosa. Pero en ese momento parecía ser la víctima, no la criminal.

δ

—¡Prefectas! —gritó miss Barnard de nuevo, esta vez de forma más enérgica—. Daos prisa. ¡Llevaos a las chicas a la residencia! Rápido, por favor, mientras miss Alchemy y Jones trasladan a Elizabeth a la enfermería. —A la luz de la hoguera, se la veía pálida y macilenta, pero no se desmoronó ni un instante.

Las prefectas no podían seguir ignorándola. Empezaron a guiarnos en manada, y mientras lo hacían yo me volví también, hacia miss Alchemy, que se secaba las lágrimas de las mejillas y negaba con la cabeza mientras ella y Jones levantaban a Elizabeth. Para entonces todas podíamos ver que Elizabeth no se pondría bien, daba igual lo que dijese miss Barnard. Cualquier esfuerzo de mistress Minn, la enfermera de la escuela, sería inútil. Elizabeth ya estaba muerta.

De camino a la residencia, los sollozos y las pisadas apresuradas reverberaban a nuestro alrededor, y las linternas danzaban de forma histérica sobre el camino. Todo el mundo hablaba, y yo no paraba de oír las mismas palabras: «¡Elizabeth!», «herida», «muerta», «terrible», «accidente», «nunca», «miss Bell», «asesinato».

Y ahí estaba. «Asesinato». Lo cierto es que yo no era la única que se preguntaba si de verdad había sido un accidente. Pero… pensé en ello. De tratarse de un asesinato, había una diferencia importante con el asesinato de miss Bell. Las únicas profesoras

presentes en el campo habían sido miss Barnard y miss Alchemy, y habían estado de pie delante de nosotras con Jones todo el tiempo que duraron los fuegos artificiales. Recordé que había oído a Elizabeth gritando a las Cinco para que nos alinearan a todas de nuevo tras el discurso de miss Barnard; entonces debía de estar viva, y ni miss Alchemy ni miss Barnard ni Jones habían pasado por delante de nosotras para ir a la hoguera después de eso. Quedaron descartados de inmediato.

Lo que significaba… Una de las alumnas. Si alguien había matado a Elizabeth, era otra chica de Deepdean. Pero ¿era posible? Y de ser así…, ¿quién?

9

Ya en la residencia, las renacuajas chillaban por los pasillos, y todas las demás se habían reunido en las escaleras principales, donde hablaban, hablaban y hablaban. Las prefectas intentaban atraer la atención de todo el mundo, pero, y esto resultó muy extraño, nadie les hizo caso. Por una vez, estábamos más asustadas por lo que acababa de pasar que por las Cinco, y cualquier castigo que pudieran infligimos se volvía insignificante al lado de lo que le había ocurrido a Elizabeth.

—¡Bichejos asquerosos! —gritó Una, levantando las manos, y su coronilla de cabello dorado reflejó las luces del pasillo de la residencia.

Se acercó a Florence como un vendaval. Advertí que estaba alterada, aunque hizo todo lo que pudo por parecer enfadada sin más.

Florence también estaba alterada, pero lo mostraba de un modo distinto. Con los brazos cruzados como si fuesen un cepo, entrecerró los ojos y se volvió hacia Una. La mirada fugaz que intercambiaron, cautelosa y evaluadora, me hizo cuestionármelo todo de nuevo. ¿Qué pensaban de lo que acababan de ver? ¿También barbaban un asesinato?

—¡Media hora! —gritó Florence, y se alejó de Una con un respingo—. ¡Todas en la cama a las diez, renacuajas! ¡Si no, veréis!

—Pero las niñas la ignoraron.

En ese momento advertí otra cosa: seguía faltando una de las Cinco. Por mucho que mirase, no veía a Lettice, hasta que la localicé de pie junto a la puerta principal de la residencia. Tenía el pelo alborotado, y una hoja enganchada en un calcetín, y se sacudía la ropa con dedos temblorosos, distraída. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí?

Justo entonces, sin embargo, Daisy corrió hacia las escaleras —y los cotilleos—, y todas tuvimos que seguirla. A medida que subíamos hacia el centro del parloteo, no paraban de llegarme detalles sobre la muerte de Elizabeth, ligeramente distorsionados, como ecos en una cueva: tenía la cabeza abierta; apenas presentaba marcas; el asesino era un misterio; el asesino del año pasado había vuelto (me estremecí al oír eso, aunque, por supuesto, sabía que no tenía nada de cierto: el inspector Priestley en persona nos había asegurado que estaba en la cárcel, y el inspector Priestley es la persona más franca que conozco); habían visto a un hombre que se alejaba corriendo hacia el bosque de Oakeshott justo antes de que empezaran los fuegos.

Esto último hizo que Daisy pusiera la oreja. Se volvió de golpe hacia la que lo contaba, una alumna de tercero llamada Martha Grey, y exclamó:

—¡Disparates!

Martha se puso roja y abrió la boca con timidez. Que la sofisticada Daisy Wells le hablara así resultaba abrumador.

—No… —dijo—. No es…

—¡Lo que quiere decir es que no es ningún disparate! —intervino Binny Freebody.

Binny es una alumna de tercero que da la casualidad de que es la hermana pequeña de Kitty. Es terriblemente atrevida y audaz, y nos cuidamos de parecer que nos la tomamos en serio, aunque durante nuestro primer caso, el año pasado, sí que nos proporcionó información muy útil. Creo que Daisy sigue enfadada por eso.

—Pues claro que lo es —replicó Daisy con severidad—. No has visto a ningún hombre, ¿a que no, Martha?

Martha se retorció.

—No exactamente —contestó.

Daisy enarcó las cejas hacia Binny.

—Esto es cosa tuya, ¿verdad? —preguntó—. Eres una mentirosa de cuidado, Binny Freebody, y estás haciendo que tus amigas también mientan.

—¡Yo no miento! Pero no nos creas si no quieres. Nos da igual, no vamos a volver a hablar contigo —dijo Binny—. ¡No te mereces otra cosa! Vámonos, Martha.

Se fue ofendida escaleras arriba y Martha la siguió, sonrojada todavía.

—Mira que es insufrible —intervino Kitty—. Estoy convencida de que es adoptada. Sé que no ha visto nada, y Martha tampoco.

—¿Estás segura? —pregunté—. ¿Y si es una…?

Daisy me lanzó una mirada y me tragué la palabra «pista».

—Estoy segura de que no lo es —respondió—. Las idiotas como Binny solo quieren meterse en cualquier cosa emocionante que pase. Nunca saben nada en realidad.

—Entonces, ¿no había ningún hombre? —Preguntó Habi—. Oh, ¡eso espero! ¡No me gustaría que fuese otro asesinato!

—Ja —dijo Lavinia con aire morboso—. Pero es que es otro asesinato. —Asintió hacia Daisy y hacia mí con complicidad—. Eso es lo que pensáis. No pongáis esa cara, os he visto mirándoos la una a la otra ahora mismo. Creéis que es igual que con miss Bell, el año pasado. No soy tonta.

—¡Pues claro que no! —Contestó Daisy—. ¿Dos asesinatos, en una sola escuela? Eso no pasa, y punto.

Estaba intentando ocultar nuestras sospechas, para mantener el Club de Detectives en secreto y dejar a Lavinia al margen. Después de todo, era lo que habíamos hecho el año pasado. Entonces, el secreto del Club de Detectives era de Daisy y mío. Pero las cosas habían cambiado. Habi y Kitty nos habían ayudado en Fallingford, y en el Orient Express nos había ayudado Alexander, además de la doncella de Daisy, Hetty. ¿Por qué no iba a formar parte de este caso

Lavinia, junto con Kitty y con Habi?

Sentí un hormigueo por todo el cuerpo, y dije:

—Sí, creemos que es un asesinato.

Habi parecía a punto de echarse a llorar.

—¡Hazel! —Chilló Daisy—. ¡Calla!

Sabía que Daisy quería mantener oculto el Club de Detectives y tratar este caso como si aún fuésemos la Daisy y la Hazel que éramos el año pasado, pero ahora teníamos que incluir a las demás, y yo sabía cómo llevarla a hacerlo. A Daisy le gustan los secretos, pero adora su propia inteligencia.

—Bueno, supongo que no hay forma de estar seguras —continué —. Al fin y al cabo, Elizabeth podría haberse tropezado con ese rastrillo perfectamente, como ha dicho miss Barnard.

—¡No ha tropezado! —replicó Daisy con tono acalorado—. Ese es el problema de la gente normal y corriente: miran, pero no advierten. El rastrillo estaba junto a ella, y eso no encaja. Si hubiese tropezado de lado, le habría golpeado en un costado de la cabeza, y habríamos podido ver todas la herida. Pero no la hemos visto, y eso significa que ha recibido el golpe en la nuca. El rastrillo no debería haber caído así después, no si de verdad hubiese sido un accidente. Y eso significa que no lo ha sido. Alguien la ha golpeado y luego ha dejado el rastrillo a su lado, después de que hubiese caído. Oh, porras, Hazel, ¡ya me has hecho decirlo! Ese truco te lo enseñé yo, no es justo.

Me encogí de hombros.

—Tienes que dejar que Kitty, Habi y Lavinia nos ayuden a investigar —respondí—. De todos modos, sabes que Habi y Kitty ya están enteradas de lo del club.

—¿Qué club? —Preguntó Lavinia—. ¿Es esa estupidez de…?

—¡Para! —Le espetó Daisy—. ¡No digas ni una palabra más!

Sabía que estaba enfadada conmigo, pero también sabía que tenía razón. Aunque Daisy tiene olfato para investigar asesinatos —tiene talento, del mismo modo que otras personas pueden sentarse a un piano y ver la música o saltar a un campo de juegos y

comprender cómo meter la bola en la portería—, ni siquiera ella puede investigar completamente sola.

Subimos las escaleras, dejando atrás a las Marías, unas amigas de tercero que adoraban a Daisy y que en ese momento se consolaban unas a otras en un corrillo. Yo me desvié para esquivarlas y me quedé mirando la parte desgastada del décimo escalón. Vi lo deteriorados que estaban los bordes, y que la barandilla de al lado tenía muescas y arañazos, dejados por los cientos de uñas que habían hurgado en el barniz. Cuando estoy en un caso, de pronto me vuelvo sumamente consciente, como si estuviese más lúcida de lo normal. Noté que reunía todas mis dotes detectivescas una vez más. Habíamos resuelto tres casos, podríamos hacerlo de nuevo.

10

Mientras nos preparábamos para acostarnos, pude observar el alboroto que reinaba en la residencia largo y tendido. Nadie mantenía su rutina: las renacuajas seguían despiertas, cuando para entonces ya deberían haber estado dormidas, y algunas de las mayores estaban preparándose para irse a la cama temprano con el fin de poder hablar sin temor a que las Cinco las oyeran.

A la hora de lavarnos los dientes, se produjo una melé absoluta, y tuvimos que apretujarnos las cinco en un solo lavabo. A mi lado, Habi se movía como un cachorro nervioso y emocionado (Kitty le dio un codazo y Habi chilló, pero no paró); Kitty nos guiñaba el ojo en el espejo, y Lavinia, conmigo al otro lado, me echaba el aliento caliente en el cuello y observaba a Daisy con curiosidad. Daisy nos ignoraba. Flexionaba los dedos de la mano libre como si intentara atrapar el problema en el aire, y supe que estaba preparándose para investigar, y también para dejar al margen a Kitty, a Habi y a Lavinia, pese a lo que le había dicho yo. Pero yo sabía que no podía permitírselo. Tenía que conseguir que dejara participar a las otras tres para poder trabajar todas juntas. Me cepillé los dientes con energía y pensé. Luego me llevé la mano a la carta que tenía en el bolsillo del pijama y noté que se arrugaba de manera reconfortante. Me recordaba que, aunque Daisy fuera la presidenta, el Club de Detectives era más grande que ella. Podía desautorizarla por el bien del caso.

En ese momento entró Florence en el baño. Capté un destello de su pelo rojo en el espejo.

—¡Las de cuarto ya deberíais estar de vuelta en vuestras habitaciones! —nos espetó, pero su tono no fue tan agrio como de costumbre. Seguía inquieta.

Lavinia escupió en el lavabo, sin ningún respeto. Fue una grosería, y Habi se puso nerviosa. Cuando pasamos por delante de Florence, se tambaleó a un lado y chocó contra ella. Era exactamente la provocación que Florence necesitaba, algo concreto que poder castigar.

—¡MARTINEAU! —gritó—. ¡Lo has hecho a propósito! ¡Salid al pasillo de inmediato!

Y al pasillo que fuimos, para ver que Margaret nos esperaba allí. Me dio un vuelco el corazón.

—Margaret —dijo Florence, lívida de la ira—, esta alumna de cuarto ha sido insolente. Se cree que como Elizabeth está…, no está aquí, puede hacer lo que le dé la gana. Enséñale que se equivoca, por favor.

Ante la mención de Elizabeth, Margaret se estremeció. Abrió la boca y luego la cerró de nuevo con fuerza. Al cabo de un momento, volvía a controlarse. Nos miró entrecerrando los ojos.

—A la pata coja, Martineau —dijo—. Ahí plantada hasta que yo te diga.

—Deja que lo haga yo —intervino Lavinia enseguida—. La he hecho tropezar.

—Maldita mentirosa, Temple —replicó Florence. Intercambió una mirada con Margaret—. Pero está bien, si tienes tantas ganas, a la pata coja, ya.

Eso nos sorprendió a todas. Tenemos una norma sobreentendida por la que Lavinia intenta recibir la mayor parte de nuestros castigos, y yo intento recibir el resto. Habi tiene demasiados números de llorar, y Kitty de replicar, y a Daisy nunca la castigan, pero Lavinia y yo podemos soportarlo. Normalmente, sin embargo, las Cinco dan al traste con la idea de inmediato. Que nos permitieran

compartir el castigo en ese momento —trabajar juntas, en contra de lo que habían dicho— era otra rareza de la noche.

Pero no íbamos a discutírselo. Con un bamboleo, Lavinia levantó una pierna del suelo. Todas vimos cómo se balanceaba ligeramente de lado a lado, y el rostro se le ponía morado de la concentración, hasta que Margaret se encogió de hombros y dijo:

—Para. Vale, es suficiente. Idos a vuestra habitación. Y ni una sola palabra más u os pongo a todas a imitarla.

Lavinia se enderezó de nuevo y Daisy enseguida le dio una palmada en la espalda.

—Buena actuación —dijo—. Muy bien hecho.

Lavinia sacudió el pelo enmarañado con aire complacido y enojado a un tiempo, como siempre que alguien la elogia.

Margaret se dio media vuelta a toda prisa, como si no pudiese esperar a librarse de nosotras, y ella y Florence se marcharon juntas.

—Elizabeth… —oí que empezaba Margaret, pero Florence replicó rápidamente.

—Espera. Arriba, vamos.

Daisy ladeó la cabeza tras ellas, y advertí que también lo había oído. Yo quería seguirlas, igual que ella, pero por supuesto ninguna de nosotras podía. A pesar de la nueva situación, seguíamos estando impotentes ante las reglas de la residencia. No teníamos edad suficiente para seguir a las prefectas a la planta superior, con independencia de lo que le hubiese ocurrido a la jefa.

No nos quedaba otra que irnos a nuestra habitación. La puerta se cerró a nuestra espalda, y Kitty y Habi se quedaron mirando expectantes a Daisy. Yo sabía qué estaban esperando: una reunión del Club de Detectives.

II

Me daba cuenta de que Daisy seguía sin querer ampliar el Club de Detectives.

—¡Dejad de mirarme así! —espetó a Kitty y a Habi.

—Estamos esperando órdenes —contestó Habi con entusiasmo.

—¿Qué órdenes? —preguntó Daisy.

Yo no soportaba que continuase haciéndose la tonta.

—Daisy —intervine—, ¡cuéntaselo de una vez! Tienes que hacerlo. Lo habías prometido, y de todos modos, Habi y Kitty ya lo saben.

Daisy soltó un gruñido.

—¿No dije que habría torturas medievales si alguna vez revelabais la existencia del club? —le preguntó a Habi.

—¡Ay, lo olvidé! —exclamó Habi con la voz entrecortada.

—Si vais a ser detectives de nuevo, nosotras también queremos participar —dijo Kitty—. Si no, no es justo.

—Mira —añadió Lavinia—, si lo que te preocupa soy yo, no tienes por qué. Ya sé que tenéis un estúpido club secreto del que no queréis hablarme.

Lavinia, en todo caso, tiene aún menos tacto que Kitty.

Daisy parecía furiosa.

—¿Quién se ha ido de la lengua? —preguntó—. ¿Quién?

—Bah —soltó Lavinia de un modo expresivo—. Nadie se ha ido

de la lengua. Pero tampoco soy tonta del todo. Tenéis otro club secreto, uno de detectives, y está relacionado con lo que ocurrió en Pascua.

—Es un verdadero desastre que lo hayas averiguado —dijo Daisy —. Se supone que es un secreto. Pero… ¡Porras! —Se plantó junto a su cama, de brazos cruzados, y nos fulminó a todas con la mirada—. ¡Vale, vale! Sí, existe un Club de Detectives, Lavinia. Investigamos asesinatos, y creo que lo que ocurrió anoche puede ser el comienzo de un caso nuevo. De ser así, puedes ayudamos, junto con Kitty y con Habi, pero tendrás que demostrar tu valía. Un sitio en el Club de Detectives hay que ganárselo.

Lavinia le lanzó una mirada feroz.

—Menuda estupidez —replicó—. Como vuestro…

—¡Oh, di que te unes! —la interrumpió Habi—. Es divertidísimo, aunque también es espantoso. Aunque… Ay, madre. Ojalá no haya habido otro asesinato.

—Antes de que digamos nada más, Lavinia debe pronunciar el juramento —dijo Daisy—. Y prometer que no mencionará el caso a nadie más. De hecho, debéis prometerlo todas. Es indispensable que el club no siga expandiéndose así.

—¡Lo prometo! —exclamó Habi ilusionada.

—Lo prometo —dijo Kitty, al tiempo que ponía los ojos en blanco.

Daisy se volvió hacia mí.

—De acuerdo, lo prometo —accedí, aunque sentí una punzada de inseguridad al decirlo.

—Y ahora debes pronunciar el juramento —le indicó Daisy a Lavinia—. Escúchame y di «lo juro» después:

»¿Juras ser un miembro astuto y competente del Club de Detectives e investigar con lógica los delitos que se presenten ante ti utilizando toda la inteligencia que posees, sin depositar tu confianza en los adultos, en especial la policía? ¿Juras solemnemente no ocultar jamás una pista vital a la presidenta y a la vicepresidenta del Club de Detectives, y hacer exactamente lo que te digan ellas? ¿Juras no mencionar nunca esto a ni una sola alma, viva o muerta,

so pena de torturas medievales?

Lavinia resopló, pero aun así contestó «lo juro» cuando tocaba. Creo que en el fondo se alegraba de participar por fin de nuestro secreto y noté que se regodeaba en la idea de las torturas medievales.

—De acuerdo —dijo Daisy, y por el tono advertí que no me había perdonado del todo—. Una vez establecido eso, demos por sentado que este es un caso…, que la muerte de Elizabeth ha sido un asesinato. De ser así, entonces debemos investigarlo. Club de Detectives, ha llegado el momento de celebrar una reunión. Hazel, toma nota.

Asentí. Tenía un cuaderno nuevecito esperando en el arcón, encima del suministro de bollitos de pasta de semilla de loto de este año, listo para un nuevo caso. Lo saqué con gusto. Pasé la primera hoja, en blanco, y escribí: «El asesinato de Elizabeth Hurst. Reunión del Club de Detectives. Presentes: Daisy Wells, presidenta del Club de Detectives; Hazel Wong, vicepresidenta y secretaria del Club de Detectives; Kitty Freebody, Habi Martineau y Lavinia Temple, ayudantes del Club de Detectives».

—De acuerdo —continuó Daisy—, ¿qué sabemos?

12

—Sabemos que Elizabeth está muerta —dijo Lavinia—. Ya está, caso resuelto. ¡Qué fácil!

—El caso no está resuelto —repuso Daisy, resentida—. Y si vas a mostrarte insolente, tendré que pedirte que te calles.

Lavinia y Daisy se miraron con odio. Yo contuve una sonrisa. Pensé que era bueno que alguien desafiara a Daisy de vez en cuando.

«Víctima —escribí—. Elizabeth Hurst».

—Y ha muerto en el campo de juegos —dijo Kitty—. Golpeada en la cabeza con ese rastrillo. ¿De verdad creéis que ha sido a propósito?

Asentí.

—Daisy tiene razón acerca de la posición del rastrillo. No tiene sentido que Elizabeth haya tropezado con él. ¡La posición de la herida no encaja para nada!

—Y todas sabemos que Jones nunca dejaría algo así tirado por ahí —intervino Daisy—. Es una persona muy cuidadosa y ordenada. Se enfada muchísimo cuando alguien embarra los pasillos y nunca deja una herramienta fuera de su sitio. Le hemos oído decir que el rastrillo estaba apoyado contra el pabellón la última vez que lo ha visto, y estoy convencida de que es cierto. Alguien debe de haberlo cogido, de donde lo había dejado Jones y haber golpeado a

Elizabeth con él.

—Pero ¿cómo podemos estar seguras? —insistió Kitty. Igual que en Fallingford, estaba demostrando bastante habilidad como detective.

—Bueno —dijo Daisy, con el ceño fruncido—. Todavía no podemos. Solo podemos conjeturar. Debemos incluirlo en nuestro plan de acción, para demostrar que movieron el rastrillo de forma deliberada. Vale, hora de la muerte.

—Hora de la muerte —repetí, al tiempo que garabateaba—. Recuerdo haber oído que Elizabeth nos gritaba a todas que volviéramos a la fila justo antes de los fuegos artificiales, así que ha debido de morir durante la exhibición.

—Exacto. —Daisy asintió—. Y, por supuesto, habría sido el momento perfecto, con tanto ruido y todas mirando al cielo, lejos de la hoguera.

—Han sido diez minutos —intervino Lavinia de forma inesperada —. Estaba mirando mi reloj porque me aburría. Ha empezado a las 19:40 y había acabado para las 19:50. Y no, antes de que me lo preguntéis, no he visto nada. También estaba mirando lejos de la hoguera.

—¡Como todas! —Habi arrugó la frente—. Estábamos en las filas de cada curso, y teníamos delante a miss Barnard y a miss Alchemy, junto con Jones. ¿Cómo podría haberse salido alguien de la fila para hacer daño a Elizabeth sin que sus compañeras de clase se dieran cuenta?

—¡No! —exclamé—. No todas estábamos en filas. —Alcé la vista hacia Daisy y vi que asentía de nuevo.

—Watson tiene toda la razón —dijo a las demás—. Estábamos todas en filas, menos las Cinco. Se encontraban detrás de nosotras, junto a la hoguera y el pabellón, y al lado de Elizabeth. Se suponía que una de ellas debía atender el fuego en todo momento, pero iban cambiando sin parar. Cualquiera que no estuviese de guardia habría tenido la oportunidad perfecta de hacerlo.

—Pero ¡eran sus amigas! —replicó Habi con la voz entrecortada

—. ¡Es espantoso!

—No a todo el mundo le gustan tanto sus amigas como a ti, Habi —dijo Kitty, que le dio un golpecito con el codo.

—Es cierto —añadió Lavinia—. A mí no me gusta ninguna de vosotras.

—Cállate, Lavinia —le espetó Kitty.

—¡No eran sus amigas! —dijo Daisy—. La aborrecían igual que el resto. He estado pendiente…, era cruel con ellas, igual que con nosotras. Después de todo, ¡las obligaba a hacer lo que les ordenara! No me cuesta imaginarme a cualquiera de ellas deseando asesinarla.

Era justo lo que había estado pensando yo, pero oírlo expresado de ese modo hizo que me diera cuenta, de pronto, de lo familiar que resultaba ese «las obligaba a hacer todo lo que les ordenara». Al fin y al cabo, yo…, nosotras estábamos sometidas a los antojos de Daisy. En su mente, ella es muy distinta de Elizabeth, y todas las cosas que nos pide que hagamos son buenas y perfectamente lógicas, pero ¿es del todo cierto? El mundo no es tan en blanco y negro como Daisy espera que sea, aunque ella es incapaz de verlo.

—Hemos visto a Margaret y a Elizabeth discutiendo junto a la hoguera —dije—. ¿Quizá sea importante?

—¡Por supuesto! —exclamó Daisy—. Y todas las demás también se comportaban de un modo extraño. Parecían alteradas, incluso antes de que muriera Elizabeth.

—Entonces —dije—, ¿de verdad piensas que lo ha hecho una de las Cinco?

—¡Sí! —aseguró—. Ahora debemos descubrir exactamente por qué y, a partir de ahí, quién.

—¿Cómo se supone que vamos a hacer eso? —preguntó Lavinia con desdén. Era evidente que aún no acababa de creer en el Club de Detectives.

—¡Oh, tenemos que indagar en busca de móviles, pruebas y coartadas! —contestó Habi con entusiasmo.

Daisy asintió.

—Exacto. Mañana, en la escuela, debemos recabar información de las otras chicas. Cualquiera puede haber visto algo importante. ¿Recuerdas lo que decimos?

—¡Sí! —exclamó Habi—. Vigilancia constante. ¡Hurra!

PLAN DE ACCIÓN

1. Demostrar que movieron el rastrillo a propósito, y que de verdad se trata de un asesinato.
2. Reunir pruebas sobre las cinco sospechosas: descubrir posible4s móviles y averiguar si tenían coartada para los diez minutos de los fuegos.
3. buscar pistas.

LISTA DE SOSPECHOSAS

1. Una Dichmann. Estaba cerca de la hoguera cuando han matado a Elizabeth.
2. Florence Hamersley. Estaba cerca de la hoguera cuando han matado a Elizabeth.
3. Lettice Prestwich. Estaba cerca de la hoguera cuando han matado a Elizabeth.
4. Enid Gaines. Estaba cerca de la hoguera cuando han matado a Elizabeth.
5. Margaret Dolliswood. Estaba cerca de la hoguera cuando han matado a Elizabeth. Daisy Wells y Hazel Wong la vieron discutiendo con Elizabeth antes de los fuegos artificiales.

13

Todas nos metimos en la cama y Lavinia apagó la luz. Podía oír que la gobernanta pedía silencio mientras en las demás habitaciones susurraban, conjeturaban y se preguntaban por la muerte de Elizabeth. Los ruidos cotidianos de la residencia se veían amplificados; todo se había vuelto extraño esa noche.

También escuché los ruidos de nuestra propia habitación, cuando Habi se fue con sigilo hasta la cama de Kitty, y se pusieron a hablar en voz baja. Lavinia roncaba con aire desafiante, para mostrar que no le importaba que la dejaran al margen. Daisy estaba bastante silenciosa, y yo sabía que repasaba una y otra vez los acontecimientos de la noche. Pero había una cosa más que yo quería hacer, y no tenía nada que ver con Daisy. Había llegado el momento de leer mi carta.

Me puse boca abajo y me tapé la cabeza con las mantas. En el aire cálido, cerrado y con olor a sábanas, por fin podía desdoblar la carta. Saqué mi pequeña linterna de debajo de la almohada, con cuidado de que ninguna luz se filtrase fuera, y la sostuve lo más cerca posible del papel. El mensaje de delante era muy aburrido.

Querida, prima,

Espero que estés bien. Yo también lo estoy. Llevarnos

toda la semana comiendo gachas de sémola y hemos redactado un trabajo acerca de la Revolución francesa. Georgina manda recuerdos. ¿Cómo está Daisy?

Atentamente,

Alexandra

Pero no era el mensaje de delante lo que estaba buscando. Di la vuelta al papel y esbocé una sonrisa. Una linterna, incluso una pequeña, proporciona una cantidad de calor sorprendente, y en el reverso de la carta, antes en blanco, fueron apareciendo líneas de palabras parduzcas.

¡LatHo, zelHa! darribua namaSe mostHe tosuelve.

Parecían un galimatías, pero, por supuesto, no tuve ningún problema para descifrarlo. Estaba escrito en vesre, que consiste sencillamente en invertir el orden de las sílabas. Traducido, decía así:

Escuela Weston, lunes 4 de noviembre

¡Hola, Hazel!

Semana aburrida. Hemos resuelto el misterio del hurón desaparecido (estaba, en el ancón de Jenkins, tan campante), y el menor de los Hendricks se comió tres postres del tirón y se puso malo. He dado con la respuesta al último acertijo que me enviaste, es 42. ¿Habéis encontrado algo decente que investigar? Si no, ahí va un

acertijo. La, madre de Sophie tiene cuatro hijas. La primera, se llama Abril, la segunda se llama Mayo y la tercera es Junio. ¿Cómo se llama la, cuarta? George manda saludos, es a él a quien se le ha ocurrido. ¿Cómo está Daisy?

Alexander

Leí, con el corazón palpitante y un hormigueo de emoción en los dedos, hasta que llegué a esa última línea y sentí una punzada de tristeza. «¿Cómo está Daisy?». Me recordé a mí misma que Alexander era una persona muy amable y educada. Era natural que preguntase por Daisy también. Alexander y Daisy se habían conocido al mismo tiempo que él y yo, el verano pasado en el Orient Express. Los tres habíamos trabajado juntos para resolver un asesinato de lo más desagradable, y es la clase de experiencia que uno no olvida.

Me gustaba pensar en Alexander y en su mejor amigo, George, el otro miembro de su club de detectives, los Jóvenes Pinkerton (no conocía a George, aunque lo imaginaba muy parecido a Alexander, pero más mandón), en su escuela. La veía como Deepdean, solo que llena de chicos en lugar de chicas, que comían la misma comida pesada y corrían en el mismo tipo de campos de juegos que nosotras. Antes de conocer a Alexander, pensaba que los chicos serían completamente distintos de las chicas, como si pertenecieran a otra especie, aunque ahora veo que no es cierto.

Me moría de ganas de contarle a Alexander lo que acababa de pasar, pero recordé que Daisy me había hecho jurar que no hablaría del caso. Se enfadaría muchísimo si la desobedecía, lo sabía, pero quería hacerlo. Alexander nos había ayudado antes y quizá pudiera ayudamos de nuevo. Di vueltas y más vueltas a la cuestión, con la pluma inmóvil en la mano, y finalmente, con un vuelco en el estómago debido a la culpa, tomé una decisión. No era asunto de

Daisy qué otras amistades tenía yo. Podía tomar mis propias decisiones, pensé, y si quería incluir a otro club de detectives en la investigación, Daisy no podía hacer nada para detenerme.

Pasé la página de este diario y saqué mi pluma secreta, la que estaba llena de zumo de limón. Escribiría la carta en ese momento y la echaría al correo a primera hora de la mañana.

Escuela Deepdean, martes 5 de noviembre

Querido Alexander:

Nunca adivinarías lo que ha ocurrido, o quizá sí, porque creo que tenías toda la razón cuando dijiste que el misterio nos sigue a todas partes. Ha habido otro asesinato en nuestra escuela. O, como mínimo, ha muerto alguien.

Los hechos del caso son los siguientes: después de los fuegos artificiales de la noche de las hogueras, han encontrado a la nueva jefa (esa chica horrible de la que te hablé) junto a la boquera, con un porrazo en la cabeza y un rastrillo tirado al lado. Parecía un accidente, pero de todos modos pensamos que no ha tenido nada de accidente. Las adultas están seguras de que Jones, el manitas, se había dejado el rastrillo por ahí tirado sin más y Elizabeth ha tropezado con él, pero nosotras no lo creemos. Creemos que alguien la ha golpeado a propósito. Verás, todo el mundo odiaba a Elizabeth, así que cualquiera en Deepdean habría tenido un móvil para matarla.

Pero aquí viene lo más interesante: prácticamente ninguna de nosotras, ni las profesoras, podrían haberlo hecho. Todas las alumnas estábamos alineadas en el campo de juegos por orden de curso, de cara a los fuegos artificiales, y las profesoras y Jones estaban de pie delante de nosotras, donde todas podíamos verlos. Nadie podría haberse movido de sus filas y pasar desapercibido. Las únicas personas —las únicas alumnas— que no estaban donde pudiéramos verlas eran las cinco prefectas. Se encontraban todas detrás de nosotras, cerca de

Elizabeth. Se suponía que debían alimentar el fuego, y vigilarnos a nosotras, pero cualquiera de ellas podría haberse escabullido hasta donde se encontraba Elizabeth (estaba muy oscuro, aparte de la luz procedente de la hoguera) y haberla matado. Es un horror, porque se suponía que las Cinco eran sus mejores amigas, pero ahora que Elizabeth está muerta, ninguna de ellas actúa como si estuviese triste en absoluto. De hecho, se comportan de un modo sumamente sospechoso.

¿Entiendes por qué creo que tenemos un nuevo misterio que investigar? La otras chicas de nuestra habitación —Kitty, Habi y Lavinia— nos ayudarán a Daisy y a mí, pero (ojalá) sería útil contar también con los Jóvenes Pinkerton en el caso. ¿Nos ayudaréis George y tú?

Pregunta lo que quieras e intentaré responderte.

Hazel

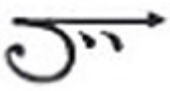
P.D.: Es Sophie, por supuesto

Las palabras se desvanecían en cuanto las escribía, así que no pude ver lo que había anotado. No obstante, me sentí mejor que en toda la noche. Así, sin más, me había abierto paso en el caso. Contárselo a Alexander había hecho que pareciera uno de nuestros acertijos. Me lo imaginaba frunciendo el ceño al leer, tirándose de las mangas demasiado cortas hasta las muñecas, y me vi sonriendo.

Apagué la linterna y me quedé acostada, con la mejilla contra la carta de Alexander.



SEGUNDA PARTE



VIGILANCIA CONSTANTE

1

A la mañana siguiente, cuando sonó la campana con la que nos despertaban, parpadeé para abrir los ojos y por un momento olvidé lo que había ocurrido la noche anterior. El conocido malestar se me había asentado en el pecho, y entonces lo recordé, y volvió a intensificarse, para verse sustituido por otra cosa. Elizabeth ya no estaba. Elizabeth había muerto. Y era posible que se tratase de un asesinato.

Bajamos a desayunar, y vi que Habi se sonrojaba. Era evidente que estaba nerviosa por la investigación. Daisy le llamó la atención, y se puso todavía más roja y bajó la mirada.

Durante el desayuno, por supuesto, en el comedor se extendían los susurros acerca de la muerte de Elizabeth. Al principio eran murmullos bajos, y las Cinco nos miraban furibundas desde sus asientos a la cabecera de cada mesa, intentando recuperar el control que habían perdido la noche anterior. Creo que todas estábamos tan acostumbradas a guardar silencio, asustadas, que nos costaba creer que las cosas hubieran cambiado. Pero entonces alguien se rio, con descaro. Todas nos quedamos inmóviles, a la espera del castigo, pero no ocurrió nada. Luego se oyó otra risa, como de tanteo, y de nuevo no ocurrió nada.

Observé con más atención a las Cinco y vi que, aunque trataran de ocultarlo, el miedo y la confusión del día anterior seguían ahí,

más fuertes que nunca. Florence, a la cabecera de la mesa de tercero, tamborileó con los dedos en la superficie de madera. Una se sacaba brillo a las uñas con tanta fuerza que pensé que se le desgastarían por completo. Vi que Margaret se pellizcaba el muslo tan fuerte que seguro que le dejaba un moratón, y Enid, aunque tenía la cabeza gacha sobre un libro, no pasó una sola página. Lettice, en la cabecera de nuestra propia mesa, estaba pálida y tensa como un arco, y desmenuzaba un trozo de tostada en el plato en pedacitos cada vez más pequeños. No la vi dar un solo bocado y, normalmente, al menos finge hacerlo. Las Cinco estaban cambiadas, y el resto de las alumnas lo notaban. Cada vez se mostraban más atrevidas, y el ruido de las conversaciones se elevó hasta convertirse prácticamente en un rugido.

Me volví hacia Daisy e intercambiamos una mirada. Me guiñó el ojo, con mucho cuidado, y le sonreí. Al otro lado de la mesa, Rose y Jose Pritchett, de la otra habitación, hablaban en susurros con Clementine.

—¡Ya nunca lo sabrá! ¡Estás a salvo! —dijo Clementine.

Sabía que se refería a Jose, que se suponía que debía haber recibido el castigo de Una a la hora de comer por no haberse acordado de cogerle el abrigo la semana pasada. A esas alturas, Una estaría demasiado distraída como para darle importancia. Los acontecimientos de la noche anterior habían cambiado a la escuela entera en un momento.

Junto con la emoción que me producía ver que las Cinco perdían su poder, la perspectiva de que empezara un nuevo caso me hizo estremecerme de alegría. Mientras nos dirigíamos a la escuela, experimenté la misma agudeza que la noche anterior. Lo veía todo: todos los grupos que susurraban, todas las miradas que lanzaban a las Cinco. El mundo entero parecía bullir de energía nerviosa, y la escuela entera parecía eufórica, como si fuese un festivo secreto. Lavinia iba levantando hojas a patadas hacia la cara de Kitty, y Kitty chillaba como una renacuaja, y arrojó un montón a la cara de Lavinia (la mayoría no la alcanzaron y cayeron sobre Habi). Eché la

carta al correo, de la forma más furtiva posible, y creo que me salí con la mía, porque Daisy estaba pendiente de Kitty, Habi y Lavinia.

Entramos por la puerta del ala antigua y nos recibió un montón de risas y chillidos. Pero la emoción tenía una cara negativa. Elizabeth no estaba ahí para controlarnos porque estaba muerta. Me resultaba evidente que todas se preguntaban quién era el culpable esta vez, y si el peligro acechaba en el pasillo siguiente, o incluso en su propia habitación. Miss Naphtaline pasó por delante de nosotras y un grupo de alumnas de tercero retrocedió y, cuando miss Alchemy entró corriendo en nuestra clase para pasar lista, incluso yo sentí que me palpitaba el pecho. Costaba recordar que, esta vez, las profesoras no eran nuestras enemigas. En este caso, ninguna de ellas podría haberlo hecho y ninguna tenía móvil.

Para los adultos, Elizabeth había sido una buena jefa. Solo nosotras conocíamos la verdad. No, en esta ocasión la asesina era una de las mayores. Era a las Cinco a quienes teníamos que vigilar.

2

En Oraciones, miss Barnard se levantó para tomar la palabra, aunque ese día no le correspondía hablar.

—Niñas —comenzó, y todo el mundo se quedó muy quieto, como si todo el salón de actos hubiese cogido aire y esperara para soltarlo de nuevo—. Niñas, lamento deciros que, tras el desafortunado accidente de anoche, los esfuerzos para reanimar a Elizabeth Hurst fracasaron. Ha fallecido. Ahora, niñas, sé que estáis todas muy alteradas por esto… Por favor, silencio, niñas, dejadme hablar… Pero quiero aseguraros que no ha sido más que un accidente muy desafortunado, a diferencia de…, bueno. No debéis alarmaros. Estáis todas a salvo. A su debido tiempo, se celebrará una ceremonia conmemorativa por Elizabeth, y debo pediros que respetéis los sentimientos de las alumnas más cercanas a ella.

Por supuesto, era una invitación para que todas nos volviésemos hacia las Cinco de nuevo. Ellas miraban fijamente al frente, y Una y Lettice incluso se secaron los ojos con el pañuelo. Estaban esforzándose mucho por fingir —para un adulto quizá parecieran las buenas prefectas que debían ser—, pero yo advertí que esos ojos estaban secos, y sentí que, tras aquel gesto solemne, bullían unas emociones muy distintas, como risas que no podían contener del todo. Ante aquella farsa, Daisy soltó un bufido de desdén, que disimuló como un estornudo tras su mano, y le di un golpecito con el

zapato.

—Por respeto a Elizabeth, el campo de juegos permanecerá cerrado hasta nuevo aviso. Ahora, durante los próximos días, espero que os comportéis como corresponde a las buenas chicas de Deepdean —continuó miss Barnard—. Proseguid con normalidad, obedeced a vuestras profesoras y prefectas, y ayudadnos a mantener vivo el espíritu de Deepdean. Espero no oír rumores estos días; tened por seguro que se castigará de inmediato a la única persona responsable de lo que le ocurrió a Elizabeth, y que no se tomará ninguna otra medida. Espero haberme explicado con claridad.

Se me encogió el corazón. ¿A qué se refería al decir «la única persona responsable»? Eso solo podía significar un hombre: Jones. Miré a Daisy y le vi la arruga en el puente de la nariz. Daisy había pensado exactamente lo mismo que yo, y tampoco le gustaba.

Entonces, de la mano del reverendo MacLimp, el órgano cobró vida y todas levantamos los libros de himnos de cualquier manera y nos pusimos a cantar.

—Estate quieta —le dijo Daisy a Habi—. ¡Vas a delatarnos!

—Pero ¿qué ha querido decir miss Barnard? —susurró Habi—. No fue un accidente, se murm…

—¡Chisss! —le espetó Daisy—. ¡Lo sé! Pero ya hemos hablado de esto: ella no lo sabe. Nunca imaginaría que otra alumna puede haber asesinado a la jefa.

Daisy, como de costumbre, tenía razón. Todo formaba parte de lo que yo había advertido antes: que los adultos nunca ven lo que ocurre realmente entre nosotras. Han olvidado lo difícil que es ser joven.

—¿Crees… que va a culpar a Jones? —pregunté, y el ruido atronador del órgano ahogó mi voz—. «Caminar por las verdes montañas de Inglaterra…», quiero decir.

—¡Uf! —dijo Daisy—. ¡Que se atreva! ¡Eso es injusto! Y el Club de Detectives no tolera la injusticia… «Cordeeeeeero de Dios, en las verdes…». Ay, Elizabeth sigue arreglándoselas para envenenarlo

todo, incluso desde la tumba. Yo…, nosotras…, debemos averiguar qué le ocurrió, para poder salvar a Jones.

—Pero ¿y si no podemos? —intervino Kitty—. Miss Barnard es una adulta. Puede hacer lo que quiera… «Ver hermosos pastos…».

—Detectives —dijo Daisy, y tenía los ojos muy azules cuando nos miró—, esa actitud es inaceptable. «¡Traedme mi lanza!». Hazel y yo hemos resuelto tres casos de asesinato, que es más de lo que consiguen nunca muchos adultos. Podemos hacer lo que nos propongamos.

—«¡Traedme mi carro de fuego!». Solo estoy siendo práctica —dijo Kitty.

—Y yo —contestó Daisy con aire enigmático—. «¡Mi espada no descansará en mi mano!». Tenemos que ir a hablar con Jones de inmediato. ¡Es crucial!

—De acuerdo —respondí—. ¡Estamos contigo! «La tierra verde y hermosa de Inglateeeeeerra».

—Hum —dijo Daisy, y noté su mirada en mí, como si fuese un animalillo que se retorciera bajo el microscopio en clase de Ciencias —. ¿Estás segura, Hazel?

—¡Pues claro que estoy segura! —dije—. ¡Justo después de Oraciones! ¡Todas nosotras!

—¡Todas nosotras! —exclamó Habi.

—¡Todas nosotras! —añadió Kitty con un suspiro.

—Supongo —masculló Lavinia, y el himno concluyó.

3

En cuanto acabó Oraciones y fuimos saliendo en filas del salón de actos, nos abrimos paso entre curso y curso agachándonos y esquivando alumnas, con Daisy a la cabeza, en busca de Jones. Nos dirigíamos al césped norte, pero no nos hizo falta llegar tan lejos, nos topamos con él en el pasillo de la biblioteca. Iba vestido con el mono sucio de costumbre, tenía el entrecejo más arrugado de lo habitual y su ojo derecho se veía más bizco que nunca. Llevaba una bolsa a la espalda y un trozo de lienzo enrollado en los brazos, y tenía el sombrero puesto.

Daisy lo miró perpleja.

—Jones! —exclamó—. ¿Adónde va?

—Me marcho, miss Daisy —respondió Jones con los hombros encorvados, y su ojo vago se movió de manera inquietante—. Ordenes de la directora.

—Pero…, ¡no puede irse! —dijo Daisy con tono estridente, sin preocuparse porque la oyeran, aunque estábamos en medio de un reguero de chicas y hablar con el manitas con tanta familiaridad es una violación terrible de la etiqueta de Deepdean—. ¡No es culpa suya que el rastrillo estuviera ahí!

—Me temo que sí —repuso Jones.

Habi dio un grito ahogado, y yo me sentí descolocada, como si me hubiesen quitado una alfombra de los pies. ¿Jones estaba

reconociendo que había sido error suyo después de todo? ¿La muerte de Elizabeth había sido un accidente y nosotras nos habíamos imaginado un asesinato sin más?

—No recuerdo haber dejado ese rastrillo allí —continuó Jones apenado—. Lo usé para recoger algunas hojas del campo ayer por la tarde, antes de preparar la hoguera, y habría jurado que lo dejé apoyado contra el pabellón antes de que llegaran ustedes. Pero claro, ahí estaba, al lado de miss Elizabeth. Debo de estar majareta, y un manitas majareta no sirve de nada en Deepdean, ¿no? Como dice miss B, quizá no debería estar cerca de todas ustedes. Así que he accedido a marcharme sin armar ruido. Sin rencor.

—¡Sin rencor! —gritó Daisy—. Pero… Jones…

—Bueno, miss Daisy, no se preocupe —dijo Jones—. No se dará ni cuenta de que me he ido. Es muy amable por su parte fingir que le importa, pero debo ir yéndome. Miss Daisy, niñas, esto… —Inclinó el sombrero hacia Daisy, asintió hacia Kitty, Habi y Lavinia, y miró con nerviosismo mi oreja, y luego siguió andando por el pasillo, hacia el ala antigua y la salida de Deepdean.

Daisy se quedó jadeando sorprendida. Por una vez ni siquiera fingía. Jones le importa, tanto porque es parte de Deepdean como (lo sé, aunque nunca lo haya dicho) por derecho propio.

—¡Es horrible! —estalló—. Esto… ¡no está bien! No fue culpa suya, ¿cómo pueden castigarlo por ello?

—Daisy, ¿va a resultar que tienes corazón? —preguntó Kitty.

—Lo que tengo es conciencia, y tú también deberías tenerla —replicó Daisy.

—Pero si él no movió ese rastrillo —dije yo, porque no pude evitarlo—, y de verdad lo dejó apoyando contra el pabellón, entonces…

—¡Fue la asesina quien lo cogió! —concluyó Daisy con aire triunfal—. Una vez más, ¡todo apunta a una de las Cinco! Se pasaron la noche yendo entre el pabellón, donde estaba la leña, y el fuego, para avivarlo. Cualquiera de ellas podría haber cogido el rastrillo junto con un haz de leña y haber golpeado a Elizabeth con él.

Ninguna otra persona podría haber cargado con ese rastrillo por ahí sin llamar la atención, y sabemos que a nadie le llamó la atención, porque nadie ha mencionado haberlo visto en un lugar extraño antes de que lo encontraran junto a Elizabeth. ¡Encaja! ¡Tiene que ser una de ellas! —Nos sonreímos la una a la otra—. Pero… Oh, qué espanto. Al usar ese rastrillo, en lugar de un tronco, la asesina debía de saber que culparían a Jones. Lo hizo a propósito, ¡para incriminarlo!

—¡Oh, no! —dijo Habi horrorizada—. ¿De verdad lo haría?

—Mató a alguien, Habi —respondió Kitty—. Incriminar a otro no es ni la mitad de malo.

Pero sí que lo era, pensé yo. Vaya, podrían haber enviado a Jones a la cárcel por ello. Era una atrocidad. Esta asesina, quienquiera que fuera, era realmente horrible. Teníamos que atraparla, era nuestro deber.

—Ahora… —empezó Daisy de nuevo.

Una apareció de pronto por el pasillo, a la zaga de un grupo de renacuajas de primero.

—¡Vosotras! —nos espetó—. ¡Las de cuarto! ¿Por qué no estáis en vuestra fila? ¡Volved inmediatamente o recibiréis un castigo!

Todas nos encogimos de manera automática. Pero entonces Lavinia se sacudió el pelo y fulminó a Una con la mirada.

—No vamos a hacerlo.

Esta vez fue Kitty quien dio un grito ahogado.

—¡Lavinia! —dijo Daisy, escandalizada.

Una se puso como un tomate.

—¡Cómo te atreves! —repuso—. ¿Es que no tienes ningún respeto?

—¿Y tú? —preguntó Lavinia con descaro—. Elizabeth Hurst está muerta. No puedes castigamos. Deberías estar de luto por ella.

Por un momento, pensé que Una iba a propinarle una bofetada. Dio un paso atrás, con todo el rostro sonrojado y la boca abierta.

—Yo… —dijo—. Yo… ¡Id con vuestro curso ahora mismo! ¡Largo! ¡Ya!

Las cinco nos volvimos y… no corrimos, porque eso habría ido contra las normas de Deepdean, sino que caminamos, lo más rápido posible, lejos de Una. Yo estaba temblando de arriba abajo, y Habi emitía pequeños gimoteos.

—¡Lavinia! —exclamó Kitty, una vez que estuvimos a una distancia prudencial—. ¿Qué te ha entrado?

—Bueno, ¿por qué deberíamos seguir haciendo lo que digan? —preguntó Lavinia, alzando la barbilla—. Tanto si creo que una de ellas mató a Elizabeth como si no, todo ha cambiado. ¿No lo notáis?

Sabía a qué se refería. Las cosas habían cambiado en Deepdean. Se habían infringido todas las normas y el poder se había revertido. El reinado de Elizabeth Hurst había terminado y ninguna de nosotras sabía qué ocurriría a continuación.

—Bueno, ha sido muy atrevido por tu parte —dijo Daisy, con el ceño fruncido—. Pero escuchad, lo que importa es Jones. Acabáis de verle. No va a luchar por sí mismo, y eso significa que tenemos que luchar por él. ¡Debemos hacerlo!

—¡Lo haremos! —afirmé para consolarla, porque parecía realmente disgustada—. Somos el Club de Detectives. Es nuestro trabajo.

4

A la hora del recreo (con rebanadas de un pastel de Madeira que estaba riquísimo), los cotilleos sobre Jones circulaban por todos lados.

—Jones se ha ido! —dijo Clementine mientras temblábamos en un corrillo en el césped norte, mirando el cielo, gris y cargado.

—Lo sabemos —respondió Daisy de modo cortante.

—Es porque fue él quien causó el accidente —añadió Clementine, pagada de sí misma por tener noticias—. Ya habéis oído a miss Barnard. Fue él quien se dejó fuera el rastrillo con el que tropezó Elizabeth.

Se me heló el corazón. Era cierto. Al pobre Jones lo estaban incriminando de verdad.

Daisy apretaba los puños a los lados de la falda. Por una vez, le estaba costando controlarse.

—¡No está bien! —dijo por fin—. El sitio de Jones está en Deepdean.

—Ja! —replicó Clementine—. Ni que fuese de los nuestros. —Y se alejó.

—¡Oh, es horrible! —exclamó Habi. Se había quedado pálida. Yo no sabía si se refería a la renuncia de Jones o al esnobismo de Clementine. Podría haber estado de acuerdo con ella en ambas cosas.

—¡No es horrible sin más! —dijo Daisy—. Es…, vaya, es insoportable. —Me miró directamente a mí, y solo había visto sus ojos más azules y más desesperados en una ocasión: la pasada primavera en Fallingford.

Abrí la boca, y entonces se oyó un chillido procedente del otro lado del césped. La pequeña Betsy North, una informante de Daisy, de segundo, agitaba algo, un pedazo de papel, en el aire.

—¡Escuchad esto! —gritó—. ¡Oh, escuchad la nota que he encontrado!

Todas nos volvimos hacia ella. Miré a Daisy y vi que se le tensaban los hombros.

—¡«Astrid Frith se tiñe el pelo»! —leyó Betsy en voz alta y con aire triunfal—. «En realidad no es rubia».

Se oyeron gritos ahogados. Todo el mundo se volvió hacia el grupo de las mayores, entre las cuales se encontraba Astrid, que montaban guardia en la entrada del pasillo de la biblioteca para impedirnos volver adentro antes de que acabara el recreo. Su pelo, rubio claro, llamaba la atención. ¿Era cierto?

Pero Betsy no había terminado.

—¡Y hay otra nota en la otra cara del papel! —gritó—. ¡Es aún mejor! «Los padres de Pippa Daventry no están casados. ¡Su padre tiene una primera esposa en Australia!». Sus amigas chillaron de asombro, pero a su alrededor el césped se había sumido en peligroso silencio. Oí a un grajo en lo alto de los árboles y lluvia a lo lejos. Pippa Daventry, otra de las mayores, se alejaba de sus amigas, negando con la cabeza.

—¡No es verdad! —dijo—. ¡Mi padre no haría eso!

—¡Lo mío tampoco es verdad! —gritó Astrid a la desesperada—. Es natural, lo es. Yo nunca…

Daisy se puso en acción. Cruzó la hierba hacia las de segundo, que se tambalearon cuando se les acercaba y les cambió la cara. Betsy parecía muy nerviosa.

—Dame eso —le ordenó Daisy.

Betsy lo sostuvo en alto, pero no se lo entregó.

—A alguien se le ha caído un papel —dijo—. Lo he encontrado al borde de la hierba, allí. Solo estoy leyendo lo que dice… ¡No tiene nada que ver conmigo!

—No seas tonta —le espetó Daisy—. Dámelo ya.

Se produjo una pausa, y luego Betsy frunció el ceño y dejó el papel en la mano de Daisy.

—Gracias —respondió Daisy con frialdad, y se lo guardó en la cartera de la escuela.

—¡Vamos! —exclamó Kitty, haciéndonos señas a las demás, y salió corriendo hacia Daisy.

El resto de las chicas miraban fascinadas. La cara de Daisy cuando se volvió hacia nosotras era tranquila, pero aferraba la bolsa con todas sus fuerzas.

—¿Qué es? —preguntó Kitty.

—¡Luego os lo cuento! —dijo Daisy con aspereza.

Eso me sorprendió. ¿Estaba evitando contestar? ¿Era posible que no supiera lo que acababan de darle? A Daisy le gusta saber todo lo que ocurre en Deepdean, se enorgullece de ello, así que llevarse una sorpresa le resultaba realmente insólito.

—No es justo —dijo Betsy—. Lo he encontrado yo. ¡Quiero que me lo devuelvas!

—¡No! —replicó Daisy. Sonó la campana—. ¡Marchaos a clase! Se acabó el recreo.

—Pero ¿qué significa ese papel? —preguntó Habi de nuevo—. ¡No lo entiendo!

—Daisy tampoco —intervino Lavinia.

La mirada que le lanzó Daisy entonces fue de ira.

—¡Ay, Dios! —exclamó Kitty—. ¡Rápido, que viene Pippa!

En efecto, Pippa Daventry avanzaba hacia nosotras con una expresión muy enfadada en el rostro, y si en ese momento no hubiese sonado la segunda campana, que indicaba el inicio de las clases, dándonos una excusa para correr hacia el pasillo de la biblioteca, lejos de la lluvia que empezaba a arreciar, no sé qué habría ocurrido.

5

A primera hora después del recreo teníamos Francés, y Daisy se ausentó de forma misteriosa. Acumula justificantes de profesoras para utilizarlos en caso de emergencia y, antes de escabullirse, me había depositado uno en la mano. Se lo entregué a Mamselle, que se pasó la clase convencida de que Daisy estaba llevando a cabo una tarea importantísima para miss Morris, la profesora de Arte, aunque, en realidad, creo que Daisy no tenía por qué molestarse. Mamselle estaba demasiado distraída por lo que le había ocurrido a Elizabeth.

—Buenos días, ninias —dijo, con ese fuerte acento que yo sabía que significaba que estaba preocupada—. Sentaos, sentaos, *s'il vous plaît!* ¡Silencio!

Pero no podíamos guardar silencio después de lo sucedido en el recreo.

Lo que nos viene bien de Mamselle es que sabe reconocer una derrota. Tras diez minutos intentando hablar del *passé composé* en un aula llena de alumnas que parloteaban horrorizadas sobre la muerte de Elizabeth Hurst y las misteriosas notas, se limitó a encogerse de hombros, anotó con tiza en la pizarra: «Escribid una redacción sobre vuestro último fin de semana» y se sentó a su escritorio con el último número de una revista de moda para damas. Aquello me produjo un escalofrío, porque, por supuesto, me recordó al año pasado, cuando murió miss Bell y las clases se fueron al

traste. Sabía, por el modo en que Mamselle pasaba las páginas, que ella se sentía igual.

Por fin sonó la campana, y todas nos levantamos de golpe. Yo estaba desesperada por saber adonde había ido Daisy y qué había averiguado.

—¡Despacio! ¡Niñas! *Lentement!* —gritó Mamselle, y nadie le hizo caso.

Salimos en desbandada al pasillo, y estiré el cuello en busca de Daisy, pero no alcanzaba a verla. Entonces, entre alumnas a empujones, oímos un grito. Provenía de dos mayores, una de las cuales sollozaba.

—¡Es Heather Montefiore! —susurró Clementine—. ¿Qué ha pasado?

—¡Han encontrado otra nota! —oí que decía una de tercero a nuestro lado—. ¡Tiene que ser eso! ¡Oooh!

—¡No es verdad! —estaba diciendo Heather en voz alta cuando nos abrimos paso hacia ella—. ¡No es verdad!

—Entonces, ¿por qué lo dice este papel? —Preguntó su amiga—. ¡Me has mentido!

—Es… ¡es un malentendido! —Gritó Heather—. Eso dice mi madre. Oh, ¿quieres escucharme?

—Tu tío está en un manicomio —replicó su amiga con furia—. Me dijiste que era un héroe de guerra, cuando en realidad desertó. ¡Qué vergüenza! ¡No volveré a escuchar nada de lo que digas!

Vale, Heather Montefiore no es especialmente amable, sobre todo este año, pero en ese momento, cuando su amiga se alejaba indignada, lo sentí muchísimo por ella. Seguía sin entender de dónde habían salido esos secretos, pero sabía que Deepdean estaba lleno de cosas terribles, cosas que nadie mencionaba, que borboteaban bajo la superficie. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué estaban saliendo a la luz de pronto?

Me volví para ver qué pensaban las demás, y vi a Daisy a mi lado, como si nunca se hubiese ido. Pero se había puesto pálida, aún más pálida que en el recreo, con apenas un leve rubor en la parte

superior de las mejillas. Conocía esa expresión, estaba enfadadísima.

—¡Cómo se atreve alguien a revelar nuestros secretos así! ¡Es horrible! Los secretos son… preciosos, ¡no deben utilizarse de esa forma! ¡No está bien y punto! ¡No!

Le apreté la mano. Me di cuenta de que esa debía ser su peor pesadilla. Le encanta pensar que es omnipotente, y le aterra no poder controlarlo todo a pesar de sus maquinaciones y la información que recaba.

—Lo resolveremos —respondí—. Siempre lo hacemos. Y descubriremos quién está detrás de esto…, me refiero a quién escribió las notas.

—¡Ah! —Exclamó Daisy—. En cuanto a eso, no es ningún misterio. En eso estaba hace un momento. Tenía una teoría y ha dado frutos.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Justo lo que acabo de decir —contestó Daisy—. He cogido el papel que ha encontrado Betsy y lo he comparado con una lista de castigadas que había clavada en uno de los tablones, una que escribió Elizabeth el lunes. La letra se correspondía.

—¿Quieres decir que los secretos vienen de Elizabeth? —pregunté con la voz entrecortada.

—¿De quién si no? Oh, vamos, Hazel, ¿no es evidente?

Yo no pensaba lo mismo. Tenía la cabeza hecha un lío cuando nos dirigimos a Matemáticas. ¡Los secretos eran de Elizabeth! Pero si alguien los tenía ahora en su poder, e iba revelándolos, ¿cómo los había conseguido? Y, una idea aún peor, de pronto fue como si Elizabeth no hubiese muerto. Todavía podía propagar su veneno por la escuela. Después de todo, no nos habíamos librado de ella.

6

Me di cuenta de que Daisy ya estaba concentrada en el caso, como un perro con un hueso (se pasó la clase de Matemáticas ensimismada y acertó todas las preguntas del examen sin querer), y yo también. Sabía que teníamos que acabar con la maldición de Elizabeth y salvar a Jones. Pero aún había que convencer a determinados miembros del Club de Detectives.

—Todavía no me habéis dicho por qué debería importarme —dijo Lavinia cuando nos dirigíamos a la residencia para comer—. ¿A mí qué si la estúpida Elizabeth está muerta y han culpado al estúpido Jones de ello? ¿Qué más da si Elizabeth anotaba secretos y han encontrado algunos?

Por supuesto, me había encargado de que Daisy informara a las otras tres de su descubrimiento sobre la caligrafía.

—Esto no va de si te importa o no —repuso Daisy—. ¡Es cuestión de principios! Y, de todos modos, los secretos son privados. No deberían difundirse. ¿Y si uno hubiese sido sobre ti?

—Pero no eran sobre mí —repuso Lavinia—. ¿A mí qué más me dan las mayores? Y, en cualquier caso, si Elizabeth estaba apuntando esas cosas, ¿por qué iba a importarme que esté muerta?

—La verdad es que la hace parecer aún más desagradable —añadió Kitty0

—¡Eso da igual! —Contestó Daisy—. No se trata de la víctima. Se

trata de hacer justicia, lo he dicho antes.

—Y aunque fuera horrible, ¡ha muerto! —gritó Habi.

Al mismo tiempo, Kitty dijo:

—Además, es la gracia del enigma, ¿no lo veis?

Yo debería haber intervenido en la discusión, pero tenía la cabeza en otra parte, en la nueva carta que pensaba escribir a Alexander. La tenía tan clara que casi parecía flotar ante mis ojos, en lugar del gris húmedo del camino, el gris lanudo de nuestros uniformes y el negro veteado de los árboles. Quería contarle todo lo que había ocurrido, a pesar de la prohibición de Daisy; después de todo, era Alexander, y era mi amigo.

Andaba tan absorta en esto que no me esperaba lo que pasó durante la comida. Había carne picada de cordero, con pudin de caramelo pegajoso de postre, y estábamos recogiendo los platos sucios (yo estaba emocionada por el postre) cuando se oyó un estallido de risitas procedente de la mesa de segundo, que supervisaba Enid.

—¡Silencio! —dijo esta, al tiempo que golpeaba la mesa con el libro de francés abierto, pero la ignoraron.

Las risitas aumentaron, y entonces Lettice se levantó disparada de su sitio con las de quinto y se dirigió a la que más se reía, Betsy North.

—¡Para! —chilló.

Las de segundo contuvieron el aliento y se recostaron ligeramente en sus asientos. Hecha una furia, Lettice da pavor.

—¿Qué pasa? Tú… North…, ¿qué tienes en la mano? ¡Dámelo!

—Pero lo he encontrado yo —replicó Betsy, que no siempre sabe lo que le conviene—. ¡Otra vez! ¡Es la segunda hoy!

Lettice se limitó a inclinarse hacia delante y le arrebató lo que fuera que tuviera en las manos. Vi que era un papel, exactamente del mismo tipo que el de antes. También estaba rasgado, igual que el primero, y no costaba adivinar que provenía de la misma fuente:

Elizabeth.

—¡Oh! —Exclamó Betsy—. ¿Por qué no deja de quitármelos todo el mundo? ¡Yo he encontrado los dos papeles!

—¿De dónde has sacado esto? —le susurró Lettice.

El color había abandonado su cara por completo. El comedor entero se había quedado inmóvil, y todo el mundo tenía la vista puesta en Lettice y en Betsy. Yo me volví hacia el resto de las Cinco. El bonito rostro de Una estaba desencajado a causa del pánico, Florence parecía enferma sin más, Margaret tragaba saliva como una rana y a Enid se la veía absolutamente demacrada. Me percaté de algo: igual que Daisy, las Cinco sabían exactamente a quién había pertenecido el papel. Y, lo que es más, lo que sabían les daba miedo. ¿Tenía algo que ver no solo con Elizabeth Hurst, sino con el misterio de su muerte?

—Este lo he encontrado en un parterre de flores —dijo Betsy—. Junto a la entrada de la residencia. Ha debido de caérsele a alguien justo antes de que pasara yo. ¡Eh! ¡No!

Había gritado porque Lettice estaba haciendo trizas el papel. Sus dedos, largos y delgados, lo rasgaron en trocitos cada vez más pequeños hasta que cayeron al suelo en una lluvia blanca.

—Recoge eso —le dijo a Betsy, en voz tan baja que apenas la oímos—. Recógelo ya, bestia inmunda. Eso te enseñará a ir cogiendo lo que no deberías.

Lo había destrozado, advertí, para evitar que nadie viera la letra de Elizabeth. Nuestras sospechas debían de ser acertadas: sería una parte del misterio, parte del motivo por el cual Elizabeth estaba muerta.

Vi que el resto de las Cinco intercambiaban miradas, y luego Florence se puso en pie.

—¡Escuchad, todas! Si veis más papeles así, debéis dejarlos donde estén. No son para vosotras, así que no deberían estar en vuestro poder. De hecho, si encontramos a alguien más con un papel como ese, os castigaremos hasta final de curso, ¡e informaremos a miss Barnard al respecto!

Debería haber sido una amenaza terrible, y lo habría sido, antes de la muerte de Elizabeth. Pero ahora me daba cuenta de que a todas en el comedor les daba igual. Querían saber qué contenía ese pedacito de papel y qué podrían contener otros que aún estaban por descubrir. La advertencia de Florence simplemente había demostrado que había más papeles y más revelaciones. Yo sabía que, después de la comida, todo el mundo saldría en busca de secretos. No servía de nada que las Cinco intentaran ocultarlos.

—¿Qué decía? —Susurró Kitty, estirando el cuello—. ¿Qué era esta vez?

—¡Silencio! ¡Nada de hablar! —chilló Lettice, pero de todos modos oí que la noticia pasaba de la mesa de segundo a la de tercero sin dilación, luego a lo largo de la fila y a otra más, hasta la persona que se encontraba en la punta de nuestra mesa.

Resultó ser Clementine. Entrecerró los ojos con gesto de concentración… y luego estalló en carcajadas.

—Pero eso ya lo sabemos —dijo—. Todo el mundo lo sabe.

—¿De qué se trata? —exclamó Habi, dando saltitos y contagiada del entusiasmo de Kitty.

—Venga —dijo Clementine, y entrecerró los ojos como un gato—, esa información es perfectamente evidente. Dice que Lavinia Temple viene de un hogar roto.

Vale, a Clementine no le gusta Lavinia (su enemistad fue la causa del caso de la corbata desaparecida de Lavinia el año pasado), y es cierto que a veces Lavinia puede ser muy bruta, pero existe una cosa llamada solidaridad entre alumnas del mismo curso, y eso iba tremendamente en contra. Clementine no debería haber revelado un cotilleo así, y mucho menos regodearse tanto al hacerlo.

Todas nos quedamos boquiabiertas, y Lavinia soltó un grito. Levantó el puño, pero, como un rayo, Kitty le agarró la muñeca y la detuvo. Se enfrentó a Clementine.

—¡Cómo te atreves! —gritó—. ¿Cómo te atreves a decir una cosa así?

—Todas sabéis que es cierto —replicó Clementine, poniendo los

ojos en blanco—. ¡No es ningún secreto!

Lavinia emitía una especie de gruñido animal grave.

—De todas formas, no importa si cierro el pico al respecto o no. Estaba en ese papel, y eso significa que ahora lo sabe todo el mundo. Correrá por toda la escuela.

—¡Oh! —Exclamó Habi, con un sollozo—. ¡Qué cruel!

—Os creéis muy especiales, las de vuestra habitación —continuó Clementine con ferocidad—. Os creéis mejores que nosotras. Cuando todas sabemos que el padre de Hazel Wong es traficante de opio, y el de Habi Martineau ni siquiera fue a la escuela, y en casa de Daisy Wells se produjo un asesinato.

Al oír eso, Daisy se limitó a empujar su silla hacia atrás, se levantó y salió del comedor. Clementine parecía satisfecha.

—Di una palabra más y dejo que Lavinia te zurre —gruñó Kitty, en un tono que no le había oído nunca—. Hazel, vámonos nosotras también.

Y las cuatro nos pusimos en pie y seguimos a Daisy. Yo estaba tan enfadada que no pensé en el pudín de caramelo más que un par de veces de camino a la salida. También iba forcejeando con Lavinia: tuve que ayudar a Kitty a llevarla a rastras, pues se había quedado rígida de la rabia.

El comedor entero nos miraba, y advertí que elucubraban acerca de todo lo que había dicho Clementine. Había olvidado cuánto duele el cotilleo cuando trata sobre ti: la cabeza te da vueltas, te arden los ojos, sufres y te sientes impotente. Desearías alargar las manos y atraparlo de nuevo, pero no puedes, y es aún peor cuando sabes que la historia no es cierta. Mi padre, como he dicho una y otra vez, es un banquero absolutamente honrado. No tocaría el opio por nada del mundo, pero no sirve de nada protestar. Según la leyenda, trafica con opio y, de alguna manera, eso tiene más peso que la verdad. El cuento del opio me ha seguido desde que llegué a Deepdean, hace dos años.

Al pasar por delante de las puertas entreabiertas de los dormitorios de segundo, con las hileras de camas bien hechas, me di

cuenta de algo. Si Elizabeth de verdad había puesto por escrito los secretos que conocía, debía de haber registrado secretos de las Cinco también. Y ahí, sin duda, teníamos los móviles de las Cinco para el asesinato. Los secretos son de lo más poderoso del mundo; yo acababa de sentirlo en el comedor.

No me costaba imaginarme a alguien matando para mantener oculto un secreto.

7

—Les daría de puñetazos —gruñó Lavinia, una vez en la habitación —. Les haría daño, les haría… les haría…

—De verdad, no digas eso —la interrumpió Kitty—. No pasa nada, Habi, sabemos que no lo hará. ¡Oh, siéntate, Lavinia, y deja de revolverte, nos han ofendido a todas!

Daisy se hallaba sentada en el borde de su cama. Flexionaba los dedos y entrecerraba los ojos, y supe que estaba concentrada en el problema de los secretos.

—Lo retiro —añadió Lavinia—. Lo que he dicho antes. De acuerdo, ahora me importa. Haré lo que queráis.

Lo que no había logrado el hecho de ver a Jones marcharse de Deepdean por la mañana lo había conseguido la escena de la comida: Lavinia estaba ansiosa por resolver el misterio.

—Claro que tenemos que hacer algo —dijo Kitty—. ¡Por orgullo de habitación! Esos horribles secretos…, lo reconozco, me equivocaba. Esta vez no es solo el enigma. Vamos. ¿Reunión del Club de Detectives?

Saqué este diario y me dio la impresión de que el crujido de las páginas hacía volver en sí a Daisy.

—Sí —contestó—. Excelente. Watson, ayudantes, tenemos que investigar. ¡Tenemos que hacerlo! Es cuestión de honor.

—¡Es cuestión de mentiras! —soltó Lavinia.

—Lo tuyo no es mentira, Lavinia —dijo Kitty.

Lavinia le puso mala cara.

—Sí, vale —reconoció—. Eso no significa que quiera que lo digan en público, ¿no?

—Pero ¿de dónde vienen los secretos? —preguntó Habi.

—Lo sabemos —respondió Daisy—. De Elizabeth. Siempre pensamos que los guardaba en su cabeza, como cuando yo…, quiero decir, como corresponde. Pero, como he confirmado esta mañana al comparar la muestra de Betsy con la lista de castigadas de Elizabeth, al parecer los anotó todos. Así que, ya veis, tenemos un móvil posible para nuestra asesina… Si Elizabeth sabía algo secreto sobre una de las Cinco, y amenazaba con revelarlo, quizá la mataron para impedir que saliera a la luz.

Lavinia frunció el ceño.

—¡Todas no pueden tener secretos! —dijo.

—¿Por qué no? —Replicó Kitty—. La mayoría de nosotras tenemos. ¿No es lo que acabamos de averiguar?

—Sí, pero, incluso si eso es verdad, ¿cómo se supone que vamos a reducir la lista de sospechosas? —Preguntó Lavinia—. ¿No es eso lo que hacen los detectives? ¿Descartar sospechosos?

—Si todas tienen secretos —dijo Daisy—, lo que, como la ayudante Freebody ha señalado con acierto, es muy posible, la única forma de descartarlas es descubriendo en qué consisten.

—¿Y cómo se supone que vamos a hacer eso? —Preguntó Lavinia, con una mueca—. Son las mayores.

—Fácil —contestó Daisy—. Debemos estar atentas a los rumores. Nunca se sabe qué detalles pueden haber dejado escapar.

—Pero ¿qué hay de los secretos que se están difundiendo ahora? —pregunté—. ¿Quién lo está haciendo? ¿Cuál es la conexión con las Cinco? —Era un problema en el que me había quedado atascada. Si Elizabeth había estado anotando secretos en alguna parte, ¿cómo salían a la luz ahora? No podía ser cosa de la asesina, sacarlos a la luz con tanta libertad, ¿no?

—No puede ser cosa de la asesina —respondió Daisy, como si me

hubiese leído la mente—. Los adultos piensan que la muerte de Elizabeth fue un accidente y que la culpa la tiene Jones, así que la asesina no necesita ir dejando caer secretos para alejar a los investigadores del rastro. No habrá ninguna investigación oficial, y nadie sabe que nos hemos hecho cargo del caso.

—¿Entonces? —preguntó Habi, con los ojos como platos.

—Entonces está ocurriendo algo más, algo que aún no entendemos. Parece muy extraño, que saquen a la luz secretos así. No tiene sentido, y eso es importante. Si algo no encaja, suele haber un motivo para ello. Es lo que Hazel y yo hemos aprendido a lo largo de nuestra carrera.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Kitty.

—Seguir con nuestro plan de acción —contestó Daisy enseguida —. Pero con algunos añadidos. Sabemos que han incriminado a Jones y que nos enfrentamos a un asesinato. Creemos que quizá sepamos por qué asesinaron a Elizabeth, porque tenía un secreto sobre la asesina y lo utilizaba en su contra. Así que, aunque debemos seguir escuchando los rumores, y reuniendo coartadas, podemos empezar a ser más precisas. ¿Qué sabemos de las Cinco? ¿Cuáles podrían ser sus secretos? ¿Y qué más podemos averiguar sobre Elizabeth y su recopilación de secretos? ¿De dónde procedían esas hojas? ¿Cuántas más había? Y, lo que es más importante, ¿quién estaba dándolas a conocer y por qué?

—Sea quien sea, tengo ganas de hacerle daño —gruñó Lavinia.

—No podemos hacerle daño de verdad —intervine—. Pero podemos encontrarla. Forma parte del plan de acción.

—En efecto —dijo Daisy, asintiendo—. Finalmente, tenemos que volver al escenario del crimen.

—Pero ¿cómo? —Peguntó Habi—. ¡No van a dejarnos subir al campo de juegos! Lo ha dicho miss Barnard.

—¡Pues claro que sí! —Soltó Lavinia con un resoplido—. Miss B solo lo ha dicho para aparentar. Le he oído decir al resto de las profesoras que mañana seguimos teniendo gimnasia y que el partido del sábado tampoco se cancela. Qué mala suerte.

—¡Oh, excelente! —Exclamó Kitty—. ¿Veis?, se nos da bien esto.
—Claro que se nos da bien —añadió Daisy—. ¡Somos detectives!

PLAN DE ACCIÓN

1. ~~Demostrar que movieron el rastrillo a propósito, y que de verdad se trata de un asesinato. HECHO. Ahora sabeos que la muerte de Elizabeth fue un asesinato.~~
2. Reunir pruebas sobre las cinco sospechosas: descubrir posible4s móviles y averiguar si tenían coartada para los diez minutos de los fuegos.
3. buscar pistas, en especial en el campo de juegos; Hacerlo mañana, en clase de gimnasia con miss Talent.
4. Averiguar los secretos de las Cinco.
5. Descubrir quién está difundiendo los secretos por la escuela y por qué.

8

Sabía lo que había dicho Daisy acerca de no hablar del caso, pero no pude evitarlo. Después de todo, Alexander ya estaba enterado de que se había producido un asesinato, así que le debía mantenerlo al corriente con lo que habíamos descubierto. Durante la clase de Inglés, con la nueva profesora, miss Dodgson, cuando deberíamos haber estado escribiendo nuestras redacciones, me puse este diario en el regazo, abierto en una hoja nueva. Saqué mi pluma especial con la tinta de zumo de limón, una de dos (la otra, por supuesto, se encuentra en la cartera de Alexander), y empecé a escribir; las letras se desvanecían casi tan pronto como las trazaba.

Escuela Deepdean, miércoles, 6 de noviembre

Querido Alexander:

El caso ha alcanzado desde que te escribí anoche. En primer lugar, parece ser que a nuestro manitas —Jones ¿te acuerdas?— de verdad le van a culpar por lo ocurrido. Le han obligado a dejar Deepdean. Sabemos que él no podría haberlo hecho. Es una persona muy cuidadosa, y nunca habría dejado un rastrillo tirado así, sobre todo cuando sabía que al anochecer estaríamos todas corriendo por el campo. Él tampoco recuerda haberlo hecho, pero como miss Barnard está convencida de que la muerte de

Elizabeth fue un accidente, le culpa a él. Yo estoy segura de que la persona que mató a Elizabeth es realmente espantosa. Está incriminando a Jones, haciendo que cargue con la culpa, y eso es terrible. Es muy injusto, y no podemos tolerarlo.

Y hay otro motivo por el que debemos resolver el caso: han empezado a encontrar secretos por toda la escuela, la clase de secretos que la gente tiene buenas razones para guardar. Están escritos en pedacitos de papel, y hemos descubierto que la letra es la de Elizabeth. Deben de ser suyos, así que estarán conectados con su muerte, pero ¿cómo han salido a la luz y por qué se difunden ahora? Tiene sentido suponer que ese es el móvil del asesinato —que Elizabeth sabía algo de una de las Cinco y la mataron para mantenerlo en secreto—, pero, de ser así, no es posible que la asesina sea quien se encuentra tras los demás secretos que se están revelando. Las Cinco están aterradas, es evidente. Han perdido el control de los cursos inferiores, y el ambiente en la escuela hoy es muy extraño.

Vamos a intentar descubrir más sobre los secretos, para averiguar qué podrían estar ocultando las Cinco, y también vamos a volver al campo de juegos en cuanto podamos, mañana, para buscar pistas. ¿Se te ocurre algo más que deberíamos hacer?

Hazel

En ese momento miss Dodgson se paseó entre los pupitres para ver cómo llevábamos el trabajo, y tuve que escurrir las hojas de la carta debajo de una redacción a medias que utilizo como camuflaje y fingir que estaba escribiendo eso. Eché un vistazo a Daisy, y me sorprendió devolviéndome la mirada, con los ojos entornados de forma levísima. Fue como si me hubiesen succionado el hormigueo del pecho. Debió de pensar que estaba trabajando en este relato, seguro. Pero ¿qué haría si descubría que, en lugar de eso, estaba escribiendo a Alexander sobre el caso? Bajé la vista todo lo rápido

que pude y me dije que tenía todo el derecho a continuar. Al fin y al cabo, era mi amigo, y otro detective.

Enseguida volví a este diario, y en la pluma de tinta azul habitual, y seguí escribiendo hasta que sonó la campana. Pero en realidad estaba pensando en otra cosa. Escribir la carta de algún modo me había ayudado a trazar un plan, uno bastante del estilo de Daisy, y quería llevarlo a la práctica.

Daba la casualidad de que las de primero tenían clase en el aula de al lado, de modo que salimos todas en tropel al oír la campana. Justo cuando el pasillo quedó realmente atestado, dejé caer los libros que llevaba en las manos, hacia Lavinia. Como sabía que haría, gruñó, asestó un codazo y (yo di un paso a un lado con toda la destreza que pude) golpeó a una de las de primero, Emily Dow. Emily se tambaleó, y entonces Lavinia (como cabía esperar de Lavinia) la empujó directamente. Emily chilló y se cayó.

—¡Lavinia! —gritó Habi, y corrió a ayudar a Emily a levantarse—. ¡No hagas eso! ¡Pobre Emily!

Por un momento, Habi se mostró feroz. Emily rompió a llorar y Habi la rodeó con los brazos con gesto protector. Me alegraba que al menos Habi no se hubiese contagiado de la crueldad de este año.

—Es Elizabeth —intervine mientras Habi y Emily se incorporaban, y Daisy y Kitty se acercaron a empujones a donde estábamos—. Por eso estamos todas alteradas. Lavinia no pretendía hacerlo. —Me sentí bastante culpable al decirlo. Todo dependía de lo que dijese Emily a continuación, y no me decepcionó.

—¡Es horrible! —Contestó Emily, limpiándose la cara—. No he parado de darle vueltas desde anoche. ¡Estábamos tan cerca, después de que terminaran los fuegos! ¿Y si hubiésemos tropezado nosotras con ese rastrillo?

—Pero… —dijo Habi, y se puso roja. Nos miró con impotencia.

—Pero no tropezasteis —concluyó Daisy de forma categórica, y Habi se recompuso.

—Fue Charlotte quien la encontró —respondió Emily, y yo pensé en lo que suele decir Daisy: que si das espacio a las personas para

que hablen, lo contarán todo sin necesidad de preguntarles—. Se… se dio un traspié con ella.

—Estaba ahí tirada, sin más —añadió Charlotte Waiting, una pequeña de primero con el pelo rubio y rizado y los ojos aún más grandes que los de Habi.

Daisy emitió sonidos compasivos y, como de costumbre, surtieron efecto.

—Fue terrible —continuó Charlotte con vehemencia—. Nos acercamos a la hoguera después de los fuegos para calentarnos las manos…, hacía un frío espantoso…, pero la prefecta que había al lado…

—Enid, ¿verdad? —preguntó Daisy como si tal cosa.

—Ah, no, era Una, acababa de echar más leña…, nos dijo que nos marchásemos. Estaba toda roja y enfadada. Así que nos fuimos más allá, hacia el pabellón, y fue entonces cuando… cuando… pisé a Elizabeth.

Me entraron ganas de vitorearla. Ahí teníamos el comienzo de los movimientos de nuestra primera sospechosa. Una había estado en la hoguera justo después de los fuegos, en el lugar idóneo para hacer daño a Elizabeth.

Un grupo de alumnas de tercero pasó por nuestro lado a empujones, riéndose tontamente de algo.

—¡Cuidado! —gritó Kitty, y una de ellas (era Binny, por supuesto) se volvió y le sacó la lengua. A continuación, las cuatro chillaron de la risa y se alejaron corriendo.

—No me gusta cómo se comportan hoy los cursos inferiores —dijo Kitty enfadada—. Vaya, si yo estuviese al mando, les…

—¡Pareces una de las Cinco! —soltó Habi con tono de reproche.

Kitty se quedó pasmada.

—¡Yo no me parezco en nada a las Cinco! —repuso con la voz entrecortada.

—¿Creéis que han encontrado otro secreto? —preguntó Emily con timidez, y ya se la veía más animada—. Yo no sabía que las mayores tuvieran tantos. Ahora me dan mucho menos miedo.

Kitty abrió la boca para replicar con desdén, se contuvo y volvió a cerrarla. Parpadeó, como si acabara de ocurrírsele algo.

—Solo están saliendo a la luz los secretos de las mayores —dijo —. Madre mía. Somos las más jóvenes sobre las que se ha revelado algo. ¿Y si quien difunde los secretos es una de las más pequeñas?

Tenía razón. Durante un momento nos miramos todas sorprendidas. ¿Habíamos hecho algún otro descubrimiento importante?

—Podría ser —contestó Daisy con aire pensativo—. Pero también es posible que se trate de una distracción. Después de todo, podría haber un montón de mayores cuyos secretos aún no han salido a la luz. Resulta que sé que Violet…

Justo entonces se nos acercó corriendo Betsy North.

—Pssst —dijo—. Información.

—¿Qué pasa, pequeña renacuaja inmunda? —preguntó Daisy en voz alta, con lo que espantó a las de primero. Luego, en un tono más bajo, añadió—: ¡Cuenta, venga!

—¡Escuchad esto! —Susurró Betsy—. Acabo de oírselo a una de tercero. Estaban al lado de Elizabeth, justo antes de que formáramos filas para los fuegos artificiales, cuando se le acercó Lettice. Estaba temblando y dijo algo acerca de unos secretos. Y Elizabeth se rio de ella. Le dijo a Lettice que «tuviera cuidado, por su salud mental». Y Lettice pareció aterrada. Se fue a toda prisa, y fue entonces cuando llegó Una, para alinearlas a todas.

—¡Oh, bien hecho! —exclamó Daisy, emocionada—. Mañana por la mañana, tendrás privilegios en el recreo, Betsy, ¡te lo prometo! Detectives, estamos empezando a recabar información importante. Ahora es vuestra misión descubrir qué más se oyó el martes.

Ese fue el comienzo de nuestra buena racha. Hablamos con todos los cursos inferiores: Daisy hizo su magia con ellas, y se derritieron. Existía un consenso general en que el comportamiento de las Cinco anoche había sido aún peor de lo habitual. Margaret había gritado a

una renacuaja de primero, justo después de que la viéramos hablando mal a Astrid. Una había castigado a dos de tercero por salirse de la fila, justo cuando empezaban los fuegos. Pero también hablamos con un montón de alumnas que decían que las Cinco no solo se mostraban crueles, sino también alteradas. Lettice tenía lágrimas en los ojos cuando repartía bengalas, y antes de eso andaba echando pestes, y gritando enfadada a cualquiera con la que se cruzase; esto nos llegó de varias personas. Enid había estado distraída, mascullando para sí sin ver siquiera a las de tercero que fingían practicar esgrima con las bengalas, aunque lo hacían justo delante de ella.

Cada una de las Cinco había hablado con Elizabeth antes de los fuegos; daba la impresión de que ella no había abandonado en ningún momento su cómoda posición junto a la hoguera. A nuestra observación de Margaret, y la de Lettice por parte de las de tercero, se sumaron tres más. Una de segundo había visto que Enid se detenía con un haz de leña en los brazos para hablar con Elizabeth junto al fuego, justo después de que todas llegáramos y nos dieran la bienvenida. Elizabeth estaba hablando enfadada con ella, diciéndole que se largase, y entonces Enid se alejó de nuevo para recoger más leña del pabellón. La de segundo pensaba que la discusión probablemente iba sobre eso: que Enid tenía que recoger leña.

—¡Siempre está tan liada con sus libros que parecía que odiara estar lejos de ellos! —dijo.

Florence tomó el relevo. Elizabeth se había vuelto y le había dicho (eso contaba la de segundo, que a esas alturas se sentía muy importante por el hecho de que unas alumnas de cuarto le prestaran tanta atención) que tuviese cuidado al recoger la leña, porque «quizá fuera demasiado pesada para ella». Esto a nosotras no nos pareció muy probable. Todo el mundo sabe que Florence es fuerte como un toro y es capaz de saltar vallas de un modo de lo más aterrador (las mujeres no pueden competir en *hockey* en los Juegos Olímpicos, ¿sabes?, así que ha escogido carrera de obstáculos como

deporte, aunque durante el curso está obsesionada con el *hockey*). Pero la de segundo se mostró muy insistente.

—¡Es lo que oí! —aseguró con tono indignado.

Yo lo anoté todo, frunciendo el ceño, pero consciente de que no podíamos descartar información solo porque pareciese poco probable. Ya lo habíamos hecho antes, a nuestro pesar.

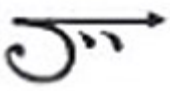
Una había hablado con Elizabeth justo antes del discurso de miss Barnard. Habíamos tenido que consultar a una alumna de quinto para obtener esta información, pues nadie más estaba lo bastante cerca del fuego en ese momento para oírlo, pero al parecer Elizabeth le había contestado enfadada. Fue algo acerca del padre de Una, creía la de quinto, y Una se puso furiosa, pero, claro, había tenido que susurrar, para no molestar a miss Barnard, de manera que la de quinto no lo oyó bien.

Martha, la amiga de Binny, seguía difundiendo su historia acerca de haber visto a un hombre que corría hacia el bosque, justo antes de que empezaran los fuegos artificiales. La acorralamos cuando nos dirigíamos a la residencia después de clase, y se sonrojó y dijo que no, que nunca había dicho que hubiera visto a un hombre, solo una figura, y que estaba muy oscuro, así que tal vez…

Contábamos con mucha información, pero no había nada que pudiéramos señalar para descartar a ninguna de las Cinco. De hecho, lo que habíamos descubierto hacía que todas nuestras sospechosas resultasen igual de probables. Lo que sabíamos con certeza era que el asesinato había tenido que ocurrir después de que comenzaran los fuegos. Lettice había estado hablando con Elizabeth justo antes, así que eso la convertía en una de las principales sospechosas, pero las demás estaban todas en la zona indicada también, y todas habían discutido con Elizabeth. Lo que debíamos hacer a continuación era descubrir por qué. Había pistas, indicios, y teníamos que tirar de esos hilos hasta descubrir la verdad.



TERCERA PARTE



El Libro de los Escándalos

1

En la cena salieron a la luz dos secretos más, en otros dos pedacitos de papel. Uno lo encontró una alumna de tercero, de camino a la residencia, y el otro, una renacuaja de primero justo delante de la residencia. Uno de los secretos ya lo conocíamos: que Alice Murgatroyd (la alumna de quinto que había ayudado a Daisy el año pasado, ahora una de las mayores) pasaba cigarrillos de contrabando; el otro no: que Sophie Croke-Finchley solo había obtenido un excelente en su último examen de piano y su padre había pagado para que le pusieran matrícula de honor.

Los susurros y risitas se extendieron rápidamente por el comedor. Alice estaba sentada de brazos cruzados, intentando aparentar indiferencia, pero a su lado había un espacio donde debería haber estado sentada Heather Montefiore, y junto a este, Astrid Frith llevaba el pelo oculto bajo un gorro de contrabando. Las mayores emanaban nerviosismo. Se habían convertido en objeto de las maldades, era a ellas a quienes se sometía a eso ahora.

Las chicas de la otra habitación de cuarto rodeaban a Sophie con aire protector, retándonos con la mirada a mencionar siquiera lo que habíamos oído. Kitty le enseñó los dientes a Clementine, y Clementine la miró con el ceño fruncido. La enemistad entre ellas era sin duda tan fuerte como siempre. Debería haberme preocupado por ello, pero no lo hice. Estaba pensando en Alexander de nuevo,

en qué diría él de todas nuestras nuevas pruebas, y de algún modo eso me hizo sentir ligera y a un tiempo llena antes de haber dado un bocado siquiera. Descubrí que no podía acabarme los últimos pedacitos de mi pastel de conejo, y Lavinia tuvo que acabarse mi plato.

—¿Qué pasa? —preguntó Habi, preocupada—. ¿Estás enferma?

Negué con la cabeza y evité la mirada de Daisy.

—¡Frith! —soltó Una—. ¡Nada de gorros en el comedor! ¿O tienes algo que ocultar?

Astrid se limitó a levantarse tragando saliva y salió corriendo de la sala. Una miró a Florence y sonrió con suficiencia, y yo me sentí indignada. Pensé que si fuese nuestro año al mando, nunca seríamos tan desagradables…, pero entonces advertí que Kitty tamborileaba con los dedos en la mesa. No, no tamborileaba, tocaba, como si estuviese al piano. Sophie emitió una especie de sollozo entrecortado y se cubrió la cara con las manos. Clementine estaba furiosa. Habi parecía disgustada y yo hice una mueca. Ni siquiera nosotras estábamos por encima de la maldad.

—Clementine —dijo Daisy de pronto—, ¿por cuántos goles perdimos con las de Headley el fin de semana pasado?

Por un momento pensé que Daisy estaba sumándose a la crueldad y estiré el brazo para pellizcarla por debajo de la mesa, con el fin de que parara. Pero entonces vi la expresión en sus ojos. Daisy, como de costumbre, no hablaba en serio. Solo estaba tramando algo.

—Dos —respondió Clementine, volviendo la cabeza—. ¿Por qué?

—¿Y cuántos goles te metieron a ti? —preguntó Daisy.

Clementine se sonrosó.

—Lo sabes perfectamente —le soltó—. Oh, no seas amargada, Daisy. No es culpa mía que el equipo pierda partidos. Oí que Florence hablaba de ello con Elizabeth justo después de que llegásemos el martes por la noche, junto al fuego. Hay alguien que no está en forma… No llegué a oírlo todo, pero sé que las cosas están a punto de cambiar.

—Apuesto a que eres tú quien no está en forma —dijo Lavinia en voz alta.

—¡Qué grosería! —replicó Clementine, que se puso muy roja de la ira—. Eres una vaca asquerosa, Lavinia Temple, ¡nada más impropio de una dama! ¡No es de extrañar, cuando ni siquiera tienes un padre que te enseñe modales!

Lavinia soltó un rugido y se abalanzó sobre ella.

Lettice se puso en pie de un salto en la punta de nuestra mesa (vi que no había tocado su comida, una vez más) y chilló:

—¡Temple! ¡Vete a tu habitación ahora mismo! ¡Estás castigada!

Vi que le temblaban las manos, se le veían los huesos muy rojos y finos, y pensé de nuevo en ella.

Lavinia se encogió de hombros.

—Ni siquiera me importa —dijo, empujó su silla hacia atrás y salió a toda prisa del comedor hacia el dormitorio.

Habi se levantó corriendo para seguirla, así que tuvimos que ir todas detrás. Con el ambiente que reinaba en el comedor ese día, nadie se molestó en detenernos.

Mientras subíamos a toda prisa por las escaleras, me pregunté de qué habrían estado hablando exactamente Elizabeth y Florence la noche de los fuegos, cuando Elizabeth había dicho que la leña quizá fuera «demasiado pesada» para Florence. Clementine debía de haber oído la misma conversación que esa alumna de segundo, pero algo más. Y lo que había oído era extraño. Elizabeth no había sido especialmente deportista, ni había mostrado mucho interés en esa parte de la vida de Deepdean. ¿Por qué iba a preocuparse de pronto por el equipo de *hockey* la última noche de su vida?

2

Cuando entramos en la habitación, Lavinia estaba sentada en su cama. Tenía los ojos enrojecidos.

—Estoy bien —dijo con la voz ronca—. Pero cuando averigüemos quién ha hecho esto, yo… me la como.

—¡No lo hagas! —exclamó Habi.

—¡Está hablando metafóricamente, Habi! —replicó Kitty.

—Ah, ¿sí? —dijo Lavinia.

Daisy suspiró.

—Dejaos de metáforas. Lo que ha pasado en la cena…

—¿Qué ha pasado en la cena? —preguntó Habi.

—Florence —respondimos Daisy y yo a un tiempo.

Noté el clic entre nosotras y supe, justo entonces, que estaba pensando lo mismo que yo.

—Clementine la oyó hablando con Elizabeth sobre el equipo de *hockey*. ¿Y si tiene alguna conexión con el secreto de Florence? Quizá ocultara algo relacionado con el equipo o el entrenamiento para las carreras de obstáculos.

—Sí, pero… ¿cómo se supone que vamos a saberlo con seguridad? —preguntó Lavinia—. Podemos conjeturar todo lo que queramos, aun así no descartaremos a nadie.

—¡Pero sus secretos deben estar escritos en pedacitos de papel, como los de las otras chicas! —dijo Habi de pronto—. Lo único que

tenemos que hacer es encontrarlos.

Daisy sonrió satisfecha.

—¡Muy cierto! Y creo que conozco el lugar perfecto para comenzar la búsqueda —dijo—: el dormitorio de las Cinco. Si tienen algún secreto en su poder, lo más probable es que lo hayan escondido allí.

—Pero ¿no hemos dicho que los secretos provenían de una de las pequeñas? —preguntó Kitty—. ¡Esto no tiene sentido!

—Los casos nunca tienen sentido hasta que haces que cobren sentido —soltó Daisy—. Debemos seguir investigando.

—Oh, yo no quiero entrar en la habitación de las Cinco —dijo Habi—. Es peligrosísimo. ¡Y va contra las normas de la residencia!

—Si crees que es peligroso, entonces no es necesario que participes —contestó Daisy—. Hazel y yo nos enfrentaremos a esto juntas.

Me dio un vuelco el corazón. Había estado pensando…, bueno, que Daisy podría haber sido capaz de decir lo distraída que estaba yo en la cena, y por qué motivo. Pero ahora me sonreía, y sentí que le devolvía la sonrisa. Nos iluminábamos la una a la otra, como si conformásemos un circuito eléctrico.

—Pues sí que cometéis delitos, para ser detectives —dijo Lavinia.

—Yo no cometo delitos —replicó Daisy—. Atrapo a los delincuentes. No te confundas.

Lavinia puso los ojos en blanco, pero, antes de que pudiera decir algo más, sonó la campana de Deberes, y tuvimos que irnos corriendo sin aclarar exactamente cómo esperaba Daisy que nos colásemos en la habitación de las Cinco.

Durante Deberes, escribí a Alexander de nuevo. «Querido Alexander, creo que estamos avanzando con el caso…». Escribí y escribí, tapándome con el brazo para ocultar el hecho de que lo que estaba haciendo no era en absoluto un trabajo de historia ni un problema de matemáticas.

Alcé la cabeza de golpe y vi que Daisy me observaba. Tenía los labios apretados, bajó la vista de mi cara al cuaderno y volvió a levantarla. Me quedé inmóvil y sentí que mi cara me delataba. ¿Daisy… lo sabía?

Como siempre, una de las Cinco se encargaba de Deberes, pero, por suerte para mí, era Enid. Como he dicho antes, Enid es nuestra mejor baza para una plaza en la universidad este año (verás, no todas nuestras chicas mayores van a la universidad. A la mayoría solo las presentan en la Corte y proceden a casarse con lores sin barbilla). Trabaja sin descanso, con la cabeza siempre metida en un libro, y eso significa que puedes hacer prácticamente cualquier cosa cuando Enid se encarga de Deberes. Aunque sí que me aceleró el corazón estar tan cerca de una de nuestras sospechosas. ¿Y si Enid era la asesina? ¿Y si decidía hacernos daño también a nosotras? Me entraron escalofríos solo de pensarlo.

Pero entonces miré a Enid con los ojos, en lugar de con la imaginación, y vi lo pequeña que era, lo pálida que estaba y cómo amigaba el ceño al leer. ¿De verdad podría haber levantado ese pesado rastrillo y haberlo dejado caer sobre la parte posterior de la cabeza de Elizabeth con suficiente fuerza para matarla?

Esta tarde tenía un libro de historia delante. Había oído que mencionaba un examen importante antes, y por su expresión estaba muy concentrada en ello. Fruncí el ceño hacia ella, y pestañeó con los ojos desenfocados y volvió a bajar la vista. «Distraída —pensé, y luego—: con su trabajo». Y sentí una conexión entre nosotras, porque, aunque he aprendido a esconderlo en la escuela, a mí también me encanta aprender.

Entonces noté un codazo en la parte baja de la espalda. Me llevé la mano atrás de manera automática y palpé el papelito que me pasaba Kitty.

«Festín de medianoche —decía, en la letra de Daisy—. Ultrasecreto. Ya sabes qué hacer».

Era una tapadera, lo entendí de inmediato. Daisy no propondría un festín de medianoche en un momento como este sin una buena

razón. Pero ¿por qué no me lo había dicho antes? ¿Qué significaba? Me sentí confundida.

3

Volví a la habitación, me cambié y fui a lavarme los dientes, pero solo podía pensar en Daisy. Aún estaba intentando comprender por qué había planeado un festín de medianoche sin decírmelo. ¿Por qué haría tal cosa? No podía tener relación con la carta de Alexander, ¿no?

Mientras nos lavábamos los dientes, supervisaban Lettice y Florence, y sentí la desconfianza en el ambiente. Había tantas cosas que no se decían… Comprendí mejor que nunca que todos los momentos de unidad entre las Cinco no eran más que una fachada. Tras ella, se hallaban divididas.

—¡Daos prisa, monstruitos, o Lettice se va a volver majara! —dijo Florence, y Lettice se estremeció y dio un paso atrás.

—¡No grites, Florence! —dijo con una vocecilla aguda y furiosa—. Tienes que cuidarte, ya sabes.

Florence le lanzó una mirada de odio absoluto y di gracias porque pudiéramos escaparnos a nuestra habitación. Pero, de todos modos, quería saber desesperadamente lo que Lettice y Florence se dirían cuando estuvieran solas. Y en ese momento, como si la idea hubiese saltado directamente de la mente de Daisy a la mía, supe lo que tenía pensado hacer.

Volvimos a hurtadillas a nuestra habitación, pasando casi desapercibidas (en el otro dormitorio de cuarto estaban riñendo por

las notas de los exámenes de Sophie), y apagamos la luz.

—¿Qué hacemos ahora? —susurró Habi.

—¡Esperar! —susurró Daisy—. ¡Esperar a que las cosas se calmen!

De modo que esperamos. Oí que la residencia bullía a mi alrededor: cañerías y gritos y golpes de puertas al cerrarse y de ventanas al abrirse (como ya he dicho antes, a la gobernanta le gusta mucho el aire fresco, incluso en invierno). Todo creaba un ritmo vivo que me tranquilizaba.

La residencia suspiró, una puerta más se cerró con un susurro y se hizo el silencio.

—¡De acuerdo! —murmuró Daisy, y se incorporó en la cama como un rayo.

Kitty también se irguió.

—Oh, ¿es la hora del festín? —preguntó Habi, que se sentó de un bote y encendió su linterna con entusiasmo.

—En efecto —contestó Daisy—. O al menos es la hora de que me proporcionéis una tapadera. Vosotras celebraréis el festín de medianoche mientras yo investigo. Estoy a punto de correr un riesgo terrible por el bien de esta investigación.

—¡Oooh! —exclamó Habi, que rebuscó en su arcón y desenterró una caja enorme de caramelos blandos y otra de delicias turcas—. ¿Tú sola?

—Ah, no quiero poneros a ninguna en peligro —dijo Daisy, y su voz tenía un dejo extraño.

Se me encogió el corazón. ¿Qué estaba haciendo Daisy? En primer lugar, no me había hablado de su plan, y ahora parecía dejarnos —dejarme a mí— al margen. Ese mismo día, Daisy había dicho que nos encargaríamos de esa parte de la investigación juntas. ¿Qué había cambiado?

—Pero ¿y si yo quiero correr el riesgo? —pregunté—. He corrido al menos el mismo peligro que tú. Deja que vaya contigo.

Ahí estaba ese dejo extraño de nuevo. Y entonces…

—Ah, si no hay más remedio… —contestó Daisy enseguida—.

Puedes quedarte en la ventana a vigilar.

—¡No! —repliqué—. Quiero ir contigo, hasta la habitación de las Cinco. Es ahí adonde vas, ¿verdad?

Daisy frunció el ceño.

—Sí, tienes razón —reconoció a regañadientes—. Voy a subir a la habitación de las Cinco. Voy a espiarlas. Me apuesto lo que quieras a que llevan todo el día esperando para hablar en privado. Es el momento perfecto, y tengo intención de estar ahí para oírlo.

Habi dio un grito ahogado, e incluso Kitty se quedó un pelín boquiabierta.

—Sabes que yo debería estar ahí —dije—. Después de todo, yo sé taquigrafía, y tú, no. Puedo tomar notas.

Estoy orgullosa del hecho de haber adquirido bastante destreza en taquigrafía a lo largo de los últimos meses.

—Cierto —respondió Daisy—. Pero… No estoy segura de que la cañería aguante a dos.

Advertí la burla. Sé que disfruto de los bollos, pero Daisy también, solo que a ella se le nota menos.

—Bueno, no me voy a caer —dije.

—Yo tampoco —repuso Daisy, con frialdad. Era muy extraño, casi parecía que estuviéramos discutiendo. ¿A qué venía eso?—. Bueno, ¿estás lista? Vosotras tres, sacad vuestras cosas para el festín de medianoche enseguida. Confiamos en que nos cubráis. Si aparece alguna de las otras chicas, decidles que nos hemos ido a gastar una broma, y si es la gobernanta, estará demasiado ocupada confiscando cosas para darse cuenta de que nos hemos marchado. Volveremos en cuanto podamos.

4

Abrimos la ventana. La noche era muy oscura y ventosa. A nuestra espalda, Habi estaba colocando las cosas del festín de medianoche sobre la alfombra. Con los nervios, se le cayeron y dijo:

—¡Oh! Lo siento. Volveré a dejarla de una pieza…, mira…

—Habi, ¡esa tarta de frutas es de Fortnum! —le reprochó Kitty—. Me la ha mandado mi abuela, no puedes tirarla sin más.

Asomé la cabeza fuera, a la fría brisa, y deseé poder ir a sentarme al lado de Habi y comerme esa tarta. Ni siquiera pondría reparos a los restos de suciedad del suelo. Pero Daisy, con el pelo recién trenzado y los calcetines enrollados, ya estaba apoyando la mano en mi hombro para auparse hasta el alféizar. Se quedó allí en cuclillas un momento, con las piernas dobladas y los dedos aún aferrados a la tela de mi pijama, y se tambaleó, de modo que jadeé y saqué la mano para sujetarla.

—Suéltame, Watson —dijo con aspereza—. Estoy a salvo. He hecho cosas mucho peores. Vaya, el año pasado subí hasta lo más alto del Árbol Secreto. Ni siquiera Bertie lo ha hecho nunca y se supone que se le da bien trepar. ¿Sabes que se ha unido a una especie de club de escalada de medianoche en Cambridge? Vamos, no es ni la mitad de bueno que yo. ¡Solo porque es un chico!

—¡Daisy! —exclamé, al tiempo que la soltaba.

—¡Deja de armar tanto alboroto! —dijo Daisy. Volvió la cabeza

para mirarme, y vi que le brillaba la cara de emoción. Parecía haber olvidado estar enfadada conmigo durante un momento, pero yo seguía con el estómago revuelto. Algo iba mal entre nosotras, lo sabía—. Bueno, ¿estás lista? Estamos a punto de embarcarnos en una misión de lo más emocionante y trascendental.

Tragué saliva y asentí.

—Hazel —añadió Daisy, y se inclinó hacia delante hasta que su nariz quedó casi a la altura de la mía y me miró a los ojos fijamente —. Watson… Club de Detectives para siempre, ¿sí?

—Club de Detectives para siempre —contesté, y me dio un vuelco el corazón a causa de la culpa. Daba la impresión de ser una prueba, pero no sabía si la había pasado.

—Bien —dijo Daisy, apartándose—. Iré yo primero. Espera cinco minutos, luego sígueme. Vale, deséame suerte.

Y con un solo movimiento rápido, se puso de pie en el alféizar, se giró, se dobló hacia delante y saltó hasta la cañería. Por un momento de puro horror pensé que no lo había logrado, pero luego se oyó un leve sonido metálico, muy propio de una dama, y vi que se estaba agarrando a la cañería, rodeándola con los brazos y las piernas como un mono. Entonces empezó a ascender.

Subió y subió; el blanco de sus calcetines destellaba como un semáforo. Por un segundo noté el corazón en la garganta cuando alcanzó el alero del tejado, pero lo superó como un gato. Ya no la vi más. El dormitorio de las prefectas está arriba del todo, y su ventana queda oculta para nosotras por el borde del tejado, así que no me quedaba otra que esperar. No podía concentrarme en nada que no fuera lo que tenía por delante. Por una vez no pude ni esbozar una carta en mi cabeza.

Esperé durante lo que me parecieron cinco años, que fueron tan solo cinco minutos según mi reloj de pulsera, y luego me tocaba seguirla. Me metí el cuaderno en el pijama, respiré hondo y me asomé por la ventana.

5

Estiré el cuello hacia arriba. Daisy había hecho que pareciera fácil, nada peligroso, como si trepar por la pared de un edificio en plena noche invernal inglesa para ir a espiar a cinco sospechosas de asesinato fuese lo más normal del mundo. No lo era. Cuando me lancé hacia la cañería, la alcancé por los pelos y me aferré a ella a duras penas, entre ruidos metálicos y temblores, durante un minuto que me pareció eterno. Empecé a ascender, y me dolían las piernas y los brazos se me agarrotaban, y mis dedos arañaron la pintura desconchada de la cañería. Sentí que se me estremecía todo el cuerpo, pero no podía ni parar ni soltarme, así que me aupé hacia arriba, centímetro a centímetro, intentando no hacer demasiado ruido ni resbalar ni llorar. Por fin, y pensé que nunca llegaría el momento, palpé el borde del tejado y me aupé a rastras hasta ponerme a salvo, con los nervios a flor de piel.

Hasta entonces, no había visto el tejado de la residencia más que desde la carretera, y tenía una impresión de lo más vaga de él como un tejado con una forma normal. Ahora que me encontraba en lo alto, sin embargo, era como si no hubiese un lugar plano en todo el tejado. Era todo picos, pendientes y torreones, y estaba segura de que, si me soltaba un segundo siquiera, caería rodando sin más. También sabía que a Daisy no le habría supuesto ninguna dificultad. La verdad es que tiene un equilibrio sorprendente. Por eso se le da

tan bien Buenos Modales.

Una vez que me hube enderezado (temblando), la busqué, pero me vi sola. Daisy no me había esperado. La habitación de las prefectas estaba en el otro lado de la residencia, de manera que tuve que reptar por el tejado yo sola; de pronto me pareció igual de grande que el mundo y el doble de confuso. Estaba intentando desesperadamente no respirar de forma demasiado ruidosa mientras rodeaba poco a poco un saliente especialmente puntiagudo, cuando vi que ahí mismo, delante de mí, tenía el pico de la ventana de la habitación de las Cinco. En cuclillas junto a ella, como el ángel de una lápida, estaba Daisy. Se hallaba doblada hacia el otro lado, con la cabeza gacha, de modo que le vi el pelo, más claro en la oscuridad, y el contorno de los dedos, aferrados a las tejas. Me acerqué con sigilo y le di un empujoncito en el hombro, y ella me lo devolvió de manera automática, sin mirarme. Ya estaba escuchando, así que saqué este cuaderno y presté atención yo también.

Nos ayudó, una vez más, la obsesión de la gobernanta con el aire fresco. Como todas las ventanas de la residencia, la de las Cinco estaba abierta, y el viento que soplaba, que me levantaba el vello de los brazos y me hacía estremecerme (Daisy permanecía inmóvil como una estatua), también transportaba su conversación hasta nuestros oídos.

Y era una conversación que valía la pena escuchar. Debía de haber empezado antes de que yo llegara, incluso antes de que llegara Daisy, pero en ese momento se hallaba en pleno apogeo.

—¡Nos odian! —Esa era Lettice, en voz alta y preocupada—. Desde que Elizabeth…, algo ha cambiado, ¿no lo habéis notado? No aceptan órdenes.

—Oh, déjalas —dijo la voz de Florence, con un resoplido—. No pueden hacernos daño.

—Sí que pueden —intervino Lina—. Si supieran…

—Yo no quiero hablar de esto —espetó Enid—. ¿No podemos irnos a la cama?

—No hasta que hablemos del Libro de los Escándalos de

Elizabeth —contestó Florence.

Tanto Daisy como yo advertimos que sus palabras hacían mella. Enid siseó, y Lettice emitió un gemido. Daisy se incorporó, y yo me incliné un poco más. ¿Qué quería decir? ¿Qué era el Libro de los Escándalos?

—¿Qué pasa con él? —preguntó Una con frialdad, y capté el modo en que ella y Florence se hacían con el mando de las Cinco, ahora que Elizabeth había muerto, intentando llenar el espacio que había dejado sin acabar de conseguirlo. Tomé nota junto a los trazos de taquigrafía.

—¿Qué pasa con él? —repitió Enid con sequedad, al ver que Florence no respondía—. ¿No sabes que están diseminando páginas del libro por toda la escuela? ¿Quién lo está haciendo? ¿Quién lo tiene? ¿Es una de vosotras?

Se produjo un silencio.

—¿No lo tiene ninguna de nosotras? —preguntó Lettice—. ¿De verdad?

—¿Estarían saliendo a la luz esos secretos si fuese una de nosotras? —soltó Florence—. Lo ha encontrado otra persona, de alguna manera. Debió de caérsele a Elizabeth del bolsillo el martes por la noche. Después de todo, ese mismo día había estado mofándose de nosotras con él. O…

—O lo robaron —dijo Una.

—¡Tenemos que recuperarlo! —exclamó Lettice—. ¡Debemos hacerlo! —Parecía estar dejándose llevar por el pánico.

—¿Y cómo propones que lo hagamos, Lettice? —preguntó Enid—. ¿Nos acercamos a la ladrona y se lo pedimos amablemente? «Perdona, ¿podrías devolverme nuestros secretos?». Estás loca si crees…

—Parad —intervino Una—. Si no recuperamos el libro, todas sufriremos las consecuencias. Debe de ser alguna de las más pequeñas. Ya habéis visto lo rebeldes que han estado. Y no se ha revelado ninguno de sus secretos.

—Yo vigilaría a las de segundo —dijo Enid—. Sobre todo a Betsy

North.

—Ah, sí —añadió Margaret—. Ella encontró las primeras páginas. Y si no es ella, una de las de primero. Son unas descaradas.

—Bien —contestó Florence—. Vigiladlas a todas. Castigadlas si es necesario. Debe de tenerlo una de ellas, y lo recuperaremos. Tenemos que permanecer unidas hasta que esto se aclare. ¡Oh, Elizabeth! Ni el accidente ha impedido que sus secretos salgan a la luz.

—¡Accidente! —soltó Una—. ¿De verdad crees que fue un accidente?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lettice con la voz ahogada.

—Pues claro que no fue un accidente —intervino Margaret mordazmente—. Queríamos renunciar como prefectas, dejar de ayudarla. Ya no queríamos hacer lo que ella decía, lo dejamos bastante claro. E iba a castigarnos por ello. Lo habría hecho, si no hubiese muerto. Una suerte para nosotras, ¿no?, que no tuviera ocasión.

Se produjo un silencio frío, muy frío, mientras calaban las palabras de Margaret. Yo escribía tan rápido que los símbolos se desdibujaban.

—¡Yo no la maté! —exclamó Lettice con tono estridente—. ¡Yo nunca lo haría!

—Huelga decir que ninguna de nosotras va a reconocerlo, de cualquier modo —dijo Enid tras una pausa.

Lettice emitió un sonido extraño, como si estuviera a punto de echarse a llorar. Yo me estremecí y una teja se deslizó de pronto bajo mis pies.

Di un grito ahogado y Margaret inquirió:

—¿Qué es eso? ¿En la ventana?

—¡Hay alguien ahí! —gritó Florence. Oí un mido, y luego un traqueteo. Florence debía de estar asomando la cabeza. Entonces añadió—: No es nada. Habrán caído unas hojas de algún árbol. Está todo bien.

Luego cerró la ventana con fuerza, y nuestro acceso a la

conversación se interrumpió de golpe.

6

—Hazel —dijo Daisy con la voz entrecortada—, ¡el Libro de los Escándalos! Oh, pero… ¿cómo, Hazel, cómo ha podido ocurrir? ¿Cómo podía haber un libro, un libro real de secretos, en Deepdean? ¿Cómo es posible que no me haya enterado?

Me aferraba el brazo con verdadera fuerza.

—¡Daisy! —exclamé—. ¡Daisy! ¡Au!

—Calla, Hazel, esto es importante. ¡Hazel, un libro! —Se tambaleaba, como si hubiese recibido un golpe, y supongo que así había sido. El mundo de Deepdean se había abierto de golpe ante ella. Toda una parte de la escuela era una sorpresa para ella—. ¡Tenemos que encontrarlo! —Daisy estaba haciendo mucho ruido, y me alegré de que la ventana estuviera cerrada—. Tenemos que quitárselo a quienquiera que lo tenga. ¡Tenemos que hacerlo antes que las Cinco!

—Por supuesto —dije, intentando tranquilizarla.

—Pero, Hazel, no lo entiendes, ¡tenemos que hacerlo!

—¡Lo sé! Daisy, estaba escuchando.

—También tenemos que entrar en la habitación de las Cinco, mañana, mientras están fuera. Debemos asegurarnos de que el libro no está ahí dentro, de que no están mintiendo. Al fin y al cabo, una de ellas estaría mintiendo acerca del asesinato.

—Pero no creo que estuvieran mintiendo acerca del libro —

respondí pensativa—. Si una de las Cinco mató a Elizabeth para impedir que divulgara su secreto, y estoy segura de que alguna lo hizo, entonces, ¿por qué iba a empezar a sacar a la luz los secretos de otras chicas? Después de todo, la asesina no necesita desviar las sospechas hacia otra alumna de Deepdean. Miss Barnard cree que la muerte de Elizabeth fue un accidente, así que, aparte de nosotras, nadie está buscando a una asesina. Es lo que pensamos, que no tiene sentido que ellas se pongan a difundir secretos de otras personas.

—Sí, Watson —contestó Daisy—. Todas parecían realmente asustadas, ¿no? Todas tienen secretos, y todas conocen los de las demás, eso está claro. Si sale a la luz el secreto de una, ella puede arrastrar a las demás. Así que otra persona tiene el libro. Sí que parece que estemos lidiando con dos crímenes separados, lo cual es sumamente interesante. Madre mía, ¡qué caso más complejo! Nos enfrentamos a una asesina y a una ladrona.

—Volvamos abajo —dije yo. Estaba empezando a temblar de verdad en medio de la noche—. A contárselo a las demás.

—Sí —contestó Daisy con aire distraído. Supe que su cerebro estaba trabajando como una calculadora; en medio de la emoción del caso, se le había olvidado ser seca conmigo—. De acuerdo. Voy yo primero.

Sin esperar respuesta, corrió por el tejado, moviéndose con rapidez y elegancia. Oí un sonido metálico y un traqueteo mientras Daisy bajaba por la cañería, y luego un ligero ruido seco cuando pisó el alféizar de nuestra ventana. Esperé de nuevo, y luego trepé por la tubería yo misma y bajé con torpeza. Estaba tan distraída que estuve a punto de perder pie dos veces, y apenas me importó. No había olvidado cómo se había estado comportando Daisy, incluso si ella sí lo había olvidado, y también me preocupaba la conversación de las Cinco.

Pisé el alféizar y ahí estaba la ventana abierta, con la cortina ondeando en la brisa. Volví a la habitación, cálida y acogedora, con un jadeo de alivio. Unas manos se extendieron para agarrarme —

Habi y Kitty— y estaba a salvo de nuevo.

7

—¡No me puedo creer que hayan estado a punto de cogeros! —exclamó Habi.

—¡No es verdad! —replicó Daisy, y dio un gran mordisco a la tarta. Las dos estábamos envueltas en mantas, con un plato de tarta cada una en el regazo. Yo tenía los dedos pegajosos a causa de las delicias turcas y me apoyaba contra la cama de Habi—. Estábamos a salvo, en serio. A los espías nunca los cogen, no si son realmente buenos. Y yo soy una espía excelente. Y, de todos modos, ¡mirad lo que hemos descubierto! El Libro de los Escándalos.

Daisy y yo habíamos contado lo que habíamos averiguado: que existía algo llamado el Libro de los Escándalos y que había desaparecido, y que no estábamos buscando solo a una asesina, sino también a una ladrona.

Habi se estremeció.

—¿Y si las Cinco encuentran a la persona que robó el libro? ¿Qué harán?

Siguió un largo silencio. Di un gran bocado a la tarta y me atraganté un poco. ¿Y si las Cinco descubrían quién había estado revelando los secretos antes que nosotras? Sise trataba de una renacuaja, como pensaban ellas, ¿cómo podía esperar hacer frente a las Cinco y cómo iba a permanecer a salvo de la asesina? Me estremecí. Por una vez, no éramos nosotras quienes corríamos el

mayor peligro, sino la ladrona desconocida.

—Solo tenemos que encontrarla nosotras primero —dijo Daisy con tono enérgico.

—Ah, claro —murmuró Lavinia.

—¡Lo haremos! —insistió Daisy—. Somos muy buenas encontrando cosas, ¿a que sí, Hazel? Realmente excelentes. Debemos dedicar todos los esfuerzos posibles a buscar el libro. Y debemos hacer algo más que hemos planeado: ahora que hemos confirmado que las Cinco tienen secretos, debemos descubrir cuáles son exactamente.

Vi que Kitty se espabilaba al oírlo.

—Y la forma más fácil de hacerlo es mantenerlas vigiladas. Mañana, entre clase y clase, debemos seguirles la pista. Es bastante sencillo, en realidad: somos cinco para cinco. Yo me quedo con Enid, Habi con Florence, Kitty puede quedarse con Una y Lavinia con Lettice. Y, Hazel, tú te encargas de Margaret.

Pensé en ello. Como siempre, Daisy es astuta con la gente. Florence no notaría la presencia de Habi, Lavinia es demasiado torpe para poner nerviosa a Lettice, y Kitty y Una tienen el mismo tipo de actitud desdeñosa hacia las más pequeñas. ¿Encargarme a mí a Margaret era una pulla, me estaba llamando lenta y sosa? Tragué saliva con tristeza y volví a centrarme en el caso. Daisy se había agenciado a Enid, lo cual era interesante. Siempre le gustaba seguir a la persona a la que consideraba la sospechosa más probable. ¿Era posible que tuviese razón? No estaba segura. Como había pensado antes, Enid parecía demasiado pequeña y apocada para golpear a nadie por encima de la cabeza.

—¡Oooh! —dijo Habi, revolviéndose—. ¡Qué emocionante!

—¡Es fundamental que las vigilemos! —insistió Daisy—. Debemos reunirnos en el recreo para comentar qué hemos averiguado. Una vez que conozcamos sus secretos…, vaya, ¡prácticamente habremos encontrado a la asesina!

Daisy siempre consigue que las cosas parezcan muy fáciles.

δ

Al día siguiente, en Oraciones, los rumores acerca de la muerte de Elizabeth —su asesinato, como aún había quien susurraba— no cesaban, y vi más claro que nunca por qué estaban tan seguras las Cinco de que el Libro de los Escándalos lo tenía una de las más pequeñas. Estas andaban atolondradas, dándose codazos y mirando a las mayores con mucho más descaro del que se habrían atrevido a demostrar el martes. Las mayores, en cambio, estaban calladas, hurañas, nerviosas. Las que ya eran objeto de cotilleo —Astrid, que no paraba de tocarse el pelo con nerviosismo; Heather Montefiore, pálida y desdichada— se encorvaban avergonzadas, y todas las demás estaban casi igual de mal. Yo sabía por qué. Era porque todas temían ser la siguiente.

De pronto los cursos inferiores tenían el poder, y ellas eran conscientes. Era como si todo el sistema de Deepdean se hubiese invertido, con las renacuajas seguras de sí mismas y los cursos superiores temblando. La capa de oro que bañaba a las mayores se había resquebrajado y había revelado que lo que había debajo no era más que carne y hueso después de todo, como en el resto de nosotras. Supuso una sorpresa y, esa mañana lo comprendí como nunca, ese era el poder de los secretos. Podían cambiar a una persona, cambiar la imagen que tenías de ella en tu cabeza. Hasta ayer, todas sabíamos que Sophie Croke-Finchley era un prodigio de

la música, pero ahora la mirábamos y veíamos a una chica nueva, una que no pensaba en valses. Si los secretos eran ciertos o no apenas tenía importancia. El rumor sobre mí era mentira, y estaba casi segura de que el pelo de Astrid era dorado natural, pero daba igual. Una vez que se había dicho, no había forma de retirarlo.

Supongo que es algo que Daisy hace mucho que comprendió, y por eso estaba tan alterada tras lo ocurrido en Fallingford en primavera. Ella explota su reputación, y no puedes explotar una reputación que se ha manchado. Me imaginé los secretos del Libro de los Escándalos goteando uno tras otro y elevándose para llenar la escuela de rumores.

Miss Barnard estaba leyendo los anuncios.

—Chicas —dijo—, se ha decidido que la ceremonia conmemorativa en honor a Elizabeth tendrá lugar el sábado por la mañana aquí, en el salón de actos. Entretanto, habrá un libro de condolencias abierto en mi despacho, para que todas las que queráis firméis. Yo también estaré disponible para cualquiera que desee hablar de Elizabeth. Entiendo que es un momento difícil para muchas de vosotras y, aunque sé que la escuela seguirá adelante, todas debéis sentir mucho esta pérdida.

Una vez más, no reconocí en absoluto a la Elizabeth del discurso de miss Barnard, la Elizabeth a la que se extrañaba y cuya vida debería ser celebrada. Esa era la Elizabeth que había conocido ella, pero la Elizabeth cuya muerte estábamos investigando había maquinado y herido hasta que la habían matado por ello.

Entonces atronó el órgano y empezamos a dirigirnos en fila hacia clase. Cuando salíamos del salón de actos, me escabullí de nuestra fila hasta la de al lado, la de las alumnas de tercero, que Margaret guiaba al exterior. Tenía la cara sonrojada. Me pregunté si las palabras de miss Barnard eran lo que la había alterado. Como de costumbre, Binny y sus amigas hablaban entre susurros, lo que causaba revuelo, y Margaret, al oírlo, se volvió enfadada.

—¡Vosotras! —gruñó—. ¡Parad ya!

Las de tercero se callaron un momento, luego prosiguieron los

susurros. Cuando Binny rio con disimulo y murmuró algo, vi que Margaret cerraba los puños y apretaba la mandíbula, y le brillaron los ojos. Estaba al borde de las lágrimas. ¿Significaba eso que, después de todo, estaba disgustada por la muerte de Elizabeth o que era culpable y se arrepentía de lo que había hecho?

Me aseguré de continuar siguiendo a Margaret cuando dejó a las de tercero en la puerta de su clase y enfiló el pasillo de la biblioteca, hacia el ala de las mayores. Se secó los ojos con el jersey y se estrujó los dedos, tan absorta en sus pensamientos que no advirtió mi presencia.

Entonces, algo más adelante, atisbé a Astrid Frith. Vi que Margaret se sobresaltaba: al fin salió del pozo en el que se había sumido. Aceleró para alcanzar a Astrid y, cuando lo hizo, Astrid dio un brinco y se detuvo en seco. Yo retrocedí y, rondando junto a una ventana, fingí que buscaba algo en mi cartera.

—¿Qué quieres? —preguntó Astrid.

—¿Por qué iba a querer algo? —dijo Margaret, en voz tan alta que alcancé a oírla sin problemas, aunque permanecí unos diez prudentes pasos por detrás de ella—. Yo solo… A ver, ¿estás bien?

—Estoy perfectamente —repuso Astrid con acritud—. ¿A ti qué te importa?

—A ver —repitió Margaret—, yo… quería decirte que el martes por la noche…

En ese momento apareció Lettice. Lavinia merodeaba a su espalda. Y era una chapuzas. Se hallaba demasiado lejos para oír nada, a medio camino del pasillo, toqueteándose las uñas y bostezando.

Margaret avistó a Lettice y se quedó parada.

—Me refiero a lo que te dije entonces —añadió en voz alta. Le había cambiado el humor de forma brusca, como si hubiese accionado un interruptor—. La verdad es que tu pelo parece completamente artificial.

Astrid dio un grito ahogado, con el rostro contraído.

—¡Oh! —Se le trabó la lengua; luego se dio la vuelta y se marchó

a toda prisa, casi corriendo.

Lettice asintió hacia Margaret, pero, aunque Margaret le devolvió el gesto, tenía el rostro rígido.

—Es la única manera —dijo Lettice.

—¡Calla! —replicó Margaret con desconsuelo, y estuve más segura que nunca de que habría dicho algo muy distinto si Lettice no hubiese llegado.

Pensé en lo que habíamos visto la noche del asesinato. Margaret se había desvivido por mostrarse cruel con Astrid entonces, y estaba haciéndolo de nuevo en ese momento, pero al mismo tiempo sentí que en realidad Astrid no le desagradaba en absoluto.

Sonó la campana de clase y tuve que darme prisa para no llegar tarde a Latín.

9

Esa mañana, las clases fueron como pausas en una frase pronunciada en voz alta. La mayor parte de lo que recuerdo la pasé merodeando al pie de las escaleras que llevan al ala de las mayores, fingiendo que no veía a Lavinia, a Kitty y a Habi mientras lo hacía, e intentando no intercambiar miradas con Habi mientras ella me sonreía y se movía nerviosa al verme. Apenas vi a Daisy; se le da irritantemente bien esta parte de la investigación, mientras que a mí no me gusta nada seguir a la gente. Es una verdadera lata. Esta misión era aún más frustrante de lo habitual. Las Cinco son mayores y eso significaba, según las normas de Deepdean, que podían ir a sitios a los que una alumna de cuarto sencillamente no puede. Había tantas cosas que sabía que me estaba perdiendo que me rechinaban los dientes.

Pero, a pesar de que me esforcé en oír algo útil de verdad, lo que vi fue casi más importante. Las Cinco se evitaban unas a otras, en tensión y con desconfianza, pero aun así no paraban de volver las unas a las otras. La pérdida de Elizabeth había unido al grupo con el pegamento más horrible. Todas sospechaban de las demás y no podían decirlo. Eso hacía que se odiaran unas a otras, pero se necesitaban más que nunca.

Vi que Enid susurraba algo al oído de Lettice que hizo que se pusiera pálida y saliera corriendo. Vi que Una murmuraba algo a

Florence que hizo que Margaret, al oírlo, enrojeciera de ira. Vi que Kitty y Habi tienen su propio lenguaje privado y lo celosa que pone eso a Lavinia, aunque lo esconde tras su irritabilidad general. Vi que tanto Kitty como Lavinia quieren que Daisy les preste atención, y se esfuerzan por lograrlo (mientras que Habi simplemente da por sentado que Daisy no va a prestarle atención y ha aprendido a no hacer caso). Y, una vez más, vi el modo nuevo y extraño en que me miraba Daisy, como si tuviese algo en mente que no pudiera pronunciar en voz alta. Este caso, me pareció, empezaba a ser tanto sobre nosotras como sobre las Cinco.

En el recreo, nos reunimos en el césped norte, donde saboreamos nuestros rollitos con pasas.

—Vale, detectives —dijo Daisy—. ¿Qué habéis descubierto? Y, si no habéis visto nada, es que no mirabais como es debido.

—Yo he visto algo —contestó Kitty—. O, bueno, creo que es posible que lo haya visto. Una está de un humor terrible. Odia que las más pequeñas les falten al respeto. Ha intentado castigar a unas de tercero, pero no le han hecho caso. Luego, después de Latín, ha habido algo más. Miss Naphtaline se ha acercado a hablar con Una. Tenía el *Times* debajo del brazo, debía de haberlo leído. «Estas leyes nuevas de Herr Hitler», ha dicho. «Muy pulcro…, no cabe duda, ¿no? Su padre estará satisfecho, miss Dichmann».

—¿Qué leyes? —susurró Habi.

—Sobre los judíos —susurré en respuesta. Desde el verano, he adquirido bastante interés en Europa, y lo que está ocurriendo en Alemania en particular, aunque no porque me guste. Oír hablar acerca de ello me produce malestar, pero aun así no puedo mirar a otra parte—. En Alemania hay un montón de cosas que ya no puedes hacer si eres judío, y Hitler y los nazis están haciendo una lista especial con todos los judíos, para que no haya ningún error sobre quién puede hacer cosas y quién no.

—Eso no está bien —dijo Habi, frunciendo el ceño—. ¿Estás segura? ¿Por qué iban a hacerlo?

Yo no sabía cómo responder, así que me limité a encogerme de

hombros.

—¿Y? ¿Qué importancia tiene? —preguntó Lavinia.

—Es que Una parecía a punto de morirse —aclaró Kitty—. Y he pensado…, bueno, que quizá fuera importante. ¿Sabes que su padre es un alto cargo del Gobierno de Hitler? Suele alardear de él, pero hoy no lo ha hecho. Y he pensado que quizá sería importante.

—¡Ah! ¿Recordáis lo que dijo esa de quinto, que Elizabeth estaba hablando con Una sobre su padre el martes por la noche? —intervino—. ¿Y si el secreto de Una es sobre su padre y los nazis? ¿Y si no está tan unido a ellos como aparenta?

Kitty parecía complacida.

—Es lo que pienso yo —dijo—. Encaja… y, ay, ¡si hubieseis visto la cara de Una! Estaba aterrada.

Daisy le dio una palmada en la espalda.

—Ayudante Freebody, ¡excelente trabajo! —dijo—. Bien hecho. Bueno, ¿quién más?

Todas vacilamos. Resultaba difícil ser la siguiente.

—Lettice no come —soltó Lavinia—. Acabo de robarle el rollito y no se ha dado ni cuenta. —Lo sostuvo en alto para enseñárnoslo.

—Sí, bueno, no come nunca, ¿no? —contestó Kitty—. Pero no es ningún secreto.

—¿Cómo es que no pasa hambre? —preguntó Habi—. Siempre me lo he preguntado. Está tan delgada…

Kitty la rodeó con el brazo.

—Oh, Habi —dijo.

—También anda buscando papel —continuó Lavinia—. Se abalanza sobre cualquier pedacito que encuentra, y luego, cuando ve que no son secretos, da la impresión de que no sabe si alegrarse o estar aún más asustada. El único momento en el que ha dejado de buscar ha sido para mantener una aburrida conversación sobre un vestido que le están haciendo.

—¡Un vestido! —exclamó Kitty—. No es un vestido cualquiera. Te refieres al vestido de su puesta de largo, para su presentación en la Corte, en enero. He oído hablar de ello. Se lo están confeccionando

especialmente en Londres, la misma modista que viste a la reina. Será de satén melocotón, con un lazo y…

Lavinia fingió bostezar con grosería.

—¡Es lo que he oído! —replicó Kitty con tono desafiante—. Solo informo al respecto. Este verano incluso ha ido a una escuela de élite en Suiza, en Lausana, creo, para prepararse como es debido para el baile.

—Si vuelvo a oír hablar de ese vestido, vomito —dijo Lavinia, que iba metiéndose pedacitos del bollo robado en la boca—. Ha hablado de ello con tres personas distintas. ¡La misma conversación! Y nada de su secreto en absoluto.

—¿Habi? —preguntó Daisy al tiempo que alzaba una ceja. Era evidente que las habilidades detectivescas de Lavinia no la habían impresionado.

—Florence es muy rápida —respondió Habi, sonrojándose—. No he llegado a… A veces no podía…

—Reconócelo, no podías seguirle el ritmo —soltó Lavinia.

—¡No! —dijo Habi—. Quiero decir… A veces, sí. Sé que va como una loca por toda la escuela cuando hay otras personas, pero, cuando está sola, respira.

—¿«Respira»? —dijeron Daisy y Kitty al unísono.

—Respira —repitió Habi—. Se para y respira. Así. —Se llevó la mano al pecho y soltó el aire, apoyándose contra Kitty, a un lado.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Kitty con escepticismo.

Daisy la miraba con los ojos entrecerrados. Casi podía verla pensar.

—¡No lo sé! —dijo Habi—. Eso es lo que ha hecho. Era como si no se encontrase bien. Pero el resto del tiempo andaba dando zancadas como si nada y gritando a la gente sobre botones de arriba y castigos y cosas, así que quizá lo he entendido mal.

—¡Eh! —intervino Daisy—. Eso es interesante. ¿Y si Florence en realidad no está bien? Esto… puede que sea importante. Bueno, Hazel, has estado muy callada. ¿Qué has descubierto?

—Esto… —dije—. Margaret… Creo que está pasando algo entre

ella y Astrid. Se han encontrado en el pasillo, y estaban hablando del martes por la noche, pero, en cuanto ha llegado Lettice, han parado.

—¿Qué pasa? —dijo Daisy, muy atenta—. Lavinia, ¿por qué no lo has mencionado?

—Yo no lo he visto —contestó Lavinia con un suspiro—. De todos modos, ya te lo ha contado Hazel.

—Ha sido extraño —añadí—. Margaret estaba siendo bastante amable con Astrid, pero luego, en cuanto ha visto a Lettice, le ha soltado algo horrible y Astrid ha salido corriendo. En realidad, ha sido más o menos como lo que ocurrió el martes.

—¡Interesante! —exclamó Daisy—. Muy interesante. Bueno, ¿os cuento lo que he visto que hacía Enid?

—¿Trabajar? —preguntó Lavinia con tono sarcástico—. ¿Como siempre?

—Estaba intentando trabajar —dijo Daisy—. Pero se la veía muy distraída. No paraba de entrar y salir a toda prisa de habitaciones y, mientras miss Naphtaline estaba ocupada hablando con Una, se ha pasado casi cinco minutos en el aula de Historia. Cuando ha salido parecía de lo más culpable.

—¿Y? —preguntó Lavinia de nuevo.

—Y —dijo Daisy— es interesante, eso es todo. Quizá esté buscando el Libro de los Escándalos también, pero, de ser así, tiene mucho cuidado de que las demás no se enteren.

—¡Oh! —exclamé yo al recordar algo—. Las mayores tienen un examen de Historia importante la semana que viene. ¿Y si Enid no estaba buscando el Libro de los Escándalos? ¿Y si andaba detrás del examen de miss Naphtaline?

—¿Quieres decir que crees que podría estar haciendo trampas? —susurró Habi.

Daisy asintió, con las mejillas sonrojadas.

—¡Cuadra! —coincidió—. Imaginadlo. Una tramposa, en Deepdean. Una tramposa, ¡haciendo trampas para llegar a la universidad! Vaya, es terrible.

He advertido algo curioso acerca de los ingleses y las trampas.

En Inglaterra, cuando haces trampas, se convierte en algo más que el mero hecho de hacerlas, se convierte en parte de quien eres.

—Pero no puedes saber si es verdad, ¡a menos que la cojas in fraganti! —dijo Kitty—. Solo estamos especulando, en realidad.

—Kitty tiene razón —dijo Lavinia—. Te estás inventando cosas. ¿Investigar es siempre así?

—No estamos especulando —replicó Daisy enfadada—. Estamos teorizando. Y tenemos cuatro teorías: que Enid es una tramposa; que el padre de Una no está tan unido a los nazis como ha ido contando ella; que Margaret y Astrid comparten alguna clase de secreto; y que algo va mal con la salud de Florence. Ahora lo único que tenemos que hacer es demostrar que nuestras teorías son ciertas, y para eso necesitamos registrar la habitación de las Cinco, como ya os dije. Debemos hacerlo lo antes posible. La única sospechosa con la que no hemos hecho ningún progreso es Lettice, así que es especialmente importante que registremos su zona de la habitación. Nunca se sabe qué pistas podemos encontrar.

Entonces sonó la campana del final del recreo. Habíamos adelantado con el caso, estábamos cada vez más cerca de los secretos de las Cinco. Mientras nos abríamos paso a través de la multitud hasta el pasillo de la biblioteca, ya estaba redactando otra carta en mi mente. Me volví hacia Daisy, esperando que me sonriera, pero en lugar de eso la pillé lanzándome una mirada muy severa. Se me revolvió el estómago. Pensaba que Daisy y yo volvíamos a estar bien después de esta mañana, pero al parecer no era así. Y, si no era así, podía imaginar por qué.

10

Durante el resto de la mañana, no paré de experimentar una sensación de lo más desagradable, como si me robaran todo el aire, como si hubiese cometido un error espantoso que no podía corregir. ¿De verdad estaba Daisy al tanto de las cartas de Alexander? Y, de ser así, ¿de verdad podía odiarme por ello? Seguro que no. Pero, claro, tenía la prueba delante de mis propios ojos. Algo iba mal con ella.

No ayudaba el hecho de que hubiese salido a la luz otro secreto. Este lo había encontrado tirado en el camino a la residencia Alma Collingwood, de tercero, y era el más escandaloso hasta la fecha.

—¡Emmeline Moss mató a su hermana gemela! —exclamó Kitty con la voz entrecortada—. Al parecer fue cuando eran muy pequeñas. Las dos estaban de pie junto a un estanque, Emmeline la empujó y su hermana se ahogó.

—¡Oh! —gritó Habi, con los ojos anegados de lágrimas—. ¡Oh, qué horror! ¡No puede ser cierto! Debe de ser un error.

—¡Eso decía el secreto! —contestó Kitty.

—¡No tiene por qué ser verdad! —repliqué—. Algunos de los secretos del libro son mentiras. ¡Ya sabéis que está ese sobre mi padre!

Kitty pareció sentirse culpable.

—Ah —dijo—. Lo olvidé…, bueno, supongo que no todos son

ciertos. Pero la mayoría, sí.

Entramos en la residencia por la puerta principal. Nos llegó una vaharada de pastel de carne de ternera y riñones, pero por una vez el olor me hizo sentir náuseas en lugar de hambre.

En ese momento, la misma Emmeline Moss, una alumna de quinto con el pelo oscuro y el rostro fino, salió a empujones por la puerta. Tenía lágrimas en los ojos. Alguien se rio en el vestíbulo, fue un sonido desagradable, y todas las demás se volvieron hacia la puerta, y hacia nosotras. De nuevo sentí lo horrible que podía ser el cotilleo, tanto si tenía algo de cierto como si no. A partir de entonces, resultaría imposible ver a Emmeline y no pensar en su gemela, preguntarse si había sido un accidente.

—¡Oh, han traído el correo! —dijo Habi.

Me volví hacia nuestros casilleros y vi que Daisy giraba la cabeza de golpe también. Había una carta para Kitty, una para Clementine y… una para mí, con la letra que tan bien conocía.

—¿Qué es eso? —me preguntó Daisy, a mi espalda, como si tal cosa.

—Nada —respondí, y noté que me sonrojaba—. Vámonos a comer.

—Pero tienes una carta —dijo Habi—. ¡Mira!

Me quedé paralizada.

—Es de mi prima —dije. De repente me estremecí de arriba abajo.

—Hazel Wong, tú no tienes ninguna prima —repuso Daisy. Se adelantó, cogió la carta de Alexander por el borde y la balanceó entre los dedos—. Así que ¿de quién podría ser?

Sentí que me ponía como un tomate.

—¡Sí que la tengo! —aseguré, y la seguí mientras franqueaba la puerta del comedor, esforzándome por no arrebatarle la carta—. Solo que no sabes de ella.

—Eso no es verdad —replicó Daisy, y pequeñas manchas rosas aparecieron en lo alto de su mejillas—. Sabes que no. Y me doy cuenta de cuándo mientes.

—¡No estoy mintiendo! —exclamé, y volvieron a arderme las mejillas.

—Sí que mientes —susurró Daisy, y ocupó su asiento en la mesa, demasiado lejos para que yo la alcanzara—. Te conozco, Hazel Wong, te conozco perfectamente y sé qué has estado haciendo.

—No, no lo sabes —dije, y se me hizo un nudo en el estómago.

Para entonces la mesa entera nos observaba. Odiaba la expresión ansiosa del rostro de Clementine. Presentía que empezaba una nueva historia, más rumores acerca de mí, y todo sería culpa de Daisy.

—¡Pues claro que mientes! ¡Has estado escribiendo a un chico, Hazel Wong! ¡Llevas todo el semestre haciéndolo y pensabas que no me daría cuenta! —Bajó la voz—. Solo dime que no le has hablado del caso —susurró—. No lo has hecho, ¿verdad?

Me sentí mareada y tenue, como si planeara por encima de nuestras cabezas como uno de los fantasmas a los que invocábamos en nuestros rituales con el tablero de güija. Aquello no podía estar ocurriendo.

—Yo… —dije—. Pero… él también es detective, ya lo sabes, yo solo…

Daisy se puso blanca.

—¡Has roto el juramento del Club de Detectives! —susurró—. ¿Cómo has podido? Tú…, ¡enemigo!

—No. Daisy… —Las palabras me salieron a trompicones.

—Y lo peor es —dijo Daisy al final, en voz muy baja, aunque capté todos los movimientos que hacía su boca— que ni siquiera le gustas de ese modo, Hazel.

Le di una bofetada. Mi mano se movió sola, como si fuésemos dos partes de un imán. Oí el ruido seco, luego el gemido de Habi. Daisy no emitió sonido alguno.

Todo el comedor se quedó boquiabierto, y entonces Florence se levantó de la cabecera de nuestra mesa y gritó:

—¡Parad DE INMEDIATO! ¡Wells! ¡Wong! —A continuación se llevó la mano al pecho y vi a qué se refería Habi con lo de la

respiración. Tenía la cara pálida y en ese momento habría creído que de verdad estaba enferma.

Pero apenas pude pensar en eso. La sensación de mareo era peor que nunca, y me levanté, agarré la carta de donde la había dejado caer Daisy, encima de la mesa, y salí a toda prisa al pasillo. Corrí escaleras arriba —alguien me gritó, pero no hice caso— y, antes de que me diera cuenta, estaba en el armario de la colada en el que tiempo atrás Daisy y yo habíamos celebrado nuestra primera reunión del Club de Detectives. Entré a gatas en el espacio más bajo, entre las sábanas recién lavadas que olían a fresco y almidonado. Guardamos una linterna extra ahí. La saqué y la aferré, junto con la carta y este cuaderno. ¿Cómo podía haberle hecho eso a Daisy? ¿Cómo podía haberme hecho Daisy eso a mí?

Abrí la carta de Alexander sin miramientos, la calenté contra la linterna, con los dedos temblando, y leí.

11

Escuela Weston, miércoles
6 de noviembre, por la tarde

Querida Hazel:

¿En serio?, ¿un asesinato en Deepdean? Pues sí que os sigue el asesinato. Por supuesto, si tu crees que fue un asesinato, te creo. George y yo estamos de acuerdo en que no pudo haber sido Jones, así que debió de incriminarlo una de las prefectas. No podría haberlo hecho nadie más, está claro, la verdad, es perfecto, salvo porque va a ser dificilísimo reducir el número de sospechosas. ¿Alguna tiene coartada? ¿Conocéis sus móviles? Supongo que las pistas serán especialmente importantes en este caso. ¿Ya habéis sido capaces de volver a la escena del crimen? Ojalá estuviésemos ahí con vosotras. Prestad atención a los cotilleos también. Nunca se sabe quién pudo haver visto algo importante... ¿Qué dice siempre Daisy? «Vigilancia

constante». Buena suerte y mantennos informados. Te he escrito lo más rápido que he podido y lo he enviado con el correo de vuelta.

Alexander

Arrugué la carta contra mi rodilla. Era justo lo que quería leer —Alexander debía de haber leído mi carta ayer por la tarde, y respondió de inmediato con el segundo correo—, pero, de todos modos, había sido la causa de la riña más terrible que habíamos tenido Daisy y yo. Sus palabras regresaron flotando a mi mente: «ni siquiera le gustas de ese modo, Hazel». Me ponía furiosa. Alexander y yo éramos amigos, eso era todo. ¿Por qué tenía Daisy que ser tan cruel y retorcerlo para convertirlo en algo horrible?

La puerta del armario de la colada se abrió con un chirrido y me quedé inmóvil. Pero entonces…

—¿Hazel? —susurró Habi.

—Aquí —susurré en respuesta, aliviada, y Habi se coló en el interior como un animalillo. Se acurrucó cerca de mí y, al cabo de un momento, me dio unas palmaditas en el brazo—. Hola —dijo—. ¿Estás bien?

—Sí —contesté con tristeza—. No.

—No creo que Daisy hablara en serio —dijo Habi—. Tampoco creo que tú quisieras responder así. Kitty está muy enfadada con ella por haberse metido contigo. ¿De verdad estabas escribiendo a un chico?

—Daisy siempre tiene que tener la razón —respondí—. Y sí, a Alexander. ¿Recuerdas que te hablé de él? Lo conocimos en verano en el tren.

—Ah, me acuerdo —dijo Habi—. Parecía simpático. Todo irá bien. Lo sé. Daisy y tú sois amigas, para siempre.

Yo no estaba segura de eso, pero no quería herir los sentimientos

de Habi diciéndolo.

Permanecimos un rato sin hablar, con la cabeza apoyada la una en la otra. Sentí que se me relajaba la respiración y el corazón se me calmaba en el pecho. Habi era un enorme consuelo.

Y entonces volvió a abrirse la puerta del armario de la colada.

Estuve a punto de abrir la boca para preguntar «¿Quién es?», pero algo me hizo detenerme, por si se trataba de Daisy. Y, un momento después, me alegré aún más de haberme quedado callada, porque la persona que cruzó esa puerta no fue Daisy, sino Florence.

Vi sus desgastados zapatos marrones y sus piernas, muy largas y semejantes a troncos (por todo el deporte que practica, por supuesto), con finos pelos rojos, y percibí su olor, a hierba y ejercicio. A continuación entró alguien más tras ella. Esas piernas tenían el vello rubio y estaban torneadas, y los zapatos que calzaban eran brillantes y bastantes nuevos. Pertenecían a Una.

Habi me apretaba el brazo con los dedos, de forma que me dolía, y le dije «¡chisss!» al oído. Noté que asentía de forma leve y supe que guardaría silencio. Me había sorprendido. Habi y yo, de forma bastante accidental, nos las habíamos arreglado para estar en el lugar indicado para el tipo de reunión que queríamos escuchar y habíamos dado por sentado que nunca podríamos presenciar.

—No veo por qué tenemos que encontramos en el armario de la colada —dijo Una con bastantes humos.

—Oh, cállate, es el único lugar secreto en esta maldita residencia —replicó Florence. Tenía la voz ronca y se movía de manera inquieta.

—Entonces, ¿qué quieres decirme? —preguntó Una, y el acento alemán fue más fuerte de lo habitual en sus palabras. Me pregunté si estaría nerviosa—. ¿Y por qué no puedes decirlo delante de las demás?

—Lo sabes perfectamente —contestó Florence—. Elizabeth. Si hubiese contado esos secretos, nos habría destruido a todas. Bastaba para que cualquiera de nosotras…

—¿La matara? —preguntó Una—. Ah, tú también lo has pensado. Es cierto, sin duda. Piensas que lo hizo una de nosotras. Pero ¿quién? ¿O estás a punto de confesar?

Lo dijo tan tranquila, como si no tuviese importancia, pero la tensión entre ellas era palpable.

—¡Claro que no! Yo soy inocente. Pero una de nosotras no lo es.

—Entonces, ¿por qué me has pedido que venga? Podría ser yo. Yo podría ser la asesina. Y, en ese caso, ¿qué harías?

—Nada —respondió Florence—. Porque no lo contaré. Y sé que tú tampoco. Porque tu secreto no te atañe a ti sola. Atañe a tu padre…, a toda tu familia.

Una se puso tensa.

—¿Esto es por los Juegos? —preguntó—. ¿Te da miedo no tener con quién quedarte en Berlín el verano que viene si expulsan a mi padre del Partido?

—No seas boba —replicó Florence—. Tú más que ninguna sabes lo que estoy intentando decir. Da igual quién sea culpable, no podemos revelar lo que sabemos, porque, si una de nosotras cae, todas caemos. Si se descubre que la muerte de Elizabeth no fue un accidente, todos nuestros secretos saldrán a la luz. Quienquiera que lo haya hecho no tendría motivos para seguir ocultándolos. Tú pierdes a tu familia. Yo me pierdo los Juegos. —Pronunció aquellas palabras casi en un sollozo. Florence, ¡qué parecía tan fuerte y dura! —. ¿Sabes?, no creo que Elizabeth llegara a comprender nunca lo que significaban nuestros secretos. Para ella, no eran más que… formas de acercarse a nosotras. Era la única manera que conocía de estar unida a alguien: guardando sus secretos. No veía por qué iban a herirnos. Pero tú sí, y por eso te he pedido que vinieras. Tú lo entiendes mejor que nadie. Tenemos que mantenernos unidas y asegurarnos de que lo que le ocurrió a Elizabeth siga siendo oficialmente un accidente. Han culpado a Jones por ser descuidado con el rastrillo, pero quizá no sea suficiente.

—Lo sé —contestó Una—. Debemos hacernos con ese libro. Entonces estaremos a salvo. Y Elizabeth dará igual.

—Cueste lo que cueste —añadió Florence, de nuevo con ferocidad.

—Ya lo creo —dijo Una—. Puede que tenga una idea al respecto. Ya veremos. Y entretanto, no decimos nada acerca de Elizabeth o quién podría haberlo hecho. Guardamos el secreto. A estas alturas, se nos da bien.

Se estrecharon la mano. Después la puerta del armario de la colada se abrió una vez, y dos, y nos quedamos solas de nuevo. Noté que Habi temblaba a mi lado, como un cachorrito, y le puse la mano en el hombro. Daisy y yo quizá estuviésemos enfadadas, pero, ante las cosas sorprendentes que acabábamos de oír, eso apenas importaba. Cuando eres detective, algunas cosas son más importantes que tú.



CUARTA PARTE

El Club de Detectives en peligro

1

Habi y yo volvimos corriendo a la habitación, pero, cuando llegamos, tan solo estaban Kitty y Lavinia.

—Daisy se ha ido —explicó Kitty—. Ha dicho que tenía algo que hacer.

Me dolió, pero no me sorprendía. Por supuesto que Daisy no estaría. Estaba en otra parte de la residencia, siguiendo sus propias pistas. Era mi castigo por lo que había hecho. Pensé en lo que había dicho Florence, que guardar secretos era el único modo que Elizabeth conocía de estar unida a alguien. Y pensé que me recordaba a una persona.

—Pero ¡escuchad lo que hemos oído! —exclamó Habi. En un torrente de palabras, explicó lo que habíamos visto.

—Pero ¿de verdad creéis que estaban diciendo la verdad? —preguntó Kitty.

Asentí. Yo no tenía ningunas ganas de investigar, pero debía mantener la calma.

—No entiendo por qué no iban a hacerlo —dije—. Lo que ha dicho Florence sobre los juegos el verano que viene…, son los Olímpicos, claro. Y si sumamos eso a lo que ha visto Habi, creo que realmente está enferma y lo esconde porque quiere ir a Berlín.

—¡Ah! —dijo Kitty—. ¡Pues claro! ¿Sabéis?, mi prima conocía a alguien que tenía algún problema de corazón y jadeaba después de

subir las escaleras.

—¡Oooh! —contestó Habi—. ¡Sí! Es justo como lo que he visto. ¡Oh, pobre Florence! ¡Imagínatelo!

A mi pesar, empecé a emocionarme.

—Y Una… —añadí.

—¡El de Una es sobre su padre y los nazis! —dijo Habi.

Pensé en algunas de las cosas que había aprendido en verano en el Orient Express y en lo que miss Naphtaline le había dicho a Una.

—¿Y si el padre de Una es, en secreto, judío? —pregunté—. ¿O lo es alguien de su familia? Si los nazis lo averiguaran, tendría que abandonar el Partido. Es posible que su familia incluso tenga que marcharse de Alemania. Eso cuadraría, ¿no?

—¡Sí! —exclamó Habi—. ¡Oh, pobre Una!

—¡Habi, deja de lamentarte por todo el mundo! —le espetó Lavinia—. Una de ellas es una asesina, ¿recuerdas?

—Incluso los asesinos son personas —dijo Habi—. Y las dos han dicho que no lo hicieron ellas.

—¡No puedes creerlas sin más, Habi! —añadió Kitty—. Pero ahora podemos escribir ambos móviles en nuestra lista de sospechosas, ¿verdad?

—Aún debemos asegurarnos de que tenemos razón —dije—. Necesitamos pruebas irrefutables. Con una conversación, aunque sea esa, no basta.

—¿Crees que Daisy aún te dejará…? —empezó Kitty.

Se produjo un silencio incómodo.

—Ya veremos —dije—. Los escribiré de todos modos.

Hay que actualizar la lista de sospechosas.

Esperaba que no vieran que me temblaban las manos.

LISTA DE SOSPECHOSAS

1. Una Dichmann. Estaba cerca de la hoguera cuando han matado a Elizabeth. Vista por una alumna de quinto discutiendo con

Elizabeth mientras repartían las bengalas, y vista junto a la hoguera de nuevo por dos de primero justo después de los fuegos artificiales. NOTAS: Creemos que hemos descubierto su móvil. Reaccionó con incomodidad a un comentario de miss Naphtaline sobre los nazis (atestiguado por Kitty Freebody) y, por esto y por su conversación con Florence, sospechamos que su padre o alguien de la familia puede ser judío sin que nadie lo sepa. Sería un móvil excelente para el asesinato. Ahora debemos confirmar que es cierto.

2. Florence Hamersley. Estaba cerca de la hoguera cuando han matado a Elizabeth. Fue vista por las de segundo y por Clementine discutiendo con Elizabeth justo después de que las más pequeñas llegaran al campo de juegos. NOTAS: Habi Martineau y Hazel Wong la han oído hablar sobre su secreto con Una. Parece estar ocultando una enfermedad para ir a los Juegos Olímpicos del verano que viene. De ser sincero, sería un móvil excelente para el asesinato. Ahora debemos confirmarlo.

3. Lettice Prestwich. Estaba cerca de la hoguera cuando han matado a Elizabeth. Fue vista mientras repartía bengalas, claramente alterada. También la oyeron discutir con Elizabeth justo antes de que empezaran los fuegos artificiales. NOTAS: Se ha mostrado muy nerviosa y o ha estado comiendo. También ha estado buscando el Libro de los Escándalos con ahínco. ¿Se siente culpable o simplemente teme que su secreto salga a la luz? Debemos seguir investigando.

4. Enid Gaines. Estaba cerca de la hoguera cuando han matado a Elizabeth. La vieron con Elizabeth de pie junto al fuego justo antes de que llegara todo el mundo, y Elizabeth le hablaba muy enfadada. NOTAS: Ha estado muy ocupada, aunque la muerte de Elizabeth no le ha impedido trabajar. Daisy Wells la vio entrando en el aula de Historia mientras miss Naphtaline estaba fuera. Hazel Wong la oyó mencionar que las mayores tienen examen de Historia pronto. ¿Podrían estar conectadas

las dos cosas? ¿Enid está tratando de hacer trampas? Debemos seguir investigando.

5. Margaret Dolliswood. Estaba cerca de la hoguera cuando han matado a Elizabeth. Daisy Wells y Hazel Wong la vieron discutiendo con Elizabeth antes de los fuegos artificiales, por Daisy Wells y Hazel Wong. NOTAS: Desde entonces Hazel Wong la ha visto con Astrid Frith. ¿Qué está pasando entre ellas? Debemos continuar investigando.

Sonó la campana del final de la comida.

—¡Puaj! —gruñó Lavinia—. ¡Gimnasia!

Kitty me miró a mí.

—Gimnasia —dijo enarcando las cejas—. ¿No has dicho que teníamos que buscar pistas?

Noté que se me aceleraba el corazón. Si bien Gimnasia implicaba enfrentarse a Daisy por primera vez después de nuestra discusión, también nos proporcionaba la oportunidad perfecta para buscar pistas en el escenario del crimen. Me di cuenta de que en realidad estaba deseando salir al campo.

2

Fuera hacía un día frío y húmedo, muy típico de Inglaterra. Los árboles se alzaban con aire fantasmal de la bruma que envolvía el campo de juegos, y las gotas resbalaban desde las ramas hasta la hierba con un fuerte golpeteo.

Resultaba extraño franquear la verja y ver el campo de nuevo; en la hierba apenas se atisbaban señales de todos los pies que la habían atravesado el martes por la noche. Salvo porque, entre las líneas de la pista de *hockey* y el pabellón, resaltando oscuros contra el suelo, de un verde plateado, estaban los restos de la hoguera, y cerca se hallaba el lugar que todas sabíamos que había que evitar, el lugar donde había caído Elizabeth Hurst el martes por la noche. La lluvia se había llevado toda la sangre. No habría pistas.

El vestuario del pabellón se veía mortecino. Incluso Clementine estaba desanimada, y Habi gimoteó mientras se ponía las zapatillas de gimnasia. A mí también me dieron ganas de gimotear, por el frío y el malestar en el pecho. Daisy no paraba de fulminarme con la mirada, pero no me dirigía la palabra. Era consciente de que había sido yo quien la había abofeteado, pero ella se había portado fatal conmigo. ¿Cómo íbamos a arreglarlo esta vez y, si no lo lográbamos, qué efecto tendría en el caso? Aún no le había contado a Daisy lo que habíamos oído Habi y yo, y no sabía adonde había ido ella a la hora de comer. Ninguna de nosotras había resuelto nunca un caso

sin la otra. ¿Cómo íbamos a hallar la solución a este sin compartir toda la información que necesitábamos?

—Arriba ese ánimo, Habi —dijo Daisy, con otra ojeada hacia mí, y alzó la barbilla y se fue con paso firme al campo.

Habi, Kitty y Lavinia pasearon la mirada entre Daisy y yo, sin saber qué hacer. A continuación, por supuesto, la siguieron.

—Lo siento, Hazel —me susurró Habi al pasar.

—No pasa nada —respondí como una tonta, tambaleándome tras ellas. Aunque no era cierto.

Las alumnas de tercero y de cuarto tenemos Gimnasia juntas los jueves por la tarde y, para cuando salimos, la mayor parte de tercero ya estaba esperando, con Binny Freebody a la cabeza. Sonrió con suficiencia a Kitty, y Kitty la fulminó con la mirada y masculló algo sobre hermanas pequeñas impertinentes.

—Lo he oído —dijo Binny, con el ceño fruncido—. Y, verás, Kitty Freebody, puede que te creas muy mayor, y que tú y tus amigas lo sabéis todo. Pero no. Estáis tan perdidas como cualquiera, todas las mayores. Ya verás. Hay cosas de esta escuela que solo las sabemos las más pequeñas, ¿verdad?

Todas sus amigas se volvieron y asintieron, aunque vi que la pequeña Martha Grey se sonrojaba. Una vez más, tuve la sensación de que el poder se invertía. Las de tercero deberían habernos temido a las de cuarto, pero ahora éramos nosotras quienes retrocedíamos ante ellas. Sophie Croke-Finchley aferró su palo de *hockey* con gesto protector, y Rose Pritchett estaba pálida.

Kitty, sin embargo, soltó un resoplido.

—Eres la peor hermana pequeña imaginable —dijo—. ¡Ya podías ser tú la próxima a la que liquiden!

—¡Oooh! —se deleitó Habi—. Eso ha sido horrible. ¡Que no te oiga hablar así ninguna profesora!

Justo entonces, miss Talent, la profesora de Gimnasia, se acercó a grandes zancadas, lanzando miradas de odio al tiempo que tiraba del silbato que llevaba colgado de un cordel alrededor del cuello.

—¡Formad equipos, niñas! —gritó—. ¡Tú! ¡Tú! ¡Tú! ¡Y tú! Sois un

equipo, y el resto, sois el otro. ¡Dejad de quejaros! ¡Vosotras! Id a por los palos de *hockey*. Tendréis que coger uno de los de repuesto, falta uno desde ayer. Daos prisa, ¡no tenemos todo el día! Ahora volved y a correr. ¡Vamos! Hasta el otro lado del campo y vuelta. ¡Y con más brío! ¡Rápido, niñas, venga!

Nunca pensé que echaría de menos a miss Hopkins, nuestra antigua profesora de Gimnasia, pero, bueno, la vida nos depara sorpresas. Los gritos de miss Talent, con su acento escocés, nos siguieron por el campo mientras corríamos para calentar. Estaba enfadada por el palo que faltaba. Parecía medio convencida de que lo habían escondido las de tercero, cosa que probablemente habían hecho, pensé yo. Yo notaba el cuello caliente, y el aire gélido se me pegaba a los brazos y las piernas, lo que hacía que me sintiera incómodamente acalorada e incómodamente húmeda y sin aliento, aun con el frío. Vi que Daisy se alejaba a grandes zancadas al frente de la manada, con Kitty justo detrás, y me dio envidia.

Para cuando por fin nos pusimos a jugar al *hockey*, yo ya estaba resollando. Lavinia y yo permanecimos atrás, en nuestras posiciones habituales, en defensa (la pequeña Alma, de tercero, estaba en la portería y parecía muy nerviosa tras las protecciones). Binny y sus amigas se las habían arreglado para entrar todas en nuestro equipo, con Clementine, mientras que Kitty, Daisy y Habi estaban en el otro. Por la cara de Kitty, vi que seguía enfadada con Binny e, incluso antes de que entrechocaran los palos y comenzaran, supe que ese partido no tendría nada de amistoso. Kitty apretaba los dientes, y empezó a arremeter con fuerza, pasando la bola adelante y atrás con Daisy, saltando por encima de los palos atacantes y derribando a Clementine.

Daisy venía por el campo hacia mí. El miedo se me acumuló en la boca del estómago. Parecía muy decidida. ¿Cómo iba a detenerla? Me preparé, blandiendo el palo, y me rodeó a toda velocidad, como si ni siquiera estuviera ahí, y metió limpiamente la bola hasta el fondo de la portería. Ni me había mirado.

Pero a continuación Kitty empezó a exhibir un comportamiento

muy extraño. Cruzó el campo como un vendaval hacia Lavinia y hacia mí de nuevo, y me preparé para otro arrollamiento terrible. Sin embargo, entonces, en lugar de hacer un pase de lado a Daisy, pareció tropezar, y la bola salió volando a la izquierda para aterrizar en la alta hierba debajo de los árboles.

Lavinia gruñó y se fue renqueando a buscarla. Regresó al cabo de unos minutos con las piernas y los calcetines cubiertos de hojas. Me llevó a pensar en algo…, estaba a punto de recordarlo…, pero se me escapó cuando miss Talent nos gritó.

—¡Dale, Temple! ¡Por el amor de Dios, dale a la bola, chica! ¿No has aprendido nada en cuatro años?

Lavinia consiguió golpear la bola de forma débil y resentida, mirando con vehemencia a miss Talent, y la bola volvió al juego. Pero, tan solo unos minutos más tarde, Kitty se lanzó de nuevo hacia nosotras, y ocurrió lo mismo. La bola salió volando, y en esta ocasión se estrelló contra un tronco y cayó fuera de la vista.

—¡KITTY FREEBODY —rugió miss Talent—, MAL JUGADO! ¡Wong, ve a por ella!

Suspiré. No tenía ningunas ganas de andar hurgando entre las hojas mohosas al pie de los árboles, pero la clave para sobrevivir a Gimnasia es parecer vagamente voluntariosa y, de todos modos, era mejor que volver a enfrentarme a Daisy. Así que allá que fui al trote, dando traspiés (lo he perfeccionado: das la impresión de estar haciendo un esfuerzo, cuando en realidad no avanzas más rápido que caminando), detrás de la bola.

3

Kitty había golpeado la bola realmente fuerte. Al principio no la encontraba. Miré alrededor, disgustada por la idea de hundir los dedos en los montones de hojas podridas y la hierba húmeda.

—¡DATE PRISA, WONG! —bramó miss Talent a mi espalda—. ¡Bah, Wells, ve a por otra bola! ¡No podemos esperar!

Entonces vi la bola, metida debajo de un zarzal, justo donde las espinas me pincharían los dedos al intentar sacarla. Di un paso adelante para cogerla, pero en ese momento, por suerte, me di cuenta de lo que estaba ocurriendo en realidad. Se suponía que no debía encontrar esa bola inmediatamente. Kitty es una excelente tiradora, así que debía de haberla enviado bajo aquel arbusto a propósito. Y entendí su razonamiento. Quizá hubiera alguna pista ahí. A través de Martha, habíamos oído el rumor de que alguien había corrido hacia los árboles situados al borde del campo, justo antes de los fuegos. Kitty me estaba dando la oportunidad de comprobar si era cierto, y si estaba conectado de alguna forma con la muerte de Elizabeth. Un trabajo detectivesco admirable por su parte.

Así que me agaché, como si continuase buscando la bola, y empecé a avanzar por el suelo. Seguía sin querer tocar las hojas mojadas, de modo que cogí una ramita y fui hurgando en agujeros y parches de hierba. Me caían gotas de lluvia en la nuca que me

hacían temblar, y no paraba de lanzar miradas al partido. Vi que Kitty estaba haciendo todo lo posible por distraer a miss Talent mientras yo trabajaba, y que Habi y Lavinia la ayudaban. Entonces, Daisy hizo de pronto una jugada de lo más impresionante y marcó gol. Se puso a celebrar la victoria bailando entusiasmada con Kitty, y miss Talent gruñó y trató de separarlas. Mi corazón llevó a cabo su propia danza extraña en mi pecho. ¿Daisy se había dado cuenta de lo que estaba haciendo yo? ¿También estaba intentando ayudar?

Pero luego miró con gelidez en mi dirección y me di cuenta de que debía de haberme confundido. Bajé la vista enseguida, con el corazón palpitante, y continué buscando.

Encontré un par de zapatillas y un calcetín empapado y descolorido. El envoltorio de una chocolatina Fry (sin chocolate dentro). Y entonces vi algo más que hizo que se me acelerara el corazón. Era una horquilla, una bonita, de plata, con una delicada flor de filigrana. Se veía limpia, cubierta por apenas unas hojas. No podía llevar mucho tiempo ahí. Era contrabando, se saltaba las normas. Muy pocas chicas podían ponérsela sin que una profesora les ordenara que se la quitaran.

Pero una prefecta, sí.

4

—¡DATE PRISA, WONG! —bramó miss Talent, y no me quedó otra que enderezarme de golpe, aferrando la bola con una mano y metiéndome la horquilla en los pololos con la otra.

Regresé corriendo al campo de forma incómoda, pues la horquilla se me escurrió hacia abajo y se me clavó con firmeza en lo alto de la pierna. Asentí hacia Kitty, para comunicarle que por fin había encontrado una pista.

Debió de comprender lo que quería decir, porque sacudió el palo en mi dirección y así fue pasando el mensaje entre los miembros del Club de Detectives. Vi que Daisy levantaba la mano —quizá hacia mí o quizá para meterse un mechón de pelo detrás de la oreja— y luego continuó el partido. Me sentía rota por lo que había ocurrido entre nosotras. Era realmente terrible, estar peleada con alguien que debería ser tu amiga y ocultarle cosas. En cierto modo, casi me alegraba de que supiese lo de Alexander… Al menos había dejado de mentir.

Me pregunté si era así como se sentía la asesina, como se sentían las Cinco. Y me invadió la lástima. Duele hacer cosas malas, incluso la clase de cositas que he hecho yo.

Ya he participado en la investigación de cuadro asesinatos, y estoy más segura que nunca de que matar nunca vale la pena. No te hace más feliz ni mejor. Solo te destruye.

Kitty no volvió a tirar la bola. No tuvo oportunidad. Las de tercero de nuestro equipo dominaron la situación y empezaron a marcar un gol tras otro. Fue una derrota aplastante. El equipo de Daisy y Kitty perdió por cuatro a quince.

Binny y sus amigas saltaron entre vítores, y yo aferré el palo entre mis manos. Aún las tenía heladas y húmedas de las hojas, y me resultaba incómodo. Por dentro me sentía exactamente igual de incómoda. Daisy ni me miraba.

Entonces se me acercó Lavinia y me chocó el hombro.

—Levanta esa barbilla —dijo, escudriñándome con el rostro contraído, como siempre.

Creo que era la forma de Lavinia de decir que no pasaba nada, aunque no sé cómo me había leído el pensamiento. Quizá sea más perspicaz de lo que creía.

5

Para gran fastidio de Kitty, Binny y sus amigas iniciaron una vuelta de la victoria por el campo, mientras miss Talent les gritaba. Las demás nos congregamos junto al pabellón.

Los restos de la hoguera se hallaban amontonados en el mismo lugar, con los troncos calcinados todos negros y húmedos, bastante mojados por la lluvia. Eché un vistazo entre ellos y el montón de leña que no se había usado el martes, aún apilada y a resguardo junto al pabellón. Los separaban veinte pasos, y la leña seca estaba tan cerca del pabellón que para la asesina habría sido lo más fácil del mundo coger el rastrillo de donde estaba apoyado, con la excusa de volver a por más leña, y llevarlo a donde se encontraba Elizabeth.

Lavinia se acercó a la hoguera y empezó a patearla con la punta de la zapatilla.

—¡Uf! —dijo Clementine—. ¡Déjalo!

—Es divertido —contestó Lavinia, sin parar, pero vi que me lanzaba una mirada fugaz, frunciendo las cejas, y supe que solo lo había dicho para que lo oyeran las de la otra habitación. Lavinia estaba buscando pistas a su manera—. No seas tan aburrida, Clementine.

—¡Qué asco! —soltó Kitty, que lo había entendido—. ¡De verdad, Lavinia!

Me retorcí cuando la horquilla se me clavó de nuevo en el muslo.

Aún no había tenido ocasión de sacarla y guardarla en un lugar más seguro, o de mencionársela a las demás.

Daisy me miró por fin, de arriba abajo, y me encogí ligeramente. Luego dio un paso adelante y empezó a hurgar a su vez entre los escombros con el pie. Daba la impresión de hacerlo para pasar el rato, pero yo sabía solo lo aparentaba. Daisy es incapaz de estarse quieta, pero no hace un solo movimiento sin motivo. Entonces vi que se ponía rígida, con un gesto que conocía como si me mirara a mí misma en el espejo.

—¡Madre mía! —exclamó—. ¡Qué raro! Ese trozo de madera de ahí no es leña. Es un palo de *hockey*.

—¡Oh! —dijo Habi—. ¡Debe de ser el que faltaba, ese por el que estaba enfadada miss Talent! Pero ¿cómo ha llegado hasta aquí? ¿Y por qué está…? Oh.

Me quedé inmóvil. Sentí que me palpitaba el corazón. Nos miramos unas a otras, y vi que todas habíamos pensado lo mismo. Ahí estaba el palo que faltaba, medio quemado de forma misteriosa en la hoguera. Habían encontrado el rastrillo al lado del cuerpo de Elizabeth, así que habíamos dado por sentado que sería el arma homicida, pero un palo de *hockey* en realidad era mucho mejor arma. Después de todo, tenía la forma perfecta para golpear a alguien. A menudo había pensado en lo peligrosos que eran esos palos cuando Daisy y Kitty los blandían durante los partidos. ¿Y si el rastrillo no había sido el responsable en absoluto? ¿Y si esa era el arma homicida y el rastrillo solo una pantalla? Pero ¿cómo íbamos a examinarlo sin que se dieran cuenta las de la otra habitación?

Entonces Kitty dio un maravilloso paso al frente.

—¿Sabes lo que creo? —le dijo a Clementine—. Creo que tu equipo acaba de hacer trampas. Vaya, os he visto… ¡Esa jugada es ilegal!

Clemenüne, como era de prever, se hinchó de indignación.

—¡Cómo te atreves! —gritó—. Tienes muy mal perder, ¡qué poca educación!

—Yo también digo que habéis hecho trampas —dijo Lavinia, que

avanzó para situarse junto a Kitty.

—¡Lavinia Temple, estábamos en el mismo equipo! —susurró Clementine—. ¡Las de la otra habitación sois terribles!

Lavinia le enseñó los dientes y Kitty cuadró los hombros. Clementine había sido una grosera con nuestra habitación, y era inaceptable. Entonces Lavinia extendió los brazos y la empujó, y eso fue todo, se desató una guerra sin cuartel. Clemenüne gritó y Lavinia la pellizcó.

Fue la tapadera perfecta. Yo me agaché, al igual que Daisy. Me pareció lo más peligroso que había hecho nunca. Me volví hacia ella, esperando que me dijera que me largara, pero ella no quitaba ojo al palo, recorriéndolo con la mirada y expresión ávida.

—¡Oh! —exclamó, y se sacó una lupa absolutamente diminuta del bolsillo de la falda de gimnasia y entrecerró los ojos a través de ella—. ¡Lo es! ¡Mira, mira estas manchas, es sangre, estoy segura! Oh, Watson…

Alzó la vista, y por un momento nos miramos a los ojos. Lo había dicho sin pensar, lo sabía, porque se sonrojó y apartó la vista de nuevo.

—¿Cómo sabes que es sangre? —pregunté con la voz ronca.

—¡Oh, tú mira! —dijo Daisy, tendiéndome la lupa, y lo vi.

Parecía que hubieran metido el palo en la hoguera por el mango, pero debía de haber salido de nuevo, porque solo estaba chamuscado, no quemado. La pala estaba ennegrecida, pero aún se distinguía algo en ella, una mancha oscura, sucia, con un pegote.

—¡Sangre! —susurró Daisy—. ¡Y pelo! ¿Lo ves? Hazel, ¿y si el arma homicida no fue para nada el rastrillo? ¿Y si fue esto?

Una vez más, nos miramos y, en esta ocasión, no apartamos la vista. La emoción por la investigación crepitaba entre nosotras y, durante un momento breve y electrizante, todo estuvo bien.

—¡Tenemos que esconderlo! —exclamé—. ¿En el pabellón?

—¡No! —susurró Daisy—. ¡Debemos llevarlo a la residencia, no podemos dejarlo!

—¡Nos verían! —repliqué—. Tiene que quedarse en el pabellón.

—Hazel —dijo Daisy—, no seas idiota. Tú…

Se acercaba miss Talent.

—¡Niñas! —nos reprendió—. ¿Qué estáis haciendo? ¡De verdad! ¡Soltad ese leño de inmediato! ¡Vais a mancharos la ropa!

Daisy dejó caer el palo y se escondió la lupa en la mano.

—Lo siento, miss Talent —dijo—. Enseguida vamos a limpiarnos, miss Talent.

Y tuvimos que regresar al pabellón, dejando atrás el palo. La discusión nos había costado una pista importante.

En cuanto estuvimos de vuelta en el vestuario del pabellón, Daisy la tomó conmigo.

—¡Eres una idiota de campeonato! —susurró—. ¿Por qué no has hecho lo que te he dicho?

—¡Porque era una tontería! —repuse yo—. ¡Nos habrían pillado!

—¡Nos han pillado de todos modos! Y ahora no tenemos ninguna prueba. ¡Y justo después de descubrir la verdadera arma homicida! Uf, ¡me dan ganas de gritar!

Habi, Kitty y Lavinia entraron corriendo. Daisy se volvió hacia ellas, ignorándome, y me senté con pesadez en un banco.

Me dolía el corazón. Había estado pensando en la horquilla. ¿A cuál de las Cinco pertenecía? Pensé de nuevo en la persona que se había adentrado corriendo en el bosque. ¿Y si no era un hombre en absoluto, sino una de nuestras sospechosas? De ser así, por fin seríamos capaces de descartar a una de ellas. Después de todo, la habían visto huyendo antes de que empezaran los fuegos, cuando Elizabeth aún estaba con vida. Si se encontraba en el bosque durante los fuegos, no podría haber estado matando a Elizabeth. Pero ¿a cuál de las Cinco pertenecía?

Estas preguntas eran importantes, lo sabía, pero no quería mostrar la horquilla en ese momento, con Daisy comportándose de esa manera. Así que me la guardé en el bolsillo de la falda y no dije ni una palabra.

6

Escuela Deepdean, jueves 7 de noviembre

Querido Alexander:

Ha habido avances importantes en el caso. Hemos descubierto que el arma homicida no fue para nada el rastrillo. ¡Fue un palo de *hockey*! La asesina intentó quemarlo, aunque no sirvió de nada, lo hemos encontrado esta tarde entre las cenizas de la hoguera. Aún tenía restos de sangre y de pelo de Elizabet (lo cual es repugnante, lo sé), pero, antes de que pudiéramos esconderlo, nos han echado de allí. Es de lo más irritante. Necesitaremos tener el palo en nuestro poder si queremos demostrar la culpabilidad de la asesina y la inocencia de Jones, pero no estamos seguras de cuándo podremos cogerlo. Me siento fatal por Jones. Ojalá pudiéramos acudir a miss Barnard y pedirle que lo readmitiera sin más, pero sé que eso no servirá de nada. No nos creerá a menos que le presentemos un caso realmente perfecto.

El problema son nuestras sospechosas. Todas tienen secretos, pero aún no los hemos descubierto. Creemos estar cerca de la mayoría: pensamos que Florence puede que tenga una enfermedad de la que no ha hablado a nadie, y que el padre de Una quizá sea judío, y lo oculte, que Enid ha estado haciendo trampas en los exámenes y que es posible que Margaret tenga

un secreto con otra de las mayores, Astrid, pero cuesta darlo por seguro. Mañana intentaremos colarnos en el cuarto de las Cinco, para confirmar nuestras sospechas, pero, por supuesto, es dificilísimo y no sé si lo lograremos.

Pero esta tarde, en gimnasia, cuando hemos encontrado el palo, he descubierto una pista más importante; una horquilla, bajo los árboles que bordean el campo. Debe de ser de una de las Cinco y descartará a quienquiera que sea, porque vieron a alguien huyendo al bosque justo antes de la hora a la que debió de producirse el asesinato.

Continuaremos siguiendo a las Cinco, ¡Y sus secretos acabarán saliendo a la luz! Solo me preocupa la persona que está revelando los secretos. No puede ser una de las Cinco, porque no tienen motivos para hacerlo, todo lo contrario. Nuestra amiga Habi y yo hemos oído a Florence y a Una hablando de ello, y parece que las Cinco no son las responsables. Están intentando averiguar quién es tanto como nosotras, y me preocupa qué le ocurrirá a esa persona una vez que la encuentren. Creo que debe de estar en uno de los primeros cursos. ¿Y si las Cinco, o la asesina, llegan a ella antes que nosotras?

Espero tu respuesta,

Hazel

—¿Qué estás escribiendo? —me preguntó Habi, que se había inclinado por encima de mí para echar un vistazo a mi regazo.

Todas habíamos subido a la habitación después del té. Cerré este cuaderno enseguida.

—No son más que notas del caso —contesté.

Daisy emitió un leve resoplido.

—Está escribiendo a Alexander otra vez —dijo—. No puede evitar soltar detalles del caso.

Languidecí.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —pregunté. Estaba intentando

sonar atrevida, pero solo me salió áspero y débil—. Quizá pueda ayudamos.

—Los chicos son una distracción —me espetó Daisy—. Y Alexander aún más. Hazel, está en un club de detectives rival… ¡qué es muy peligroso!

—¡No es peligroso! —grité—. Alexander es nuestro amigo, tanto tuyo como mío. ¡Sabes que nunca se lo contaría a nadie más!

—Lo único que sé es que estás siendo una tonta —dijo Daisy.

Me ardieron los ojos y tragué saliva.

Entonces irrumpió Kitty en la habitación.

—¡Oh, venid, rápido! —gritó, sin advertir que Daisy estaba sonrojada y yo me había dado la vuelta—. Ha aparecido otro secreto. Estaba en el vestíbulo, tirado en medio de la alfombra. Han debido de dejarlo ahí, no estaba cuando hemos vuelto de Gimnasia, ¿os acordáis?

—¿Sobre quién es? —preguntó Daisy enseguida.

—Sobre otra de las mayores —contestó Kitty—, por supuesto.

—Madre mía —dijo Habi con tristeza—. Es todo un horror.

—La gobernanta está enfadadísima —añadió Kitty mientras corríamos escaleras abajo. Me alegré de pensaren otra cosa, aunque ese nuevo secreto no parecía nada bueno—. Está gritando a todo el mundo.

Y, en efecto, la oí vociferar:

—¡Parad! ¿Qué es esto?

Me di cuenta de que era la primera vez que un adulto veía realmente los efectos de un secreto del Libro de los Escándalos. ¿Era algo bueno? ¿Podría evitar por fin que salieran a la luz? ¿O empeoraría las cosas aún más?

7

Por debajo de nosotras, en medio del vestíbulo de la residencia, bajo el gran reloj que mide nuestras vidas, se encontraba la gobernanta, con los hombros hacia atrás, las piernas separadas y los brazos extendidos. A la izquierda tenía a Elsie Drew-Peters, y a la derecha, a Jennifer Stone, y las dos se inclinaban la una hacia la otra, con los dientes apretados.

—¡NIÑAS! —bramó la gobernanta—. ¡Parad de inmediato! ¡Esto no es propio de damas!

—¡Es ella! —chilló Jennifer—. ¡Lo hizo ella!

—¡Nunca! —gritó Elsie—. Yo nunca, no fui yo…

—¡Mentirosa! ¡La nota dice lo que hiciste!

—¡Tampoco es que fuera tuyo! ¡Ni te habría mirado si no lo hubiese obligado su madre! ¡Le gusto yo, no tú, idiota!

—¿Tú? Venga, si tienes la nariz torcida.

—¡Y tú eres pelirroja! Me sorprende que no te lo tiñas como Astrid.

—¡Y tú eres horrible! No me imagino cómo iba él a soportar mirarte.

—Bueno, este verano hizo más que eso, ya te lo digo.

Jennifer soltó un chillido y se abalanzó sobre Elsie.

—Han tenido un lío con el mismo chico —susurró Kitty con regocijo—, el hijo de lord Edgemire, Charles. Acaban de descubrirlo,

eso decía el secreto. Qué gracia, ¿no?

Yo no le veía ninguna gracia. Se me revolvió el estómago y oí la voz de Daisy de nuevo en mi mente diciendo «ni siquiera le gustas de ese modo, Hazel. Estás siendo una tonta».

Bajé la vista a mis pies y apreté los puños.

—No a todas nos vuelven locas los chicos, Kitty Freebody —dijo Daisy—. No todas somos como tú y como Hazel.

—Eso lo dices ahora —repuso Kitty con aires de superioridad—. Ya verás. En cuanto te presenten en la Corte, estarás casada. ¡Ni un mes tardarás!

—La verdad, no sé por qué iba a molestarme —dijo Daisy—. Un marido solo sería un estorbo.

—No todas las chicas quieren casarse, ¿sabes? —agregó una voz a nuestra espalda. Me di la vuelta. Ahí estaba Clementine, observando la discusión. Tenía una expresión maliciosa bastante desagradable en el rostro—. A veces hay algo que va mal en su cerebro. ¿No os acordáis de miss Bell y miss Parker?

Daisy arremetió contra ella.

—¡Cállate, Clementine! —le espetó entre dientes.

—Y las profesoras no son las únicas así —dijo Clementine, con un mohín—. Algunas chicas también. Es un escándalo, pero es cierto. Eso dice todo el mundo.

Me mordí la lengua. Clementine estaba siendo horrible, pero algo acababa de encajar en mi cabeza. Todo a mi alrededor se había vuelto claro y brillante. A algunas chicas no les interesan los chicos. Eso lo sé, aunque se me hace raro pensarlo. En Deepdean, si a una chica le gusta otra chica —me refiero a algo más que un enamoriscamiento—, se ríen de ella, la miran de forma extraña o, peor, se burlan de ella. Así que una chica a la que le gustase otra chica intentaba ocultarlo, sobre todo si era alguien importante en Deepdean, como una prefecta. ¿Y si esa era la respuesta al misterio de Margaret y Astrid? ¿Y si a Margaret le gustaba Astrid?

Me dieron ganas de soltar todo lo que pensaba, pero sabía lo peligroso que sería eso.

—Yo no haría caso de los rumores, Clementine —dijo Daisy, sin perder un instante—. Podrías oír algo sobre ti misma.

Clementine dio un grito ahogado.

—¡Yo no tengo nada que ocultar! —replicó.

Daisy la agarró del brazo. Clementine se tambaleó y vi que Daisy le acercaba los labios al oído para susurrarle algo. A Clementine le falló el pie y dejó la muñeca flácida entre los dedos de Daisy.

—¿Te gustaría que divulgara eso? —preguntó Daisy, esta vez más alto, justo cuando sonaba el gong de la cena.

—¡Quítame las manos de encima! —susurró Clementine—. ¡No! —Y se fue corriendo escaleras abajo, tropezando con las prisas.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Kitty.

—Nada del otro mundo —contestó Daisy, pero se le había subido el color en lo alto de las mejillas—. Elizabeth no es la única que sabía cosas en esta escuela, eso es todo.

—Oh —dijo Habi con tristeza cuando empezamos a bajar las escaleras en medio del apuro general por la cena, con todo el mundo a nuestro alrededor exclamando acerca de Jennifer y Elsie, a quienes se habían llevado a rastras al despacho de la gobernanta para afrontar el castigo por pelearse—. No me gusta nada de esto. No creo que volvamos a ser las mismas, ¿verdad? Todo ha cambiado.

—Ja! —replicó Lavinia—. Nada cambia de verdad en este maldito lugar. ¡Ojalá!

Pero, para mis adentros, me dije que, de las dos, tenía razón Habi. Todas sabíamos cosas que ya no dejaríamos de saber, y ese es el problema. Lo que sabes permanece en tu mente, aunque desees que no lo haga.

En Deberes, miré a Daisy y me llevé una desagradable sorpresa. Como ya he comentado, Daisy siempre tiene mucho cuidado de parecer aplicada y dedicar el doble de tiempo de lo que necesita a los deberes, para ocultar el hecho de que es más inteligente que la

mayor parte de la clase junta. Pero yo la conozco y sé cómo trabaja, y enseguida vi lo que estaba haciendo. El título en la parte superior rezaba «HECHOS DEL CASO», y debajo debería haber aparecido una lista. Empezaba bien, en pulcras columnas, pero a continuación el entusiasmo de Daisy había tomado el mando y la pluma había corrido demasiado para respetar las líneas. Sus pensamientos estallaban en garabatos y mapas circulares con interrogantes alrededor.

Me entraron náuseas. En el Club de Detectives, yo siempre he sido la secretaria y la vicepresidenta, y Daisy es la presidenta. Que Daisy intentara ser la secretaria solo podía significar una cosa: que estaba tratando de pasar sin mí para siempre.

Deseé poder hablar con ella. Quería que investigáramos juntas, pero nuestra amistad se había visto trastocada. Había cambiado, como Deepdean, y yo no sabía cómo devolverla a la normalidad.

δ

El jueves me quedé despierta hasta tarde, escribiendo todo eso, de modo que estaba agotada cuando me despertaron temprano a la mañana siguiente.

Recuerdo que noté que me sacudían el pie y que pensé, confundida, que me ataban algo a él, algo desagradable. Gemí y me aparté, y luego oí la voz de Kitty, que decía:

—Hazel. ¡Hazel!

Abrí los ojos y dije, lo más educadamente que pude:

—¿Qué pasa?

—Rose Pritchett se ha escapado —respondió Kitty—. Su cama está vacía y en la otra habitación se están volviendo locas. Jose está llorando. Clementine está encantada, claro.

—Pero ¿por qué? —pregunté.

—Un nuevo secreto —dijo Daisy. Vi que estaba de pie junto a la puerta, completamente vestida, con el pelo cepillado y las mejillas sin rastro de arrugas de la almohada—. Salió a la luz anoche, cuando ya estabas dormida. Rose es una ladrona.

Las gemelas Rose y Jose Pritchett están en la otra habitación con Clementine y Sophie Croke-Finchley. Son rubias, con la cara redonda y ordinaria, y hablan de forma pausada, una al ritmo de la otra. Daisy las describiría como «no interesantes», aunque, ahora que escribo esto, veo que mi opinión de ellas era de las que había

aceptado de Daisy sin pensarlo. Lo que debería haber aprendido de este curso es que no siempre había que fiarse de Daisy. Debería haber prestado a las gemelas la misma atención que a las demás.

—Ha estado birlando cosas a las renacuajas —continuó Kitty, mientras Daisy se mantenía alejada, de brazos cruzados, y me observaba salir de la cama y ponerme las zapatillas, con los labios ligeramente fruncidos—. Al menos eso decía el secreto. Jose la encubría. Pero la semana pasada Rose entró en el despacho de la gobernanta y le robó el broche. Ya sabes, ese bonito a rabiar.

Recordé que la semana anterior la gobernanta había registrado con estrépito la residencia, buscando el broche en vano. El mundo pareció dar vueltas una vez más, y detenerse en otro sitio nuevo. ¿Nada de lo que había pensado era realmente cierto? Me acordé de lo pálida que estaba Rose y supe que debería haber visto lo que eso significaba.

—Pero anoche dejaron un secreto en el despacho de la gobernanta, y decía que la culpable era Rose. De modo que la gobernanta fue directa a la otra habitación y encontró el broche. Iba a llamar al padre de Rose esta mañana, pero, cuando nos hemos despertado, ¡Rose ya se había ido!

—No llegará lejos —dijo Daisy con desdén—. Se habrá ido a pie por el bosque de Oakeshott, así que a estas alturas estará muy cansada y sucia. No va a recogerla ningún automóvil, y el primer adulto que la vea avisará a comisaría. Estará de vuelta con la cabeza gacha antes de la hora de comer.

—¡Pero ha desaparecido! —exclamé yo—. ¡Podría haberle ocurrido cualquier cosa!

—No seas exagerada —replicó Daisy—. No le ha pasado nada. Ya verás.

—Eso es una estupidez —le espeté, antes de poder contenerme.

Daisy y yo nos miramos con furia. Una vez más, estábamos en guerra.

—¡Oh, venga, vamos a ver qué está pasando! —intervino Kitty apresuradamente.

Salimos a toda prisa de la habitación. Los pasillos eran una locura. Todas las renacuajas corrían como les daba la gana, formaban corrillos, susurraban y se movían de nuevo. Binny y su grupo de amigas pasaron por delante de nosotras a grandes zancadas. Binny mostraba un engreimiento insufrible.

—Sabía que era ella —aseguró Binny—. Sabía que la ladrona era Rose. Lo dije la semana pasada, cuando me desapareció la pluma, ¿a que sí?

Martha Grey asintió de modo alentador.

—Oh, no es verdad —repuso Kitty—. Deja de inventarte cosas, mentirosa insoportable.

—¡Sí que lo hice! —gritó Binny—. Verás, sé muchas cosas. Más que tú. Te crees muy mayor, pero solo tienes un año más que yo.

—¡Lo que significa que deberías escucharme y mostrarme educación! —dijo Kitty—. Si hubieses sabido algo, lo habrías dicho. Se te da fatal guardar secretos.

—Ja! —soltó Binny—. Eso es lo que tú te crees. Ya verás. Vamos, todas. Dejemos a estas idiotas a lo suyo.

Y se fue pavoneándose. Kitty se había puesto roja.

—Las hermanas pequeñas son horribles —dijo Daisy, pese a que ella misma era una.

Resulta curiosa la inclinación de los ingleses a mostrar desagrado por su familia en público, aunque no sea realmente cierto. Para ellos el amor es un secreto; el odio, mucho menos.

9

Cuando fisgamos por la puerta de la otra habitación, vimos a Jose Pritchett sollozando y a Sophie Croke-Finchley consolándola. La cama de Rose estaba intacta, perfectamente hecha. Su cómoda tenía los cajones medio abiertos y su cartera había desaparecido. Así pues, se había ido de verdad. Entonces Clementine nos vio y se limitó a cerrarnos la puerta en las narices. Aquello mejoró mi concepto de Clementine por un momento. Al menos demostraba algo de orgullo de habitación.

Sonó la campana del desayuno y enfilamos las escaleras en tropel. La puerta principal de la residencia se cerró de un portazo mientras bajábamos ruidosamente, y por las ventanas de la fachada atisbé gorros y tres bufandas de prefecta. Cuando entramos a desayunar, en el comedor solo estaban Florence y Enid, y una vez que ocupamos nuestros asientos, Florence se puso en pie y pidió silencio con un gesto. Parecía cansada y enfadada.

—A ver, vosotras —dijo mientras Enid rondaba a su espalda, con sus libros de repaso de Historia, siempre presentes, bajo el brazo—. Escuchadme. Ha desaparecido una idiota de cuarto. Rose Pritchett. Todas la conocéis, ¿verdad? Limitaos a asentir, ¡no habléis! Deja de reírte con disimulo, Binny Freebody. De acuerdo, no está, y se marchó en algún momento de la noche. Han llamado a la policía, y las demás prefectas están fuera buscándola, pero hasta que lleguen

estamos Enid y yo para vigilaros, menuda suerte tenéis. Bueno, si alguna sabe algo de Rose, adonde podría haber ido, y por qué, hablad ahora. Si no lo hacéis, y averiguamos que sabíais algo una vez que haya vuelto, estaréis en un lío terrible. ¿No es cierto, Enid?

Enid asintió y recorrió el comedor con una mirada furibunda.

—¡Así que hablad ya! No, nada de llorar. ¡Parad!

—Pero ¿y si también está muerta? —gimió la pequeña Charlotte, una renacuaja de primero.

—No está muerta y, si sigues diciendo eso, te meto un trompazo —le espetó Florence—. Bueno, os daré dos minutos para venir a confesar. ¿De acuerdo?

Por supuesto, nadie se movió. Todas nos quedamos quietas en nuestros asientos, y vi que ya no estábamos asustadas, o al menos no teníamos miedo sin más. Era una especie de rebelión silenciosa. Ya no íbamos a obedecer a las Cinco.

Pero yo estaba pensando. La policía se hallaba en camino, y eso significaba que vendría el inspector Priestley. Nos había ayudado antes con dos de nuestros casos, y supe que, si alguien podía creernos en relación con Elizabeth, era él. Era una excelente oportunidad. También de hacer algo más. Si las Cinco estaban distraídas buscando a Rose, no tendríamos mejor ocasión de registrar su dormitorio.

Mientras caminábamos hacia la escuela, nos reunimos todas en grupos en los que alumnas mayores iban hablando con otras más pequeñas de un modo de lo más desordenado. Por fin se había amotinado todo el mundo contra las Cinco. Nunca había visto esa camaradería entre los cursos inferiores.

—¡Si fuesen buenas prefectas, Rose nunca se habría escapado!

—¡Si hubiesen sido buenas prefectas, Elizabeth no habría muerto!

Se produjo un silencio tras esas palabras, y al cabo de unos instantes se sobreentendió que todo el mundo pensaba que eso

quizá no fuera del todo malo. Yo me sentí mal. Después de lo que le había oído decir a Florence, sentí que comprendía a Elizabeth bastante mejor. Había sido cruel porque no sabía cómo ser amable, porque lo único que sabía hacer era presionar y manipular. Quizá hubiera pensado que las Cinco eran sus amigas. Quizá fuera por eso por lo que había amenazado con exponerlas cuando le dijeron que no seguirían trabajando para ella. ¿Había tenido tiempo de asombrarse cuando una de ellas se le acercó con sigilo por la espalda y la golpeó en la cabeza con el palo de *hockey*?

Negué con la cabeza y volví a centrarme en la conversación.

—¡He oído que tuvieron algo que ver con la muerte de Elizabeth!

—¡Ayudaron a Jones a hacerlo!

—¡No, lo hicieron ellas! ¡Todas ellas!

—¡No es verdad! —le soltó Kitty a la alumna de tercero que había hablado.

Estábamos todas nerviosas por el hecho de que al fin mencionaran a las Cinco como sospechosas. Si la asesina se daba cuenta de que levantaba sospechas, ¿no era posible que también descubriera que estábamos investigando el caso? Entonces la misteriosa reveladora de secretos no sería la única en peligro.

—¡Sí que lo es! —dijo la de tercero; era una de las Marías, Marion—. Las Cinco, son todas unas mentirosas. ¡Lettice ni siquiera fue a la escuela de élite este verano!

—Pues claro que fue a la escuela de élite —repuso Kitty, que seguía sin acostumbrarse a tanto descaro por parte de las más jóvenes—. Lo sabemos todas.

—Eso dice todo el mundo, pero no es posible que fuera —continuó Marion—. Verás, la amiga de mi prima, Margery, cuyo padre es el embajador austríaco, fue a la misma escuela, la de Lausana, y las dos vinieron con mi madre para llevarme a tomar el té en el último permiso. Margery no paraba de dar la lata sobre el tiempo que había pasado allí, así que le pregunté por Lettice, ¡y no sabía de quién le hablaba!

Daisy siguió andando bastante tranquila, pero capté el cambio de

postura en sus hombros. Sentí que me faltaba el aliento. ¿Aquello era una pista de nuestro último secreto?

—Imagino que lo olvidó sin más —dijo Daisy.

—O no se dio cuenta de que estaba allí —añadió Lavinia—. ¿Qué? Es posible, ¿no?

Marion negó con la cabeza.

—No. Se lo pregunté dos veces; seguro que no estaba. Margery recuerda los nombres de todo el mundo, y no conocía a Lettice. No estuvo allí.

—Pero ¿dónde estaba? —susurró Habi.

—Chisss, Habi —dijo Daisy con suavidad—. ¿Sabes, Marion? Me pregunto si Lettice ha estado mintiéndonos acerca de a qué escuela fue. He oído que es posible que su padre tenga problemas económicos. ¿Quizá tuviera que apretarse el cinturón, y a ella le avergonzara demasiado hablar de ello?

—¡Oooh! —exclamó Marion—. ¿De verdad lo crees? —Y se alejó a toda prisa hacia donde se encontraban las otras dos Marías.

Nos volvimos hacia Daisy, que puso los ojos en blanco.

—Tenía que decir algo para que se marchase —soltó.

Pero yo sabía por qué lo había dicho, para despistar a Marion. Lo que había contado Marion era importante. Si Lettice no había estado en la escuela de élite este verano, ¿dónde había estado y por qué?

10

Esa mañana las clases resultaban extrañas. Deberíamos haber tenido dos horas de Ciencias con miss Alchemy, pero la habían asignado a la búsqueda de Rose, así que en cambio nos llevaron a Arte con las de quinto. La nueva profesora de Arte, miss Morris, nos puso delante un arreglo de ramas otoñales marchitas, cuyas hojas doradas caían en el escritorio de madera y desprendían un tenue olor a descomposición, y dibujamos en silencio.

Descontenta, yo hice un esbozo y repasé una y otra vez el contorno de las hojas hasta que quedaron gruesas, negras y desproporcionadas, y luego me enfadé conmigo misma por haber estropeado el dibujo. No soy una artista, pero de todos modos no me gusta fastidiar cosas. Me dolía el estómago. ¿Y si eso era lo que le había hecho a Daisy? ¿Y si había fastidiado nuestra amistad para siempre?

En el recreo (con galletas de jengibre) corrían rumores por todas partes. Para entonces ya culpaban de plano a las Cinco de la muerte de Elizabeth. Nosotras hicimos un corrillo, en el que Daisy y yo nos cuidábamos de mantener a Habi entre nosotras, porque el día era frío, y nuestros pichis y faldas, finos, y nos soplábamos en las manos mientras comíamos y hablábamos sobre el caso. Pero parecíamos avanzar en círculos, y todo resultaba desalentador. Me pregunté si ya habría llegado la policía, y si habían encontrado a Rose.

Cuando llegamos a la residencia para comer, vi que una nueva carta asomaba en mi casillero en el vestíbulo.

La cogí enseguida, con las mejillas acaloradas, y me volví para ver que Kitty, Habi y Lavinia me observaban. Daisy se había apartado y hablaba en susurros con una de quinto.

—No es nada —dije, más alto de lo necesario.

—Es la hora de comer —respondió Lavinia cuando sonó el gong de la comida—. En serio, a veces me agotáis. ¿No puede haber nada sencillo?

Sentí una punzada de nostalgia. ¿Por qué ya no podía haber nada sencillo? ¿Por qué tenía que complicarse todo, ahora que éramos mayores?

Estábamos entrando en el comedor cuando la pequeña Martha Grey, de tercero, nos salió al paso. Se mordisqueaba el pelo con nerviosismo y parpadeaba, y me di cuenta de que estaba disgustada por algo. Se encogió cuando Kitty se adelantó.

—Yo… —dijo—. Yo…, esto…, Binny…

—¡Oh, escúpelo! —soltó Kitty—. ¿Qué ha hecho ahora ese pequeño sapo?

—¡Oh! —exclamó Martha con grito ahogado—. No…, no es nada. Creo que la nueva pulsera que lleva no es suya. Ella dice que sí, pero…

—¡Pulsera nueva! —Kitty se había enfurecido—. ¡Si es mía! ¡Cómo se atreve! —Y entró corriendo en el comedor, en busca de su hermana.

—¿Era eso lo que querías decir realmente? —le pregunté a Martha.

—Sí —dijo a toda prisa—. Tengo que ir a sentarme.

Estuve a punto de ir tras ella, pero estaba pensando en mi carta. Quería saber qué opinaba Alexander del caso. Así que no la presioné.

II

Mientras comíamos (y Kitty se abrochaba la pulsera bajo la manga de la chaqueta con aire triunfal), Habi me dio un codazo.

—¿Te has enterado? —susurró—. ¡Kitty y Daisy van a registrar la habitación de las Cinco! Betsy North proporciona la distracción.

—Ah, ¿sí? —pregunté, al tiempo que dejaba el tenedor. ¡Estaba pensando justo en eso, pero oír que Daisy iba a hacerlo sin mí…!

—Oh —dijo Habi—. Ellas…, nosotras…, quiero decir que vamos todas. Lavinia y yo también vamos. Y tú, por supuesto. —Luego se sonrojó.

Sabía que Habi estaba mintiendo, o que, cuando menos, intentaba ocultar la verdad. Daisy pretendía dejarme al margen. Y por eso no me había enterado hasta entonces.

—Yo también voy —dije, y alcé la vista hacia donde estaba sentada Daisy. Tenía la nariz arrugada, y me dirigió una mirada muy fría. Se la devolví. La Hazel de un año antes quizá hubiese suplicado perdón, pero yo no pensaba hacerlo.

Las prefectas de guardia habían cambiado. Florence y Enid habían salido para sumarse a la búsqueda de Rose, y Lettice y Margaret habían ocupado sus puestos. Lettice temblaba de los nervios y parecía exhausta, y Margaret fruncía el ceño distraída. Había oído que ya había llegado la policía, y que estaban en plena búsqueda, pero que aun así necesitaban toda la ayuda posible. Me

pregunté si el inspector Priestley iría a la residencia, si se plantearía dónde estábamos. Pero quizá no pensara en nosotras, si creía que tan solo investigaba el caso de una niña fugada. No tenía motivos para saber que detrás de todo había un cadáver.

Se retiraron los platos del postre (crujiente de manzana con natillas), y comenzó la maniobra de distracción de Betsy. Vi que Daisy asentía hacia ella, y Betsy asintió hacia las de su curso… y entonces se desató el caos. Empezaron a chillarse unas a otras como monos y a perseguirse por el comedor, lo cual violaba las normas, y Margaret y Lettice no podían con ellas.

—¡Parad! —gritó Lettice, y Margaret se llevó las manos a la cara, angustiada.

Ni siquiera se dieron cuenta de que las cinco salíamos a hurtadillas.

Cuando subíamos las escaleras con sigilo (evitando los crujidos), Daisy se volvió hacia nosotras.

—Somos muchas —susurró—, así que debemos ser sumamente cuidadosas.

—Pero ¿eso no es bueno? —susurré en respuesta, mientras los gritos reverberaban más abajo—. Podemos encargarnos de una zona cada una. Somos cinco para cinco. Acabaremos el registro rápido.

—Sí, gracias, Hazel —dijo Daisy, y nos miramos con furia.

Odiaba eso. Estábamos muy alejadas y me dolía muchísimo.

Subimos otro tramo de escaleras, y otro (como ya he dicho, el dormitorio de las Cinco se encuentra en la última planta de la residencia). Me sentía mal por estar tan arriba. Desde pequeñas nos inculcan que no podemos subir a lo alto hasta que nos convertimos en las mayores.

Pero finalmente, ahí, al fondo del pasillo en penumbra, se encontraba la puerta de la habitación de las Cinco.

—¡Madre mía! —murmuró Habi—. ¿De verdad vamos a hacerlo?

—¡Por supuesto! —espetó Daisy—. Y rápido. ¡Tenemos que haber entrado y salido para cuando termine la pausa de la comida!

Y abrió la puerta de un empujón, con su seguridad habitual.

12

Resultaba muy extraño estar en la habitación de las Cinco, no solo porque era suya, sino porque era muy parecida a la nuestra. Las cinco camas se hallaban dispuestas exactamente igual que las nuestras, y cada una tenía su cómoda y su arcón debajo de la cama, como nosotras. La única diferencia era que sus muebles eran todos bastante más nuevos (las mayores reciben las cosas primero, y luego, a medida que se hacen más viejas y se desgastan, se bajan a las habitaciones de las más pequeñas), y hay más toques personales en sus zonas: una colcha estampada sobre la cama de Una, un pequeño adorno de cristal encima de la cómoda de Lettice.

—Dividios —susurró Daisy—. Una cama cada una. Lavinia, tú encárgate de Margaret. Kitty, tú de Una. Habi, Lettice. Yo me encargo de Florence. Ah, y Hazel, supongo que tú puedes quedarte con Enid. Recordad, estáis buscando pruebas de sus secretos, y también cualquier indicio de que una de ellas sea la asesina. Un guante ensangrentado, una bufanda quemada, cualquier detalle que pueda ser crucial.

Me dolió ser la última en la que pensara Daisy. No la miré. Me limité a centrarme en lo interesante que era que ahora se agenciase a Florence. ¿Significaba eso que sus sospechas habían cambiado?

—¡Esto no me gusta! —susurró Habi—. ¿Y si vienen y nos encuentran aquí?

—Enid, Una y Florence están fuera buscando, y Margaret y Lettice están distraídas. Y, si sigues preocupada, date prisa y que no te pillen —dijo Daisy—. ¡Venga, pues!

Yo me acerqué a la cama de Daisy. Estaba buscando exámenes, me recordé. Como prueba de que Enid hacía trampas.

La cómoda de Enid estaba ordenada, con la ropa pulcramente doblada. La levanté con cuidado, pero no había nada escondido debajo.

—Tengo algo —dijo Lavinia con brusquedad a mi lado—. Debajo del colchón de Margaret. Está todo rasgado, pero creo que era una carta. Está firmada con una A. Será de Astrid. Puaj, es toda romántica y empalagosa. Sí que se gustan.

—¡Oh, yo también tengo algo! —exclamó Habi—. Aquí, ¡es un diario! Ah, no, no lo es. Qué curioso, es una especie de cuaderno de registro. Lleva un registro…, ay, madre, lleva un registro de su peso y de lo que come todos los días. Empieza en julio de este año, y al principio dice: «Por petición del doctor Forel, del Hospital Psiquiátrico de Prangins, voy a ir escribiendo este registro…». Oh, esto no está bien. No quiero seguir leyendo.

Entonces, ¡era verdad! Lettice había pasado el verano en un hospital, no en una escuela de élite. Si se descubría que no estaba bien de la cabeza, nunca encontraría marido, y yo sabía que era lo único que deseaba.

Pasé al arcón de Enid, con el estómago revuelto. Rebuscar entre las cosas de los sospechosos nunca es agradable, pero en este caso me sentía fatal. Se trataba de secretos que las Cinco estaban desesperadas por ocultar, por los que una de ellas había matado a alguien. Y nosotras estábamos manoseándolos, sacándolos a la luz. Estaba mal.

—Ja! —soltó Daisy de pronto—. Toma, mirad esto. Un frasco de pastillas en el arcón de Florence. Digoxina.

—¿Qué es eso? —preguntó Lavinia. Sonaba como si se hubiese incorporado y hubiese dejado de buscar.

—No estoy del todo segura —dijo Daisy—. Pero sé cómo puedo

averiguarlo. Llamaré al doctor Cooper, a Fallingford, y me haré pasar por mi madre para que me diga para qué son. La gobernanta no está en su despacho porque está persiguiendo a las renacuajas, así que puedo colarme dentro sin problemas. Todo esto es excelente. Kitty, ¿tú has encontrado algo?

Se oyó que revolvían.

—Quizá —contestó Kitty—. Tiene algunas fotos de gente mayor debajo de las blusas. Detrás se lee… esto… «Orna und Opa, Juni 1934». Es alemán, ¿verdad? Deben de ser sus abuelos, pero no veo por qué… No parecen judíos, ¿no?

—Déjame ver —dijo Daisy.

Yo metí la cabeza en el arcón de Enid y hurgué. Había montones de papeles, todo notas de revisiones. Empecé a echarles un vistazo.

—¡Kitty! ¿Qué quieres decir con que no parecen judíos? ¿Ves ese candelabro detrás de ellos? Es una menorá. Es parte de lo que tienen los judíos en lugar de Navidad.

—¿Por qué no tienen Navidad? —exclamó Habi, horrorizada—. ¡Pobrecillos!

—Habi, ellos no… Bah, es igual. El caso es que los abuelos de Una son judíos. ¡Un trabajo excelente! Bueno, Hazel, ¿qué has encontrado tú?

Su tono era acusador, y yo estaba enfadada, porque no había encontrado nada.

—Toma. —Levanté el primer documento que pasó por mis manos y se lo planté delante—. ¡Aquí tienes!

Daisy y yo nos miramos fijamente, y su expresión era furibunda. Sentí que la mía también.

—Esto, Hazel —empezó—, es bastante… —Entonces se detuvo—. Esto parece una carta del padre de Enid.

—Ah, ¿es importante? —preguntó Habi.

Se produjo una pausa.

—Sí —dijo Daisy por fin, en voz baja—. Creo que sí. Es de hace unas semanas. Mister Gaines habla de universidades. Dice: «Lamenté enterarme de tu última nota de Historia. Recuerda, Enid,

que tu madre y yo esperamos que te admitan en Oxford cuando acabe el curso. Eres lo bastante lista, solo tienes que aplicarte. Hemos invertido mucho en tu educación, y espero obtener buenos resultados. Tu hermana te manda recuerdos. Como siempre, desearía estar contigo, pero nuestras finanzas no se lo permiten, claro. Espero que estés estudiando todo lo que hablamos». Madre mía, sigue así eternamente.

Alzó la vista de la página y reconocí su expresión. Sabía qué estaba pensando. De pronto entendí a partir de esa carta que las notas de los exámenes podían parecer una cuestión de vida o muerte para Enid. Si no conseguía entrar en Oxford, después de que sus padres se hubiesen gastado tanto dinero para enviarla a Deepdean…, vaya, no se lo perdonaría a sí misma. Hacer trampas parecería una respuesta razonable.

Mis padres nunca han tenido que preocuparse por el dinero, pero de todos modos sé lo que es que esperen que te vaya bien. Tengo que demostrar a mi padre que merezco estar en Deepdean, ahora que me lo ha ofrecido, que debería estar aquí y que vale la pena que envíe aquí a mi primera hermanastra, de ocho años, cuando tenga edad suficiente. Yo soy la primera, y eso a veces resulta difícil.

Abrí la boca, pero Daisy se alejó.

—Bueno —les dijo a Kitty y a Habi—. Ya lo tenemos. Ahora, ¿nos vamos antes de que nos pillen? Tengo que llamar a un médico.

13

Bajamos al vestíbulo principal. Las renacuajas y Betsy seguían haciendo un trabajo maravilloso con la revuelta y el despacho de la gobernanta se hallaba vacío, con la puerta abierta. La habíamos oído gritando en alguna parte de la primera planta, así que sabíamos que estábamos a salvo. Pero el reloj de la pared nos daba solo diez minutos hasta que tuviéramos que bajar para las clases de la tarde. Debíamos actuar rápido.

—Vale —dijo Daisy—. Voy a entrar para usar el teléfono. Vosotras cuatro, quedaos aquí fuera. Si veis a la gobernanta, o a una de las Cinco, haced todo lo que podáis para distraerlas, con el mayor ruido posible. Solo necesito unos minutos, si el doctor Cooper está en su consulta. Contemos con eso.

—¡Suerte! —susurró Habi con nerviosismo.

Yo no dije nada.

—Gracias, Habi —recalcó Daisy. Luego se coló a toda prisa en el despacho de la gobernanta con una sola mirada atrás, hacia mí, y, si hubiese provenido de cualquier otra persona, habría dicho que era herida.

Al cabo de un momento, oímos su voz, muy nítida y adulta.

—¿Hola? ¿Operadora? Con el 214 de Fallingford, por favor. Sí, la consulta del doctor Cooper. Sí, espero.

Se produjo una pausa. Entonces se oyó la voz de Daisy de

nuevo:

—¡Ah, buenas tardes, doctor Cooper! No, no, deben de haberle dado mal el número. Soy lady Hastings, solo tengo una pequeña consulta que hacerle…

—¡Las de cuarto! —soltó una voz—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

Todas nos volvimos rápidamente. Habíamos estado prestando atención a Daisy y se nos había olvidado vigilar, como nos había pedido. Pero la puerta principal de la residencia se había abierto y ahora teníamos a Enid delante.

Kitty tosió, yo carraspeé y Lavinia levantó la barbilla Y dijo:

—¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Estaba buscando a la chica desaparecida —respondió Enid con frialdad—. Me han mandado de vuelta. Hay ramas en el camino y no tengo fuerza suficiente para levantarlas. ¿Qué hacéis todas ahí plantadas? ¿Esperáis a alguien? —Volvió la cabeza hacia el despacho de la gobernanta.

—¡Sí! —exclamó Habi de pronto, tan alto que fue casi un grito. Enid se sobresaltó y todas la miramos fijamente—. Estábamos… ¡estábamos esperando a la gobernanta!

Oímos la voz de Daisy de nuevo:

—¡PORQUE estoy tan DISGUSTADA! POBRE ELIZABETH, y todas las cosas TERRIBLES que han pasado desde entonces. ¡Es ESPANTOSO!

—¡Oh, sí que lo ES! —gritó Kitty, al tiempo que se sorbía y enjugaba las lágrimas de cocodrilo—. ¡UN HORROR!

Estaban haciendo tanto mido que la voz de Daisy quedó ahogada. Enid parecía nerviosa y, cuando Habi dio un paso al frente, abriendo los brazos para que la consolara, retrocedió horrorizada. Estaba demasiado angustiada para captar el momento en que Daisy salió con sigilo del despacho de la gobernanta, con expresión muy alegre. Estaba junto a Lavinia antes de que Enid advirtiera su presencia, y luego asintió con la cabeza a modo de saludo y dijo como si tal cosa:

—Estaba dejándole una nota a la gobernanta. Después de todo,

es hora de ir a clase y aún no ha vuelto.

Enid pareció vacilar un momento, pero entonces sonó la campana y tuvo que dejamos marchar. Seguía plantada en el vestíbulo cuando salimos corriendo por la puerta, con la sensación de que habíamos escapado de chiripa unas cuantas veces para una sola pausa para comer.

—¿Qué has descubierto? —susurró Kitty a Daisy cuando nos dirigíamos a la escuela bajo una fina llovizna—. ¿Has averiguado qué es la dig… lo que sea?

—¡Sí! —exclamó Daisy. Resplandecía de la emoción—. Me he hecho pasar por mi madre y le he dicho al doctor Cooper que la había encontrado en el botiquín y me preguntaba si podía tomarla para la jaqueca. Se ha disgustado muchísimo y me ha dicho que en absoluto, que era medicación para el corazón, para gente con enfermedades cardíacas muy graves.

—¡No! —gritó Kitty.

—¡Sí! —dijo Daisy—. Oh, ha sido lo más fácil del mundo. Y ahí lo tenemos. Nuestro último móvil, ¡confirmado! Florence está realmente enferma, y lo mantiene oculto.

Si esto saliese a la luz, nunca le permitirían ir a las Olimpiadas. ¿No es maravilloso?

—¡Pero aún no hemos descartado a nadie! —repliqué yo. Supongo que estaba intentando fastidiar a Daisy, pero, de cualquier modo, era cierto. Toda aquella búsqueda de móviles no parecía habernos llevado a ninguna parte, en realidad.

—Eso —dijo Daisy con aire despreocupado— ya llegará. Si tienes fe en el Club de Detectives. ¿Tienes fe, Hazel?

No había nada que pudiera responder a eso.

14

En Historia, anoté de cualquier manera nuestras aventuras a la hora de comer y por fin me dispuse a leer mi carta.

Escuela Weston, jueves 7 de noviembre por la mañana

Querida Hazel:

Acababa, de enviarte la última, cuando recibí tu segunda carta. Las cosas están yendo muy rápido. Ojalá, George y yo estuviéramos ahí. ¿Han arrestado al manitas? ¿O todos los adultos siguen pensando que fue un accidente? ¿Y habéis descubierto algo más sobre quién está difundiendo esos secretos y por qué? ¿Ya se han revelado los secretos de las Cinco? ¿Quién erala persona que huyó al bosque?

Siento hacerte tantas preguntas, pero esto es lo más emocionante que nos ha pasado en lo que va de curso.

Aquí no ha ocurrido nada, si que tenéis mucha,

suerte, deberíamos ir a Deepdean, así nos divertiríamos un poco. Aunque nunca dejarían entran a chicos, lo cual es una verdadera lástima.

George y yo hemos estado pensando en cómo poder ayudaros desde donde estamos. No hemos sido de mucha utilidad. Lo único que puedo decir es que no os preocupéis demasiado por los móviles. Sabéis que todas vuestras sospechosas tenían uno y con eso basta.

Lo importante no es por qué, sino cómo, ¿no? Todas podrían haberlo hecho, pero solo lo hizo una de ellas.

Es un simple problema de lógica ¿quién estaba en el lugar adecuado en el momento oportuno? Quizá una reconstrucción os ayudase a averiguarlo. ¿Ya habéis hecho una?

No te des por vencida, Hazel. Por supuesto, sé que tú nunca lo harías, no como la mayoría de la gente a la que conozco. Quizá no sea muy británico por mi parte decirlo, pero a veces creo que eso es lo que nos convierte en buenos detectives, que no somos del todo británicos. Tiene gracia que, de los cuatro, la única realmente inglesa sea Daisy. Quizá por eso trabajáis tan bien juntas y sois tan buenas amigas.

Alexander

Me había puesto a temblar de arriba abajo, con algo entre la emoción y el malestar. Me alegraba leer la carta, claro, pero no era

solo eso. Había algo muy importante en lo que había dicho Alexander, algo que contestaba con precisión a la pregunta que había formulado yo cuando nos dirigíamos a la escuela. Él no estaba en el lugar de los hechos, así que había muchas cosas acerca del caso que no veía (y estaba trabajando a partir de mi segunda carta del miércoles, totalmente desfasado).

De todas formas, había visto algo que nosotras habíamos pasado por alto. Nos habíamos obsesionado tanto con los secretos, los rumores y los móviles que habíamos olvidado ver este caso como un caso, como un acertijo de lógica. Cuanto más investigábamos, más inevitable parecía la muerte de Elizabeth, un hecho. Elizabeth había conseguido que la odiara tanta gente que su asesino podría haber sido cualquiera. Pero no lo fue. Las Cinco tenían sus motivos, pero solo una de ellas lo había hecho. Como había dicho Alexander, era una simple cuestión de quién había estado en el lugar adecuado y en el momento oportuno. Eso era lo que teníamos que averiguar. ¿Por qué no habíamos hecho una reconstrucción del crimen todavía?

Aquello era crucial, lo sabía, y tenía que contárselo a las demás. Pero no quería hablar con Daisy. Me daba miedo que no escuchase mi idea en absoluto si reconocía que provenía de Alexander.

En la cena, seguía buscando la forma de decírselo. Mantenía la cabeza gacha y daba grandes bocados sin saborear realmente la comida. Cobré consciencia de un zumbido a mi alrededor, la gente hablaba más alto de lo habitual, mucho más de lo que normalmente se permitía durante la cena. Mastiqué el estofado pegajoso y entonces alguien me tiró del brazo. Me volví y allí estaba la pequeña Martha Grey, de tercero.

—Perdona —me dijo—, pero ¿has visto a Binny?

QUINTA PARTE

El secuestro

1

—Binny está escondida —dijo Kitty, veinte minutos más tarde—. Seguro. Uf, ese monstruito, cuando aparezca la mato. Oh, ni pío, Habi, pues claro que no va en serio. Pero sé lo que ha hecho. Tenía celos de Rose, así que será alguna treta estúpida para llamar la atención. Estará en el armario de la colada, ya veréis, o debajo de alguna mesa. Le habrá pedido a Martha que le lleve comida.

Pero Martha, cuando fue interrogada al respecto, lo negó.

—Han pasado horas —dijo, con los ojos enrojecidos y temblando —. No la he visto desde después de clase. Me ha dicho que había quedado con alguien, y que vendría luego con Alma. Solo que Alma dice que se ha encontrado con las Marías, y que Binny no estaba en la sala común, y tampoco ha aparecido en la cena. ¿Creéis que está bien?

—¡Pues claro! —chilló Kitty—. Os lo he dicho, está escondida.

La gobernanta parecía estar de acuerdo con ella. Estaba furibunda. Descubrir que había desaparecido otra alumna era más de lo que podía soportar. Recorrió la residencia echando pestes, gritando sobre las ridículas alumnas de tercero.

Solo que Binny no aparecía. Fuimos todas a buscarla, pero no estaba en el armario de la colada ni debajo de las camas ni siquiera acechando en los baños o los armarios. No estaba por ninguna parte. Y aunque empecé la búsqueda bastante distraída, no tardé en

empezar a preocuparme. Advertí que Kitty flaqueaba, algo en su interior cedía un poco más con cada nueva habitación vacía. Pensé en lo que habían dicho las Cinco, que encontrarían a la persona responsable de divulgar los secretos del Libro de los Escándalos y se encargarían de ella, y empecé a preocuparme de verdad.

Estaba buscando en un rincón de la segunda planta cuando una vocecita dijo a mi espalda:

—¿Hazel?

Era Martha. Sus ojos habían pasado del rosa al rojo y parecía muy angustiada.

—¿Estás bien? —pregunté.

—No —respondió Martha, y le temblaba el labio—. Antes no podía decirlo, pero ¡de verdad creo que a Binny le ha pasado algo terrible!

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—¡No ha huido por Rose! —gritó Binny—. Eso es lo que ha dicho Kitty, y lo que piensa la gobernanta, pero no es cierto. Binny lleva toda la semana comportándose de un modo extraño. No paraba de decirme que sabía algo, que tenía un secreto, y por supuesto yo pensaba que hablaba por hablar, pero entonces…, bueno, empecé a pensar que era ella la que estaba extendiendo los secretos.

He intentado decírtelo durante la comida, pero estabas ocupada. ¡Y ahora ha desaparecido! ¡Oh!

Se oyó otro «¡Oh!» a mi espalda. Me quedé inmóvil.

—Hola, Daisy —dije.

—Watson —contestó Daisy.

Me volví de golpe, furiosa, porque no era justo que usase ese nombre, y la vi allí de pie, con la nariz arrugada y los ojos muy azules. Sacudió la cabeza levemente y, al instante, como si saltara al vacío, lo comprendí. Ya no era momento de discutir.

—¿De verdad crees que Binny ha desaparecido? —preguntó Daisy—. ¿No te lo estás inventando?

—¡No! —exclamó Martha, dolida—. ¡Nunca lo haría!

—¿Se ha escapado?

—¡No lo sé! ¿Y si… se la ha llevado alguien?

—La explicación más probable sigue siendo que esté escondida en alguna parte —dijo Daisy—. Pero… ¿crees que es ella la que ha estado revelando los secretos?

—Sí —afirmó Martha, con lágrimas en los ojos—. Estoy casi segura. Se estaba comportando de un modo muy raro con ellos. Es verdad que Binny a veces se inventa cosas, pero esto era distinto. Cuando eres amiga de alguien, lo sabes.

—Lo sé —respondió Daisy—. Las amigas siempre lo notan.

Martha agachó la cabeza para secarse las lágrimas de los ojos y vi la expresión de Daisy. Se me hizo un nudo en la garganta.

—Ven con nosotras —dijo Daisy—. Ven a nuestra habitación. Llegaremos al fondo del asunto, ¿a que sí, Hazel?

Asentí.

2

—Cuéntanoslo todo —le pidió Daisy, que se sentó en la cama—. ¿Cuándo has visto a Binny por última vez?

Kitty, Lavinia y Habi se agolpaban a su alrededor, y Martha se hallaba de pie en la cabecera de la cama. Yo estaba a los pies, tomando notas.

—La última clase de esta tarde ha sido Francés —explicó Martha —. Cuando hemos salido, Binny me ha dicho que tenía que quedarse en la escuela.

—Sé más concreta —le indicó Daisy—. Cualquier detalle, por pequeño que sea, podría resultar importante.

Martha inspiró hondo y entrecerró los ojos.

—Me ha dicho que había quedado con alguien y que luego vendría con Alma. Pero Alma dice que no ha llegado a verla.

De pronto me vino un recuerdo horrible de nuestro caso del año pasado, y de miss Bell, de camino a su encuentro en el gimnasio, el encuentro en el que acabó asesinada. Me estremecí y Habi emitió un leve sonido. Noté que las demás estaban pensando lo mismo, aunque ninguna de nosotras quería decirlo.

—De acuerdo, entonces iba a reunirse con alguien —dijo Daisy, lo que nos contuvo—. ¿Con quién?

—No lo sé —dijo Martha—. ¡No me lo ha dicho!

—¿Alguien de la escuela o del pueblo?

—Si era fuera de la escuela, tendría que haber ido conmigo, con Alma o con alguien —dijo Martha, con lo que demostraba una lógica impresionante—. Sabéis que no podemos salir solas. No se ha marchado conmigo, ni con ninguna de clase, así que debe de haberse quedado en la escuela.

Martha estaba segura, y supe que era muy probable que tuviese razón. Pero no podía evitar imaginarme a Binny siendo raptada en medio de la noche, mucho después de que todo el mundo se hubiese ido. Si eso hubiese ocurrido, para entonces podía estar en cualquier parte.

Rememoré y vi el patrón: el modo en que Binny había presumido y alardeado de que tenía su propio secreto. Había descubierto una pieza fundamental del enigma, y una vez más todas habíamos estado mirando en la dirección equivocada y lo habíamos pasado por alto. Sentí que me invadía la vergüenza. Había hecho caso a Kitty, y había visto a Binny como a una hermana pequeña, no una persona.

Me di cuenta entonces de que estaba poniéndome en lo peor. Binny sabía algo importante y había desaparecido. No era descabellado suponer que se la había llevado la persona que había matado a Elizabeth. Pero ¿qué iba a pasarle a continuación? Seguro que el asesino no podía hacer nada, no a una pequeña renacuaja como Binny. Era imprudente y gritona, pero no era mala. Sin embargo… las Cinco hablaban en serio sobre guardar sus secretos, lo sabía. Habíamos oído a Florence y Una prometiendo perseguir a la ladrona. Y la asesina ya había matado a Elizabeth…

—Binny estará bien —dijo Kitty, después de que Martha se marchase, sin dejar de sorberse—. Da brincos. Es como una hormiga, cuesta muchísimo matarla. —Su voz, sin embargo, sonaba débil e insegura—. Mi madre nunca me perdonará si le pasa algo —añadió, y Habi le apretó la mano.

—La encontraremos —aseguró Habi.

—Sí —dije yo—. Lo haremos.

—Lo haremos entre todas —se sumó Daisy.

Me volví hacia ella.

—Watson —agregó—, creo que tenemos que hablar.

3

Daisy me guio por la residencia, llena de gritos, carreras y exclamaciones, con todo patas arriba (la gobernanta había decidido volver a llamar a la policía, de modo que Binny ya estaba desaparecida de manera oficial), hasta el gran ventanal de la segunda planta que queda justo por encima de un pequeño saliente. Las mayores a veces van allí para sentarse a fumar sin que las pille la gobernanta, pero en ese momento estaba vacío. Daisy empujó el marco de la ventana y salió con sigilo, y yo la seguí.

—¿Qué quieres? —le pregunté una vez que nos sentamos, azotadas por el viento y pequeñas gotas de lluvia.

Era una noche dura para estar fuera. Pensé en Rose, escondida en alguna parte del bosque de Oakeshott y luego pensé en Binny. ¿Dónde estaba? ¿Estaba a salvo?

—Tenía que hablar contigo, Hazel —dijo Daisy—. A solas.

—¿Ahora? —repliqué yo. Estaba enfadada—. ¿No antes? Es culpa tuya…, es culpa tuya que Binny haya desaparecido. Si no hubiésemos estado tan ocupadas discutiendo, esto nunca habría ocurrido. ¿Y si le ha pasado algo?

—Si le ha pasado algo, es demasiado tarde —dijo Daisy—. Pero si aún no ha pasado, entonces está en nuestra mano encontrarla antes de que ocurra. Sé que preferirías investigar con otros, pero ¿no puedes fingir, Watson? ¿Solo un tiempo? —Su voz se había vuelto

feroz, e incluso en la oscuridad distinguí la arruga en el puente de su nariz.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—¡Preferirías investigar con Alexander que conmigo! —dijo Daisy —. Le estás escribiendo a él, pidiéndole ayuda a él y… ¡no a mí!

Abrí la boca y volví a cerrarla.

—Es mi amigo.

—¡Tú eres mi amiga! —repuso Daisy furiosa—. Mi mejor amiga…, ¡o al menos lo eras! Has estado traicionándome con un chico, ¡y no es justo!

—¿Por qué tienes que decir cosas así? —pregunté—. Es horrible. Puedo ser tu amiga además de la suya. Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—¿De verdad? —preguntó Daisy. Parecía perpleja—. Yo no… ¿Estás segura? Has cambiado.

La miré y de pronto vi los últimos meses desde su punto de vista. Daisy seguía siendo Daisy, con la misma actitud peculiar de siempre, y no había sabido qué hacer mientras yo escribía cartas y pensaba en otra persona que no fuera ella. Para ella, yo me había alejado y la había dejado perdida.

—¡Por supuesto! —dije, y me ardieron los ojos—. Eres Daisy, mi mejor amiga del mundo. O lo eras hasta que dijiste esas cosas horribles sobre mí y Alexander.

Se produjo una pausa. El viento soplaba a nuestro alrededor y me revolvía el pelo, y una salpicadura de lluvia me heló la cara.

—Hazel —dijo Daisy al cabo de un rato—, no me has contado las cosas como es debido. ¿Alexander no es tu mejor amigo ahora?

Aquello era tan propio de Daisy que tuve que reprimir una mueca.

—¡Pues claro que no! —exclamé—. Idiota. Alexander es un chico y mi amigo. Pero no eres tú. Como tampoco lo son Kitty ni Habi ni Lavinia. Y deberías saberlo. No deberías estar enfadada conmigo por escribirle.

—Oh, claro que estoy enfadada —dijo Daisy de forma realista—.

Pero ahora entiendo que solo estabas escondiendo las cartas porque pensabas que yo lo vería con malos ojos. Y yo… he reaccionado de manera exagerada, supongo. Nunca debería haber dicho lo que dije. No estuvo bien. ¿Puedes olvidarlo? Lo que importa ahora es Binny. Ha desaparecido, y estoy segura de que su desaparición está relacionada con el asesinato de Elizabeth. Es razonable dar por sentado que la persona que mató a Elizabeth se la ha llevado para impedir que revelara su secreto. Así que, para encontrarla, debemos resolver el caso. Y no puedo hacerlo sin ti, Watson.

Pestañeé, con fuerza.

—Oh —dije—. De acuerdo, pues. Lo siento, Daisy. No debería haber actuado a tus espaldas.

—¿Club de Detectives para siempre? —preguntó Daisy.

—Para siempre —dije, y casi antes de que supiera lo que estaba haciendo, le tendí la mano y nos la estrechamos.

Nos apoyamos la una en la otra, con la lluvia en las mejillas y la fría oscuridad de la noche rodeándonos, y me sentí más feliz de lo que lo había estado en todo el semestre.

4

—Bueno —dijo Daisy, al tiempo que se recostaba en los ladrillos de la residencia—, ¿cómo vamos a resolver el caso?

Sabía que estaba sonriendo. Igual que yo.

—Me he dado cuenta de algo —respondí—. No hemos parado de dar vueltas a móviles y secretos. Pero no importan, no realmente. Sabemos que las Cinco tienen móvil, y con eso nos basta. Lo que importa es quién tuvo la oportunidad. Así es como resolveremos el caso y cómo encontraremos a Binny. Necesitamos hacer una reconstrucción del crimen.

—¡Señor! —exclamó Daisy—. ¡Tienes razón! Hemos estado tan concentradas en los secretos, cuando… Madre mía, Watson, ¡vaya pánfilas! ¿Cómo no se nos ha ocurrido hasta ahora?

—No se me ha ocurrido a mí. —Me quedé mirándola a los ojos—. Ha sido cosa de Alexander. Puede ser útil, ¿no lo ves? No está aquí, así que puede ver las cosas de un modo distinto. Yo creo que puede ayudarnos, igual que lo ha hecho antes.

Daisy se estremeció. Se produjo un silencio.

—De acuerdo —contestó por fin—. Entiendo lo que quieres decir. Debemos hacer una reconstrucción del crimen. ¡Oh, ojalá no hubiésemos tenido que dejar ese palo de *hockey*!

—Pero sabemos que existe y, de todos modos, ¡no tenemos equipo de huellas dactilares! —dije—. ¿Qué averiguaríamos, aunque

lo tuviéramos?

Daisy suspiró.

—Es un problema que no tengamos un equipo como es debido —dijo—. Pienso pedirme uno por Navidad.

Sonreí de oreja a oreja.

—¡Ah! —dije—. Ayer encontré algo en clase de Gimnasia. ¿Recuerdas cuando Kitty mandó la bola volando hasta el bosque? Creo que podría ser una prueba. Me la guardé en los pololos de gimnasia para tenerlo a buen recaudo y luego en el bolsillo.

Saqué la horquilla y se la enseñé. La pequeña flor plateada destelló débilmente, pues no había nada de luna y, por las pesadas cortinas de la residencia, a nuestra espalda, tan solo se filtraba una luz muy tenue.

Daisy, sin embargo, dio un grito ahogado.

—¡Hazel! —exclamé—. ¿La has tenido todo este tiempo? ¿No sabes de quién es? Oh, ¿por qué la gente nunca se fija en las cosas?

Pensé que era bastante exagerado, dado que durante el caso de miss Bell nos habíamos topado con una pista así y Daisy no había sabido a quién pertenecía, hasta que fue casi demasiado tarde.

—De acuerdo, ¿de quién es? —pregunté.

—De Lettice —respondió Daisy con la voz entrecortada—. Lo sé, la lleva todo el tiempo. Y déjame ver… —Cerró los ojos y frunció el ceño, como si se esforzara en pensar—. Sí, estoy casi segura de que me acuerdo de que la llevaba cuando repartía las bengalas, justo antes de los fuegos artificiales. Pero no recuerdo habérsela visto desde entonces. Y si estaba en el bosque, vaya, significa que Lettice estuvo allí el martes.

—¡Debió de ser la persona que se alejó corriendo justo antes de que empezaran los fuegos! —dije—. El abrigo de Deepdean hace que parezca más corpulenta. Supongo que por eso no la reconoció Martha. Ah, y… ¡Ahora me acuerdo! Cuando Lettice entró en la residencia después de que muriera Elizabeth, llevaba una hoja en el calcetín, justo igual que Lavinia cuando salió al bosque en clase de Gimnasia. ¡Todo encaja!

—¡Sí! ¿Y si se alteró tanto tras la discusión con Elizabeth que salió corriendo? De ser así, ¡no podría haber cometido el asesinato! —gritó Daisy.

Sonreímos satisfechas. Volvíamos a leernos la mente, y la sensación que me produjo era maravillosa.

—¡Hemos descartado a alguien! —celebré.

—¡Por fin! —añadió Daisy—. Madre mía, ha sido inesperadamente fácil, después de todo este tiempo. ¡Es lo bueno de tener pistas! Entonces, ¿hacemos las paces? ¿Definitivamente?

—Definitivamente —aseguré, sin dejar de sonreír.

—Excelente —dijo Daisy—. Bueno, bajemos a la habitación e informemos a las demás de nuestra fantástica deducción y de la reconstrucción que estamos planeando. Creo que sé cuál es el momento perfecto. El sábado, cuando vayamos al campo para el partido contra la Escuela Fareham para Señoritas, todo el mundo estará distraído. No nos mirará nadie. Madre mía, en cierto modo es igual que la noche del asesinato.

—Eso es horrible —contesté al tiempo que contenía un escalofrío.

—Lo sé —dijo Daisy tan contenta—. Pero es sumamente importante. Si queremos encontrar a Binny, debemos resolver el asesinato de Elizabeth. Y eso significa descubrir las coartadas del resto de las sospechosas. En realidad, Hazel, se me ha ocurrido una idea excelente para eso.

5

Daisy y yo regresamos al dormitorio, y Habi nos lanzó una sola mirada y chilló de alegría.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Volvéis a ser amigas! ¡Hurra!

Kitty rompió a reír, e incluso Lavinia soltó un resoplido que resultó casi amigable.

—Supongo —dijo Daisy, y me sonrió de oreja a oreja. Le devolví la sonrisa—. Ahora, ayudantes, ¿buscamos a Binny todas juntas?

—Sí —contestó Kitty—. Por favor. Sé que es un sapo, pero es mi hermana. Ya sabéis.

Todas asentimos. Pensé en mis pequeñas hermanastras en Hong Kong. Eran muy pequeñas cuando me vine a Deepdean hace un par de años, y no las había visto mucho desde entonces, pero lo comprendí de todos modos. Eran parte de mí, igual que mi madre y mi padre, y hacerles daño significaba hacerme daño a mí. Y, me di cuenta con un pequeño sobresalto, me ocurría lo mismo con Daisy. Ella también era mi familia, mi familia en Inglaterra. Caí en que ese era el origen del malestar que había estado sufriendo en el estómago. Solo había estado fingiendo que me daba igual.

Me sentía muy avergonzada, pero también mejor, como la vez que me había despertado sin fiebre después de semanas enferma.

—Excelente —dijo Daisy—. Bueno, Hazel y yo hemos estado investigando un poco juntas, cosa que tenemos permitida porque

nosotras fundamos el Club de Detectives. Es nuestro. Nos hemos percatado de algunas cosas muy importantes. Primero, que lo más probable es que Binny no haya huido. Se la han llevado, y creemos que se la ha llevado la persona que mató a Elizabeth, porque descubrió que era la que difundía los secretos del Libro de los Escándalos y temía que estuviera a punto de revelar el suyo.

—¡Oh! —dijo Kitty—. ¡La idiota de Binny! De haberlo sabido… — Se sumió en un silencio abatido.

—Así pues, es fundamental que trabajemos en resolver el asesinato de Elizabeth y el paso siguiente es reconstruir el crimen. El partido de mañana contra Fareham será la oportunidad perfecta. Pero hay una de las Cinco a la que no necesitamos tener en cuenta. ¡El excelente trabajo policial de Hazel ha descartado a la primera de nuestras sospechosas!

—Encontré algo en el bosque —expliqué—. Una horquilla. Y Daisy la ha reconocido: es de Lettice. La llevaba puesta el martes, así que debió de caérsele entonces, y recuerdo haberla visto con una hoja en el calcetín cuando regresó a la residencia esa noche. Debía de estar en el bosque, y dado que todas la vimos junto a la hoguera antes de los fuegos artificiales…

—¡Debió de ser la persona a la que Martha vio huyendo al bosque justo antes de los fuegos! —intervino Daisy—. Y eso significa que no pudo matar a Elizabeth durante los fuegos. ¡No estaba en el lugar de los hechos!

—¡Oh! —exclamó Habi—. ¡Oh, me alegro!

—Tienes un gran corazón, Habi —dijo Kitty—. Sabemos que fue una de las Cinco, aunque no fuera Lettice.

—Lo sé —contestó Habi frunciendo el ceño—. Pero ojalá no fuese cierto.

—Así que ahora debemos reducir nuestras cuatro sospechosas a una —dijo Daisy—. Y para asegurarnos de que la reconstrucción de mañana sea lo mejor posible, y tengamos mayores posibilidades de descubrir a la asesina y encontrar a Binny, debemos repasar los datos que tenemos sobre los movimientos de Una, Florence, Enid y

Margaret el martes por la noche. ¡Es fundamental que comprendamos todo lo que podamos!

Revisamos mis notas del miércoles, y surgió un patrón. Las Cinco se habían pasado la noche alimentando las llamas, como sabíamos, y lo habían hecho por tumos, en un orden estricto y a intervalos de cinco minutos. Enid, por supuesto, había llevado varios haces al principio de la velada, entre las 19:05 y las 19:10, tiempo en el cual se había detenido para hablar con Elizabeth. La había sustituido Florence alrededor de las 19:10, y luego Lettice a las 19:15. Margaret había echado leña a la hoguera a las 19:20, y a continuación había tomado el relevo Una a las 19:25, mientras Lettice y Enid repartían bengalas, momento en el cual, por supuesto, Una había hablado con Elizabeth.

Durante el discurso de miss Barnard, a las 19:30, las Cinco habían parado para escucharlo, y el fuego se había apagado ligeramente. A continuación, había empezado la ronda de nuevo. Enid había hecho el primer tumo a las19:35, mientras Una, Florence y Margaret nos disponían a todas en filas. Fue entonces, claro, cuando Elizabeth y Lettice discutieron, y Martha vio la figura que se adentraba corriendo en el bosque, la figura que ahora sabíamos que era Lettice. Enid estaba llevando un último haz de leña a la hoguera cuando empezaron los fuegos, a las 19:40; Florence debería haberla relevado (esto, por supuesto, no podíamos confirmarlo). Lettice debía tomar el relevo a las 19:45, pero, claro, no podía haber estado ahí. Después fue el turno de Margaret, a las 19:50, y el de Una, a las 19:55.

—Bien —dijo Daisy mientras todas contemplábamos la lista de horas que habíamos hecho—, sabemos exactamente cuándo se produjo el asesinato, por fin.

Todas nos dábamos cuenta de qué quería decir. Aunque tanto Florence como Enid habían tenido la posibilidad de matar a Elizabeth durante sus tumos, la ausencia de Lettice significaba que había una brecha mucho más prometedora de cinco minutos en la rotación. Se

suponía que cerca del fuego no debía haber nadie más, lo que significaba que nuestras cuatro sospechosas podían haber utilizado esa ventana de las 19:45 para acercarse con sigilo a donde se encontraba Elizabeth y golpearla con el palo de *hockey*.

—Espera —intervine yo—. Hay algo más. Mira lo que dice Charlotte, aquí. Cuando acabaron los fuegos, se acercó a la hoguera y estaba Una, no Margaret. Entonces Charlotte se tropezó con el cuerpo de Elizabeth…

—Una podría haber tomado el relevo de Margaret —añadió Kitty —. Después de todo, era casi su hora.

—Es posible —dijo Daisy—. Es posible, pero ninguna de las otras se adelantó. En todo caso, llevaban un ligero retraso. Por eso Enid seguía trabajando cuando empezaron los fuegos. Y mirad lo que dijo Charlotte, que Una estaba «sonrojada». Era de esperar, si advirtió que el fuego se apagaba y tuvo que intervenir de manera inesperada. Sumad eso al arma homicida… ¿Recordáis que no se quemó del todo? ¿Y si tanto Lettice como Margaret faltaron a sus puestos en la rotación, y por eso fueron apagándose las llamas?

—¡Todo eso son conjeturas! —dijo Lavinia.

—Pues sí —contestó Daisy—. Pero hay alguien más a quien podemos preguntar para confirmar lo que sugiero, alguien que sabemos que debía de estar cerca de la hoguera, y del cuerpo de Elizabeth, después de los fuegos: Martha.

—¿Martha? —repitió Kitty—. Pero…

—Pensadlo bien —dijo Daisy—. Elizabeth llevaba el Libro de los Escándalos encima todo el tiempo. Oímos que lo decían las Cinco. Supongamos que la asesina se lo robó al matarla, y que lo tiró en alguna parte en medio de la oscuridad entre el cadáver de Elizabeth y el fuego. Binny debió de encontrarlo dondequiera que cayera, así que tenía que estar cerca de la hoguera, y lo más probable es que Martha estuviera con ella en ese momento. Por lo tanto, tenemos que hablar con Martha de nuevo. ¿Lo veis?

Lavinia asintió a regañadientes. Habi sonrió.

—¡Qué lista eres, Daisy! —dijo.

—Lo sé —respondió Daisy—. ¡Traed a Martha Grey!

6

Volvieron a llamar a Martha, que confirmó todas las suposiciones de Daisy. A veces Daisy tiene una suerte increíble.

—Fuimos a la hoguera justo después de que acabaran los fuegos —dijo Martha—. Se había apagado un poco, y Binny quería acercarse para avivar las llamas de nuevo. Se estaba portando fatal, daba patadas y hacía que saltaran chispas. La prefecta que estaba atendiendo el fuego, Una, nos gritó. Parecía muy acalorada y molesta, y me volví hacia ella para decirle que lo sentía. Cuando me giré de nuevo, Binny estaba agachada sobre algo en el suelo, cerca del fuego. Se incorporó al ver que la miraba. Le pregunté qué había encontrado y dijo que no era nada. ¡Oh, ojalá la hubiese obligado a decírmelo! De ser así…

—Menos mal que no lo hiciste —dijo Daisy—. Si no, quizá tú también estarías desaparecida. ¿Fue entonces cuando Binny empezó a comportarse de un modo extraño?

—¡Sí! —contestó Martha—. Aunque no empecé a notarlo realmente hasta el día siguiente, cuando se descubrieron los primeros secretos.

—Gracias —le dijo Daisy a Martha, con un aire muy regio—. Nos has ayudado mucho, ¿sabes?

—Pero ¿encontraréis a Binny? —preguntó Martha—. ¡Sigue desaparecida!

—¡Pues claro! Pero ahora tienes que irte para que podamos hacerlo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió Martha de forma obediente, y se marchó.

—¡Bien! —soltó Lavinia—. ¿Qué hacemos con eso?

—Debería ser evidente —dijo Daisy—. Tenemos a otra testigo que afirma que el fuego era bajo, y Una estaba sonrojada cuando concluyeron los fuegos. Sabemos que Lettice no se presentó en su tumo, así que se habría apagado, pero ¿por qué no fue Margaret tras ella y lo avivó de nuevo? Es una pregunta trascendental, cuya respuesta debemos encontrar. Y, para hacerlo, debemos ir directas a la fuente.

—¿Margaret? —preguntó Daisy—. No estaba donde debería haber estado.

—¡Pero podría ser una asesina! —exclamó Lavinia—. Este plan es una estupidez.

—¡No lo es! —replicó Daisy—. No faltes al respeto a tu presidenta, ayudante Temple. Yo digo que es buena idea, y lo es. De cualquier modo, no tienes que hacerlo tú. Hazel y yo hablaremos con ella.

—Ah, ¿sí? —dije—. Quiero decir…, pues claro.

—Pero ¿y si os mata? —preguntó Kitty con nerviosismo.

—No lo hará —contestó Daisy—. Porque conocemos su secreto.

Eso me incomodó. Me pareció que si Margaret era la asesina, y acudíamos a ella con el secreto que estaba tan desesperada por proteger, quizá nos hiciera algo horrible. De todas las ideas de Daisy, esta era una de las que menos me gustaban.

Así pues, cuando Daisy y yo salimos juntas en busca de Margaret, yo no me sentía nada contenta. ¿Estábamos a punto de cometer un error terrible?

7

Encontramos a Margaret intentando echar la bronca a una de las más pequeñas, quien, por supuesto, no le hacía ni caso. Daisy carraspeó y Margaret se giró de golpe hacia nosotras. Se me revolvió el estómago.

—¿Qué queréis? —preguntó Margaret.

Vale, a Daisy se le dan muy bien las confrontaciones. Siempre parece saber qué decir, y qué puñalada dar en el corazón de la otra persona (no en sentido literal, eso sería demasiado incluso para Daisy). Esta vez apenas se limitó a fijar su aguda mirada azul en Margaret, y fue Margaret quien parpadeó primero.

—¿Qué queréis? —repitió, enrojeciendo a causa del enfado—. Deja de hacer eso.

—No estoy haciendo nada —repuso Daisy con la voz aterciopelada mientras la renacuaja a la que había estado gritando Margaret se escabullía nerviosa y nos dejaba a solas con nuestra sospechosa—. Wong y yo… solo veníamos a preguntarte algo.

—¿El qué? —preguntó Margaret.

—¿Mataste tú a Elizabeth Hurst? —soltó Daisy.

—¿Qué? —exclamó Margaret, y se puso todavía más roja, entre despavorida y horrorizada. Mantuvo la boca abierta y los puños apretados—. ¡No seas idiota! La muerte de Elizabeth fue un accidente…

—No lo fue —replicó Daisy—. Lo sabes perfectamente. A estas alturas lo sabe toda la escuela. La asesinaron, y lo hizo una de vosotras, las prefectas. Eso es lo que está diciendo todo el mundo, ¿eso lo sabes?

—¡No! —dijo Margaret—. Eso es…

—Cierto —la interrumpió Daisy—. Sabes que lo es. Ahí lo tienes, estás crispada. Y te van a culpar por ello.

—¡No lo estoy! —dijo Margaret.

—Sí —insistió Daisy con firmeza—. Mataron a Elizabeth durante los fuegos artificiales. Se suponía que debías echar leña a la hoguera a las 19:50, justo cuando acabaron, pero no lo hiciste, ¿verdad? Porque acababas de asesinar a Elizabeth.

Parecía tremendamente segura. Yo sabía que, en su mente, había saltado a la conclusión. Ya estaba imaginándose al inspector Priestley llevándose a Margaret a rastras, esposada. Pero…

—¡Yo no lo hice! —gritó Margaret—. No es verdad.

—Entonces demuéstralo —dijo Daisy—. Si no lo haces, las demás van a echarte la culpa. Las hemos oído hablar de ello. Una y Florence están conspirando contra ti. En realidad no les gustas.

En mis oídos se oyó aquel eco —«ni si quiera le gustas de ese modo»—, pero lo acallé. Esto era distinto. Daisy solo estaba intentando obtener una confesión, con la misma virulencia que la mismísima Inquisición. Debía de abrigar la esperanza de que Margaret hubiera visto a Florence y a Una escabullándose juntas el jueves.

—¡Ellas no harían eso! —dijo Margaret, y supe que Daisy había dado en el clavo—. Y, de todas formas, ninguna de nosotras habría matado a Elizabeth; éramos amigas.

—Eso es mentira —dijo Daisy—. Tú querías matarla. ¿Quieres que te diga por qué?

—Yo… yo no… —farfulló Margaret.

—Muy bien —dijo Daisy—. Hazel, ¿por qué es tan tonta la gente? Querías matar a Elizabeth porque amenazaba con contar tu secreto, que Astrid Frith y tú estáis enamoradas.

El color abandonó el rostro de Margaret.

—¡No es verdad! —susurró—. ¡La odio!

—No la odias —replicó Daisy.

—Es solo un enamoriscamiento.

—Tampoco es eso. No te molestes en intentar mentirme. Estás enamorada de ella, y Elizabeth lo sabía. Lo anotó en su libro, e hizo lo mismo con los secretos de las otras cuatro. Todas contáis con entradas que podrían llevaros a la ruina.

Margaret tragaba saliva como una rana.

—Por favor —suplicó con tono débil—. Por favor, no se lo contéis a nadie. Mis padres…

—Entonces, ¿tengo razón? —preguntó Daisy.

Sin aviso previo, Margaret se abalanzó sobre ella. Pero Daisy tiene una fuerza sorprendente. La atrapó por las muñecas y la contuvo.

—¡Hazel! —exclamó—. ¡Ayuda!

No necesitaba que me lo dijera. Di un salto al frente y agarré a Margaret de la cintura, tratando de apartarla de Daisy. Margaret no la soltó y le asesté una patada rápida en la espinilla (no debería reconocerlo, pero lo disfruté bastante. Era un castigo justo por todas las patadas que nos ha dado Margaret este año).

—¡Au! —bramó Margaret—. ¿Cómo os atrevéis, animales?

—Como sigas armando ruido, ¡va a venir la gobernanta, y pienso contarle lo que acabo de contarte a ti! —dijo Daisy jadeante—. ¡Confiesa! Mataste a Elizabeth, ¿verdad?

—¡No! —exclamó Margaret—. ¡Yo no la maté! Tienes razón acerca del fuego, pero ¡yo no la maté! Lo prometo. Y puedo demostrarlo.

—¿Qué? —dijo Daisy—. ¡Por supuesto que lo hiciste! ¡Confiesa!

—Daisy —intervine—, deja que se explique.

—¡Tengo coartada! —jadeó Margaret—. ¡Hay una razón por la que no estaba junto al fuego cuando debía! Dadme un momento. ¡Soltadme!

—¿Prometes no matamos? —preguntó Daisy.

—¡Sí! —contestó Margaret—. ¡Dejadme! No voy a haceros daño.

Daisy no se movió, así que supe que debía hacerlo yo. Le solté la cintura a Margaret y retrocedí. Margaret estaba jadeando, y yo también, pero, cuando miré a Daisy, lo único que tenía fuera de su sitio era un mechón dorado, y solo un leve rubor resultaba visible en lo alto de sus mejillas.

—Vamos al armario de la colada —dije— y nos lo explicas.

—De acuerdo —accedió Margaret—. Pero si sale a la luz…

—Algunas de nosotras no revelamos secretos —repuso Daisy—. Algunas de nosotras tenemos honor. Y, de todos modos, verás, a mí Astrid me da igual. No me importa lo que hagáis. Solo es asunto tuyo y suyo. —Miré a Daisy, pero por una vez no me estaba mirando a mí. Volvía a tener las mejillas sonrosadas y la nariz arrugada—. De cualquier forma —añadió—, creo que puedo imaginármelo. Estabas con ella durante los fuegos artificiales, ¿verdad?

—Sí —reconoció Margaret—. Estaba con Astrid. Quería disculparme. Elizabeth nos había visto juntas antes. Quería que fuese cruel con Astrid, y tuve que hacerlo, ¿no lo entendéis? Pero luego, después de que se fuera…, no soportaba dejar a Astrid así. De modo que mientras alineábamos a las alumnas, la llevé a un lado para fingir que la regañaba por llevar una bufanda no reglamentaria. Le dije que viniera conmigo, pero, en lugar de conducirla ante Elizabeth para castigarla, la llevé lejos del fuego, y nos quedamos allí de pie juntas, lejos de las demás, durante todos los fuegos. Sé que no llevé leña por segunda vez, pero es porque estaba con Astrid.

—¿Estabais al lado del pabellón? —preguntó Daisy con aspereza.

Margaret negó con la cabeza.

—Estábamos al otro lado —dijo—. Más cerca del bosque. Acabábamos de llegar cuando empezaron los fuegos y no volvimos a la hoguera hasta que se oyeron los gritos sobre el cadáver.

—¿Y Astrid nos contará la misma historia? —preguntó Daisy.

—¡Tiene que hacerlo! —dijo Margaret—. ¡Estaba allí!

Daisy se lanzó hacia la puerta y asomó la cabeza por el pasillo.

—¡Eh! —gritó—. ¡Tú, Betsy! Ve a buscar a Astrid, ¿vale? ¡Tráela

al armario de la colada, rápido!

δ

—Bueno —dijo Daisy—, mientras esperamos, puedes contamos lo que ocurrió la noche del asesinato. ¿Por qué fue esa noche, y no cualquier otra? ¿Qué hizo Elizabeth exactamente?

Ya lo sabía, claro —lo habíamos oído—, pero a Daisy le gusta investigar a fondo.

—Esa tarde le habíamos dicho a Elizabeth que no queríamos seguir ayudándola —contestó Margaret—, que no pensábamos trabajar para ella y que no creíamos que mereciera ser la jefa. Llevábamos semanas hablándolo, pero fue ese día cuando decidimos hacerlo. Y se volvió loca. Es curioso, parecía más dolida que otra cosa. ¡Como si pensase que éramos sus amigas! Pero, veréis, salió mal. Habíamos pensado que, si nos plantábamos todas, no podría hacer nada. Pero ella era más fuerte que nosotras. Dijo que conseguiría prefectas nuevas, mejores, y que iba a exponernos ante miss Barnard al día siguiente. Se sacó el libro y lo agitó ante nosotras, luego volvió a guardárselo en el bolsillo, donde no podíamos cogerlo. Nos dejamos llevar por el pánico. Le suplicamos que no lo hiciera, pero eso solo aumentó su determinación.

»En la hoguera todo el mundo intentó persuadirla, pero ella nos ignoraba o nos contestaba con rencor. Fue entonces cuando se mostró horrible conmigo, sobre Astrid. Pero caí en la cuenta…, bueno, si iba a contárselo a todo el mundo de cualquier forma,

también podía pasar una noche más con ella. Así que me llevé a Astrid antes de los fuegos artificiales, y en eso estaba cuando asesinaron a Elizabeth.

—Entonces, ¿no viste nada? —preguntó Daisy.

Margaret negó con la cabeza.

—Nada. Yo estaba… con Astrid, os lo he dicho. Lo curioso del asesinato es que yo no lo hice, pero estaba pensando hacerlo. De verdad. Así que cuando se oyeron los gritos, y encontraron el cadáver, una parte de mí pensó que quizá había tenido algo que ver. Lo había deseado muchísimo, y ocurrió de verdad. Y todos mis problemas estaban solucionados. —Se había puesto muy roja y vi las lágrimas en las comisuras de sus ojos.

—No pasa nada —dije yo, y Daisy me lanzó una mirada que supe que significaba que no debería ser tan blanda con las sospechosas. Pero la verdad es que lo sentía por Margaret, y por las Cinco.

—Lo cierto es que me alegro de que este muerta —continuó Margaret—. Una vez que se agarraba a algo, no lo soltaba jamás. Es…, era… como un terrier, una sanguijuela, algo horrible. Y se agarró a mí. Todo el año pasado, y lo que llevábamos de curso, ¡no soltaba lo que había entre Astrid y yo! Yo no paraba de decirle que no era nada, y se limitaba a reírse y a decir: «Claro que no. Pero está en el libro, Margaret. Te tengo en el libro, y una vez que estás en el libro, no hay forma de salir de él». Aunque ahora ya no puede decirlo. Y, en cuanto encontremos ese libro, se resolverán todos nuestros problemas.

Lancé una mirada a Daisy. Margaret acababa de reconocer que no sabía quién era la responsable de que los secretos del Libro de los Escándalos salieran a la luz. Su coartada resultaba plausible, y el hecho de que no hubiese conectado la desaparición de Binny con el libro no hacía más que confirmarlo. ¿De verdad estábamos a punto de descartar a una segunda sospechosa?

9

En ese momento llamaron a la puerta del armario de la colada.

Asomé la cabeza con cautela, con el corazón palpitando. De pronto temí que pudiera ser la gobernanta —o, peor, una de las Cinco—, pero de pie en la puerta estaba Astrid Frith, acompañada de Lavinia.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —le pregunté a Lavinia—. ¿Dónde está Betsy?

—Betsy me ha dicho que fuese a buscar a Astrid —respondió Lavinia, levantando la barbilla con gesto desafiante—, así que la he traído. Ahora no me vengáis con que no la queréis aquí.

Estuve a punto de reírme. Lavinia, que se apartó el pelo de la cara frunciendo el ceño, tenía un aspecto casi feroz, mientras que la pobre Astrid parecía absolutamente desconcertada.

—La queremos —dije yo—. Hazla pasar. Es la coartada de Margaret.

—¡Venga! —susurró Daisy a mi espalda, y Lavinia prácticamente arrastró a Astrid por delante de mí hasta el oscuro interior.

Vi que Astrid se crispaba al ver a Margaret, y Margaret cerró los puños. No parecía capaz de mirar a Astrid a los ojos.

—¡Oye, oye! —dijo Astrid nerviosa—. ¡Suéltame! —Esto último iba dirigido a Lavinia, que la agarraba con dureza de las muñecas.

—¡No hasta que confieses! —le espetó Lavinia.

—Lavinia, no va a confesar —dije—. Ella es la coartada.

—Oh, dejadme hablar —se impuso Daisy—. Astrid, ¿con quién estabas el martes por la noche cuando empezaron los fuegos? Cuéntanoslo.

—Con Margaret —dijo Astrid; parecía bastante asustada—. Vino a buscarme cuando formábamos filas. Ella…, esto…, yo llevaba una bufanda…

Me dio un vuelco el corazón. Astrid estaba corroborando la mentira que Margaret dijo que había contado. Hasta entonces, sus historias cuadraban.

—Lo sabemos —dijo Daisy con desdén—. Sabemos que fingió que te castigaba, pero era mentira. Las dos fuisteis junto a la hoguera, ¿no?

—¡No! Las otras prefectas estaban allí. Nos fuimos más lejos, hacia los árboles… Espera, ¿cómo sabes que estábamos mintiendo? ¡Margaret! ¿Qué les has contado?

—He tenido que hacerlo —respondió Margaret, con expresión triste—. Lo saben todo. Piensan… que alguien mató a Elizabeth.

—¡No! —repuso Astrid—. Fue un accidente… —Su voz fue apagándose, y se quedó pálida. Entonces soltó—: Pero, incluso si fue un asesinato, ¡tú no lo hiciste, Margaret! —Parecía estar cediendo al pánico.

—Está bien —intervine—. Sabemos que ella no lo hizo. Lo habéis demostrado.

—Sí —añadió Daisy—. Mi vicepresidenta tiene razón. Margaret, has quedado descartada. Eres libre de irte.

Astrid seguía pareciendo asustada.

—¡Margaret! —exclamó.

—No pasa nada —dijo Margaret—. No te preocupes, Aster.

Tendió la mano, como si fuese a coger la de Astrid, pero la apartó en el último momento. Las dos se sonrojaron. Lavinia hizo una mueca.

—Excelente —concluyó Daisy—. Gracias. Ahora marchaos. Tenemos cosas de las que hablar.

Entonces, ¡Margaret no lo había hecho!, pensé. Habíamos reducido la lista de sospechosas de nuevo.

—¡La lista de sospechosas! —dijo Daisy enseguida, como si me hubiese leído la mente—. Watson, ¿últimas novedades?

Lavinia, Daisy y yo echamos un vistazo a la lista actualizada.

LISTA DE SOSPECHOSAS

1. Una Dichmann. Estaba cerca de la hoguera cuando han matado a Elizabeth. Vista por una alumna de quinto discutiendo con Elizabeth mientras reparían las bengalas, y vista junto a la hoguera de nuevo por dos de primero justo después de los fuegos artificiales. NOTAS: ~~Creemos que hemos descubierto su móvil. Reaccionó con incomodidad a un comentario de miss Naphtaline sobre los nazis (atestiguado por Kitty Freebody) y, por esto y por su conversación con Florence, sospechamos que su padre o alguien de la familia puede ser judío sin que nadie lo sepa. Sería un móvil excelente para el asesinato. Ahora debemos confirmar que es cierto.~~ Su móvil ha quedado confirmado por Kitty Freebody, que encontró una fotografía en la habitación de las Cinco que demuestra que sus abuelos son judíos. Si eso se descubriera, su padre perdería su puesto en el Partido Nazi y su familia tendría que abandonar Alemania. Fue vista echando leña al fuego justo después de los fuegos artificiales, alrededor de las 19:52, por Charlotte y Emily. Era antes de lo previsto, y se la veía acalorada. ¿Solo estaba enfadada porque Margaret no había aparecido o se sentía culpable?

2. Florence Hamersley. Estaba cerca de la hoguera cuando han matado a Elizabeth. Fue vista por las de segundo y por Clementine discutiendo con Elizabeth justo después de

que las más pequeñas llegaran al campo de juegos. NOTAS: ~~Habí Martineau y Hazel Wong la han oído hablar sobre su secreto con Una. Parece estar ocultando una enfermedad para ir a los Juegos Olímpicos del verano que viene. De ser sincero, sería un móvil excelente para el asesinato. Ahora debemos confirmarlo~~. Su móvil ha sido confirmado por Daisy Wells y el doctor Cooper: está tomando Digoxina, un medicamento para tratar enfermedades cardíacas. Si se descubriera, no le permitirían competir en los Juegos Olímpicos. Estaba avivando la hoguera entre las 19:40 y las 19:45, durante los fuegos. ¿Aprovechó la oportunidad para matar a Elizabeth?

3. Lettice Prestwich. ~~Estaba cerca de la hoguera cuando han matado a Elizabeth. Fue vista mientras repartía bengalas, claramente alterada. También la oyeron discutir con Elizabeth justo antes de que empezaran los fuegos artificiales. NOTAS: Se ha mostrado muy nerviosa y o ha estado comiendo. También ha estado buscando el Libro de los Escándalos con ahínco. ¿Se siente culpable o simplemente teme que su secreto salga a la luz? Debemos seguir investigando.~~ DESCARTADA: Aunque su móvil para el asesinato está claro (este verano estuvo en un hospital psiquiátrico, en lugar de una escuela de élite, como segura), Hazel Wong encontró su horquilla en el bosque. Esto, sumado a que fue vista por la alumna de tercero Martha, demuestra que no podría haber estado junto a la hoguera a la hora a la que se produjo el asesinato. Ella no mató a Elizabeth. Pero su usencia (debería haber estado alimentando el fuego entre las 19:45 y las 19:50) proporcionó a la asesina la oportunidad perfecta para cometer el crimen.

4. Enid Gaines. Estaba cerca de la hoguera cuando han matado a Elizabeth. La vieron con Elizabeth de pie junto al fuego justo antes de que llegara todo el mundo, y Elizabeth le hablaba muy enfadada. NOTAS: ~~Ha estado muy ocupada, aunque la muerte de Elizabeth no le ha impedido trabajar. Daisy Wells la vio entrando en el aula de Historia mientras miss Naphtaline estaba fuera. Hazel Wong la oyó mencionar que las mayores tienen examen de Historia pronto. ¿Podrían estar conectadas las dos cosas? ¿Enid está tratando de hacer trampas? Debemos seguir investigando.~~ Su móvil ha sido confirmado por Hazel Wong: una carta de su padre demuestra que se encontraba bajo presión para obtener una plaza en Oxford. Debe de estar haciendo trampas para asegurarse de que la aceptan. Estaba alimentando el fuego entre las 19:35 y las 19:40. ¿Podría haber matado a Elizabeth después?

5. Margaret Dolliswood. ~~Estaba cerca de la hoguera cuando han matado a Elizabeth. Daisy Wells y Hazel Wong la vieron discutiendo con Elizabeth antes de los fuegos artificiales, por Daisy Wells y Hazel Wong. NOTAS. Desde entonces Hazel Wong la ha visto con Astrid Frith. ¿Qué está pasando entre ellas? Debemos continuar investigando.~~ DESCARTADA: estaba con Astrid Frith durante los fuegos. Están enamoradas, ese es el secreto de Margaret, pero ella no mató a Elizabeth. No se acercó a la hoguera durante los fuegos, lo que significa que no la avivó cuando se suponía que debía hacerlo, a las 19:50.

Habíamos descartado a dos sospechosas, pero también habíamos demostrado que había una ventana de cinco minutos en la que cualquiera de las tres restantes podría haber matado fácilmente a Elizabeth. Estábamos más cerca, pero aún no lo teníamos.

10

Entonces pasó alguien corriendo por el pasillo.

—¡Ha vuelto! —gritó—. ¡Ha vuelto!

Las tres nos miramos unas a otras, luego Daisy se volvió y salió disparada del armario de la colada, y Lavinia y yo fuimos detrás. Tenía el corazón acelerado. ¿De verdad habían encontrado a Binny?

Llegamos a lo alto de las escaleras y bajamos la vista al vestíbulo. Había una chica con el uniforme de Deepdean, el pelo enmarañado y los zapatos embarrados. La gobernanta la tenía cogida por los hombros y le gritaba iracunda, con la cara justo delante de la suya, mientras a su espalda Una se quitaba el abrigo y se sacudía la falda.

Era Rose. Estaba empapada y cubierta de barro, y tenía regueros de lágrimas en las mejillas.

A mi espalda se oyó un gemido. Me volví hacia Kitty, que se había llevado las manos a la boca y tenía los ojos muy abiertos. Me vio mirando y dio un paso atrás.

—Pues claro que no es ella —se le trababan las palabras—. ¡Esa pequeña idiota! Debería haber sabido que no la encontrarían con facilidad.

La preocupación se asentó en mi estómago.

—¡Ve arriba! —le gritó la gobernanta a Rose—. ¡Fuera de mi vista! Prefectas, cuidad de las niñas. Tengo que llamar a la policía.

Rose emitió un sollozo y subió las escaleras a toda velocidad. Jose estaba allí para recibirla, y Kitty se alejó cuando se encontraron.

Daisy me tomó la mano entonces y me sobresalté. Le brillaban los ojos y tenía el color subido. Por un momento pensé que se alegraba de que Binny siguiese desaparecida y a Kitty le doliera, pero entonces comprendí que solo estaba decidida.

—Watson —dijo en un susurro rápido, dirigido únicamente a mí —, estamos cerca. Pero si no resolvemos el misterio…, ya sabes.

Asentí, de forma muy leve. Teníamos que resolver el caso. La vida de Binny dependía de ello.

SEXTA PARTE

Holmes y Watson

1

Después de lavarnos los dientes, nos fuimos todas a la cama y me acurruqué debajo de las mantas para escribir las últimas novedades a la luz de la linterna. Oía que Kitty y Habi susurraban, o más bien que Habi susurraba de forma tranquilizadora y Kitty ofrecía respuestas breves y vacilantes. Sabía que seguía muerta de preocupación por Binny, y yo también lo estaba. Estábamos haciendo todo lo que podíamos, pero, aun así, ¿llegaría nuestra ayuda demasiado tarde?

Al menos Daisy y yo habíamos hecho las paces. Esa idea me produjo una cálida sensación en la boca del estómago, justo donde me había dolido antes. Era extraño hasta qué punto me sentía mejor después de nuestra conversación. Era como si el mundo volviese a su sitio.

Escribí y escribí, manteniendo la linterna en equilibrio sobre el hombro (se bamboleaba, pero a esas alturas ya estaba acostumbrada). Entonces se oyó un ruido suave, justo fuera de las mantas. Me detuve y oí mi propia respiración, además de otra, delicada, comedida.

—¿Daisy? —susurré, aunque ya lo sabía, claro.

—Entro, Watson —contestó Daisy, sin pedir permiso, claro, porque no es su estilo, y a continuación la cama rebotó, las mantas se estiraron y se apretujó a mi lado, hincándome el codo en el

costado.

—¡Ay! —me quejé en voz baja.

—Chisss, Hazel —dijo Daisy—. Las demás acaban de dormirse.

—Kitty no —respondí.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Daisy—. Aunque resulta que es verdad. Esa respiración no es natural. Creo que está fingiendo.

No me molesté en explicarle cómo sabía lo de Kitty. Hay cosas que yo siento que Daisy nunca sentirá. Es lo que nos hace ser como somos.

—¿Hasta dónde has llegado? —susurró Daisy, estirando el cuello por encima de mi hombro.

Vio este diario, y luego vio la última carta de Alexander, desdoblaba al lado. Cuando apareció Daisy, me había planteado esconderla, pero ya no quería hacerlo. Si íbamos a ser amigas de nuevo, para siempre, entonces no quería ocultarle nada.

—¿Alexander? —preguntó Daisy, aunque por supuesto ya lo sabía.

Asentí contra el costado de su cabeza.

—Supongo que no está mal —dijo tras una pausa—. Si tienes que hablar con alguien del caso, bien puede ser él. Y… bueno, buen trabajo, utilizar el zumo de limón para que no lo detecten. Muy ingenioso.

—Gracias —contesté—. Y… Alexander y yo solo somos amigos, de verdad, Daisy. Lo dijiste tú misma.

—Ah, muy bien. Volvemos a ser el Club de Detectives, ¿no?

—Sí —dije, y le di un empujón en el hombro—. Me he puesto casi al día con el caso. ¿Qué pasa?

—Binny —respondió Daisy—. Antes no podía decirlo, pero creo que quizá sea demasiado tarde.

—¡Daisy!

—Solo estoy siendo realista. ¡Alguien tiene que serlo! No soy cruel, Hazel, solo sincera. No ha vuelto por su propio pie y nadie ha oído que se la llevasen. Es muy escandalosa… Si está encerrada en alguna parte, ¿por qué no ha estado gritando? No podía decirle nada

de esto a Kitty, claro, pero he estado pensando en ello.

Para Daisy, implicaba mucha contención. Estaba impresionada.

—Por supuesto, seguiremos buscándola mañana —dijo Daisy—. Si alguien puede encontrarla, somos nosotras. Antes que la policía.

—El Club de Detectives la encontrará —afirmé.

Creo que las dos pensamos que mentíamos.

2

A pesar de nuestra conversación, una parte de mí había albergado la esperanza de que Daisy y yo nos despertásemos y nos encontrásemos a Binny de vuelta, molestando a la gente, pero el sábado por la mañana sonó la campana para despertarnos y nos encontramos con que la residencia seguía en pleno caos, con Binny desaparecida todavía y una palidez en el rostro de Kitty que se acrecentó aún más mientras nos vestíamos y bajábamos a la escuela.

—A estas alturas, ya habrán llamado a mi madre —dijo—. Me pregunto qué pensará ella. Mi padre está de viaje de negocios. Os apuesto lo que queráis a que mi madre piensa que Binny acabará por volver, cuando se aburra. Binny ya se ha escapado de casa antes, ¿sabéis?, para llamar la atención, pero nunca pasa mucho tiempo fuera. Mi madre ni siquiera vendrá hasta que…

«Hasta que la encuentren», pensé. Teníamos que darnos prisa.

—¿Sabéis? —dijo Lavinia cuando entrábamos por la puerta del ala antigua—, hay algo que no ha ocurrido.

Todas nos volvimos hacia ella.

—No se han revelado más secretos, no desde ayer. Así que Binny sí que debía de estar tras ellos.

—Ayudante Temple —respondió Daisy, sorprendida—, ¡tienes toda la razón!

—¡Cielos! —exclamó Habi, con tristeza—. ¡Entonces sí que era ella!

—¡Eso ya lo sabíamos! —replicó Daisy—. Después de todo, ¿por qué, si no, iban a llevársela? Debemos asumir que la persona que mató a Elizabeth tiene a Binny, y mantener aún más vigiladas a las tres sospechosas que nos quedan esta mañana. Después de todo, es la ceremonia conmemorativa, la oportunidad perfecta para observarlas. ¿Estáis de acuerdo?

Todas asentimos.

—Lo que a mí me gustaría saber —soltó Lavinia de pronto— es por qué nadie oyó a Binny gritar cuando se la llevaron. Es muy escandalosa, ¿no? ¿Por qué no gritó?

Era justo lo que nos habíamos preguntado Daisy y yo la noche anterior. Daba mala espina, y Kitty se puso blanca.

—Imagino que le cubrieron la boca cuando se la llevaron —dije enseguida. No obstante, estaba empezando a pensar algo distinto. ¿Y si Binny era en realidad la segunda víctima?

La ceremonia conmemorativa fue horrible. Se celebró en el salón de actos. Entramos todas en Oraciones y luego formamos en hileras, revueltas e incómodas. Allí estaban los padres de Elizabeth, su madre muy menuda y apocada, y su padre muy grande y con un parecido perturbador con Elizabeth, de cara cuadrada y mandíbula apretada. Ninguno de ellos lloraba, aunque la madre parecía a punto de quebrarse en cualquier momento. No vino nadie más de fuera de la escuela.

—Nadie —susurró Kitty perpleja—. ¿Te lo imaginas?

Me lo imaginé. Que a nadie más le importase si estabas muerta o no. Ni tíos, ni tías, ni amigos de la guardería ni criados. De pronto recordé lo que había dicho Florence, que recopilar secretos era «la única forma que conocía Elizabeth de estar unida a alguien», y me sentí tremendamente triste. Pobre Elizabeth.

También observé a nuestras tres sospechosas. A Enid se la veía

pálida, enfadada y atormentada. Tenía las manos cruzadas a la altura del pecho, como si aún pensara que llevaba un libro escolar, y no miró a mister y a mistress Hurst ni una sola vez. Una, en cambio, parecía incapaz de apartar la vista de ellos. Permaneció erguida, apretando la silla de delante con los dedos, sin quitarles ojo en ningún momento. Florence, sentada tres asientos más allá, se apoyaba en una columna con la cara cenicienta. Parecía enferma de verdad y me preocupé. Tenía que leer un poema y pensé que no lo soportaría.

—«No envejecerán, mientras los que nos quedamos envejecernos…» —leyó Florence, con manos temblorosas y la respiración entrecortada, y por unos instantes dio la impresión de que iba a caerse redonda.

—Qué conmovedor —murmuró miss Naphtaline a nuestra espalda, y pillé a Daisy poniendo los ojos en blanco.

Sabía lo que estaba pensando: que los adultos a veces pueden ser de lo más crédulos.

A continuación estiré el cuello un poco más y me sobresalté ligeramente, como si me hubiera dado calambre un jersey de lana. Había un hombre de pie al fondo del salón de actos, con las manos unidas con aire respetuoso sobre el sombrero y la cabeza gacha. Reconocí el gabán que llevaba, y esa frente arrugada. Conocía muy bien a ese hombre. Era el inspector Priestley. ¡Estaba aquí! Había imaginado que sería uno de los policías presentes para ayudar con la búsqueda de Binny y Rose, pero aun así me sorprendió verlo. La última vez que me había encontrado con él fue en Fallingford, después de lo que le había ocurrido a mister Curtís. Me pregunté si estaba al tanto de la muerte de Elizabeth, y si también sospechaba que pudiera tratarse de algo más que un accidente, y, si no, ¿Daisy y yo tendríamos la oportunidad de explicarle las cosas?

El órgano reprodujo con estrépito un himno más, y por fin salimos en fila del salón de actos.

—¡Daisy! —susurré, al tiempo que le daba un codazo y asentía con la cabeza en dirección al inspector, pero este ya se había ido.

3

El resto de la mañana fue terriblemente tenso. Seguimos a nuestras tres sospechosas lo mejor que pudimos. En el recreo (con galletas Garibaldi), Una fue al salón de actos para recoger los himnarios, y Florence desapareció para comentar tácticas con el equipo de *hockey*, pero, aparte de eso, no las perdimos de vista.

En Deberes no pude trabajar. Le escribí una carta a Alexander que decía sin más: «Han secuestrado a una chica. Seguimos la pista de la asesina, su secuestradora, pero no estoy segura de que vayamos a llegar a tiempo». Me reconfortó reconocerlo ante alguien que no fuera Daisy, y en ese momento realmente vi que podía ser amiga de Daisy y de Alexander a un tiempo. Podía ser sincera con los dos, pero no tenía por qué mostrarles la misma parte de mí misma. Había algunas cosas que Daisy no necesitaba saber, y un montón que Alexander nunca entendería.

La comida consistió en una tostada con queso derretido y pudín con fruta seca de postre. Me veía incapaz de comer, pero Habi y Kitty tampoco podían, y acabé comiéndome los de las dos. Me encontraba bastante mal después de eso, y no habría sabido decir si era cosa de los nervios o una indigestión. Cada tañido de campana nos acercaba más al partido de *hockey* y a la reconstrucción del crimen. El equipo de *hockey* estaba reunido en una sola mesa, hablando. Entre ellas se encontraba Clementine, con un aire

engreído por estar acompañada de tantas mayores y de Florence. Me pareció que Florence tenía la cara pálida en contraste con su pelo rojo, pero no estaba segura.

Salieron todas en tropel en dirección al campo de juegos, y las seguimos, envueltas con nuestras bufandas de la residencia. Daisy se subió la suya hasta la cara y susurró órdenes a través de la tela.

—Bueno, Habi, Kitty y Lavinia, una vez que empiece el partido, tenéis que ser nuestras tres sospechosas. Habi, tú serás Una, mientras que tú, Kitty, puedes ser Florence, y Lavinia puede ser Enid. Quiero que reproduzcáis lo que sabemos de sus movimientos esa noche. Por supuesto, la hoguera sigue donde estaba, y sabemos que Elizabeth cayó entre ella y el pabellón, justo lo bastante lejos del fuego para que no la iluminara.

—¿Y Hazel y tú? —preguntó Lavinia con el ceño fruncido.

—Nosotras os observaremos —respondió Daisy con soltura—. Hazel será Lettice hasta el momento en que huyó, luego Margaret, y yo seré Elizabeth. Pero también trazaremos una gráfica con vuestros movimientos. Debemos hacerlo con rigor científico.

—¡La última vez utilizamos muñecos! —exclamó Habi.

—He dicho con rigor científico —susurró Daisy—. Ahora somos mucho mayores, y de todos modos, los muñecos tampoco fueron apropiados la última vez. ¿Entendido? Empezaréis en cuanto os haga un gesto con la cabeza, y quiero que todas os cronometréis cuidadosamente. Recordad: pensamos que mataron a Elizabeth a las 19:45, cuando los fuegos artificiales estaban en pleno apogeo. ¿Sabéis todas dónde se supone que debéis estar en cada momento?

Lavinia, Kitty y Habi asintieron.

—Bien —dijo Daisy—. Pues ya estáis listas. Y tenéis una multitud alrededor, mirando; es lo más cerca que podremos estar de la noche del martes. Quiero que las tres intentéis comprobar si podéis ir al pabellón, recoger el palo y el rastrillo y luego llegar a Elizabeth, a mí, sin acercaros demasiado a la hoguera. Golpeadme, robadme el libro del bolsillo y luego volved a la hoguera para arrojar el palo. ¿Está claro?

Yo estaba nerviosa. Parecía arriesgadísimo. ¿Y si la asesina nos veía y se daba cuenta de lo que estábamos haciendo? Pero no quedaba otra. No había forma de hacerlo sin llamar la atención. Tendríamos que aceptar los riesgos sin más y esperar que todo fuera bien.

Atravesamos la verja juntas, igual que el martes por la noche, y sentí, como siempre que comenzamos una reconstrucción, que estábamos retrocediendo en el tiempo. Yo no me limito a verlo, lo siento. Daisy, en cambio, solo lo ve, y lo ve todo. La emoción que conlleva a ella no la afecta. Simplemente visualiza una escena en su mente, mientras que yo experimento el horror de lo ocurrido, y lo que sintió el asesino, y casi puedo empezar a imaginar por qué hizo lo que hizo.

4

Aunque era primera hora de la tarde, y no de noche (el día era mortecino, el cielo estaba tan blanco por encima de nosotras que me estremecí incluso bajo el grueso abrigo de lana y el gorro), la multitud que nos rodeaba, parloteando emocionada, me retrotrajo a la Noche de las Hogueras. Aún se veían los restos calcinados de la leña junto al pabellón, y supe dónde había caído Elizabeth sin necesidad de mirar.

Había montones de alumnas de Deepdean, con sus abrigos grises y las bufandas a rayas de la residencia, y pequeños grupos de alumnas de Fareham vestidas con el morado y amarillo de su escuela. Los equipos salieron al trote del pabellón entre vítores.

—¡Vamos! —gritó Kitty, que enseguida se dejó llevar por el ambiente—. ¡A por todas!

Nuestro equipo parecía contento mientras blandía los palos; habían estado entrenando con ahínco, lo sabía, y este año se esperaban grandes cosas de ellas. La única que permanecía seria era Florence. Se la veía tan impresionante como siempre con la equipación deportiva, pero, bajo aquel pelo de un rojo encendido, tenía la cara pálida y ojerosa. No obstante, se volvió hacia el equipo y les habló como debía hablar una capitana, y vi que todas estaban listas para dar lo mejor de sí mismas. Los palos de las capitanas entrechocaron (me encogí un poco ante eso) y luego el equipo

adoptó posiciones en el campo. Daisy asintió hacia nosotras cuatro, y sabíamos, igual que Florence al volverse hacia su equipo, que esa era nuestra señal. Chocamos las manos —la de Lavinia, áspera y brusca; la de Kitty, delgada y firme; la de Habi, pequeña y nerviosa, y la de Daisy, tan cómoda y familiar como la mía— y a continuación nos escabullimos hacia nuestras posiciones. Habíamos acordado iniciar la reconstrucción con el momento en que había empezado a hablar miss Barnard, las 19:30.

Nos abrimos paso entre la multitud y nos plantamos entre la hoguera y el pabellón, donde Elizabeth y las Cinco se habían colocado el martes; Habi representaba a Una, Kitty a Florence, Lavinia a Enid, yo misma a Lettice y a Margaret, y Daisy a Elizabeth. En el campo, los palos entrechocaron de nuevo: había empezado el juego.

Me miré el reloj de pulsera. Sabía que Daisy nos cronometraría a todas. El discurso de miss Barnard había durado cinco minutos, tiempo durante el cual no se había movido nadie, ni para avivar el fuego. Me quedé inmóvil mientras los ruidos del partido me envolvían. Las manecillas del reloj se movían. Eran las 19:35. Miss Barnard dejó de hablar. Lavinia, en el papel de Enid, echó a andar entre el pabellón y el montón de troncos ennegrecidos como si llevara leña al fuego. Una y Florence (Habi y Kitty) se alejaron de Daisy y de mí para dirigirse al campo y al lugar donde las alumnas más pequeñas se hallaban alineadas para ver los fuegos artificiales. Por supuesto, el martes las acompañaba Margaret, pero en ese momento me tocaba hacer de Lettice y recrear su última discusión con Elizabeth.

Me volví hacia Daisy, que me guiñó el ojo. Ella se situó en el lugar exacto en el que había caído Elizabeth, cerca del pabellón, justo por fuera del círculo de luz que proyectaba la hoguera. Volví a mirar el reloj: 19:39, el momento en que Lettice se adentró corriendo en el bosque. Enid seguía atendiendo el fuego. En el papel de Margaret, avancé hacia el lugar en el que se habían situado las mayores, me detuve un momento y luego regresé hacia el bosque,

exactamente lo que había hecho Margaret con Astrid. Margaret y Lettice se hallaban en ese momento fuera de la acción, y eran las 19:40, la hora a la que empezaron los fuegos.

En el papel de Florence, Kitty se adelantó para avivar las llamas, relevando a Lavinia. Enid se alejó del fuego, hacia el pabellón, lo cual, por supuesto, fue lo que debió suceder. Si Enid se hubiera ido hacia los árboles, se habría topado con Margaret y con Astrid. Pero ahora estaba bloqueando el camino de Florence. Florence tenía que rodearla para alcanzar el montón de leña. Kitty, en el papel de Florence, volvió a la hoguera, dejó caer los troncos invisibles y regresó al pabellón. Entonces vi algo. Aunque Enid y Una se hallaban en la oscuridad, al margen de la luz procedente de la hoguera, Florence estaría vigilando de manera constante. Si alguien más hubiese intentado llegar a la hoguera durante el tiempo que estuvo avivándola ella, lo habría visto de inmediato. En su segundo viaje al pabellón, sin embargo, Kitty se detuvo un poco más y levantó no solo la leña del montón, sino que también fingió que cogía el rastrillo y el palo de *hockey*. Echó a andar devuelta al fuego y entonces se detuvo detrás de Elizabeth. Con un solo movimiento fluido, alzó la mano derecha, con la que debería haber sujetado el palo. Sosteniendo la leña y el rastrillo bajo el brazo izquierdo, bajó el derecho hacia la cabeza de Elizabeth. Entonces se agachó, dejó el rastrillo en el suelo y se puso a rebuscar en la ropa de Elizabeth. Todo acabó muy rápido, y retomó el paseo hacia el fuego, donde arrojó los troncos y el palo de *hockey* con aire despreocupado, antes de volverse para regresar a por más leña. Florence podría haber cometido el asesinato.

Tras el viaje siguiente, Kitty se detuvo. Eran las 19:45, y el momento en que Lettice debería haberse encargado del fuego. Pero, por supuesto, no lo había hecho; era la hora más probable para el asesinato. Pero ¿quién se movería primero, Una o Enid? Entonces Lavinia suspiró y se encogió de hombros. En el papel de Enid, había estado bastante cerca de Elizabeth, pero en ese momento se volvió y dio los cuatro pasos que la separaban del costado del pabellón.

Conté los segundos mentalmente mientras se agachaba, levantaba un haz de leña y luego recogía dos objetos del costado del pabellón. El rastrillo y el palo de *hockey*, por supuesto. A diferencia de Kitty, hizo como si llevara los brazos llenos y regresó hacia Daisy como habría hecho Enid, como si no quisiera que se le cayese nada. Me di cuenta de lo pesados que debieron de ser los troncos para Enid, y lo que le costaría mantenerlos en equilibrio. Sin duda habría requerido mucha fuerza y destreza golpear a Elizabeth con el palo de *hockey* sin dejar caer la leña y el rastrillo. Una, alta y fornida, podría haberlo hecho, y la musculosa Florence, como habíamos visto, pero ¿Enid, que había sido demasiado débil para recoger ramas del bosque de Oakeshott? No parecía muy probable.

Lavinia se acercó hasta Daisy, moviéndose lenta y cuidadosamente (ya llevaba treinta segundos), luego levantó el brazo derecho y lo movió como si golpeara la cabeza de Daisy. Daisy se volvió y enarcó una ceja, y Lavinia sonrió. Entonces hizo como si se agachara sobre el lugar en el que Daisy debería haber caído y dejara algo junto al cuerpo: el rastrillo. Rebuscó en los bolsillos de Elizabeth (para entonces llevaba setenta segundos) y se enderezó de nuevo, como si acabase de percatarse de la hora. En efecto, ya eran las 19:49, y estallaban los últimos fuegos. Lavinia tuvo que correr hacia el fuego, pero, cuando llegaba, Habi se acercó a ella.

—¿Qué estás haciendo? —oí que preguntaba Lavinia enfadada.

—¡Estoy siendo Una! —dijo Habi—. Son las 19:51; tengo que estar aquí, ¿no?, si no Charlotte no podría verme azuzando el fuego un minuto más tarde.

—Pero… —dijo Lavinia—. Ah. ¡Tienes razón!

La tenía, me di cuenta, y eso significaba algo más. Charlotte no había mencionado que hubiera visto a Enid cerca de la hoguera después de los fuegos artificiales, de modo que no podía haber estado ahí. Así pues, no habría tenido tiempo de cometer el asesinato ni forma de volver a la hoguera y dejar el palo sin parecer sospechosa. ¡Podíamos descartarla!

—Entonces se oyeron los gritos —dije, y mis palabras quedaron

ocultas por otra ovación—. Y… eso, la encontraron.

Me volví y regresé junto a Daisy. Ahí estaba, todavía ilesa, de pie en el lugar de la hierba donde habían descubierto a Elizabeth.

—Justo a tiempo —susurró—. Deducciones, por favor.

5

—¡Enid no podría haberlo hecho! —dijimos Kitty y yo al mismo tiempo.

—Florence dejó de alimentar el fuego a las 19:45 —expliqué—. Habéis visto a Lavinia. No tuvo tiempo de matar a Elizabeth y dejar caer el palo en la hoguera antes de que llegara Una, y si hubiera estado ahí al mismo tiempo que Una, la habrían visto Binny o Martha. Y Enid no es muy grande ni fuerte. No creo que hubiera podido cargar con todo y golpear a Elizabeth lo bastante fuerte para matarla.

—¡Muy bien! —celebró Daisy—. Estoy de acuerdo. Según ese argumento, sin embargo, Una habría tenido tiempo. Podría haber hecho exactamente lo que hemos visto que demostraba Lavinia y luego venir al fuego con la leña. Encajaría a la perfección con lo que sabemos: Una sigue siendo sospechosa, sin duda. ¿Qué hay de Florence?

—Podría haberlo hecho, mientras avivaba el fuego —contestó Kitty—. Es muy fuerte. Le habría resultado fácil. Pensábamos que el asesinato debía de haberse cometido a las 19:45, pero, si lo hizo Florence, entonces podría haber sido antes. Florence puede golpear cosas con una sola mano, la he visto. Apenas habría necesitado parar, y tuvo tiempo de dejar caer el palo en la hoguera después.

—Así que todavía nos quedan dos sospechosas —dijo Daisy,

asintiendo—. ¿Alguien más tiene alguna deducción? Yo sé que tengo otra.

—Sí —respondí yo despacio—. Hay una cosa más. Me he dado cuenta cuando he visto a Kitty y a Lavinia recogiendo el palo y el rastrillo. La asesina debió de dejarlos allí antes. No fue un error, y no podían estar ahí por casualidad. Así que este asesinato tuvo que ser planificado, desde el momento en que las Cinco llegaron al campo. No fue alguien que aprovechara una oportunidad. Fue…

—¡Deliberado! —concluyó Daisy, sonriendo de oreja a oreja—. ¡Oh, EXACTO, Hazel! Esta asesina sabía lo que iba a hacer y esperó el momento propicio. Esta asesina es inteligente. Siempre lo he creído, desde el momento en que descubrimos la verdad sobre el rastrillo. Esto lo demuestra. Sí, muy bien. Ya fuera Una o Florence, fue muy astuta, y muy calculadora.

Pero Kitty había fruncido el ceño.

—Todo eso está muy bien, pero ¿cuál de ellas fue? —preguntó—. Seguimos sin saber quién tiene a Binny. ¿Y si está atrapada en alguna parte? ¿Y si…?

Hizo una pausa y miré a Daisy, preocupada.

Pero Daisy se había quedado paralizada, mirando al otro lado del campo.

—¡Mirad!

El partido seguía en juego —quedaban cinco minutos de la primera parte—, y la bola se movía con furia. Clementine perseguía a una delantera de Fareham, que estaba peligrosamente cerca de ponerse a distancia de tiro. Nuestra portera se hallaba en cuclillas, con el rostro tenso. Pero, por supuesto, Daisy no estaba pendiente del *hockey*. Señalaba con la cabeza hacia un hombre con gabán. Yo sabía a quién vería incluso antes de volverme: era el inspector Priestley de nuevo.

—¡Oh! ¡El inspector Priestley! —exclamó Habi—. ¿Qué está haciendo aquí?

—¡Ha venido a buscar a Binny, por supuesto! —dijo Daisy—. Llamaron a la policía por Rose, y otra vez cuando desapareció Binny.

Hay que llamar a la policía cuando desaparece un niño. Y si el inspector está aquí por Binny…

—¡Podríamos contarle lo de Elizabeth! —propuse.

—Pero necesitamos pruebas —dijo Daisy—. Y no tenemos el palo.

—¡Podemos conseguirlo! —repliqué.

Me había quedado mirando al inspector mientras lo pensaba. Pestañeé y vi que nos observaba. Frunció el ceño y su rostro se contrajo con una sonrisa. Saludó con la mano y pitaron el final de la primera parte del partido. Las chicas se arremolinaron alrededor del campo —el marcador estaba de lo más emocionante, con Deepdean a un gol de Fareham—, y el inspector se abrió paso a través de todas ellas, avanzando en nuestra dirección.

—¡Ay, Dios! —exclamó Habi—. ¡Viene hacia aquí!

—Pues claro. Debemos saludarle —dijo Daisy, levantando la barbilla. Ahora que es más alta, le llega casi al hombro al inspector, pero, como siempre, está tan segura de sí misma que podría estar mirándolo a los ojos—. Y debemos averiguar cuánto sabe de nuestro caso.

Dijo «nuestro» con una ligera inflexión, del mismo modo que pronuncia «nuestra» escuela, y del mismo que podría decir «nuestro» inspector. El inspector Priestley era suyo, igual que Deepdean e igual que yo.

El inspector Priestley se acercó y me alegró ver que sonreía.

—Señoritas —saludó, y añadió, en voz más baja—. Mis disculpas, miss Wells. Detectives. No puedo decirlo en voz alta, dadas las circunstancias. ¿Estáis bien?

—Está usted aquí por mi hermana —dijo Kitty, pálida.

El inspector dejó de sonreír.

—¡Tú eres la otra miss Freebody! Por supuesto. Os dais un aire…, en las mejillas. Discúlpame. No pretendía restar importancia a la situación. Tienes razón, estamos aquí para encontrar a tu hermana.

—Todos piensan que huyó —contestó Kitty a toda prisa—. Pero ¡no lo hizo! Se la llevaron, lo sé.

El inspector alzó las cejas.

—¿Crees que se la han llevado? —preguntó.

—¡Sí! Se la ha llevado… —Kitty se detuvo y miró a Daisy.

Yo también la miré. ¿Qué iba a decir ella? ¿Le contaría lo que sabíamos sin tapujos o haría que el inspector se esforzase por averiguarlo?

—¿Tiene esto algo que ver con el trágico accidente que me han dicho que tuvo lugar el martes por la noche? —preguntó el inspector —. Vuestra nueva directora me lo ha contado todo. Pero está claro que eso no es ningún misterio. Pidieron al culpable que abandonara la escuela.

Daisy se puso como un tomate al oír eso.

—¡Jones no es el culpable! —replicó—. ¡Le incriminaron! Y…, oh, porras, de acuerdo…, no fue un accidente. Asesinaron a Elizabeth Hurst, y Binny ha desaparecido porque conocía el móvil de la asesina e iba a revelárselo a la escuela. Se la han llevado, como ha dicho Kitty.

Sonaba muy poco creíble, una vez que lo dijo. Nunca habíamos tenido que presentar una historia tan débil al inspector. Me dio un vuelco el corazón.

El inspector, como preveía, se mostró escéptico.

—¿Estáis seguras? —preguntó—. No siempre es asesinato, ¿sabéis? A veces se producen accidentes.

—¡Pues claro que estamos seguras! —bramó Daisy—. ¡Somos detectives! ¡Hemos resuelto tres casos hasta la fecha!

—Pero este no tiene por qué ser el cuarto —dijo el inspector con suavidad—. Tengo entendido que la chica pisó un rastrillo. Fue un error, uno muy triste.

—¡No fue el rastrillo! ¡Fue un palo de *hockey*! Lo arrojaron al fuego para que se quemase, pero no prendió. Sigue allí. Se lo enseñaremos. Cuando empiece el partido de nuevo y todos miren hacia el otro lado.

El inspector parecía preocupado, pero suspiró.

—Muy bien —accedió—. Si sois capaces de darme pruebas,

puedo reconsiderarlo. Entretanto, no obstante, supongo que debería disfrutar del partido. —Miró alrededor y carraspeó—. Esto…, ¡arriba, Deepdean!

—Tiene usted —dijo Daisy enfadada— mucho que aprender sobre la ciencia de encajar.

6

Las jugadoras volvieron a alinearse y sonó el silbato. Florence salió disparada a por la bola y advertí de nuevo lo pálida que se la veía. ¿Sabía que era una de las dos últimas sospechosas? ¿Era cosa del sentimiento de culpa?

—¡Vamos! —susurró Daisy—. La hoguera…

Pero entonces se oyó un grito ahogado procedente de la multitud cuando Florence cayó en medio del campo como un peso muerto. Tenía los ojos cerrados y la cara blanca como la pared. Estaba inconsciente antes de tocar la hierba siquiera. Gritaron varias personas.

—¡Dios! —gritó Kitty.

—¡Oh, no! —exclamó Habi con la voz entrecortada—. ¡Su corazón! ¡Oh, rápido! ¿Y si también está muerta?

—Esperad —dijo el inspector, extendiendo una de sus grandes manos para detenernos.

Casi me pareció cruel, pero entonces vi que miss Barnard corría al lado de Florence, se arrodillaba en el suelo y le tomaba el pulso con un dedo. Alzó la vista y todo el mundo se quedó inmóvil. Tiene ese efecto en la gente.

—¡Miss Hamersley solo se ha desmayado! —declaró con firmeza —. ¡Necesita ayuda, rápido! ¡Miss Talent! Ayudadme, hay que llevarla a enfermería de inmediato.

Miss Talent se arrodilló a su lado y levantó a Florence como si no fuese más que una pequeña renacuaja, en lugar de alta y ancha de hombros.

—Venga, mocetona —le dijo a Florence, y sonó extrañamente tierna—. Arriba.

El inspector seguía manteniéndonos apartadas, aunque ya no tenía ninguna necesidad. Vi que atendían a Florence, pero, en cuanto llegara a la enfermería, mistress Minn la examinaría y descubriría su problema cardíaco. Su secreto saldría a la luz.

Miré alrededor, y entre la multitud atisbé al resto de los miembros de las Cinco. Margaret tenía un aire hosco y algo contento; Lettice estaba pálida; Una reflejaba desdén, y Enid tenía un aspecto demacrado. Ninguna de ellas parecía afectada por Florence, solo las veía perdidas. Volví a sentirme triste por ellas: estaban atadas unas a otras por los más horribles acontecimientos, y aun así seguían sin ser amigas en absoluto. Florence había sido lo más cercano que tenían a una nueva líder, tras la muerte de Elizabeth, y había caído. Pero ¿era la asesina? Y, si lo era, ¿cómo íbamos a encontrar a Binny ahora?

—Rápido —indicó Daisy en voz baja—. ¡A la hoguera mientras están todos distraídos!

Nos fuimos a toda prisa.

—Ahí, mirad, el palo… ¡Oh! —Daisy examinaba los restos de la hoguera absolutamente confundida—. ¡Ha desaparecido! —dijo—. ¡Ha desaparecido!

Todas nos quedamos mirando. Era cierto. En la hoguera no quedaban más que trocitos de leña completamente normales. El palo de *hockey* se había esfumado.

—¡A lo mejor se ha movido! —dijo Kitty—. ¡Vuelve a mirar!

—No —contestó Daisy con lentitud—. Ha desaparecido. Sé dónde estaba. Se lo han llevado.

Me alejé de ella, lista para que me lo echara en cara, porque había sido culpa mía que no pudiéramos esconder el palo a tiempo.

Pero Daisy no la tomó conmigo. En lugar de eso, estiró el brazo

para cogerme la mano. Encaramos juntas al inspector.

—¡Estaba aquí! —exclamó—. Hazel y yo lo vimos. Era el arma homicida, tenía sangre y pelo pegados, pero ha desaparecido. ¡La asesina debió de volver a por él!

El inspector adoptó una expresión muy seria.

—Señoritas —respondió—, a pesar de lo que decís, si no podéis mostrarme ninguna prueba, tengo que anteponerla declaración de miss Barnard sobre lo ocurrido a la vuestra.

Daisy parecía a punto de estallar.

—¡Adultos! —gritó—. Es usted igual que el resto, después de todo. Ya verá. Seguiremos trabajando. ¡Sí! Y se arrepentirá de haber dudado de nosotras.

El inspector contrajo la cara. Daba la impresión de que no le gustaba demasiado lo que tenía que decir.

—Se arrepentirá de no habernos escuchado —insistió Daisy—. Ya hemos resuelto tres casos de asesinato. Somos profesionales. ¿No ha oído hablar del Orient Express?

—En efecto, lo he oído —dijo el inspector—. Vuestro mayor triunfo hasta la fecha, me pareció que lo llamaban. Pero eso fue entonces, y esto no tiene nada que ver. Cuando empieza un caso, empieza de nuevo por completo. Seguro que lo entendéis. —Suspiró —. Si insistís, puedo hablar con el tal Jones, claro. Creo que lo recuerdo del caso del año pasado. Veré qué dice de los sucesos del martes.

—¡Debe hacerlo! —intervino Kitty—. ¡Binny no ha huido, la han secuestrado! La conozco. Sí que se escapa a menudo, pero ¡nunca durante tanto tiempo! Siempre se aburre, o le entra hambre, y vuelve. No tiene ningún aguante. Lo sé.

—Sé que quieres que encontremos a tu hermana —dijo el inspector, y apoyó una mano en el brazo de Kitty. Kitty respiró hondo y de forma errática y bajó la vista a sus pies—. Te prometo que haré todo lo que pueda por encontrarla, esté donde esté. Eso te lo prometo.

Cuando el inspector hace una promesa, debería creerse. Pero de

todos modos… deseé que diera un salto de fe y confiara en que, una vez más, habíamos descubierto un asesinato.

Me quedé mirándolo con tristeza.

—Bueno —dijo el inspector—, debo volver al trabajo. Tengo hombres a los que supervisar, y una niña a la que encontrar. —Se dio media vuelta, con el gabán arremolinándose, y se alejó.

Nosotras nos miramos unas a otras, y creo que nos sentimos muy abatidas. Pero sabíamos que debíamos seguir investigando. Después de todo, solo nos quedaban dos sospechosas. Habíamos sufrido un contratiempo, pero aún podíamos resolver el caso y encontrar a Binny. Y ahora no había esperanza de obtener ayuda del inspector. Había dicho que no nos creería hasta que tuviéramos algo concreto que enseñarle. Tendríamos que encargarnos solas.

Lavinia se agachó y pateó los restos de la hoguera una vez más.

—Oh, déjalo —dijo Daisy—. El palo no está ahí. ¿No lo sabes ya?

7

Seguíamos reunidas de pie, desanimadas, al final del partido, que no fue bien para Deepdean.

—¡Habríamos ganado si Florence hubiese estado en forma! —gritó Clementine—. ¡Es injusto! Que nos ocultara el hecho de que no se encontraba bien… nos ha costado el partido. ¡Podría costarnos el campeonato!

El campeonato interescolar era, por supuesto, el tema del que todas las aficionadas a los deportes llevaban hablando desde que empezaron las clases. Florence estaba obsesionada con él, se había empeñado en que el equipo hiciera sesiones de entrenamiento extras, y carreras y estiramientos y ejercicios de calistenia. Y ahora lo había puesto en peligro al enfermar y ocultarlo. Deepdean había tenido que recurrir a su reserva, que había cedido al pánico y nos había hecho perder el partido. Todo el mundo estaba furioso, porque aquello hacía que Deepdean pareciera débil y, de camino a la residencia, no se habló de otra cosa.

Después empezaron a filtrarse informaciones procedentes de la enfermería. Florence no estaba enferma sin más, tenía un problema cardíaco. Era malo, muy malo.

Quizá nunca (oí que susurraban por los pasillos y cuando las alumnas se cruzaban en las escaleras) volviese a jugar. Quizá quedase inválida de por vida. No podría participar en los Juegos

Olímpicos del próximo verano.

El secreto que Florence se había esforzado tanto en ocultar había salido a la luz. Observé con atención a las cuatro prefectos que nos quedaban cuando entraron a cenar. Y vi lo asustadas que estaban. Lettice se alejó de Una, retraída. Margaret no era capaz de mirar a Enid. Y Una también parecía sencillamente perdida. Recordé su conversación con Florence —«si una de nosotras cae, todas caemos»— y sentí otra punzada. Solo una de las Cinco lo había hecho, pero resolver el caso las afectaría a todas.

Daisy también estaba vigilando a las prefectos, del mismo modo que Kitty y Habi, pero Lavinia estaba encorvada sobre el plato y jugueteaba con algo en la mano.

—¿Qué tienes ahí? —susurró Kitty, tras dar un par de codazos a Lavinia para que levantara la visto—. ¡Puaj, qué asco! ¡Déjalo!

—Son astillas —respondió Lavinia—. Estaban en el suelo, nada más entrar en la residencia. Las he recogido.

—¡Puaj! ¿Por qué? —preguntó Kitty.

—Porque creí que podían ser importantes —dijo Lavinia—. ¡Míralas! ¡Son recientes!

Le enseñó la mano, ligeramente roñosa, y vi que las astillas eran recientes: estaban un poco sucias y calientes, de llevarlas en el bolsillo, pero amarillas por debajo, como si acabasen de hacerlas. Y en la punto tenían… barniz y algunas motitas de pintura.

De pronto supe de dónde venían esas astillas. «De un palo de *hockey*». Me di cuenta de que las demás también las habían reconocido. ¿Era posible que… procedieran del arma homicida desaparecida? Daisy había sacado su pequeña lupa y las examinaba con las cejas enarcadas de la emoción.

—El palo ha desaparecido —continuó Lavinia—. Eso lo sabemos. Así que empecé a pensar en cómo lo escondería yo, si tuviese que hacerlo. No tendría sentido meterlo en una cartera, es demasiado largo. A menos que se acortara de alguna manera…, a menos que se partiera. En cualquier caso, es lo que haría yo. Sería fácil, y muy divertido, además. Luego podría esconderlo debidamente.

—Mira que eres rara —soltó Kitty.

—Pero tiene razón —replicó Daisy, alzando la vista con la lupa en la mano, y noté un ligero resquemor. Se supone que las ayudantes no encuentran pistas importantes—. Mirad, estos pedacitos son del exterior, donde el palo estaba barnizado.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —preguntó Habi.

—Os apuesto cualquier cosa a que la asesina volvió con sigilo al campo mientras se suponía que debían estar buscando a Rose y Binny —dijo Daisy en un susurro, para que no la oyera el resto de la mesa—. Sacó el palo del fuego, cogió una de esas pequeñas hachas del cuarto de las herramientas y lo despedazó.

—¿Cómo han llegado hasta aquí las astillas? —Habi fruncía el ceño.

Noté un cosquilleo en el vello de la nuca.

—En la cartera de la asesina —dije—. Justo como ha pensado Lavinia. ¿Y si sigue ahí dentro? O…, aunque no esté ahí…, ¿y si quedan astillas pegadas en el fondo? ¡Podemos echar un vistazo ahora! Las carteras de las prefectos están en el pasillo, ¡podemos descartar a nuestra última sospechosa!

—Watson, eres un genio —respondió Daisy—. Y tienes toda la razón: debemos comprobarlo de inmediato, mientras las prefectas siguen cenando. Pero ahora nos están vigilando, nunca nos dejarán salir sin más. Kitty, Habi, Lavinia, cubridnos. Están a punto de expulsarnos.

Entonces se levantó, me apuntó con un dedo tan cerca del ojo que me sobresalté y gritó:

—¡Oh, cómo te atreves! ¡Serás… bruja!

δ

Me pitaban los oídos. La cena entera se detuvo y todo el mundo se volvió hacia mí. Noté que era el foco de todas las miradas. Incluso tras un año como detective, sigo poniéndome nerviosa. Yo no puedo actuar para una multitud como Daisy, pero en ese momento, sin aviso previo, tenía que intentarlo.

—Yo… yo… —resollé—. ¿Qué he hecho yo?

—¡Sabes perfectamente lo que has hecho! —susurró Daisy—. ¡Andar a escondidas con un chico! ¡Y pensar que no me daría cuenta! ¡Oh, Hazel Wong, hay que ser cruel!

Sentí que me acaloraba. ¿Cómo podía utilizar a Alexander de esa forma? Quizá no me hubiera perdonado de verdad. Quizá nuestra amistad solo aparentara estar reparada. Quizá… Pero entonces advertí el brillo en sus ojos, su ceja enarcada, y supe que, como de costumbre, Daisy no decía una sola palabra en serio.

Dejé escapar un grito ahogado y esperé sonar tremendamente molesta.

—¡Yo nunca haría eso! —gemí—. ¡Jamás!

A diferencia de Daisy, yo siempre hablo en serio.

—¡Era mío! —gritó Daisy con aire teatral—. ¡Mío!

—¡Wells! —espetó Una, al tiempo que se levantaba—. ¡Wong! Si no os calláis, os vais fuera.

—¡No! —gritó Daisy—. ¡No es justo! ¡No puedes hacerme eso!

¡La bruja es ella, no yo!

Todos los ojos estaban puestos en mí, una vez más. Estaba bastante enfadada con Daisy. Me estaba haciendo quedar como alguien muy antipático. Ya notaba cómo se iniciaban los rumores.

Como muy bien sabe Daisy, si le dices a alguien que no haga algo, aprovechará la primera oportunidad, así que…

—¡Fuera! ¡Ya! ¡Al vestíbulo, plantadas de cara a la pared y SIN HABLAR! —bramó Una, y desaparecimos.

Nos quedamos allí de pie, con un aire lo más avergonzado posible y la espalda contra la pared. Pero, en cuanto se cerró la puerta del comedor, Daisy abandonó su posición.

—¡Rápido! —susurró—. ¡Las carteras!

Las carteras de Una y Enid estaban en un lugar prominente, en la mesita situada bajo el reloj, con la de Florence entre ellas. Las dos chicas debían de habérsela llevado consigo después de que esta se desplomara. Con un ojo puesto en la puerta del comedor, nos afanamos en abrir las hebillas. Primero la de Una: dos libros de texto, un cepillo de pelo, un cuaderno (no era el Libro de los Escándalos, una pena, aunque Daisy se quedó paralizada un momento de la emoción), un frasquito de algo que me dejó los dedos grasosos, una horquilla, tres lápices y una manzana. Luego la de Enid, muy ordenada y limpiada hacía poco, con cinco libros de texto, varios cuadernos de ejercicios garabateados, una regla, plumas, lápices, dos frascos de tinta de diferentes colores y una goma.

A continuación nos centramos en la de Florence. Se abrió y cayó fuera un palo de *hockey* hecho trizas. Se hallaba envuelto en un viejo jersey de gimnasia, de esos que acaban tirados en el pabellón y nadie reclama, con astillas y pedacitos carbonizados pegados de un modo horrible. El jersey, con el palo dentro, estaba apretujado entre los libros de texto de Florence, que habían quedado doblados.

Daisy y yo soltamos un grito ahogado.

—¡Watson! —exclamó Daisy—. ¡Tenemos a nuestra asesina!

Sí que parecía que era el caso. Ahí estaba el palo, por fin.

Florence debía de haberlo cargado todo el día, buscando una oportunidad de deshacerse de él, pero, por supuesto, el partido y el desmayo se lo habían impedido. Todo encajaba.

—¡Deberíamos contárselo al inspector! —dije—. ¡Debería saberlo! Ahora que hemos recuperado el arma homicida, podemos demostrar que de verdad fue un asesinato.

—¿Y cómo vamos a hacer eso? —preguntó Daisy—. El teléfono está en el despacho de la gobernanta, y en este momento está allí. Y la cena casi ha…

Se oyó un estruendo en el edificio y la puerta del comedor volvió a abrirse de golpe. La primera en salir fue Una, que guiaba a las renacuajas. Vi que nos veía, y veía la bolsa…, y el palo de *hockey*. Se puso pálida y luego se sonrojó. Sabía lo que significaba.

—¡Wells! ¡Wong! —tartamudeó—. ¿Por qué no estáis en vuestro sitio?

—Hemos encontrado algo —dijo Daisy, que puso su voz más dolida y santurrona—. Algo HORRIBLE. ¡Florence ha estado destruyendo la propiedad escolar!

Habría que contárselo a la gobernanta. ¡Gobernanta! ¡Gobernanta!

La gobernanta salió de su despacho como un vendaval.

—¿Qué está pasando? —soltó.

Vi que Una tenía dificultades para responder.

—Wells ha encontrado… Hay un… Parece que Florence se ha vuelto loca y ha destrozado un palo de *hockey* —dijo por fin—. Creo que es el que había desaparecido. Miss Talent estaba buscándolo por todas partes.

Para entonces, Margaret se había unido a Una, y Lettice y Enid. Margaret parecía sorprendida, y de pronto iluminada; Lettice, horrorizada, y Enid, atenta y asustada. ¿Se daban cuenta de lo que eso significaba? ¿Que la asesina de Elizabeth por fin había sido descubierta?

—¡Deberíamos llamar a la policía! —continuó Daisy, y las prefectas se volvieron crispadas unas hacia las otras, como si el hilo

invisible que las unía se hubiese contraído de pronto.

—¿Por un pello, Wells? —dijo Una, con voz temblorosa—. No seas idiota.

—Tonterías, Wells. ¡Vete a tu cuarto de inmediato! —espetó la gobernanta—. Prefectas, venid aquí. Explicadme esto.

—Sí, gobernanta —respondió Daisy mientras Una, Enid, Lettice y Margaret se acercaban a la gobernanta—. Lo siento, gobernanta.

A continuación se fue con paso firme hacia las escaleras y la seguí.

Pero si la asesina era Florence…, ¿dónde estaba Binny?

9

Teníamos que ir a Deberes, pero yo estaba tan preocupada por Binny que no era capaz de concentrarme. Florence seguía en la enfermería. ¿Cómo podíamos hacer que nos dijera dónde estaba Binny? Sabía que Kitty estaba muerta de preocupación. Me obligué a escribir todo esto, y continuaba escribiendo después de Deberes, cuando de repente se oyó un chillido procedente del otro dormitorio de cuarto.

Daisy se puso en pie de inmediato y salió de estampida hacia la puerta, y las demás corrimos tras ella. Se me había acelerado el corazón. Las de la otra habitación salían en tromba al pasillo también, jadeando. Vi que Rose parecía enferma, al igual que Sophie, pero Clementine estaba resplandeciente de la emoción, un tipo de emoción que no acababa de gustarme. Tenía las mejillas sonrojadas, como si estuviese febril, y se reía con nerviosismo.

—¡Tiene que ser verdad! —exclamó—. ¡Seguro! ¿Podéis creerlo? Puaj.

—¿Qué pasa? —preguntó Kitty, y sentí que me recorría una especie de descarga fría, como agua por los brazos y las piernas. ¿Tenía algo que ver con Binny?

—¡Es otro secreto! —gritó Clementine.

—¡Yo creía que eso había acabado! —dijo Daisy, y parecía igual de desconcertada que yo. Se suponía que los secretos habían

terminado: Binny tenía el libro, así que no podían salir a la luz más escándalos mientras ella estuviera desaparecida.

—¡Para nada! —replicó Clementine—. Hay uno nuevo, ¡y es el mejor hasta la fecha! Cuando he deshecho la bolsa de gimnasia, ahí estaba, ¡en el fondo!

—¿Qué dice? —preguntó Kitty con la voz entrecortada.

—¡Es sobre Margaret! —dijo Clementine con regocijo—. «Margaret Dolliswood tiene "sentimientos antinaturales" por Astrid Frith». ¡Menudo escándalo! Y tiene que ser verdad, yo estoy segura de que alguna vez la he visto mirando a Astrid de un modo extraño. ¡Puaj! ¡Madre mía! Pensadlo: ¡tenemos a una de esas como prefecta! Con todas las veces que nos ha tocado. ¡Qué horror!

—No nos ha tocado, nos ha pegado —intervino Habi, arrugando la frente.

—Es lo mismo, para la gente como ella —repuso Clementine, sin parar de reír. Tuve una sensación muy desagradable cuando lo decía. ¡Estaba siendo una grosera! Lo que decía no era cierto, en absoluto —. ¡Y lo mejor es que por fin sabemos quién ha estado enviando estos secretos! Hay un nombre al final. Está medio rasgado, pero he podido verlo.

—¿Quién ha sido? —inquirió Daisy con aspereza.

—¡Pues Florence! ¡Imaginaos a Florence difundiendo todos esos secretos! Ay, dios, qué mala es. Ocultar su enfermedad, destrozar la propiedad escolar, divulgar secretos…

—¿Florence ha metido el secreto ahí? —gritó Kitty, y se oyeron los gritos ahogados a nuestro alrededor.

Habían acudido algunas alumnas de quinto, y de tercero, de modo que el pasillo estaba abarrotado.

—Tiene que haber sido ella —dijo Clementine—. Es raro. Juraría que he hurgado hasta el fondo de la bolsa después del partido. Estaba buscando ese broche que llevaba… —Clementine siempre lleva objetos de contrabando— y he tenido que revolverlo prácticamente todo. Pero, ja, supongo que estaba distraída después de lo que había ocurrido. ¡Puaj! ¡Margaret! ¡Y Astrid!

Advertí que Daisy se ponía tensa a mi lado. Me volví hacia ella y vi la arruga que se le había formado en el puente de la nariz. Estaba dando vueltas a algo que había dicho Clementine, lo notaba, y pensé que sabía de qué se trataba.

—¿Qué es todo esto? —inquirió una voz.

Todas alzamos la vista con culpabilidad, y algunas jadearon. Era Margaret en persona.

—No es nada —contestó Clementine—. Solo sabemos un secreto, eso es todo. Un secreto muy gracioso. Sobre una chica con el pelo rubio y una prefecta a la que le gusta mucho más de lo que le conviene.

Margaret se puso como un tomate. Pensé que estaba enfadada, y entonces vi que toda ella, su cuerpo entero, se estremecía.

—¿Qué quieres decir? —gruñó, y su voz también era trémula. Vi que nos fulminaba a Daisy y a mí con la mirada. Debió de pensar que nosotras teníamos algo que ver con la revelación del secreto.

—Astrid Frith —susurró Clementine—. Y tú. Sé lo que piensas de ella. ¡Estaba escrito!

—¡Oh! —chilló alguien—. ¡Astrid está aquí!

Me dio un vuelco aún mayor al corazón, pues Astrid Frith había aparecido en el otro extremo del pasillo. Miraba alrededor, confundida, cuando las chicas retrocedían con prisa a su paso, riendo nerviosas, y se llevó las manos al pelo de manera automática. Pero, por supuesto, era mucho peor que eso.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¡Parad!

—Astrid y Maaargaret —susurró una de tercero—, cogiditas de la mano.

Astrid alzó la vista hacia Margaret y su rostro cambió. Vi que lo comprendía. Volvió sobre sus talones, sonrojada, y se alejó a toda prisa.

—¡Espera! —gritó Margaret, y corrió tras ella.

Por supuesto, el pasillo estalló, y oí que más de una chica repetía las palabras de la de tercero.

Sentí náuseas. Sé lo que es que se burlen de ti por ser diferente,

y sé que lo odio. No creo que haya nadie que no lo odie. Esperaba que Margaret se hubiese dado cuenta de que nosotras no teníamos nada que ver con lo que había dicho Clementine.

Daisy me agarró del brazo y me volví hacia ella. Tenía las mejillas sonrosadas y su nariz seguía arrugada.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Margaret?

—Ah, ¡eso da igual! —dijo Daisy, con una contundencia sorprendente—. Es lo que ha dicho Clementine. ¡Sobre el secreto! Por mucho que odie reconocerlo, Hazel, me he percatado de algo. Florence no podría haber metido el secreto en la bolsa de Clementine, y no ha metido el palo en la suya. Están tendiéndole una trampa, y solo queda una persona que podría haberlo hecho. ¡Es Una!

10

Volvimos todas corriendo a la habitación. Daisy tenía esa expresión en la cara que sabía que significaba que se avecinaba otra reunión del Club de Detectives, y por supuesto…

—¡Hazel, el cuaderno! —gritó—. ¡Rápido!

—Oh, ¿qué pasa? —gimió Habi.

—Es Florence —dije yo, mientras sacaba el cuaderno y escribía un nuevo encabezado—: «El nuevo secreto».

—¡Lo escribió ella! —añadió Kitty—. Llevaba su nombre…

—Por Dios, ¿no sabes que eso no significa nada? —preguntó Daisy—. Cualquiera podría haber escrito Florence en ese papel. Pero lo importante es que…

—Ella no podría haberlo dejado en la bolsa de Clementine —concluí por ella.

—¿No? —soltó Habi con la voz entrecortada—. Pero ¿cómo lo sabéis?

—Por lo que ha dicho Clementine, lo de que ha buscado en su bolsa después de que Florence ya se hubiese desmayado y en ese momento no ha visto el secreto. Creo que no lo han metido ahí hasta más tarde. ¡Florence no podría haberlo hecho!

—¡Oh! —dijo Habi—. ¡Ya entiendo!

—¿Y no es posible que Clementine no lo haya visto? —preguntó Kitty, de manera algo inquisidora.

—No es tan tonta —repuso Lavinia—. Me refiero a que es bastante tonta, pero no tanto.

—¡Están incriminando a Florence! —dijo Daisy—. Y solo hay una persona que podría hacerlo. ¡Es Una!

—¡Tenemos que conseguir que nos diga dónde está Binny! —gritó Kitty—. ¡Rápido!

—Jamás lo hará —dijo Daisy—. ¡No, tenemos que pensar! Ahora que sabemos que es Una, ¿dónde escondería ella a alguien, si lo hubiese secuestrado? En el bosque de Oakeshott, no, demasiado sucio. En algún lugar de la escuela. Pero ¿adónde hemos visto ir a Una…? Oh. ¡Oh!

—¡El salón de actos! —exclamó Kitty de pronto—. En el recreo iba hacia allí, ¿no? ¿Y si…?

Nos pusimos en pie de un salto. Sabíamos perfectamente a qué lugar se refería. Lo habíamos descubierto Daisy y yo el año pasado durante nuestro primer caso. El túnel.

—¡Tenemos que bajar a la escuela! —añadió Kitty con tono frenético—. ¡Ya! ¡Ahora mismo!

—¡Pero no podemos marcharnos de la residencia sin más! —replicó Habi—. ¡No podemos! ¡Nos pillará la gobernanta!

—Yo pienso ir, y punto —aseveró Kitty—. Me escaparé. Saldré corriendo. Podéis venir conmigo o no.

Miré a Daisy.

—Podemos entrar en la escuela sin problemas —dijo—, una vez que salgamos de la residencia. Todo es un caos desde que se marchó Jones. Las cosas no están cerradas como debería. La puerta lateral de la entrada al ala antigua…, ya sabéis, la pequeña…, el jardinero que ha estado cerrando esta semana no sabe que el pestillo no encaja bien. Cederá si la empujamos un poco, y estaremos dentro.

—Pero ¿cómo nos vamos de la residencia? —pregunté.

Daisy me sonrió de oreja a oreja, y supe que no iba a gustarme la respuesta.

—Las cañerías funcionan en ambas direcciones, Hazel —dijo.

SÉPTIMA PARTE

El Club de Detectives resuelve la situación

1

La cañería me hacía daño en las manos, los ladrillos de la pared me raspaban las piernas y tenía la sensación de que se me desencajaban los brazos.

—¡Ánimo, Hazel! —jadeó Daisy, y me dio un puntapié.

Yo no aguantaba más. Estaba segura de que me resbalaría. Pero tenía que continuar. No podía defraudarla.

Llegué a la conclusión, como siempre, de que las cosas parecían mucho menos difíciles en las novelas.

Por debajo de mí, Habi dejó escapar un leve chillido y cayó en los arbustos.

—¡Chisss, Habi! —susurró Kitty—. ¡Calla! —Y bajó a su vez, con mucha más delicadeza.

Lavinia renegó de una forma nada propia de una dama, y cayó con un susurro de hojas y un pequeño estrépito.

—¡Ayudante Temple! —susurró Daisy—. ¿Has tirado las linternas?

—¡No han caído lejos! —masculló Lavinia—. Y se supone que hacen ese ruido.

—¡No es verdad! —replicó Daisy—. Y se supone que no hay que tirarlas.

—Bueno, entonces, ¿por qué me las has dado a mí? —preguntó Lavinia.

—¡Chisss! —intervino Habi con nerviosismo—. ¡La gobernanta!

—Está ocupada —dijo Daisy—. Ella y las prefectas están intentando mantener a las renacuajas bajo control. Betsy North es buena gente, ¿no?

Las alumnas de los cursos inferiores se habían mostrado de lo más dispuestas cuando Daisy les había pedido que nos ayudaran. Realmente era nosotras contra las mayores, guerra abierta. La mitad de las renacuajas estaban seguras, como nosotras, de que se habían llevado a Binny. A Daisy no le había costado convencerlas de que era cosa de una de las Cinco y de que necesitábamos su ayuda para recuperarla. No obstante, a mí me preocupaba. Contábamos con que Una estaría demasiado ocupada para darse cuenta de que nos habíamos ido. Pero ¿y si lo hacía? O ¿y si Enid y Lettice veían que no estábamos y se lo contaban a Una? ¿Y si esta ataba cabos y venía a buscarnos? Lo terrible de las mayores es que tienen prácticamente el mismo permiso para moverse por el mundo que los adultos. Apenas se hallan sujetas a las campanas y la hora de acostarse; van camino de la libertad, y eso significa que Una podía inventarse sin problemas una excusa para bajar a la escuela a las ocho de la noche, mientras que nosotras teníamos que avanzar con sigilo y paramos, y tardábamos el doble de tiempo de lo que en realidad deberíamos.

Arañé de un modo doloroso una de las juntas de la cañería y exclamé:

—¡Ay!

Lo dije en voz *baja*, pero, por supuesto, Daisy lo oyó.

—¡Oh, Hazel! —exclamó—. No tienes un don natural para el espionaje, ¿eh?

—¡No entiendo por qué debería tenerlo! —susurré indignada en respuesta—. ¡Soy detective, no agente secreta!

—En los tiempos que corren, es posible que la investigadora inteligente necesite ser ambas cosas —dijo Daisy, y supe que había estado leyendo historias de espías otra vez.

Hice una mueca.

—No pongas esa cara, Watson —me soltó Daisy—. Está feo.

—¡No sabes lo que estaba haciendo! —repliqué, y me sonrojé.

—Siempre lo sé —dijo Daisy—. Eso no va a cambiar nunca. Ahora deja de sonrojarte y baja.

Seguí bajando, dolorida, con esfuerzo y miedo, pero en el fondo contenta. Daisy y yo estábamos juntas, y trabajábamos en el caso. Daisy podía ser terriblemente irritante, pero era mi mejor amiga.

Y estábamos muy cerca de la verdad. Sabíamos quién y por qué y cuándo y cómo. Lo único que necesitábamos en ese momento era encontrar a Binny. Noté la tierra bajo mis pies. Me solté con un jadeo y caí al suelo.

—¡Excelente! —celebró Daisy.

Iluminó al grupo con su linterna: a Lavinia, con ramitas en el pelo y barro en la falda; a Kitty, que se frotaba un poco de óxido de las manos con una expresión de asco en la cara; a Habi, que tenía los ojos muy abiertos y se estremecía ligeramente bajo el jersey de la escuela, y a mí. Yo sabía que aún tenía la cara roja por el descenso, y se me había rasgado un calcetín. Daisy permanecía impecable, perfecta.

—Bueno, Club de Detectives, ya sabéis lo que hay que hacer. Nuestra misión es esta: bajar a la escuela y liberar a Binny Freebody.

—Sin que nos descubra la asesina —añadió Lavinia.

—¡Oooh! —gimoteó Habi—. Pero… Una no nos haría nada, ¿verdad?

Daisy puso los ojos en blanco, y yo miré a Kitty. Tenía la mandíbula apretada, y por una vez no se burlaba de Habi. Entonces percibí cuánto significaba esto para ella. No era otra misión del Club de Detectives sin más, como lo era para Daisy e incluso para mí. Era familia. Si todo salía mal, o si llegábamos demasiado tarde, su vida se vería alterada para siempre, y punto. Kitty daba la impresión de saberlo, como si estuviese contemplando dos versiones separadas de su futuro.

—No si no se lo permitimos —respondió Daisy—. Motivo por el cual debemos ir con cuidado, y rápido, y no dejar nada a la suerte. ¿De acuerdo?

—Pero ¿qué hacemos si nos encontramos con Una? —preguntó Lavinia en voz alta.

—Gritar —dijo Daisy—. Golpearla. ¡Por Dios, ayudante Temple, utiliza ese cerebro! De todos modos, la hemos dejado atrás, en la residencia. No tenemos nada de lo que preocupamos si nos vamos ahora.

Yo no estaba muy segura, pero sabía que Daisy tenía razón en que la velocidad era esencial. Agarré mi linterna con fuerza, y juntas echamos a andar a oscuras hacia la escuela.

2

El viento soplaba a nuestro alrededor, todos los árboles se agitaban ruidosamente, y se me erizó el vello de la nuca y de los brazos. Tenía las manos muy frías, húmedas y pegajosas. Avanzamos sin linternas —aún no podíamos arriesgarnos a usarlas—, así que sentí que la oscuridad nos engullía, que nos sumíamos en ella. Podía oímos respirar a todas, y caminar, y a Habi gimoteando con suavidad de vez en cuando. Estaba susurrando algo para sí, y por fin oí lo que era:

—Soy valiente, soy valiente, soy valiente.

Deseé estar tan segura como ella.

Avanzamos a trompicones y por fin nos plantamos delante de la entrada del ala antigua. Daisy subió hasta la pequeña puerta lateral, la empujó con sumo cuidado con la cadera justo donde debía y la abrió con facilidad. Habi se puso a aplaudir.

—¡Chisss! —le espetó Daisy—. ¡Recuerda, somos espías! Venga, adentro.

Lo dijo, como siempre, como si fuese lo más fácil y evidente del mundo. A veces me pregunto si Daisy sabe lo extraordinaria que es y lo inusual que es su vida, y creo que no lo sabe. Nunca se para a cuestionarse estas cosas, esa es la clave para entenderla. Ella es así y punto.

Entramos con sigilo, pasando por encima de un montón de

herramientas y pedazos de cañería que habían dejado allí tras algún trabajo de reparación ese día. Sin Jones, Deepdean ya no era el lugar ordenado que solía ser. El ala antigua flotaba a nuestro alrededor, muy alta y oscura, con sombras en las vigas. El suelo de madera reverberó bajo nuestros pies con los primeros pasos entusiastas, y luego avanzamos de forma mucho más lenta y silenciosa, limitándonos a respirar a medias al poner un pie delante del otro. Daisy encendió su linterna y el haz danzó delante de nosotras, volviendo las sombras más sedosas y el espacio que teníamos delante centelleante.

—¿Adónde vamos? —susurró Habi.

—Al salón de actos —dijo Daisy, que nos lideró por delante de los baños del ala antigua para a continuación enfilar el pasillo de la biblioteca.

Por supuesto, yo sabía adonde íbamos. El túnel era el único lugar de Deepdean en el que podía esconderse a una chica. Como expliqué en un cuaderno anterior, existe un pasaje subterráneo entre el salón de actos y el ala antigua. Lo habían tapiado hacía mucho tiempo, cuando se construyó el pasillo de la biblioteca, y la pequeña puerta que llevaba al mismo desde el salón de actos está cerrada con llave, pero se utilizó antes, en el asesinato de miss Bell, y ahora parecía probable que estuviesen usándola de nuevo.

Recorrimos el pasillo de la biblioteca, dejamos atrás la sala de profesoras y el estudio del pastor y luego doblamos al final a la derecha. Me dio un vuelco el corazón. Sentí un escalofrío de *deja vu*, como si de verdad fuese el año pasado, y Daisy y yo buscásemos de nuevo el cadáver de miss Bell.

Pero ahora éramos cinco, y no estábamos buscando un cadáver en absoluto, sino a una chica con vida. O eso esperábamos.

Pasamos de puntillas por el salón de actos, y la luz de la linterna brilló sobre la madera de pupitres y sillas viejas.

—Oh —dijo Kitty de pronto—. ¡Binny! ¡Binny! —Y echó a correr por el pasillo.

—Oh, porras —masculló Daisy en voz baja—. ¡Vuelve! ¡Chisss! —

Y salió a toda velocidad tras ella.

Aquello se convirtió en una carrera poco digna: Habi corría detrás de Kitty y de Daisy, yo detrás de Habi, y Lavinia avanzaba de manera extraña en último lugar, emitiendo ruidos altos y groseros.

Estábamos haciendo un ruido terrible, pero me dije a mí misma que no importaba. No había nadie que pudiera oírnos, no como el año pasado.

Habíamos recorrido casi todo el pasillo hasta el gimnasio cuando Daisy se detuvo y giró con brusquedad a la derecha, hacia la puerta del túnel.

—Está cerrada —dijo Lavinia—. Con candado. No entraréis en la vida.

—¡Ja! —soltó Daisy—. ¿No sabes nada sobre el espionaje? Los mejores espías pueden abrir cualquier cerradura del mundo, y yo he estado practicando.

Se llevó la mano al pelo y se sacó una horquilla, que deslizó en el candado. Siguió un momento de máxima tensión, y luego un clic. El candado se había abierto.

—Lo habrá engrasado Una —dijo Daisy—. Con aquel frasco, ¿te acuerdas? Y la horquilla.

Recordé lo que habíamos encontrado en la cartera de Una: la horquilla, igual que la que acababa de usar Daisy para abrir el candado, y el frasco de lo que parecía tinta, aunque Una no tenía plumas. Debía de ser aceite, por supuesto, para engrasar la cerradura. Todo encajaba.

—Y ahora —continuó Daisy, como el maestro de ceremonias de un circo—, vamos adentro y a ver qué encontramos.

3

Kitty la empujó al pasar y se adentró en la oscuridad.

—¡Binny! —gritó—. ¡Binny! ¡¿Dónde estás?!

Se produjo un silencio. Yo contenía el aliento con desesperación, y entonces habló una voz.

—¿Kitty? ¿Qué demonios estás haciendo aquí? ¿Qué pasa?

—¡Binny! —chilló Kitty, cuando Binny se expuso a la luz de la linterna, bastante sucia y con telarañas en el pelo, pero aparentemente ilesa. Kitty se lanzó hacia ella y la rodeó con los brazos, y parte de la suciedad del cuello de Binny pasó a la mejilla de Kitty—. ¡Idiota! —gritó Kitty, retrocedió un paso y se frotó la cara —. Estás cochambrosa. ¡Mira, no voy a ser capaz de limpiarlo en la vida!

Vi que algo destellaba a la luz de la linterna, justo por debajo del ojo de Kitty, y en su mano, pero no dije nada. Kitty nunca me lo perdonaría, lo sabía.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué estás…? ¿Por qué…? ¡Oh, Binny! —gritó Kitty—. ¡Para fiarse de ti!

—¡Para fiarse de ti! —repuso Binny con un resoplido—. Deja de preocuparte. Estoy bien, solo aburrida. Y tengo hambre. No tendréis un bollo, por casualidad, ¿verdad?

—Pero ¿qué te ha hecho Una? —pregunté yo. ¿Por qué estaba Binny ilesa y tan tranquila? Acabábamos de ir a rescatarla de un

secuestro. ¿Por qué no se alegraba más?

—Me ha encerrado, la muy animal —dijo Binny—. Me llamó aparte y me dijo que sabía que yo era la que revelaba los secretos, y luego me arrastró hasta aquí.

—¡Oh! —chilló Habi.

—¡Oh, Binny! —dijo Kitty.

—Pero ¿por qué no te ha matado? —preguntó Daisy. Habi dio un grito ahogado, y Kitty se aferró a Binny—. ¿Qué? —preguntó—. Es una pregunta lógica. ¿Por qué no estás muerta?

—¿Por qué iba a estarlo? —preguntó Binny, pasmada—. Mira, ¿tenéis algún bollo? Me vale con una galleta.

Lavinia se hurgó en el bolsillo y sacó una onza de chocolate cubierta de pelusa.

—Ten, toma esto —dijo con aspereza.

—¡Porque Una es la asesina! —dije yo.

—¿Qué? —preguntó Binny con la boca llena de chocolate—. No, solo me encerró porque le preocupaba que la asesina llegara a mí si no me escondía. También fingió registrar el túnel, para que no me encontrara la policía. Una jamás ha matado a nadie. ¿De qué estáis hablando?

Y en ese momento la puerta se cerró con estrépito a nuestra espalda.

4

Habi gritó. Vi cómo Kitty se aferraba a Binny, y su linterna destelló en el muro del túnel, girando de forma frenética para iluminar un uniforme gris de Deepdean y una corbata de prefecta. El corazón me palpitada y tenía los puños cerrados. Me sentí mareada, y la luz de la linterna me hizo ver chiribitas. Pero entonces Daisy levantó su linterna. Ella es intrépida, mantiene la cabeza fría cuando todos los demás la pierden, y su haz se posó, no sobre Florence, sino sobre Enid. La expresión de esta era decidida y en la mano tenía uno de los trozos de tubería metálica que habíamos visto tirados en el suelo del ala antigua.

—Te encontré —le dijo a Binny.

Inspiré hondo y abrí los puños. Si Una no era la asesina, y Florence tampoco, y Lettice y Margaret no podían serlo, entonces…, después de todo, era Enid.

Pero ¡Enid no podía ser la asesina! La habíamos descartado. No había tenido tiempo, y era demasiado débil para cargar con todo y golpear a Elizabeth. ¡Sin duda alguna! Pero en esas estábamos.

El corazón se me salió del pecho y cayó como un peso muerto. En todos los casos que hemos investigado Daisy y yo, ha habido momentos terribles, momentos en los que he temido por nosotras, pero en ese instante supe que nunca había tenido verdadero miedo por mi vida. Enid nos había arrinconado y tenía un arma. Yo notaba

los nervios a flor de piel y los huesos como si fuesen líquidos. Pero Daisy no bajó la linterna. La levantó contra Enid como un escudo y noté que me rozaba la mano con la que tenía libre. Se la agarré, como si fuese mi chaleco salvavidas. Daisy estaba temblando.

—¿Mataste tú a Elizabeth? —preguntó, y su voz no la traicionó en absoluto.

Enid pestañeó.

—No pienso decirte eso —contestó—. No soy idiota. —Balanceó el pedazo de cañería en la mano.

—Fuiste tú, ¿verdad? —insistió Daisy—. Te aterraba que Elizabeth divulgara tu secreto. Estabas avivando el fuego al principio de la noche, cuando viste el rastrillo apoyado en el muro del pabellón, con el palo de *hockey* tirado al lado. El palo era el arma perfecta, y el rastrillo, la tapadera perfecta. Te diste cuenta de que podías matar a Elizabeth con el palo de *hockey*, deshacerte de él en el fuego y colocar el rastrillo junto a ella, y todos pensarían que había sido un accidente. Tú… ¡Oh!… Seguías avivando la hoguera cuando empezaron los fuegos, te aseguraste de eso. Aprovechaste el último viaje para recoger el rastrillo y el palo con algunos troncos más, luego te acercaste a Elizabeth por la espalda y la golpeaste con el palo. Dejaste el rastrillo, le sacaste el Libro de los Escándalos del bolsillo y te dirigiste al fuego para arrojar el libro y el palo dentro. Pero el libro se te cayó y no pudiste encontrarlo en la oscuridad, y luego el palo no se quemó como debía: el fuego se había apagado porque Lettice no lo alimentó.

Vi que Enid se crispaba y supe que era fundamental que no dejáramos de hablar, no ofrecerle ni un momento de silencio para recuperar el control y decidir qué hacer.

—¿Así es como encontraste el libro? —le pregunté a Binny.

—Lo pisé —contestó Binny— justo después de los fuegos artificiales. Bajé la vista y ahí estaba. Lo cogí y empecé a leerlo, y entonces me di cuenta de que era dinamita. ¡Era maravilloso divulgar esos secretos y ver a las mayores asustadas por una vez!

—Serás bicho… —dijo Kitty débilmente.

Supe que comprendía que yo estaba intentando ganar tiempo. Enid podía ser pequeña, pero era mayor, y tenía un arma, mientras que nosotras estábamos todas indefensas. Y si había asesinado a Elizabeth, no sería tan débil como parecía.

—¿Sabías que era Binny quien estaba revelando los secretos? —le pregunté a Enid—. Antes de ahora, quiero decir.

—Me hacía una idea —dijo Enid—. Pensé que sería una de tercero. Por eso volví a la residencia el jueves, para registrar su habitación. Pero no llegué a encontrar el libro y luego Binny se esfumó.

Recuerdo que nos encontramos con Enid en el vestíbulo principal y sentí un escalofrío. ¡Habíamos estado tan cerca sin saberlo!

—¿Cómo te las arreglaste para golpear a Elizabeth? —continué, porque había estado preguntándome al respecto también—. Con el rastrillo y la leña en las manos, ¿cómo tuviste fuerza suficiente?

—Los dejé en el suelo, claro —respondió Enid con desdén—. La golpeé con las dos manos. Pero eso no os lo he dicho. Y soy más fuerte de lo que parezco. Me creísteis cuando os dije que era débil, ¿verdad? Todo el mundo se lo cree.

Sentí que ardía en mi interior, y Daisy me apretó la mano.

—¿Y sabes por qué lo hizo Enid, Binny? —pregunté—. Debes de saberlo, si tenías el libro. Ha estado haciendo trampas en los exámenes, para entrar en Oxford.

—¡No es verdad! —dijo Enid con brusquedad, y supe que había sido un error decir eso. Se me revolvió el estómago—. ¡No puedes demostrarlo!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Binny—. Ese secreto no está en el libro. No aparece ninguno de las prefectas. Era de lo más frustrante, ¡no podía divulgarlos! Ojalá hubiese podido, habrían sido los primeros. ¿Sabes?, creo que eso es lo que pensó Una también, que iba a revelar su secreto. Le dije que no lo tenía. Debía de estar solo en la cabeza de Elizabeth.

De modo que Elizabeth, a pesar de todos sus defectos, a su propia y extraña manera, había guardado los secretos de sus

discípulas. Podría haber ido a contárselos a miss Barnard, pero no los había dejado por escrito. Tan solo por un momento, sentí cierta simpatía por ella.

Luego miré a Enid a la cara. Estaba horrorizada, rabiosa, confundida… y luego emocionada. Vi lo que estaba pensando. Si el secreto no se hallaba escrito, entonces solo nosotras lo conocíamos. Y eso significaba que corríamos un terrible peligro.

Dio un paso al frente.

—¡Brutas! —dijo—. He estado estudiando muchísimo. Mis padres no sabrán qué hacer si no entro en la universidad. Llevan años preparándome para esto. Soy su única esperanza. Han ahorrado y ahorrado, y no han enviado a mi hermana pequeña a una buena escuela para que yo tuviera la mejor oportunidad. Y Elizabeth iba a arruinarlo todo. No podía permitírselo, ¡y a vosotras tampoco!

—¡Espera! —dijo Daisy enseguida—. No seas tonta.

—Creo que estoy siendo muy razonable —gruñó Enid, y levantó el brazo.

Con un aullido, algo pasó a toda velocidad por delante de mí.

—¡NO! —chilló Habi, y antes de que ninguna de nosotras pudiera detenerla, antes de que ninguna de nosotras supiera siquiera qué estaba haciendo, se había lanzado sobre Enid—. ¡NO VAS A HACER DAÑO A MIS AMIGAS! —gritó, y Enid bajó la mano.

Yo también grité, al igual que Kitty. Lavinia bramó. Daisy dejó caer la linterna, y se oyó un fuerte golpe. No veía lo que estaba ocurriendo: todo fue muy rápido y confuso, y me palpitaba la cabeza. ¿Qué haríamos si Habi estaba herida? Alguien gritaba, y alguien más sollozada, y luego brilló una luz de nuevo, en un largo haz que giró rápidamente alrededor, enfocándonos la cara a todas. Enid había desaparecido; no, estaba en el suelo, y había alguien de rodillas junto a ella, pasándole los brazos por detrás de la espalda. Conocía ese gabán, y ese sombrero. Era el inspector.

—¡No te muevas! —le espetó a Enid—. ¡Basta! ¡Para ya, ya!

Pero si el inspector estaba ahí, ¿quién sostenía la linterna? ¿Y cómo había sabido él que debía venir? ¿Cómo es que estaba ahí

para salvarnos?

La linterna bajó un momento y por fin vi quién la sujetaba. Era miss Barnard, y con ella había una pequeña figura que yo conocía muy bien.

—Hola —dijo Martha, la amiga de Binny, con timidez—. ¡Os he encontrado!

5

—¡Habi! —gritó Kitty, y vi que Habi también estaba en el suelo, hecha un pequeño ovillo.

Se me encogió el corazón cuando Kitty corrió hacia ella. Le dio la vuelta y por unos instantes me sentí mareada otra vez. Habi estaba blanca y se dejó caer en brazos de Kitty.

Kitty negó con la cabeza, y siguió un momento terrible e interminable. Entonces Habi dejó escapar un leve suspiro y abrió los ojos con un parpadeo.

—Oh —dijo—. Oh. ¿Qué ha pasado?

—¿No estás muerta, Habi? —preguntó Kitty, y tragó saliva.

—¡Pues claro que no! —replicó Habi—. Ay, me duele la cabeza. ¿Por qué lloras?

Nos agolpamos todas sobre ella y, durante unos segundos, olvidamos todo lo demás.

—¡Niñas! —dijo miss Barnard con aspereza—. ¡Cuidado! No la atosiguéis.

—¡Estoy bien! —respondió Habi—. Solo… me duele mucho la cabeza.

Para entonces el inspector tenía sujeta con firmeza a Enid, esposada e inmovilizada contra el muro del túnel.

Intercambió una mirada con miss Barnard, que se volvió hacia nosotras.

—Es posible que miss Martineau sufra una conmoción. Miss Freebody…, las dos…, acompañadla a la enfermería de inmediato. Decidle a mistress Minn que os envío yo. Santo cielo, Binny Freebody, ¿sabes que has tenido a toda la escuela, y a la policía, buscándote?

Binny sonrió con suficiencia.

—Una la encerró para mantenerla a salvo —expliqué—. ¡No podía salir! —Me costaba creer que estuviera defendiendo a Binny, pero, bueno, me costaba creer todo lo que acababa de ocurrir.

—Os habéis comportado todas de un modo de lo más escandaloso —dijo miss Barnard—. Mañana tendremos unas palabras. ¡Miss Freebody, coge a tu hermana y a miss Martineau, y marchaos! Las demás podéis iros con ellas. Os quiero a todas fuera de este sitio de inmediato.

—¡A nosotras no! —protestó Daisy—. ¡Hazel y yo necesitamos hablar con el inspector!

—Rotundamente no —espetó miss Barnard.

—Miss Barnard —intervino el inspector—, ¿podrían quedarse un momento? Me gustaría hablar con ellas.

Vi que miss Barnard fruncía el ceño.

—¡Inspector! —exclamó con descontento.

—Me han ayudado antes —adujo el inspector—. Tengo motivos para creer que podrían volver a hacerlo.

Miss Barnard hizo una pausa, luego suspiró.

—Oh, muy bien —dijo. Lavinia estiró el cuello hacia atrás esperanzada—. ¡Tú no, Temple! ¡A la enfermería, inmediatamente!

Lavinia lideró a Binny, a Kitty, a Martha y a Habi hasta el túnel, pero, aunque yo sabía que estaba enfadada por no quedarse con nosotras, nunca la había visto tan orgullosa de sí misma. Quizá investigar le sentara bien después de todo.

Una vez que las demás se hubieron ido, el inspector nos llevó a mí, a Daisy, a Enid y a miss Barnard por el túnel hasta el salón de actos, que estaba desierto. Alcé la vista a las gradas de asientos que nos rodeaban, al techo abovedado y en penumbra, muy alto, y a los

paneles pintados con murales borrosos de mujeres enormes que nos miraban como si fuésemos ligeramente decepcionantes. Cuando el inspector habló, reverberó en toda la estancia.

—Bueno —dijo bajo la atenta mirada de miss Barnard—, explicaos, chicas.

6

Daisy expuso nuestro caso, a toda prisa, y yo añadí todos los detalles que ella olvidaba (como de costumbre, Daisy se emociona con el final de un caso y olvida mantener el rigor científico). Explicamos que la muerte de Elizabeth había sido un asesinato, no un accidente; que Enid la había matado con el palo de *hockey*, pero había dejado el rastrillo a su lado como tapadera. Había intentado destruir el palo más tarde, pero entonces, cuando fue descubierto, intentó cubrir aún más su rastro poniendo el secreto de Margaret por escrito y firmándolo con el nombre de Florence. El inspector parecía cada vez más serio, y miss Barnard boqueaba confundida y horrorizada. No podía apartar la vista de Enid.

Yo intenté no mirarla. Enid había dejado de forcejear y estaba sentada tranquilamente en una silla, pero nos observaba con expresión desesperada e hizo que se me encogiera el corazón. Siempre es así: saber quién es el asesino no lo convierte en una persona diferente, pero lo que ha hecho de alguna forma eclipsa quién es y lo convierte en un ser horrible. Me había equivocado. Yo no era como Enid para nada. Puede que no sea una heroína, pero nunca haría daño a uno de mis amigos, no a propósito. Hay muchas cosas que me importan más que ser buena estudiante.

Me imaginé el momento: Enid levantando el palo de *hockey* con ambas manos para dejarlo caer contra la cabeza de Elizabeth. Debió

de pasar un miedo tremendo, para planear una cosa así y llevarla a cabo. Pero, bueno, eso era lo que Elizabeth les había hecho a todas: atraparlas, de manera que no pudieran escapar. Era terrible que esa fuese la única forma en que Enid pensó que podía ser libre. Y ahora su secreto saldría a la luz de todos modos.

—Elizabeth iba a decirle a todo el mundo que Enid hacía trampas —le conté al inspector—. No habría podido ir a la universidad, y sus padres le dijeron que debía hacerlo.

Daisy resopló.

—¡Imagíneselo! —dijo—. ¡Cometer un asesinato por eso!

—¡No fue solo eso! —gritó Enid de pronto—. Fue… fue todo. Tenía que entrar, ¿no lo entendéis? Mi padre no me lo habría perdonado nunca. Mi vida no habría valido nada.

—Ahora sin duda no lo hará —replicó el inspector.

Me sentí fatal, una vez más.

—En este caso —nos dijo el inspector Priestley, sonriente—, debo decir que me alegro de que noblemente decidierais allanar la propiedad escolar en medio de la noche. Habéis recuperado a una persona desaparecida y descubierto a una asesina. Como siempre, debo felicitaros, aunque, como siempre, también debo señalar que habéis sido unas insensatas.

—¡Unas insensatas! —repitió miss Barnard—. ¿Cómo no se os ha ocurrido decirle a alguien adonde ibais?

—¡Se lo hemos dicho a las renacuajas! —dijo Daisy—. ¿Ve? Así se han enterado ustedes.

—Podríamos no haberlo hecho —añadió el inspector—. Solo ha dado la casualidad de que entraba en la residencia para hablar con vuestra gobernanta. Se me ha acercado la joven miss Grey, que parecía desesperada por hablar conmigo. Me ha dicho que os habíais escapado de la residencia y adonde ibais, y que había visto que os seguía Enid. He llamado por teléfono a miss Barnard de inmediato y he bajado corriendo para encontraros yo mismo. Deberíais felicitar a miss Grey. Creo que ha resuelto el caso antes que ninguna de vosotras.

—Ja! —dijo Daisy—. No sea ridículo. Sabíamos con exactitud lo que había ocurrido.

—Ah, ¿sí? —preguntó el inspector—. Según miss Grey, estabais seguras de que la culpable era Una Dichmann, pero miss Grey estaba preocupadísima, porque no entendía por qué, de ser así, era Enid Gaines quien había salido a hurtadillas detrás de vosotras.

—Un golpe de suerte —respondió Daisy con ligereza—. Y lo teníamos todo bajo control. Incluso si no hubiesen aparecido ustedes, habríamos tenido éxito.

—¡Daisy! —exclamé—. ¡Eso no es cierto!

—¡Se le acerca bastante! —repuso Daisy—. De cualquier modo, ya hemos resuelto el caso.

—Miss Martineau ha resultado herida de suma gravedad —dijo miss Barnard con severidad.

—¡No puedo controlar las tonterías que hacen mis ayudantes! —se defendió Daisy enfadada—. ¡Yo no lo he dicho que se lanzase así sobre Enid!

—Doy por sentado que ha pensado que estaba ayudándote —dijo miss Barnard.

—Estaba intentando ser valiente —agregó el inspector Priestley —. Por experiencia, diría que tiene una conmoción muy leve, en el peor de los casos. El golpe ha sido de rebote, no directo. La enfermera Minn la curará.

—¿Y traerá usted de vuelta a Jones? —preguntó Daisy a miss Barnard—. ¡Es inocente! Fue un asesinato, no un accidente, así que no es posible que tuviera nada ver.

Miss Barnard suspiró.

—Lo haré —aseguró—. Y le ofreceré mis más sinceras disculpas. Ahora, si estáis listas, debéis volver a la residencia, por favor. Creo que la gobernanta os echará en falta.

—¿Adónde iré yo? —preguntó Enid, y pareció muy asustada.

—A comisaría, conmigo —dijo el inspector Priestley con tristeza —. Tenemos trabajo que hacer y un juicio para el que prepararnos. Dado que has confesado, las cosas deberían ser fáciles.

Enid tragó saliva de forma ruidosa.

—Lo siento —dijo en voz baja—. Tuve que hacerlo.

—Yo no estoy seguro de eso —respondió el inspector—. Aunque es posible que el juez y el jurado vean las cosas de un modo distinto. Ahora —añadió, volviéndose hacia nosotras—, habéis tenido gran éxito como detectives. Siento haber dudado de vosotras alguna vez, pero ha llegado el momento de que volváis a ser colegialas. Pensad en ello como en una tapadera muy elaborada. ¿Estáis listas?

Daisy asintió. Se volvió hacia mí y vi que sonreía de oreja a oreja.

—¿De acuerdo, Hazel? —preguntó—. Vámonos y finjamos que somos normales y corrientes.

7

La gobernanta estaba furiosa, por supuesto, y no entendía qué habíamos estado haciendo en la escuela; «¡y en un sucio túnel, encima!», gritó. Todas recibimos manotazos severos en la cabeza y nos mandó a la habitación en el acto. Pero creo que el inspector y miss Barnard hablaron con ella después de eso, porque al día siguiente nos dejaron repetir postre en la cena, y la gobernanta, inesperadamente, nos dio un abrazo.

Fuimos a ver a Habi a la enfermería el domingo por la tarde. Allí estaban Kitty, junto a su cama, y también Binny, Lavinia y Martha.

—Estoy bien —dijo Habi, parpadeando bajo una gran venda que le envolvía la cabeza.

—Tiene un moratón tremendo —añadió Binny con regocijo—. Es una maravilla. Yo no he sacado más que arañazos del túnel, qué soso. La verdad es que fue un aburrimiento de secuestro. Una me llevaba comida y bebida, y tenía una manta para dormir. ¡Fue como ir de acampada!

Recordé la manzana que habíamos encontrado en la cartera de Una. Se había esforzado por cuidar de Binny.

—Mira que eres bruta. ¡Habi estuvo a punto de morir! —replicó Kitty, que ya era capaz de enfadarse con Binny de nuevo, ahora que estaba a salvo.

—¡No es verdad! —dijo Habi.

—¿En qué demonios estabas pensando? —intervino Daisy.

—No lo pensé —reconoció, con la cabeza gacha—. Lo siento, Daisy. Yo solo… No quería que os hiciese daño a ninguna. Sois mis amigas, y no soportaría que os pasase nada.

—¡Habi! —Kitty la rodeó con los brazos.

Daisy me sonrió y las dos nos arrojamos sobre Kitty. Lavinia nos imitó, y Habi acabó enterrada debajo de todas nosotras, chillando. Yo sabía que no podíamos ser como las Cinco, por nada del mundo. Nosotras éramos amigas de verdad y, ocurriera lo que ocurriese, nunca nos volveríamos unas contra otras.

Se llevaron a Enid a la comisaría, y de allí a Londres, pero, por supuesto, para el lunes por la mañana, la noticia había corrido por toda la escuela. «¡Enid mató a Elizabeth!», susurraban por los pasillos, y escuché algunas historias espantosas sobre lo que había ocurrido exactamente, y eran a un tiempo más y menos terribles que la verdad. Sabía que miss Barnard estaba tensa porque las madres y los padres se le echaran encima, y de hecho esa semana sacaron a algunas niñas de la escuela. Deepdean volvía a parecer peligroso, aún más ahora que las chicas habían estado intentando liquidarse unas a otras, pero el hecho de que ya hubiesen atrapado a Enid creo que nos salvó a todas. El peligro había desaparecido antes de darse a conocer, así que era pasado, no presente.

Jones estaba de vuelta, sin grandes aspavientos, una semana más tarde. Simplemente un día ahí estaba, rastrillando los parterres. Levantó la mano hacia nosotras, dirigió una sonrisa torcida a Daisy y volvió a centrarse en las malas hierbas. Daisy soltó un suspiro de satisfacción y supe qué significaba: que la escuela era de nuevo como debía ser.

Era cierto que Deepdean producía una sensación distinta. Los pasillos eran más libres, volví a oír risas, e incluso las profesoras sonreían. Los miembros restantes de las Cinco también habían cambiado. No estoy segura de que fuesen «amigas», ni siquiera

ahora, pero estaban juntas. Lo ocurrido las había transformado, y eso era importante. Ya no eran crueles con las alumnas más pequeñas, tenían cuidado, como si supieran lo que podía pasarles. Nosotras seguíamos teniendo el poder tanto como ellas.

Nuestra habitación estaba más unida que nunca. Resolver un caso juntas había cambiado algo también entre nosotras. Daisy y yo ya no teníamos que ocultar nuestra faceta como detectives, y era increíble. Daisy miraba a Habi, a Kitty y a Lavinia de una forma nueva: por fin habían demostrado su valía y podía confiar en ellas de verdad. Kitty, que es bastante habilidosa con las manos, nos hizo unas placas del Club de Detectives, que llevábamos prendidas en el reverso de la corbata, y el inspector nos envió un paquete enorme. Cuando lo desenvolvimos, contenía un banquete delicioso: tartas, galletas y distintos tipos de mermelada. Celebramos un festín de medianoche maravilloso: había tantas cosas que incluso invitamos a Charlotte, Binny, Emily y Martha. Si ese era el nuevo Deepdean, pensé, mientras Lavinia y Binny competían por ver quién se comía más trozos de tarta de una sentada, y Habi y Martha daban miguitas a Pudin, el lirón (una semana después del asesinato de Elizabeth, había regresado al arcón de Habi, donde vivía feliz desde entonces), me gustaba mucho.

δ

Las consecuencias del misterio para las Cinco fueron más variadas. El papel exacto de Una en el túnel no estaba del todo claro, pero todo el mundo entendió que había intentado proteger a Binny, y por eso se convirtió en jefa. Dejó de ir dando órdenes a las más pequeñas y, en lugar de eso, pasaba la mayor parte de su tiempo rondando los casilleros del vestíbulo de la residencia. Se decía que su familia había decidido venir a Inglaterra; estaban en camino, pero el viaje para salir de Alemania era difícil. Crucé los dedos por ellos.

Aunque Margaret sabía que nosotras no estábamos detrás de la divulgación de su secreto, renunció como prefecta. Ese fue un pequeño efecto desagradable de Elizabeth. Durante un tiempo, de hecho, apenas la vimos. Se mostraba retraída, y supe que lo que se había descubierto sobre ella le había hecho daño. Pero un día, hacia el final del semestre, doblé una esquina en la residencia rápidamente y casi me di de bruces con ella y con Astrid juntas. No llegué a captar más que el final de la escena, pero estaba segura de haber visto que Margaret soltaba la mano de Astrid y las dos se separaban con las mejillas sonrosadas. Me alegré.

—Margaret… —le dije a Daisy más tarde.

—¡Calla, Hazel! —me interrumpió ella—. No hagas preguntas.

De modo que Daisy lo sabía…, por supuesto que lo sabía. No volvimos a hablar de ello.

Florence no regresó a la escuela. La enviaron fuera para que se recuperara. Sus sueños de ir a las Olimpiadas se habían truncado. Lettice, en cambio, se quedó. Se retrajo y se volvió más callada, pero advertí que había empezado a comer un poco más, e incluso la vi sonreír alguna que otra vez. Aún la presentarían en la Corte en enero y tenía el vestido casi listo.

Había enviado a Alexander una explicación de todo lo ocurrido y de cómo habíamos resuelto el caso, y una semana antes de que las vacaciones recibí una respuesta.

Escuela Weston, jueves 28 de noviembre

Querida Hazel:

¡Me alegro mucho de que hagáis resuelto el caso! No me imaginaba quién había sido. Pensé que sería, Florence. George dice que él sabía, que había, sido Enid, pero George a veces no sabe de qué habla. ¿Daisy está contenta, ahora que ha acabado todo?

Hazel, se me ha ocurrido una idea. El hermano de George estudia en el Saint John's, en Cambridge, y va a pasar con él las vacaciones de Navidad. Mi padre quiere que me vaya con él, para que vea cómo es aquello (él estudió en el Trinity y quiere que yo haga lo mismo), y he pensado..., el hermano de Daisy está, en el Maudlin, ¿verdad? Bueno, ¿podría ella (y tú, por supuesto) arreglárselas para ir a visitarlo al mismo tiempo? ¿Se lo permitirían sus padres? ¡De ser así, podríamos estar todos

en Cambridge por Navidad! ¿No sería estupendo? Dime que al menos lo intentaréis, ¿sí?

Responde en cuanto puedas,

Alexander

—Daisy —dije, intentando impedir que se me saliese el corazón del pecho y se me sonrojasen las mejillas—, Alexander quiere que vayamos a Cambridge estas vacaciones.

Daisy frunció el ceño.

—Qué descarado —respondió—. Claro, quiere verme.

Me mordí la cara interna de la mejilla con tanta fuerza que me ardieron los ojos.

—No es que tú no le gustes, Hazel —continuó Daisy—. ¡Claro que le gustas! Bueno, déjame pensar… ¡Ah!… Tengo una tía abuela en Saint Lucy con la que podríamos quedarnos. No hablamos mucho de ella, porque es tremendamente aburrida.

—¿Y qué hay de tus padres? —pregunté, y Daisy puso esa expresión horrible que pone siempre que los menciono.

—No veo por qué iba a importarles —dijo—. No, el problema eres tú.

—¡A mi padre tampoco le importará! —contesté—. Cambridge es la cuna del aprendizaje. Le gustará, siempre que llevemos carabina.

—Podríamos llevarnos a Hetty otra vez —añadió Daisy—. ¡Oooh, Hazel! ¡Ahora que lo pienso, podría ser un buen plan!

Envié un telegrama a mi padre, y llegó su respuesta:

SÍ STOP CON CARABINA STOP TEN CUIDADO STOP NADA DE ASESINATOS

Daisy y yo chillamos al verlo. Nos íbamos a Cambridge. Veríamos a Alexander, conoceríamos a George y nos lo pasaríamos genial. Sería el antídoto perfecto para este semestre.

Y, con todos nosotros juntos, ¿quién sabía qué podía pasar?

AGRADECIMIENTOS

Escribir este libro me ha resultado difícil. Un agradecimiento enorme, pues, a las mujeres que lo han convertido en lo que es: mi editora, Natalie Doherty, y mi agente, Gemma Cooper. Vuestra amabilidad y buen juicio no solo han mejorado mis palabras, sino que, en el camino, me han hecho mejor a mí también.

Gracias al resto de las personas que me han proporcionado apoyo y consejos muy necesarios durante el proceso, incluidas (sin limitarse a ellas). Charlie Morris, Non Pratt, Rebecca Waiting, Katie Webber, Katy Watson y todo el grupo del encantador Team Cooper.

Gracias a Penguin Random House, mi nueva editorial, por el apoyo tan increíble a mis libros. ¡No podía desear una experiencia mejor como autora! Me siento muy agradecida hacia todos los que han desempeñado un papel en *La noche de las hogueras*, en especial Harriet Venn (publicista excepcional), Tom Rawlinson, Annie Moore, Sue Cook, Francesca Dow, Laura Bird, Nina Tara y Annie Eaton.

Gracias también a mis maravillosas colegas de Egmont, que han sido tan comprensivos y me han apoyado tanto:

Sarah, Stella, Hannah, Lins, Lucy, Ali y Lydia. Me ha encantado formar parte de vuestro equipo; ojalá hubiese sido más tiempo.

Hay una persona que ha vivido *La noche de las hogueras* sin leer una sola palabra del mismo: gracias a David Maybury por escucharme, creer en mí y dar el título original a este libro. Y por el

desayuno. Gracias por el desayuno.

Daisy y Hazel ya han vivido cuatro aventuras, bastante más de lo que me esperaba cuando, hace cuatro años, me senté a escribir *El crimen es cosa de damas*. Por eso, os lo debo todo a vosotros, mis lectores. No puedo insistir lo suficiente en cuánto valoro lo que habéis hecho, y seguís haciendo, por esta serie. Al hablar de mis libros, y compartirlos con vuestros amigos, habéis hecho posible *La noche de las hogueras*. Estoy casi segura de que tengo los seguidores más inteligentes, apasionados e interesantes del mundo; hablar con vosotros, conoceros, leer vuestros *e-mails* y escribiros cartas ha sido la parte más maravillosa e inesperada de esta nueva y extraña vida mía. En lo que a mí respecta, todos merecéis ser miembros del Club de Detectives. Gracias.

Y, finalmente, gracias a las dos personas que aparecen al inicio de este libro: mis padres, Kathie Booth Stevens y Robert Stevens. Nací con suerte. Os quiero.

Robin Stevens
Acción de Gracias, 2015



ROBIN STEVENS nació en California, pero creció en un colegio privado de Oxford, frente a la casa donde vivió Alicia en el País de las Maravillas. Cursó novela negra en la universidad y trabajó como editora adjunta de libros infantiles antes de dedicarse plenamente a la escritura.